



HIJA DEL CREPÚSCULO

V. C. Andrews

Lectulandia

Como esposa de James Gary Longchamp, Dawn es completamente feliz. Pero el legado de engaño y traición aun la persigue...

Por fin, Dawn puede crear un refugio de calidez y amor para su hija, Christie, y su querido Jimmy; como nueva propietaria de Cutler's Cove y con un hijo de ambos en camino, su vida no podría ir mejor.

Sin embargo, Dawn no puede reprimir sus presentimientos del mal, ya que siente la presencia de su abuela en todas partes... su amargo odio, como si tramase su venganza desde la tumba. Dawn se siente afligida cuando descubre que su hermano Philip, aun se aferra a su loca y vergonzosa pasión por ella y Clara sigue odiándola al creer que ella debería haber heredado el hotel. Clara esta decidida a destruir la vida de Dawn.

Y por si Dawn no tuviese suficientes problemas el padre de Christie, Michael Sutton, vuelve y las angustias y escándalos del pasado amenazan con devorarla. Dawn debe luchar por Jimmy... solo con su amor podra encontrar el arco iris al final de la tormenta.

Lectulandia

V. C. Andrews

Hija del crepúsculo

Serie Cutler - 3

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Twilight's Child*
V. C. Andrews, 1992
Traducción: M^a Teresa Montaner Soro
Diseño de cubierta: sleepwithghosts

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos, situaciones o personas reales, vivos o muertos, sería pura coincidencia.

Queridos lectores de Virginia Andrews:

Aquellos de nosotros que conocimos y amamos a Virginia Andrews sabemos que para ella no hubo nada más importante que sus novelas. El momento más glorioso de su vida fue cuando sostuvo entre las manos el primer ejemplar de *Flores en el ático*. Virginia fue una escritora única y de gran talento que escribía febrilmente todos los días. Ideaba continuamente nuevas historias que más adelante convertiría en novelas. Tras el placer que le proporcionaba la escritura debemos mencionar la alegría que sentía al leer las cartas de los lectores emocionados por su obra.

Desde su muerte, muchos de vosotros nos habéis escrito preguntando si habría nuevas novelas de V. C. Andrews. Justo antes de su muerte nos propusimos encontrar la forma de crear nuevas historias basadas en su punto de vista.

Empezando con los últimos libros de la serie Casteel, hemos estado trabajando estrechamente con un escritor cuidadosamente seleccionado para seguir desarrollando la genialidad de esta escritora y hemos creado novelas tales como *Dawn*, *Secretos del amanecer*, y ahora *Hija del crepúsculo*, inspiradas en su espléndido talento narrativo.

Hija del crepúsculo es el tercer libro de una nueva serie. Estamos convencidos de que a V. C. Andrews le causaría gran alegría saber que muchos de vosotros vais a disfrutar de ellos. Otras novelas, incluyendo algunas basadas en historias que Virginia pudo finalizar antes de su muerte, se publicarán en años próximos, y esperamos que continúen significando tanto para vosotros como siempre.

Sinceramente,

LA FAMILIA ANDREWS

LISTA DE PERSONAJES

Dawn CUTLER, hija de Laura Sue Cutler y su suegro, Bill Cutler (casado con Lillian).

Christie CUTLER LONGCHAMP, hija de Dawn y Michael Sutton.

Randolph CUTLER, marido de Laura Sue y padre de Philip y Clara Sue.

Laura Sue CUTLER, esposa de Randolph y madre de Philip, Dawn y Clara Sue.

Philip CUTLER, hermanastro de Dawn.

Clara Sue CUTLER, hermana de Philip.

Jimmy LONGCHAMP, novio de Dawn.

Ormand LONGCHAMP, padre de Jimmy.

Fern LONGCHAMP, también conocida como Kelly, hermana de Jimmy.

Bronson ALCOTT, amigo de Laura Sue.

Betty Ann MONROE, novia de Philip Cutler.

Emily BOOTH, tía-abuela de Dawn.

Charlotte BOOTH, tía de Dawn.

Luther SLOPE, amigo de Charlotte.

Edwina LONGCHAMP, segunda esposa de Ormand Longchamp y madre de Gavin.

Trisha KRAMER, la mejor amiga de Dawn.

Leslie y Clayton OSBORNE, padres adoptivos de Fern/Kelly.

Dr. Lester, médico de la familia Cutler.

Mr. Updike, abogado de la familia Cutler.

Mr. Dorfman, administrador del hotel.

Mrs. Bradly y Mrs. Avery, empleadas del hotel.

PRIMERA PARTE

LA BATALLA POR CHRISTIE

El campo de Virginia pasaba volando a medida que Jimmy y yo nos acercábamos a Saddle Creek, un suburbio de Richmond. Mi corazón latía cada vez con más fuerza a medida que los letreros de la carretera anunciaban que nos acercábamos a nuestro destino. Dentro de muy poco tendría a mi bebé en brazos. Casi no había tenido oportunidad de ver a Christie cuando di a luz en Los Prados, ya que se la llevaron a las pocas horas de haber nacido. Fue el último de una serie de actos horribles que la abuela Cutler me hizo antes de morir, amargada y destrozada, odiándome hasta el final por razones que no llegué a entender hasta la lectura del testamento.

—Ya no falta mucho —dijo Jimmy, sonriéndome. Se sentía casi tan contento como yo de recuperar a Christie. Y yo me alegraba de que Jimmy estuviera dispuesto a considerarla como suya.

Mientras Jimmy estaba en Europa con el Ejército yo me había enamorado de Michael Sutton, mi profesor de canto en la Escuela de Teatro Sarah Bernhardt. Pero en vez de disgustarse conmigo por no haberle esperado, Jimmy dijo que entendía que hubiera sucumbido a los encantos de Michael. En cuanto supo que había quedado embarazada y que Michael me había abandonado, Jimmy acudió a rescatarme de las garras de la horrible Emily Booth, la hermana mayor de la abuela Cutler. Al sacarme de aquella extraña casa colonial donde me habían mandado para tener a mi hija en secreto, Jimmy se había convertido en mi héroe. Llegó poco después del nacimiento de Christie. Y cuando nos enteramos de cuáles habían sido los planes de la abuela Cutler —la adopción inmediata de mi hija— ambos juramos no descansar hasta que no la tuviera otra vez entre mis brazos.

Pero este gran reencuentro no era lo único que hacía que mi corazón latiera a una velocidad casi vertiginosa. No podía evitar sentirme sobrecogida por la secuencia de acontecimientos que literalmente habían cambiado mi vida y determinado mi futuro. Tras la muerte de la abuela Cutler fueron leídos dos testamentos: el suyo y una carta secreta y testamento dejado por un hombre que hasta entonces había pensado que era mi abuelo y ahora sabía que era mi padre. Para arrepentirse de lo que él consideraba el pecado de mi nacimiento, me legó una participación mayoritaria en el hotel de la familia. De pronto, me vi convertida en la verdadera propietaria del «Cutler's Cove».

Pero ¿quería serlo?, quizá todavía más importante: ¿podía serlo? Aún podía oír la voz de mi hermanastra Clara Sue chillándome justo antes de partir en busca de Christie. Su sorpresa y envidia se alimentaban de los celos que siempre había sentido de mí.

—¡Eres incapaz de ocupar el lugar de la abuela! —chilló, retorciendo la boca, las manos en las caderas—. Serás el hazmerreír de la costa de Virginia. Si la abuela viviera, se moriría de risa.

Las palabras de Clara Sue eran un insulto para mí. Era casi como si la severa, malcarada vieja hablara a través de Clara Sue y se mofara escépticamente. Me apetecía el reto, pero también temía que heredar el hotel y la consiguiente responsabilidad acabara con todos mis sueños de convertirme en cantante. Por otra parte, pensé, quizá todos aquellos sueños murieron el día en que Michael me abandonó.

Quizás el mundo del espectáculo no era para mí. Quizá todo lo que había ocurrido era para bien.

Eso parecía pensar Jimmy. Durante nuestro viaje había estado haciendo planes y promesas.

—Nos casaremos apenas me licencien del Ejército —prometió.

—¿Y vivir en el hotel con mi loca familia? —pregunté.

—Ellos no me molestan. Además, tú eres la verdadera jefa ahora, Dawn. Yo me convertiré en el encargado de mantenimiento. He aprendido mucho acerca de motores y electricidad y aparatos...

—No sé si podré hacerlo. Jimmy. Sólo pensarlo me aterra —confesé.

—Tonterías. El señor Updike, el abogado de la familia, dijo que te ayudaría, y el señor Dorfman, el administrador, prometió hacer todo lo que estaba en su mano. Nadie espera que asumas toda la responsabilidad de inmediato. Cutler's Cove se convertirá en tu nueva escuela —dijo riendo—. Y en cuanto me licencien estaré a tu lado, siempre —prometió, y me tomó la mano.

Le creí. Estaba a mi lado cuando más le necesitaba ¿verdad? Me había cansado de las mentiras, el engaño y el dolor. Quería que mi vida con Jimmy y Christie empezara felizmente, y la perspectiva de sostener a Christie en mis brazos prometía exactamente aquello: melodías de alegría dichosa, dulce, esperanzadora.

Pero las promesas, cómo los arcos iris, sólo suelen aparecer después de las tormentas, y en este caso no iba a ser distinto.

Cuando la abuela Cutler murió inesperadamente, temimos no encontrar nunca a Christie. Sin embargo, el señor Updike había tenido que ver con el asunto y conocía su paradero. Antes de partir de Cutler's Cove nos había desvelado el nombre de la pareja que tenía a Christie. Sanford y Patricia Compton nos esperaban y eran completamente conscientes de la situación. No obstante, cuando llegamos a su casa nos enfrentamos a una realidad muy distinta.

Saddle Creek era un acicalado y agradable suburbio de Richmond donde los hogares parecían casas de muñecas, todo perfecto —los céspedes cuidados y verdes, las magnolias, rosas y petunias resplandecientes y llenas de colorido—. El día de

finales de verano con sus aborregadas nubes blancas esparcidas aquí y allá en el suave cielo azul, nos produjo la sensación de haber llegado a un mundo de fantasía. Todo estaba limpio y recién pintado. Durante unos instantes recuerdo que pensé que quizá Christie estuviese mejor allí. Sin lugar a dudas, era un mundo más feliz que al que yo iba a llevarla.

Pero a continuación recordé lo doloroso que había sido para mí descubrir la identidad de mi verdadera familia. Nada, ni siquiera la riqueza ni la posición social, valía más que la verdad cuando se trataba de la identidad de uno. Aquella fue una lección que tuve que aprender al final de un camino de dolor y sufrimiento. Estaba decidida a que mi hija no tuviera que enfrentarse a un destino semejante.

Un amable policía sentado en el interior de un coche patrulla detenido en una esquina nos dijo exactamente cómo llegar a la casa de los Compton. Sanford Compton era propietario y llevaba uno de los mayores negocios de la zona, una fábrica de hilo. El hogar de los Compton era una de las casas más grandes y bonitas de la calle: dos plantas, colonial de ladrillo rojo con ventanas triples a cada lado de la fachada de la planta principal.

Tras aparcar nos bajamos, pasamos entre dos postes cuadrados blancos coronados con sendas esferas de latón y recorrimos el camino de pizarra. A ambos lados había unos setos que llegaban a la altura de la cintura. Había también fuentes con cupidos y pájaros de mármol de cuyos picos fluía el agua. Alrededor de nosotros vimos parterres de rosas: amarillas, rojas, rosas y blancas. Nunca en mi vida había visto un césped ni unos setos tan perfectos.

—¿Se trata de un hogar o de un museo? —se preguntó Jimmy en voz alta.

—Un hogar como el que espero tengamos algún día —dije melancólicamente.

—¿Un hogar? Pensé que habíamos decidido vivir en el hotel —dijo Jimmy.

—Sí, pero algún día construiremos una casa como ésta y viviremos alejados del hotel —prometí—. ¿No lo prefieres?

—Claro. ¿Por qué no? —contestó Jimmy, sonriendo, mientras sus ojos oscuros brillaban con picardía.

Los dos nos echamos a reír. No podíamos estar de mejor humor. En pocos momentos más Christie volvería a ser mía.

El carillón de la puerta pareció que nunca acabaría de tocar lo que parecía la *suite* del *Cascanueces*.

—Esto supera cualquier viejo ding-dong —comentó Jimmy. Finalmente, un mayordomo alto y de color abrió la alta puerta de roble.

—Me llamo Dawn Cutler —dije—. Y éste es Jimmy Longchamp. Hemos venido a ver al señor o a la señora Compton.

—Está bien, Frazer —oímos decir a una profunda voz masculina—, me ocuparé yo.

El mayordomo retrocedió un paso, los ojos como platos a causa de la sorpresa, mientras un hombre alto de cabello pelirrojo apareció detrás de él. Tenía el rostro cubierto de pecas, y nos observó con unos gélidos ojos azules. Tenía la nariz bastante delgada y demasiado larga, lo cual hacía que pareciese tener los ojos más hundidos. A pesar de que superaba el metro ochenta y cinco, sus cargadas espaldas hacían que su estatura aparentara ser menor.

Cogió el picaporte y abrió la puerta con tal brusquedad que Jimmy y yo cambiamos rápidamente una mirada.

—¿Tu eres la nieta de Lillian Cutler? —preguntó de mala manera.

—Sí, lo soy —contesté.

Me observó fijamente durante unos segundos y asintió.

—Entra, resolveremos esto con rapidez —dijo, apartándose con un gesto de desgana.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Le cogí la mano a Jimmy, y entramos en el vestíbulo con suelo de mármol.

La casa tenía un aroma floral que evocaba docenas y docenas de rosas. Miramos por el pasillo y vimos una escalera ligeramente curva y las paredes cubiertas de cuadros. Casi todos los cuadros eran de niños, algunos sencillamente retratos, en tanto que en otros se veían niños jugando o leyendo. Los escalones estaban recubiertos de una suave moqueta de terciopelo azul.

—Al salón, por favor —dijo el señor Compton en tono imperativo, y señaló la puerta a su derecha. Jimmy y yo nos acercamos rápidamente.

En un primer momento ninguno de los dos advirtió que Patricia Compton estaba allí, sentada. Permanecía completamente quieta y llevaba un vestido de algodón blanco que hacía juego con las cortinas de seda que tenía detrás. Todos los muebles estaban tapizados con seda de color suave. A la derecha había una vitrina de al menos dos metros de altura que contenía docenas de valiosos bibelots: figuras de vidrio de animales, figurillas chinas pintadas a mano representando hombres y mujeres, figuras de niños con madres o con animales.

La habitación tenía un aspecto tan inmaculado e imponente que tanto Jimmy como yo dudamos antes de entrar. Era como meterse en un cuadro bonito. Entonces vi a Patricia sentada en el sofá, con los ojos muy abiertos, las comisuras de su larga y delgada boca caídas. Tenía todo el aspecto de un payaso triste.

—Entren y tomen asiento —ordenó Sanford Compton mientras pasaba por delante de nosotros y se sentaba en uno de los sillones, cruzando sus largas piernas. Jimmy y yo nos acercamos al sofá.

—Ésta es mi esposa Patricia —dijo Sanford, haciendo un ligero gesto hacia ella.

Una pequeña sonrisa apareció para desaparecer al instante en los pálidos labios de la mujer, que parecían haber olvidado sonreír. No dijo nada, ni siquiera articuló un

«hola».

—Hola —dije, y sonreí.

La señora Compton no nos quita los ojos de encima, ojos que parecían oscuros arroyos en un bosque, profundos y melancólicos pozos de lágrimas. Todo su rostro parecía un nido de tristeza. Era muy delgada y tenía un aspecto frágil y delicado. Observé que sus dedos eran largos y delgados. Mantenía las manos entrelazadas sobre su regazo y tenía la espalda tan recta que parecía colgada de una percha invisible. Tragó nerviosamente sin desviar la mirada de nosotros.

Su cabello era de un rubio muy claro, tan claro que casi parecía blanco, pensé, y lo llevaba recogido en un moño.

—Hemos venido a buscar a mi hija Christie —anuncié al instante. Fui directamente al grano para de ese modo romper el hielo. En el momento en que dije «mi hija» la señora Compton dejó escapar un gemido y se llevó la mano a la garganta.

—Tranquila —le dijo Sanford Compton sin apartar la vista de mí—. Esto es completamente escandaloso —agregó.

—¿Perdón? —miré a Jimmy, que se irguió adoptando una postura militar—. El señor Updike habló con ustedes, ¿verdad?

—Sí, recibimos una llamada del abogado de su abuela —contestó Sanford Compton—. ¿Por qué no nos llamó ella? —quiso saber.

—Mi abuela murió. Inesperadamente —respondí.

—Santo cielo —dijo la señora Compton, y con la mano izquierda se frotó los ojos con un pañuelo. Lo había tenido tan fuertemente cogido entre las manos que yo no lo había visto hasta ese momento.

—No empieces —ordenó Sanford Compton casi en voz baja. Patricia Compton apretó los labios y contuvo un sollozo. Sus frágiles hombros subían y bajaban, pero mantenía la espalda recta, sus pequeños pechos escasamente perfilados bajo su vestido.

—Bueno —continuó Sanford—, entonces cumplimos con todos los procedimientos legales. Firmamos papeles y nos entregaron papeles firmados. No hemos hecho nada mal; todo lo que hicimos es claro y legal.

—Lo entiendo perfectamente —dije. El corazón me latía con fuerza y me resultaba difícil respirar—. Pero seguro que el señor Updike les ha explicado las circunstancias.

—Tenemos entendido que la niña nació fuera del matrimonio —respondió rápidamente con un tono de voz acusatorio—, y que fue una vergüenza para la familia Cutler.

—No fue una vergüenza para mí —repliqué—. Sólo para mi abuela.

—¿Qué importancia tiene todo eso? —dijo Jimmy—. Es su hija —añadió al

tiempo que extendía las manos con las palmas hacia arriba.

—Aún queda por ver de quién es la niña —contestó Sanford Compton.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta y me incliné hacia delante—. ¿Quiere decir que Christie no está lista para marcharse a casa?

—Christie se llama ahora Violet. Le hemos puesto el nombre de mi madre, y Violet —dijo, subrayando el nombre— está en casa.

—¡Oh, no! —exclamé, volviéndome hacia Jimmy. ¡No podía estar ocurriendo! No podía perder a Christie. ¡Otra vez no! ¡Y menos después de haberla encontrado!

—Un momento —dijo Jimmy con tono controlado—. ¿Nos está diciendo que no piensa devolverle su hija a Dawn?

—Hicimos lo que teníamos que hacer legalmente. Los bebés no son, juguetes —moralizó Sanford Compton—. No son cosas que se cogen y se devuelven, cosas que se pueden intercambiar. Violet tiene un hogar aquí, un hogar en el que tendrá todo lo mejor que la vida puede ofrecer. No puede deshacerse de ella un día y al siguiente intentar recuperarla como un pez que se devuelve al agua.

—¡Pero yo no la abandoné! —exclamé—. Mi abuela me robó la niña y falsificó mi firma en los documentos. ¿Acaso no se lo dijo el señor Updike?

—Todo lo que dijo el señor Updike es que había cambiado de idea; que quería la niña. He consultado a mis abogados y me aconsejan que no ceda. Y pienso mantener esta actitud.

Sus palabras me produjeron un escalofrío. Era como si alguien me hubiera arrojado un cubo de agua fría. ¿Una batalla legal? ¿Para recuperar a mi propia hija? La venganza de la abuela Cutler continuaba a pesar de que había muerto. Seguía controlando mi vida y mi felicidad, incluso desde la tumba.

—Mire —dijo Jimmy, intentando no perder los estribos—, está cometiendo un grave error. Quizá no entiende lo que ocurrió. Dawn nunca quiso que...

—Nos ofrecieron un bebé que la madre no deseaba —lo interrumpió Sanford—. Hace años que mi esposa y yo intentamos tener un hijo. Entretanto otras personas —escupió las palabras en dirección a mí— los tienen sin miramientos y después se deshacen de ellos. Pues bien, nosotros no entramos en detalles; aceptamos las condiciones, firmamos los papeles y nos dieron un bebé.

»Ahora vienen ustedes y quieren deshacer todo lo que ya está hecho. Ha pasado ya algún tiempo. Queremos a Violet, y, por extraño que pueda parecer, Violet nos quiere a nosotros, especialmente a mi mujer. No pueden jugar con las personas como si fueran juguetes.

—Eso no es justo, señor Compton —dije.

—Eso es una estupidez —agregó Jimmy.

—¡Jimmy! —exclamé.

—No, no tiene derecho a hablar de esa forma. No sabe nada —dijo

sarcásticamente Jimmy.

—No entregaremos la niña —dijo Sanford Compton, al tiempo que se ponía de pie—, y me gustaría que ustedes dos salieran de mi casa de inmediato.

—¡No puede quedarse con su hija! —gritó Jimmy, poniéndose también de pie.

—Ya le he dicho que Violet es ahora nuestra hija —puntualizó tranquilamente Sanford Compton.

—¡Y una mierda! —replicó Jimmy—. Vamos, Dawn. Acudiremos a la Policía. Esta gente te está robando la niña.

—Santo cielo —exclamó la señora Compton, y en esta ocasión fue incapaz de reprimir los sollozos.

—Miren lo que han hecho —dijo Sanford—. Han conseguido disgustar a mi mujer. Debo insistir en que se marchen, o seré yo quien llame a la Policía.

—No se preocupe —dijo Jimmy, cogiéndome de la mano—. Nosotros iremos a la Policía, y volveremos. Lo único que están haciendo es crearnos problemas a todos.

El mayordomo apareció en la puerta como si Sanford Compton hubiera presionado algún botón invisible.

—Frazer, acompañe a estos señores, por favor.

Antes de salir miré a la señora Compton.

—Lo siento —le dije—, pero nunca consentí que me quitaran a la niña. No es mi culpa. No tenía intención de que una cosa así ocurriera.

Patricia Compton empezó a sollozar con mayor fuerza.

—Váyanse —ordenó Sanford.

Jimmy y yo salimos. El mayordomo dio un paso atrás y después siguió adelante para abrirnos la puerta.

—Gente imbécil —murmuró Jimmy lo suficientemente fuerte como para que lo oyeran.

Volvimos a salir a la luz del sol, sólo que para mí el día se había vuelto gris. Me habría dado igual que estuviese lloviendo. ¿Por qué siempre todo tenía que ser tan difícil para mí? Los errores me perseguían como fantasmas. Se me ocurrió pensar que debía de tratarse de una maldición por ser una niña nacida del mal. Los pecados de los padres llegan a caer sobre las espaldas de los hijos. Me resultaba imposible reprimir las lágrimas, y antes de salir al patio estaba sollozando histéricamente. Jimmy me abrazó y me besó en la mejilla.

—Oye, no llores. No te preocupes. Esto no va a resultar difícil, te lo prometo.

—Jimmy, no ves que todo va a ser difícil? No sé por qué quieres casarte conmigo. Lo único que vas a conseguir es sufrimiento. ¡Llevo una maldición encima, una maldición!

—Vamos, Dawn. Tranquilízate. No eres tú todo esto es consecuencia de lo que hizo aquella vieja bruja. Ya verás como hallamos una solución. Ese tipo es un imbécil

y se está buscando problemas.

—No puedo culpar a esa gente, Jimmy. El pobre hombre no estaba del todo equivocado. ¿Has visto la expresión de su esposa? Por fin ha conseguido un niño que puede considerar suyo, y nosotros venimos a quitárselo —me quejé.

—Pero quieres hacerlo, ¿verdad? ¿Quieres volver a recuperar a Christie? —preguntó Jimmy.

—Sí, claro. Sólo que no aguanto todo este dolor y sufrimiento. ¿Por qué ha tenido una vieja tanto poder para hacer daño a la gente? —exclamé.

—No lo sé. Ella es la causante de todo esto, y ahora se ha terminado. Ahora tenemos que solucionar las cosas. Supongo que lo primero que debemos hacer es ir a la Policía —dijo.

—No, será mejor que busquemos un hotel en algún lugar cercano y llamemos al señor Updike. La Policía no puede ayudarnos. Sanford Compton tiene razón, va a ser una batalla legal.

Volví a mirar la casa intentando imaginar en qué habitación se encontraba Christie. Estaba segura de que le habían comprado la cuna más bonita y las ropas más caras. Sólo era un bebé que no sabía dónde estaba ni qué le había ocurrido. Seguramente era todo lo feliz que un niño puede ser. Dentro de poco yo interrumpiría aquella felicidad; pero estaba completamente convencida de que una niña, incluso tan pequeña como Christie, me reconocería como su verdadera madre cuando por fin se encontrara entre mis brazos, y aquello le daría una mayor y más completa sensación de seguridad y amor. Armada con esta creencia, me alejé con Jimmy para iniciar nuestra batalla por la custodia de mi propia hija.

Nos alojamos en un pequeño hotel en las afueras de Richmond. Se trataba de una vieja mansión restaurada, y aunque sus habitaciones eran tranquilas, espaciosas y cómodas, nos sentíamos incapaces de disfrutar de todo aquello. Nuestra estancia ahí estaría compuesta de largas esperas junto al teléfono y los preparativos para la vista de nuestro caso.

Cuando llamé al señor Updike me sorprendió su reacción.

—Quizá sería mejor dejar las cosas tal como están —sugirió—. La niña ha encontrado un buen hogar y la cuidarán bien. Sanford Compton es rico y tiene poder en su comunidad.

—No me importa lo rico que sea, señor Updike. Christie es mi hija y quiero que me la devuelvan —dije, irritada—. Creí que se lo había explicado todo a los Compton —continué sin disimular mi enfado. Si tenía intención de seguir siendo el abogado de la familia, tendría que satisfacerme ahora que yo era la principal accionista y propietaria del hotel.

—No entré en detalles con ellos —admitió—. Simplemente intentaba proteger el

apellido Cutler. Te puedes imaginar lo contentos que se pondrían los periódicos si se enterasen de una historia como ésta, y, además, eso podría perjudicar al hotel.

—Señor Updike —dije, apretando fuertemente los dientes—, si no me devuelven a Christie y pronto, yo misma iré a los periódicos con la historia.

—Entiendo —dijo—. Simplemente quiero que entiendas el riesgo que se corre. Piensa en tu asunto con aquel hombre mayor, en tu embarazo fuera del matrimonio, en tu...

—Sé perfectamente lo que he hecho y lo que ha ocurrido, señor Updike. Mi hija me importa mucho más que todo eso. Si no puede ayudarme y hacerlo rápidamente, me buscaré otro abogado —dije, sin reprimir ya el tono amenazador de mis palabras.

Updike se aclaró la garganta.

—Te ayudaré. Sólo quería que entendieras todas las facetas del problema —repuso a modo de explicación.

—¿Qué haremos ahora? —quise saber.

—Bueno, conozco algunas personas por ahí. Me pondré en contacto con ellas. Quizá podamos resolver el asunto en una vista cerrada con la única presencia del juez y las partes interesadas. Trabajare en ello y, con un poco de suerte...

—Entonces Jimmy y yo nos quedaremos aquí a la espera de que haga los preparativos —subrayé.

—De acuerdo. Os llamaré. ¿Dónde estáis?

Le di el nombre del lugar y el número de teléfono, repetí mi deseo de que el problema se resolviera con la mayor celeridad. Me prometió hacer todo lo posible.

Al día siguiente de mi llamada Updike se puso en contacto conmigo para informarnos que los Compton y su abogado estaban de acuerdo en celebrar una vista ante el juez Powell, de la corte suprema, que era amigo de los Compton y conocido del señor Updike.

—Si resulta que el señor Compton es tan poderoso por aquí y este juez es amigo suyo, ¿será una vista justa? —pregunté, preocupada.

—Bueno, no se trata de una vista muy habitual, sino de un favor que nos hace el juez —me explicó Updike—. Siempre estamos a tiempo de recurrir si no quedamos satisfechos con el resultado. A los Compton tampoco les apetece que el caso se haga público.

Me dio una dirección y la hora en que estábamos citados en el juzgado, y añadió que se reuniría con nosotros una hora antes. Era por la tarde. Me sentía tan nerviosa que a la hora de comer no pude probar bocado.

—Todo saldrá bien —me tranquilizaba Jimmy—. En cuanto todos conozcan la verdad, el asunto quedará resuelto.

—Oh, Jimmy, no estoy tan segura como tú, El señor Updike no hace más que repetir lo poderoso que es Sanford Compton y la influencia que tiene entre los

políticos y abogados, y no deja de recordarme los sórdidos detalles de mi vida pasada.

—Nada de eso importa —insistió Jimmy—. La verdad es la verdad, y Christie es hija tuya —dijo con una firmeza que me ayudó a recobrar un poco de confianza.

—Me alegra tanto que estés conmigo, Jimmy. Sería incapaz de hacer esto sola —le dije.

Extendió el brazo sobre la mesa en que comíamos en el restaurante y cubrió mi mano con la suya

No quisiera estar en ningún otro lugar mas que a tu lado, Dawn. Ahora y para siempre.

Quería besarlo allí mismo, pero estábamos rodeados de personas, todas bien vestidas y sofisticadas. Era un restaurante elegante y yo no quería hacer nada que pudiese llamar la atención y dar pie al cotilleo, Jimmy dijo que los acontecimientos me estaban convirtiendo ni una paranoica, pero yo no podía evitarlo. Se echó a reír y me hizo prometer que lo besaría cuando estuviéramos a solas.

La tarde de la vista era gris y algo fresca. El otoño se acercaba sigilosamente como un lobo antes de atacar un gallinero. Primero proyectaba su sombra. Los pájaros parecían inquietos; sus relojes biológicos se acercaban cada vez más al momento en que tendrían que partir hacia climas más cálidos. Negros nubarrones se cernían sobre nosotros y el viento iba en aumento. Las hojas marchitas caían de las ramas e iniciaban su lento descenso hacia el suelo, mientras que las demás presentaban ya los colores amarillentos del otoño.

El señor Updike se reunió con nosotros en la entrada del juzgado. Aun cuando debía de tener unos setenta años, su porte transmitía una fuerza y una autoridad características de hombres mucho más jóvenes. Su cabello blanco formaba una ligera onda que le caía sobre la frente. Caminaba erguido, sus hombros eran amplios y su pecho cuadrado. Cuando lo vi, el sonido de su voz, profunda y resonante, hizo que recuperara parte de la confianza que había perdido. Le dio la mano a Jimmy con firmeza y nos describió rápidamente cómo quería llevar las cosas.

—Dejad que hable yo hasta que el juez Powell os interrogue.

Asentí. En aquel mismo instante vimos a Sanford y Patricia Compton entrar en el edificio con su abogado. El señor Compton sostenía a su esposa por el codo como si hubiera que ayudarla a caminar. Tenía el pañuelo de encaje fuertemente apretado en el puño izquierdo. Cuando miró hacia nosotros, advertí el terror en su rostro. Un escalofrío me recorrió la espalda y sentí que se me helaba el corazón.

El abogado de los Compton era un hombre bajo y delgado pero con una voz sorprendentemente bella. Como compositora y cantante, no pudo dejar de llamarme la atención. Se llamaba Félix Humbrick, y en el momento en que se puso a hablar supe lo que nos esperaba.

Nos reunimos todos en la sala del juez, un despacho grande situado en el segundo piso. Tenía suelos de mármol y las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de volúmenes de textos legales. En la pared detrás del enorme escritorio de caoba se veían fotos enmarcadas del juez Powell dando la mano a políticos; en una, incluso aparecía en compañía del presidente. Todo ello le daba al despacho un severo aire de autoridad. Era como si se impusiese hablar en voz baja.

Los Compton y su abogado se sentaron a un lado de la habitación y nosotros al otro, con los dos abogados ocupando los sillones más cercanos al escritorio. El señor Compton se negaba a volver la cabeza hacia nosotros, pero de vez en cuando su esposa me miraba, los ojos vidriosos.

El juez Powell era un hombre adusto que contemplaba fijamente a su interlocutor como si quisiera hacer una radiografía del rostro de la persona y ver más allá de sus palabras. Desde luego, lo escudriñé en un intento por descubrir cuáles eran sus sentimientos, pero cuando inició la vista su cara se convirtió en una máscara —los labios casi inmóviles, los ojos inexpresivos simplemente reflejando lo que veía—. Ni siquiera arqueó las cejas. Estaba tan inmóvil como la estatua de la Justicia misma.

—Me gustaría dejar claro desde un principio —dijo el juez— que se trata de una vista informal solicitada y acordada por ambas partes, motivo por el cual no he pedido los servicios de una taquígrafa para tomar notas o grabar el proceso. Además, cualquier recomendación que pueda hacerles cuando finalice esta vista informal no será vinculante, ni tampoco podrá utilizarse como prueba o testimonio en ninguna vista formal que se lleve a cabo posteriormente. ¿Queda claro?

—Sí, su Señoría —contestó el señor Updike.

—Absolutamente claro, su Señoría —agregó Félix Humbrick.

—Tal como se ha acordado, empezaremos con el señor Humbrick —dijo el juez, y volvió su silla giratoria ligeramente para encarar directamente a Félix Humbrick. Jimmy me cogió la mano y le dio un suave apretón.

—Gracias, su Señoría. Como sabe, mis clientes, Sanford y Patricia Compton, estaban interesados en adoptar un bebé recién nacido. Obviamente, les preocupaba el pasado de la criatura y se alegraron al saber por medio de un amigo suyo que era inminente el nacimiento de un niño cuyo pasado era conocido. Este amigo, que ha pedido permanecer en el anonimato a menos que lo contrario sea absolutamente necesario, era íntimo de Lillian Cutler, la propietaria y encargada del «Hotel Cutler's Cove».

»La señora Cutler le había informado que su nieta había tenido una relación ilícita. En resumen, la había seducido un hombre mayor mientras asistía a la Universidad en Nueva York, como resultado de lo cual había quedado embarazada.

»Tanto la señora Cutler como su nieta querían, por razones obvias, que el asunto se llevara discretamente, de modo que la señora Cutler hizo los preparativos

necesarios para queda chica abandonase la Universidad y fuera a residir a casa de su hermana hasta que naciera el niño. La hermana de la señora Cutler es una comadrona con experiencia.

»A1 tener que hacer frente a la idea de tener un hijo siendo tan joven, y además fuera del matrimonio, y con la esperanza de poder continuar sus estudios de música, la nieta de la señora Cutler estuvo de acuerdo en dar a su hija en adopción. Firmó todos los documentos necesarios para ello, y entregó libremente a la niña al señor y la señora Compton después del parto.

»Los acontecimientos tuvieron lugar tal como los he expuesto. Los Compton aceptaron a la pequeña en su hogar, procedieron a dar todos los pasos necesarios para asegurar su bienestar y, naturalmente, se fueron forjando unos lazos emocionales entre ellos. Incluso le han dado a la niña el nombre de la difunta madre del señor Compton.

»Ahora, como su Señoría bien sabe, la nieta de la señora Cutler desea recuperar a la niña. Opinamos que su petición es poco razonable e incluso arbitraria; una violación de un contrato establecido de buena fe. De hecho, el contrato se estableció siguiendo los consejos de la familia Cutler, y ninguno de los pactos fue impugnado. Uno de estos dice así: “El señor y la señora Compton, domiciliados en el número doce de Hardy Drive, aceptan total responsabilidad por la salud y el bienestar de dicho bebé desde el día de su nacimiento y acuerdan no hacer ninguna exigencia adicional sobre la familia Cutler en lo referente a dicha criatura, con la cual la salud de ésta será de su total responsabilidad”.

»Subrayo lo de “total responsabilidad”, su Señoría, una condición en la que estuvieron completamente de acuerdo y que han asumido, y a cambio de la cual Dawn Cutler y la familia Cutler acordaron no hacer reclamación alguna ni investigaciones relativas al bebé.

»Todo esto está firmado, sellado y entregado —concluyó, y procedió a deslizar el documento sobre el escritorio.

El juez Powell lo hojeó rápidamente para ver las firmas y a continuación asintió con el rostro tan inexpresivo como siempre. Volvió la silla giratoria en dirección a nosotros.

—Señor Updike, exponga sus alegaciones.

—No impugnamos el contrato, su Señoría. Sin embargo, estamos hoy aquí presentes para presentar nuevos hechos, siendo el principal de ellos que Dawn Cutler no consintió a ello, ni tampoco era consciente de lo que estaba ocurriendo.

—¿No lo sabía?

—No, su Señoría —dijo el señor Updike. No podía ver la expresión de su cara, pero por el tono de su voz me di cuenta de que se sentía avergonzado.

—¿Preparó todos estos documentos sin hablar con la madre?

—Yo... sí, lo hice. Mi cliente me había asegurado que la madre estaba de acuerdo en todo. Dawn se encontraba fuera de la ciudad, viviendo en las circunstancias ya descritas. La señora Cutler me aseguró que tanto ella como Dawn y los padres de ésta consideraban que lo mejor para todos sería entregar el bebé en adopción.

—¿Y la firma que aparece en este documento? —preguntó el juez.

El señor Updike parecía cada vez más incómodo. Se acomodó en el sillón, se aclaró la garganta y dijo:

—Al parecer, está falsificada.

—¿Falsificada? —El juez parecía reaccionar por fin. Archeó ligeramente las cejas—. ¿Debo entender que no se molestó en compararla con otras?

—No tenía razón alguna para sospechar de nadie, su Señoría. Hace ya muchos años que soy el abogado de la familia Cutler y mi experiencia es que la señora Cutler siempre ha llevado sus asuntos con total honestidad.

—¿Su Señoría? —interrumpió Félix Humbrick.

—¿Sí?

—Tenemos otras muestras de la firma de Dawn Cutler aquí mismo, y son exactamente iguales. Nosotros opinamos que no se trata de una falsificación. —Entregó los documentos. El juez los estudió.

—Señor Updike, no soy un experto en grafología, pero parecen muy similares. —Entregó los documentos a nuestro abogado. El señor Updike los miró y a continuación se quitó las gafas, las dobló y se las metió en el bolsillo.

—Su Señoría, no tengo ni idea de cómo se cometió la falsificación, pero estoy absolutamente convencido de que esta firma es falsa —dijo.

—Entiendo —contestó el juez Powell—. ¿Sería tan amable de compartir su razonamiento con nosotros?

El señor Updike se volvió hacia mí. Por la expresión de mi rostro vio que quería que continuara y dijese todo lo que fuera necesario para recuperar a Christie.

—Su Señoría, cuando la señora Cutler falleció, salieron a la luz documentos según los cuales se desveló, dolorosamente, que Dawn Cutler no era su nieta.

Patricia Compton, que había estado mirando fijamente el suelo durante toda la conversación, levantó la cabeza de pronto y me estudió con renovado interés.

—Entiendo. Continúe —dijo el juez Powell.

—Aparentemente Dawn Cutler era la hija del marido de Lillian Cutler.

—¿Quiere decir que ella es su hija?

—No, su Señoría.

—Bien —dijo el juez Powell—. No hace falta entrar en más detalles.

—No lo entiendo —dijo enfadado Sanford Compton—. ¿Qué tiene que ver este espantoso comportamiento con el asunto que nos ocupa?

—El señor Updike está sugiriendo otro posible motivo detrás de las acciones de la

señora Cutler. Existe una clara historia de subterfugio y mentiras. Señorita Cutler — dijo el juez, volviéndose hacia mí. En el momento que lo hizo, mi corazón dio un brinco y se me enrojeció el rostro—. ¿Niega haber firmado estos papeles?

—Sí, señor.

—¿Qué pensaba hacer cuando naciera su hija? —preguntó con suavidad.

—No lo sé, su Señoría. Deseaba mucho a mi hija y me quedé totalmente perpleja al ver que me la habían quitado.

—¿La señora Cutler no le advirtió acerca de las dificultades a que tendría que enfrentarse convenciéndola así de que firmase estos documentos?

—No, señor. Después de abandonar Nueva York para ir a Los Prados no volví a ver a la abuela Cutler.

—¿Los Prados? —preguntó el juez, y miró al señor Updike.

—La casa de la hermana de la señora Cutler.

—Entiendo. ¿De modo que hasta que regresó desconocía la existencia del señor y la señora Compton?

—Así es, su Señoría.

—¿Por qué accedió a tener a su hija en secreto si no pensaba darla en adopción? —preguntó el juez.

—Su Señoría, no estaba en posición de desobedecer las exigencias o consejos de la abuela Cutler, pero nunca supe cuáles eran sus verdaderas intenciones. Claro, ahora comprendo por qué me odiaba y por qué no quería un hijo mío en su presencia.

—Entiendo. —El juez Powell apartó la mirada y se retrepó en su asiento. A continuación levantó la vista y miró a los Compton.

—Señor y señora Compton, la información que ha presentado el señor Updike crea definitivamente unas zonas grises. Si bien es cierto que al parecer tienen ustedes un contrato legal, hay razones válidas para impugnarlo. Cualquier vista formal obviamente tendrá en cuenta toda esta nueva información, y sospecho que el señor Updike sólo nos ha contado una parte.

»En definitiva, por muy desafortunado que sea, creo que deben tomar en consideración el ambiente enrarecido en que se discutirá el caso. No presagia un buen futuro para la niña incluso si prevalecen sus razones. —Se inclinó hacia delante—. Los medios de comunicación podrían convertir este caso en un verdadero circo.

La señora Compton empezó a sollozar. Sanford Compton asintió y a continuación abrazó a su mujer.

—No teníamos ni idea de las circunstancias —dijo con enfado.

—Claro que no —dijo el juez con tono tranquilizador. Volvió a reclinarsse—. Señor Humbrick, recomiendo, informalmente, por supuesto, que su cliente devuelva la niña a su madre.

—Consideraremos seriamente sus consejos, su Señoría —contestó Félix

Humbrick—. Sanford...

—Gracias, señor juez —dijo Sanford Compton. A continuación ayudó a su esposa a ponerse de pie, y salieron del despacho a medida que los sollozos de la señora Compton iban en aumento.

Félix Humbrick se levantó y se dirigió al señor Updike.

—¿Se queda en la ciudad?

—No pensaba hacerlo. ¿Quiere que lo llame a su despacho? ¿Cuánto tiempo necesita?

—Déme un par de horas —respondió Humbrick. Se dieron la mano, y éste salió tras los Compton.

El juez se puso de pie y nos miró a Jimmy y a mí. Al levantarme pensé que las piernas no me sostenían.

—Bueno —dijo el juez Powell— asuntos como éste son muy desagradables. Tiene muchas cosas que superar, jovencita, algunas no son culpa suya, pero de otras sí es responsable.

—Lo sé, su Señoría.

—Aparentemente ha encontrado a alguien que la apoya plenamente —dijo mirando con ojos picaros a Jimmy—. Sólo puedo desearle buena suerte de ahora en adelante.

—Gracias —contesté. Jimmy y yo nos dispusimos a marcharnos.

—Enseguida estaré con vosotros —dijo el señor Updike. Lo dejamos con el juez y nos dirigimos a la entrada. Vimos a Sanford Compton hablando acaloradamente con el señor Humbrick. Al parecer, Patricia ya había regresado al coche. Unos minutos después desaparecieron ellos también.

El señor Updike decidió que deberíamos regresar a nuestro hotel. Estaba tan nerviosa y asustada que casi no podía hablar ni caminar. Sentía un nudo en el estómago. El señor Updike nos decía continuamente lo mucho que lamentaba todo lo ocurrido y que actos como ése eran muy poco habituales en la abuela Cutler. Entendí que profesaba por ella un gran respeto y cuando la describió de joven casi deseé haberla conocido en circunstancias distintas.

Dos horas más tarde, el señor Updike llamó a Félix Humbrick, quien le informó que los Compton habían decidido capitular. Rompí en un llanto histérico de alegría. Incluso Jimmy tenía lágrimas en los ojos al abrazarme.

—Sanford Compton solicita que paséis lo antes posible a buscar a la niña. No quiere que su dolor y su agonía dure ni un minuto más de lo necesario —nos dijo el señor Updike.

—Claro —dijo Jimmy—. Iremos enseguida.

—Gracias, señor Updike —agregó—. Sé lo difícil que esto ha sido para usted.

Sospechaba que el juez Powell lo había reprendido por no asegurarse de que yo

estaba de acuerdo en todo el asunto. No era hombre de cometer errores. Pero en realidad la abuela Cutler también lo había engañado. Por razones que yo todavía no lograba entender, no parecía muy dispuesto a aceptarlo.

Algunas de las sombras y fantasmas que poblaban los armarios de la familia Cutler habían quedado desvelados, pero en el fondo de mi corazón sabía que quedaban aún muchos armarios por abrir.

Sanford Compton era un hombre distinto cuando Jimmy y yo llegamos a su casa a recoger a Christie. Permitted que Frazer nos abriese la puerta y nos recibió en la entrada, de pie junto a una caja que, según explicó, contenía cosas que había comprado para Christie.

—Algo de ropa, pañales, juguetes y la leche recomendada por nuestro pediatra. Aunque estoy seguro de que su propio médico puede que les recete algo distinto, esto les servirá por el momento. —Miró hacia atrás en dirección a la escalera—. Patricia llegará en cualquier momento con la niña.

—Llevaré esto al coche —dijo Jimmy, recogiendo la caja—. Gracias.

—Lamento mucho todo lo ocurrido —se excusó Sanford cuando él y yo nos encontramos a solas—. No fue nuestra intención hacerla sufrir.

—No, no. No deben culparse. No les contaron la verdad, eso es todo —dije.

—Si lo hubieran hecho, puede estar completamente segura de que las cosas no habrían llegado hasta este extremo —respondió mientras me dirigía una gélida mirada—. Su abuela, o la mujer que decía serlo, debe de haber sido una buena pieza.

No pude evitar reírme ante sus palabras, pero mi alegría fue efímera, ya que cuando levanté la vista vi a Patricia Compton bajando lentamente las escaleras con Christie en sus brazos. Mi corazón empezó a latir con fuerza, tanto a causa de la expectación como de la ansiedad, porque Patricia caminaba como si estuviera dormida. Daba la sensación de que podía desmayarse en cualquier momento y caer rodando, y con ella mi hija.

—Habría preferido ocuparme de todo esto —susurró Sanford—, pero ella ha insistido.

Me acerqué rápidamente para saludarla al pie de la escalera. Se detuvo antes de llegar abajo y me miró fijamente. Christie estaba envuelta en una manta rosa, la pequeña nariz y la barbilla apenas visibles. Patricia continuó mirándome en silencio. Sus ojos tristes y sus labios temblorosos impidieron que cogiese a Christie.

—Acaba de comer y está medio dormida —dijo por fin—. Siempre se duerme después de comer. A veces —Patricia sonrió— se duerme con la tetilla del biberón en la boca. Deja de chupar, cierra los ojos y se duerme placenteramente. Es una criaturita maravillosa.

Su mirada se posó en Sanford. Jimmy regresó y se acercó despacio.

—Entrégale su hija a la señorita Cutler, Patricia —dijo Sanford con suave firmeza.

—¿Qué? Ah, sí, sí. —Levantó a la niña hacia mí, y yo me acerqué a coger a Christie entre mis brazos. Cuando miré su pequeño rostro sentí que por fin la sombra que pesaba sobre mi corazón se levantaba, llenándome de alegría. Había olvidado lo rubio que era su cabello. Parecía una corona dorada.

—Gracias —dije, volviéndome hacia Patricia—. Siento mucho el dolor y el sufrimiento que les he causado.

Los labios de Patricia temblaron con mayor fuerza. Se le arrugó la barbilla y sus hombros empezaron a temblar.

—Patricia. Me lo prometiste —le advirtió Sanford.

Respiró profundamente y se presionó el pecho con los pequeños puños como para contener su tristeza.

—Lo siento —susurró.

—Será mejor que nos vayamos, Dawn —dijo Jimmy—. Nos queda un largo viaje de vuelta.

—Sí. Gracias por darme las cosas de la niña —dije dirigiéndome a Sanford. Asintió, pero advertí que también él trataba de reprimir las lágrimas.

Jimmy y yo salimos de la casa. En cuanto Frazer cerró la puerta detrás de nosotros oímos el gemido de Patricia Compton, y luego un grito fuerte y penetrante, el lamento de cualquier madre dejaría escapar si se llevasen a su hijo.

La pesada puerta se cerró rápidamente, dejando el grito de dolor atrapado dentro de la casa. Jimmy y yo nos alejamos a toda prisa, movidos por el horror de la pena de Patricia Compton. Ninguno de los dos pronunció palabra. Jimmy puso en marcha el motor y nos alejamos de allí. No pude evitar echarle una última mirada a la casa que podría haber sido el hogar de Christie. A continuación cerré los ojos y enterré la imagen en los armarios más profundos de mi memoria. Cuando volví a abrirlos miré detenidamente el rostro rosáceo de mi pequeña esperando mis besos.

DE REGRESO EN CUTLER'S COVE

Antes de que Jimmy y yo partiéramos hacia Saddle Creek le había pedido a la señora Boston que preparara la habitación situada frente a la *suite* de la abuela Cutler. Tenía dos grandes ventanas que daban sobre los terrenos del hotel, y me gustaba el papel pintado de color azul cielo. Existía otra habitación que había sido mi dormitorio, el de Philip, y el de Clara Sue, pero fue allí donde se había preparado mi secuestro. Por nada del mundo quería instalar a mi hija en aquel lugar.

Jimmy subió la caja de ropa y otros objetos que nos había dado Sanford Compton, y la señora acomodó todo en su lugar.

—Es bueno tener a un recién nacido aquí —dijo la señora Boston—. El nacimiento de un niño borra todas las sombras que deja la muerte cuando visita una casa. Y además es una niña muy guapa —admitió.

Le di las gracias. Había esperado que mamá saliese a ver a Christie, pero permaneció en su *suite* con la puerta cerrada sin dar muestras de advertir nuestra llegada.

En cuanto la señora Boston y yo dejamos a Christie durmiendo cómodamente en la cuna, sentí la mirada de alguien sobre mí y al volverme vi a Clara Sue apoyada contra el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados y en su rostro había una sonrisa socarrona.

—¿No te da vergüenza volver a traerla aquí? —preguntó en tono arrogante—. Al fin y al cabo, es una bastarda, igual que tú.

—Claro que no —dije—. Lo que ha ocurrido no la hace ni menos bella ni menos maravillosa. ¡Y que no vuelva a oír que la llamas bastarda!

—¿Qué vas a contarle cuando sea mayor y quiera saber quién es su verdadero padre? —replicó, intentando herirme con una pregunta odiosa.

—Cuando sea lo suficiente mayor para comprender, le contaré la verdad —dije—. No voy a educarla en un mundo lleno de mentiras como me ocurrió a mí.

—Todo esto es una asquerosidad y una vergüenza y la abuela jamás lo habría permitido. Es malo para la reputación del hotel —insistió.

Me di la vuelta, las manos fuertemente apretadas, y me dirigí hacia ella, mirándola tan fijamente que la odiosa sonrisa dio paso a una expresión de terror. A medida que yo avanzaba, Clara Sue retrocedía.

—Sólo te lo diré una vez, de modo que escúchame bien. No digas nunca, *nunca* nada que pueda llevar a pensar en Christie como algo malo. Lo único asqueroso y vergonzoso en este hotel eres tú. Mantente alejada de ella. ¡No quiero verte a su

alrededor! —chillé—. Y si oigo que hablas mal de mi hija, te arrancaré esos kilos que te sobran con mis propias manos —añadí, al tiempo que levantaba un puño.

Clara Sue me dedicó una última mirada de odio antes de huir.

En los días que siguieron, poco cambió. Realmente empecé a sentirme como una huérfana. Sabía ya que Randolph, quien siempre había estado muy distraído con sus tareas, había caído en una fuerte melancolía tras la muerte de la abuela Cutler. Él que hasta hacía bien poco había sido un hombre con una de las sonrisas más encantadoras y el más suave y sofisticado trato sureño, se pasaba ahora el día paseando tristemente por los terrenos del hotel, y sólo hablaba con alguien cuando resultaba totalmente imprescindible. Las ojeras iban en aumento, y su voz un leve susurro.

Había conocido pocos hombres que se preocuparan tanto por su aspecto como Randolph, pero ahora sus camisas y pantalones lucían arrugados, sus corbatas sucias y sus zapatos sin lustrar. Sabía que mi madre tenía que haberse dado cuenta de todo ello, pero evidentemente había elegido ignorarlo. Estaba segura que si alguien se lo mencionaba, se quejaría del estrés, se llevaría la mano a la frente y declararía que el tema era uno de aquellos «de los que no se debía hablar».

Con Clara Sue enfurruñada la mayor parte del tiempo, y Philip de mal humor porque no le dedicaba todo mi tiempo libre, el ambiente del hotel se hizo pesado y triste hasta el punto de que los huéspedes empezaron a quejarse. Todos ellos echaban de menos a la abuela Cutler, quien, no importaba lo que pudiera yo pensar, había creado una atmósfera elegante y encantadora para su clientela. Ahora todos ansiaban que el verano llegara a su fin.

Poco más de una semana después de nuestro regreso con Christie, Jimmy tenía que partir. Su permiso había acabado y debía volver al Ejército. Había permanecido a mi lado durante la mayor parte del caos y agonía que había experimentado en las últimas semanas, de modo que no podía evitar sentirme asustada y deprimida ante la perspectiva de su marcha. Una vez más me sentía abandonada. La partida fue muy triste para ambos. Nuestro último adiós tuvo lugar en la intimidad de su coche, delante del hotel.

Era un día gris, con nubes que amenazaban tormenta. Surgían amenazadoras sobre un océano que parecía un campo de cemento. En los terrenos del hotel, las hojas barridas por un fuerte viento caían y se esparcían por doquier. Parecía que saltaban locamente sobre los prados y el camino de entrada.

—No pongas esa cara tan triste —bromeó Jimmy—. Le llamaré siempre que pueda, y vendré en cuanto me den el próximo permiso.

—No puedo evitarlo, Jimmy. Éste es un hotel grande con mucha gente, pero no hay nadie para mí —dije. No podía impedir que las lágrimas brotaran de mis ojos.

Los ojos oscuros de Jimmy resplandecían.

—Estaba convencido de que ibas a sentirte así cuando me marchara. Lo sabía. Y

por tanto —dijo estirándose— tuve que adelantar mis planes.

—¿Adelantar tus planes? —sonreí a través de las lágrimas que empezaban a caer—. No lo entiendo. —Jimmy sonreía y permanecía inmóvil—. ¿Me lo vas a explicar?

—Por supuesto —contestó Jimmy. Hundió la mano en el bolsillo de su uniforme y extrajo algo en un puño cerrado. Esperé hasta que su mano llegara hasta mí y a continuación la abrió. Resplandeciente sobre su palma estaba el más bello diamante engarzado en un anillo de compromiso que jamás hubiera visto, y grande, además. Me quedé casi sin respiración y durante unos momentos me sentí incapaz de hablar.

—Jimmy ¿cuándo lo has comprado? ¿Por qué has comprado una cosa tan cara? —dije por fin, dando brincos en el asiento. Él se echó a reír y me colocó el anillo en el dedo.

—Lo compré en Europa —confesó— cuando estuve unos días en Ámsterdam. Allí es donde se encuentran las verdaderas gangas, ¿sabes? —añadió, orgulloso de los conocimientos mundanos que había adquirido durante sus viajes—. Claro que mis compañeros se reían de mí por ahorrar hasta el último centavo, pero... —me cogió de la mano y me miró fijamente a los ojos— ha valido la pena aunque sólo sea para contemplar la expresión de tu rostro y conseguir que de tu mirada desaparezca un poco de tristeza.

Yo sacudía la cabeza. Mi corazón latía con tal excitación que me resultaba difícil respirar. De hecho, me sentía un poco mareada, y durante unos segundos el coche pareció dar vueltas.

—¿Estás bien? —preguntó Jimmy cuando advirtió que estaba jadeando.

—Sí. Supongo que estoy... tan sorprendida. Oh, Jimmy —dije, y lo abracé. A continuación nos besamos como jamás lo habíamos hecho antes, aferrándonos el uno al otro. Yo lo retuve todo lo que pude. Después nos separamos y él me limpió las lágrimas de las mejillas suavemente con su pañuelo.

—Sólo piensa —dijo con aquella picardía que yo había aprendido a amar en sus ojos negros— que algún día pronto te convertiré en Dawn Longchamp.

—Exactamente. Oh, Jimmy, ¿no te parece divertido? Estoy impaciente.

Volvimos a besarnos, y entonces dijo que ya era hora de que se marchase.

—No les hace mucha gracia que lleguemos tarde. No es como un castigo en Emerson Peabody —dijo con una sonrisa—. Bueno, cuídate, y cuida de Christie —añadió.

Odiaba tener que salir del coche, pero era necesario que lo dejase ir. Bajó la ventanilla y nos besamos una última vez. Puso en marcha el coche y se alejó. Yo lo saludé con la mano hasta que desapareció en la curva.

El frío viento otoñal me levantaba el cabello haciendo que bailara sobre mi frente. Me protegí con los brazos y regresé al hotel. El anillo de compromiso que llevaba puesto me llenaba de alegría y esperanza.

La mezcla de excitación y tristeza al despedir a Jimmy me había dejado agotada y tenía ganas de estar en mi habitación junto a mi hijita. Subí las escaleras lentamente, sin pensar en nada, los ojos semicerrados. Cuando entré en el dormitorio me fui directamente a la cuna de Christie. Quería colocarla conmigo en la cama y abrazarla. Pero cuando me incliné para cogerla, vi que no estaba allí.

Durante un momento fui incapaz de entender lo que ocurría. Era como si mis ojos me estuvieran jugando una mala pasada. Incluso sonreí, incrédula. Cerré los ojos y los volví a abrir. No sirvió de nada. ¡Christie no estaba!

La señora Boston debe de habérsela llevado a algún sitio, pensé. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Eran algo más que latidos; era como si quisiera escaparse de mi pecho.

Respirar se me hizo casi imposible, y durante unos segundos permanecí allí, jadeando. A continuación me controlé, me obligué a mantener la calma y salí de mi cuarto en busca de la señora Boston. No estaba en su habitación. Finalmente la encontré en la cocina hablando con Nussbaum, el cocinero. Al verme, ambos se volvieron. Estaba segura de que mi rostro se veía sonrojado. Me quemaba la piel y casi no podía hablar.

—¿Qué ocurre, Dawn? —preguntó la señora Boston, advirtiendo mi mirada salvaje. No tenía a Christie en los brazos, aunque de todas formas jamás la habría llevado a la cocina.

—Christie... —tuve que tragar saliva antes de continuar— ha desaparecido —dije, y las lágrimas empezaron a fluir de mis ojos como una cascada.

—¿Qué dice? —preguntó Nussbaum.

—¿Desaparecido? —preguntó la señora Boston. Negó con la cabeza—. Debe de haber algún error.

—No, no es un error. No está en su cuna —exclamé.

—Vamos, vamos —dijo Nussbaum, abrazándome—. Estoy seguro de que no ha pasado nada. —Su mirada se posó ahora sobre la señora Boston, en cuyo rostro comenzó a reflejarse una profunda preocupación.

—Vamos —dijo decidida.

La seguí, recorrimos el pasillo a toda prisa y empezamos a subir las escaleras. Una vez más tuve que enfrentarme a una cuna vacía. La señora Boston sacudía la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. La dejé hace tan sólo veinte minutos. Estaba completamente dormida.

—¡Oh, no! —dije, incapaz ya de mantener el control. Christie había desaparecido. ¡Desaparecido!—. ¡Oh, no! —grité con tanta fuerza y de forma tan penetrante que mi madre salió de su *suite*.

—¿Qué ocurre? —exigió saber, dedicándome una mirada de irritación.

—Es la niña —contestó la señora Boston—. Ha desaparecido. Alguien se ha llevado a la niña.

Aquellas palabras convirtieron el rostro de mi madre en una máscara de horror. Se le contorsionó la boca, y a medida que sus ojos se abrían, parecían hundirse aún más en el cráneo. Había oído aquellas palabras anteriormente, claro, cuando me habían llevado a mí, sólo que en aquella ocasión tuvo que fingir. Fue como si hubiera entrado en la máquina del tiempo y lo estuviese reviviendo todo. Negó con la cabeza y retrocedió.

—No —dijo—. Debe de ser..., debe de ser un error. Esto no puede estar ocurriendo. Otra vez no. No lo puedo soportar. ¿Por qué no puede haber un poco de felicidad en este maldito lugar? —murmuró y salió corriendo de la habitación.

—¡Busquemos ayuda! —dijo la señora Boston.

No podía dejar de temblar. Jimmy acababa de marcharse, justo cuando más lo necesitaba. ¡Oh!, por favor, por favor, Dios, no dejes que Christie desaparezca. Otra vez no. Que no tenga el mismo destino que yo. ¿Era posible que mi madre estuviera en lo cierto? ¿Acaso era ése un lugar maldito? Parecía una broma cruel que el destino nos jugaba una y otra vez. Reprimí las lágrimas y seguí a la señora Boston. Bajamos a toda velocidad a la recepción y congregamos a todos los empleados.

—Alguien se ha llevado a Christie de su cuna —anunció—. Necesitamos que todos empecéis a buscar.

Todos se quedaron perplejos y preocupados. Los botones y los recepcionistas pusieron manos a la obra. Los empleados del comedor que estaban descansando en la recepción se ocuparon del exterior. A medida que se enteraban, más y más personas se unían a la búsqueda, hasta que estuvo incluido casi todo el personal del hotel.

Philip, que había estado en la sala de juego jugando al póquer con algunos de los empleados, vino corriendo.

—¿De verdad que ha desaparecido? —preguntó.

Sólo fui capaz de asentir con la cabeza. Me senté en un sillón cubriéndome con los brazos, pensando que si no me sostenía, me caería en pedazos. Las náuseas eran tan fuertes que tenía la sensación de que vomitaría en cualquier momento. Mi garganta estaba tan agarrotada que tragar me resultaba imposible. Me veía obligada a cerrar los ojos y hacer un esfuerzo por respirar. Las doncellas, los recepcionistas, la señora Boston, todos intentaron tranquilizarme.

Finalmente oímos a alguien chillar al otro lado del vestíbulo. Era una de las doncellas.

—*La niña ha aparecido* —gritó.

—Christie. *Christie* —llamé, y de alguna manera encontré las fuerzas suficientes para ponerme de pie. Al caminar por el vestíbulo era como si flotara. Minutos después Millie Francis, la mujer encargada de la lavandería, vino por el pasillo con

Christie en brazos.

—¿Está bien? —pregunté.

—Estupendamente —dijo Millie. Me entregó a la niña con mucho cuidado. Christie tenía los ojos muy abiertos. Su rostro denotaba sorpresa y curiosidad mientras yo la sostenía con fuerza, sin querer pensar en lo que habría hecho si no la hubiese encontrado.

—¿Dónde estaba? —pregunté.

—Casi no la vi. Es una niña tan buena. Estaba tan quietecita.

—¿Dónde? —pregunté rápidamente.

—En la lavandería, en uno de los cestos, encima de una pila de toallas —contestó. Todos se miraron sorprendidos.

—¿Cómo puede haber llegado hasta allí, y quién la metería en un cesto? —preguntó la señora Bradly, una de las recepcionistas más antiguas.

—Si lo ha hecho alguien es una broma de muy mal gusto —agregó uno de los botones.

—Gracias —dije, volviéndome hacia todos ellos—. Gracias a todos por ayudarme.

—No parece que se haya asustado mucho —me aseguró la señora Boston.

De inmediato subimos a Christie a mi habitación y la observamos más detalladamente. No había una sola marca en todo su cuerpo, y parecía estar muy despierta y contenta.

—¿Quién querría hacer una cosa así? —se preguntó en voz alta la señora Boston.

Poco después apareció Clara Sue en la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro—. ¿Me he perdido la diversión?

—¿Dónde ha estado? —preguntó la señora Boston, entrecerrando los ojos a modo de sospecha.

—Me quedé dormida mientras escuchaba música —contestó con gran tranquilidad Clara Sue.

—Yo no he oído música —dijo la señora Boston.

—¿Y quién ha dicho que no estás un poco sorda? —replicó Clara Sue antes de volver a sonreír. A continuación se volvió hacia mí y le resplandecieron los ojos de maldad—. Puse la música mientras Christie dormía la siesta, y a ella no le ha molestado en absoluto. Es un bebé tan bueno, ¿verdad, Dawn? —con aquellas palabras se marchó.

La señora Boston y yo nos miramos, el rostro de ella estaba contorsionado de irritación.

—De ahora en adelante, señora Boston, no quiero que entre en mi habitación y que nunca se acerque a Christie —dije contundentemente.

—Amén a eso —respondió.

Aquella noche Christie durmió conmigo en la cama. Los acontecimientos de esa tarde me habían dejado tan asustada que tardé horas en dejar de temblar. A cada momento me aseguraba que Christie estaba bien, y cuando me dormía, despertaba de golpe al cabo de pocas horas y miraba a mi hija para ver si se encontraba bien. Por fin, cuando empezó a amanecer, caí en un sueño profundo. Como si fuera consciente de cuánto lo necesitaba, Christie no se puso a llorar a la hora del desayuno, y fue la señora Boston quien me despertó a la mañana siguiente.

Me despecé lo mejor que pude y cuando me levanté para prepararle el biberón a Christie, apareció la señora Boston trayendo uno.

—Pensé que ya era hora —dijo.

—Qué amable, señora Boston. Gracias —dije, y cogí a Christie en brazos. Después me senté en la mecedora y le di de comer. Pensé que tenía los ojos de Michael, pero que la nariz y la boca eran mías. Juntó los pequeños dedos formando puños y abrió los ojos para mirarme. Pensé que con la boca formaba una O silenciosa y aquello me hizo reír. Cuando chupaba tenía la mirada fija en mi rostro y no movía los ojos para nada.

Parecía que hubiese pasado mucho tiempo, que hubiera sido en otra vida cuando Mamá Longchamp había dado a luz a Fern, y yo tuve que cuidarla porque mamá estaba débil y enferma; pero en cuanto me puse a cuidar a Christie, todo lo que sabía y había aprendido acerca de los bebés volvió a mí de inmediato.

Estaba tan extasiada y concentrada en mi hija que no oí que mi madre entraba en la habitación, ni tampoco que ya no estaba la señora Boston.

—¡Dios mío! —se quejó—, ¿qué fue todo aquel jaleo ayer por la tarde? ¿Fue un sueño?

—No fue un sueño, mamá. Me temo que Clara Sue nos gastó una broma pesada. Cogió a Christie y la metió en un cesto de la lavandería. Claro, ella lo niega, pero estoy segura de que lo hizo.

Mi madre negó con la cabeza como si mis palabras la confundieran. Parecía drogada de sueño. Me costaba creer lo poco que se cuidaba. Su aspecto físico siempre había sido tan importante para ella, incluso cuando se suponía que sufría de alguna terrible enfermedad. Nunca la vi fuera o dentro de la cama sin estar perfectamente maquillada y con el cabello cepillado y arreglado. Y siempre llevaba, puesta alguna joya.

Ahí estaba ahora, vistiendo una de sus batas más viejas y raídas, el cabello sin cepillar, sin joyas ni maquillaje, y la cara pálida a más no poder. Incluso los labios habían perdido su color. Agitó la cabeza y entró en la habitación. A continuación hizo una mueca.

—¿No te sientes ridícula? —preguntó.

—¿Ridícula? ¿Por qué iba a sentirme ridícula, mamá?

—Ahí sentada con un bebé en brazos, soltera y con tantas responsabilidades como tienes. —Suspiró profundamente—. Ojalá me hubieras escuchado antes de ir a buscarla. Su verdadero padre os ha abandonado a las dos, y tú todavía eres tan joven —sermoneó—. A pesar de la forma en que la abuela Cutler llevó a cabo los asuntos, tomó la decisión correcta en su momento. La pequeña estaba con una familia excelente. Ahora tú estás totalmente atrapada.

—Es típico de ti decir una cosa así, mamá —respondí fríamente, al tiempo que fijaba mis ojos en los suyos para que no pudiera apartar la mirada—. Christie no es una carga. Es mi hija, y la quiero con todo mi corazón. Es lo que más me importa, y haría cualquier cosa por ella. ¿Crees que para todo el mundo es tan fácil abandonar a un hijo como lo fue para ti? Eras egoísta y sigues siéndolo. TÚ, TÚ, TÚ. ¡Nunca has pensado en otra cosa que en ti misma! Pues bien, yo considero a Christie una bendición, y si alguien es una carga aquí, eres tú —dije casi escupiéndole las palabras.

Me miró fijamente, y a continuación parpadeó y sonrió de aquella forma tan infantil que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Me niego a discutir contigo, Dawn. Ni ahora, ni nunca. Piensa y haz lo que quieras. Sólo te estoy dando los mejores consejos que puedo. Si no quieres seguirlos, no lo hagas. —Muy a su pesar, miró a Christie—. Lo más terrible de todo esto —murmuró— es que me has convertido en abuela antes de tiempo. Bueno —dijo, retrocediendo y cruzando los brazos firmemente bajo su leve seno—, puedes estar segura que no permitiré que nadie me llame abuela Cutler.

—Haz lo que quieras —dije—. Créeme, tú te lo pierdes.

—¿Perdémelo? —Me dirigió una sonrisa burlona—. ¿Perderme qué? ¿Dar de comer a un bebé que eructa y ensucia los pañales? Ya he tenido suficiente, gracias —dijo.

—Si nunca has hecho nada, mamá. O tenías una tata, o una enfermera o..., o abandonabas a tu hija —dije enfáticamente.

—Vamos, hazme daño —dijo, y su barbilla comenzó a temblar—, acaba de hundirme. Te da placer, ¿verdad? Nunca me perdonarás lo que hice, por mucho que me disculpe. Supongo que no he sufrido lo suficiente como para complacerte. Nadie se da cuenta de los sacrificios que he hecho y que continúo haciendo.

—Mamá, no sabes lo ridículo que suena eso —dije. Volví a acostar a Christie en la cuna después de su eructo. A mamá le sorprendió mi habilidad. Se limpió dos lágrimas de las mejillas. De pronto se le iluminó la cara.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalándome.

—¿Qué? —Realmente no sabía a qué se estaba refiriendo... Algo en la cara, mi

ropa... Me había olvidado de que llevaba el anillo.

—El anillo. Parece un anillo de compromiso.

—Pues eso es lo que es. Jimmy y yo estamos formalmente comprometidos —dije con orgullo.

—¡Oh, no! —Se puso la mano sobre la frente y se pasó la palma por el cabello mientras negaba con la cabeza—. Eres más imbécil de lo que pensaba. ¿Realmente vas a casarte con ese chico, un soldado sin un centavo y un nombre que no conlleva ningún honor ni posición social? ¿Cuándo vas a empezar a escucharme?

—Jimmy y yo nos queremos, mamá. Hemos pasado muchas cosas juntos, y...

—Amor. —Eché la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada—. Es una palabra tan ridícula. Una idea romántica inventada en las novelas, pero que nada tiene que ver con la vida real. Ama a alguien que pueda darte lo que necesitas y te mereces. En realidad, el amor sólo es la satisfacción de una necesidad. Créeme —dijo, asintiendo—, hablo por experiencia.

—Eso es, mamá. Tu experiencia, no la mía —dije enfáticamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extendiendo los brazos—. Ahora eres la propietaria del «Cutler's Cove». De la noche a la mañana has ganado una posición, poder y dinero. Tendrás una docena de pretendientes respetables y decentes haciendo cola. Los jóvenes más ricos e importantes te harán la corte, como solían hacérmela a mí en otros tiempos. Los tendrás a todos en tus manos. Todos te inundarán de regalos caros y te harán promesas imposibles. Y después, cuando finalmente tengas que elegir, podrás hacerlo entre la flor y nata —prometió.

—Eso no es lo que quiero, mamá. Ya te lo he dicho, Jimmy y yo nos queremos. Todo lo demás, posición social, poder, riqueza, no nos interesa siempre que nos tengamos el uno al otro. Me entristece que seas incapaz de entender lo importante que es para mí. Tú no tienes a nadie a quien amar más que a ti misma, y creo que estos días no te gustas mucho, ¿verdad, mamá?

—Eres una mujer muy cruel, Dawn —dijo mi madre, y entrecerró los ojos—. No sabes lo mucho que has heredado de tu verdadero padre.

—¿Cuánto he heredado, mamá? Cuéntamelo —dije. Quería que me hablara de él y de lo que había ocurrido. Pero no quiso seguir.

—Estoy cansada y asqueada —dijo—. Haz lo que quieras —murmuró—. Haz lo que quieras.

Regreso, a su habitación, cerró las puertas aislándose para continuar con su autocompasión. Al parecer, lo único que había hecho yo era darle más motivos para su conducta.

Tan pronto como Philip regresó a la Universidad y Clara Sue al colegio, yo también inicié mi educación. Poco después de la muerte de la abuela Cutler y la lectura de los

testamentos, el señor Updike y el señor Dorfman, el administrador del hotel, idearon un plan para continuar llevando lo mejor posible el negocio durante el tiempo que el señor Updike denominaba «la transición». Sabía que aquello significaba el tiempo que yo necesitaría para aprender y madurar lo suficiente como para asumir verdaderas responsabilidades.

El señor Dorfman era un hombre pequeño y calvo con gafas como culos de botella. A pesar de ser un administrador competente, se sentía muy incómodo cuando hablaba con alguien. Me pareció un hombre tímido al que no le gustaba mirar directa ni indirectamente a las personas con las que conversaba. Mantenía la mirada fija sobre su escritorio o los documentos que sostenía entre las manos. Era casi como si acabase de entrar y estuviera escuchando una conversación entre él mismo y alguna otra persona invisible.

—Bueno, me temo que las noticias que tengo para darle no son buenas —dijo apenas nos conocimos—. He hecho una evaluación completa del activo y pasivo del hotel. Supongo que sabrá que el hotel tiene una fuerte hipoteca, y que durante todos estos años la señora Cutler sólo conseguía pagar los intereses de la misma.

Negué con la cabeza sin poder disimular mi confusión. Pero en vez de impacientarse conmigo, al señor Dorfman pareció agradaarle el hecho de que supiera poco de aquellos asuntos. A continuación procedió a explicarme a qué se debían las hipotecas, qué intereses se pagaba por ellas y la importancia que todo ello tenía para el hotel.

—De modo que podría decirse que somos casi mendigos —concluí sorprendida.

—No, no —dijo sonriendo por primera vez, si aquel leve gesto en la comisura de los labios podía llegar a describirse como una sonrisa—. La mayoría de grandes propietarios tienen fuertes hipotecas. No significa que sean mendigos. Al contrario. El negocio este da trabajo a muchas, muchas personas, y el valor de la propiedad es muy alto. Durante algunos años, como verá, el hotel ha sido rentable, y algunos otros, los últimos tres, para ser más exactos, se han cubierto los gastos. Quizá se haya obtenido un pequeño beneficio —añadió, como si quisiera que me sintiese mejor.

—Pero si liquidásemos la hipoteca nos quedaríamos sin beneficio alguno —dije.

—No tiene por qué pagar la hipoteca. El Banco ya se contenta con cobrar los intereses, que son considerables.

No tienen ningún deseo de convertirse en propietarios de un hotel, créame.

—Todo esto sigue siendo muy complicado para mí —declaré.

—Con el tiempo llegará a entenderlo tan bien como yo. Me he tomado la libertad de preparar una serie de documentos para que pueda estudiarlo. Léalo todo con cuidado, especialmente en lo que se refiere a los gastos del establecimiento, después volveremos a hablar. No es muy complicado —prometió, y me entregó un grueso legajo de papeles que incluían estudios que se remontaban a veinte años atrás.

Realmente, iba a ser como volver al colegio, pensé.

—¿Qué piensa Randolph de todo esto? —pregunté, reclinándome en la silla. Quizá fuera mejor convertirse en un socio comanditario y dejar que Randolph asumiera la mayor parte de la responsabilidad. El señor Dorfman arqueó sus espesas cejas.

—¡Oh!, pensé que el señor Updike ya se lo había explicado... Es decir, supuse...

—¿Que me ha explicado qué? —exigí saber.

El señor Dorfman se agitó nerviosamente durante un instante y a continuación me miró a los ojos por primera vez desde que llegué.

—El señor Randolph —dijo con tranquilidad— es completamente incapaz de asumir cualquier responsabilidad desde hace ya tiempo, incluso antes del fallecimiento de la señora Cutler. Usted ya sabe mucho más acerca del hotel que él —añadió, dejándome completamente atónita.

—¿Qué? Estoy de acuerdo en que a veces se comporta de modo algo extraño y que hace cosas que no parecen muy importantes, pero...

—La señora Cutler nunca le cedió ninguna verdadera responsabilidad, señorita Dawn. Incluso... nunca ha hecho ni siquiera un ingreso bancario —me reveló el señor Dorfman, y a continuación empezó a ojear una carpeta.

Me recliné y volví la cabeza de un lado a otro. Había abrigado la esperanza de depender de Randolph dejando que él se ocupara del hotel mientras yo me concentraba en cuidar a Christie. El legajo que descansaba sobre mi regazo me pareció ahora más pesado. Me sentía incapaz de hacer todo eso. Mi herencia no era una bendición sino una carga. Me avergonzaría si de alguna forma metiese la pata y todas las personas que trabajaban en el hotel llegaran a perder su empleo.

—Señor Dorfman, yo...

—Le aseguré que tiene a su servicio gente muy cualificada, señorita Dawn —dijo rápidamente el señor Dorfman—. Todos son muy eficaces. En ese aspecto la señora Cutler controlaba muy bien el asunto. Si no conseguía un buen beneficio algún año era a causa de la economía, y no por la forma en que llevaba los negocios o como se comportaban sus subordinados. Su filosofía era que no faltara nada ni que se desperdiciase nada. Mi trabajo es ayudarla a que las cosas continúen así —concluyó. Y a continuación, como si deseara añadirle algo al reto que se me presentaba, se reclinó y dijo—: Cuando la señora Cutler se casó con el señor Cutler, convirtiéndose en la encargada de este hotel, no era mucho mayor que usted.

—Sí, pero ella tenía al señor Cutler —repliqué.

El negó con la cabeza y jugueteó nerviosamente con la pluma que tenía entre los dedos.

—No me parece que sea hablar mal de los muertos si le digo que su padre, el padre de Randolph, no sabía gran cosa de hoteles. Mi padre era el administrador de

este lugar en aquella época, de modo que conozco bien la historia. Este hotel no se convirtió en nada realmente significativo hasta que no se hizo cargo de él la señora Cutler. Por tanto —continuó, deseoso de cambiar de tema—, siempre estaré a su disposición. Si no estoy aquí y me necesita para algo, cualquier cosa, tiene mi teléfono particular apuntado en los documentos que acabo de entregarle.

Me puse de pie, aturdida, le di las gracias al señor Dorfman y lentamente salí, caminando como una sonámbula por el pasillo. ¿Dónde iba? De pronto se me ocurrió que era hora de ocupar el despacho de la abuela Cutler.

Me detuve ante la puerta casi como si estuviese obligada a llamar. A continuación abrí lentamente la puerta y permanecí ahí largo rato. Mi corazón latía con fuerza, como si anticipase la milagrosa resurrección de mi abuela. Casi podía verla firmemente plantada y alta con su cabello azul acero perfectamente cortado y peinado. Estaba detrás de su escritorio, los hombros erguidos en la chaqueta de algodón azul que llevaba sobre la blusa de volantes. Me dirigió aquella mirada fría, y en mi imaginación casi pude oírle decir: «¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a entrar en mi despacho sin llamar?»

Miré a mi alrededor. El despacho revestido con paneles de madera seguía oliendo a lilas. Todo me recordaba a la abuela Cutler, cuya austera personalidad, se reflejaba tanto en los suelos de madera como en la alfombra azul tejida delante del sofá de zaraza del mismo color. El oscuro escritorio de caoba estaba tal como lo había dejado: las plumas en sus cajas, los papeles ordenadamente a un lado, un pequeño cuenco con caramelos en una esquina y el teléfono negro en la otra. Su bloque de memorandos estaba abierto en el centro de la mesa.

Firme y decidida, me dirigí finalmente hacia las cortinas parcialmente abiertas y tiré del cordón para abrirlas del todo. Los rayos del sol inundaron el despacho, haciendo desaparecer las sombras que cubrían su alto sillón de cuero rojo, los estantes y la lámpara de pie. Partículas de polvo bailaban en el ambiente. A continuación retrocedí y miré el retrato del abuelo Cutler, el hombre que, ahora lo sabía, era mi verdadero padre.

Aparentemente el retrato había sido pintado en ese mismo despacho, pues él aparecía sentado detrás del escritorio. De pronto, tuve la sensación de que me miraba de reojo, la cabeza ligeramente echada hacia delante, sus ojos azules fijos en mí. Al cruzar al otro lado de la habitación me pareció que el retrato me seguía con la mirada. Pensé que aunque el artista podía haber tenido instrucciones de captar el porte autoritario y distinguido de mi padre, por la forma en que había pintado sus labios me di cuenta de que había conseguido plasmar su encanto.

¿Qué clase de hombre había sido?, me pregunté. ¿Qué lo había llevado a ser mentiroso y libidinoso? ¿Por qué había violado a mi madre, si es que se trataba de una violación? ¿Qué clase de moralidad tenía si podía amar a la mujer de su hijo?

Evidentemente se había sentido algo culpable, porque había intentado reparar los daños dejándome su herencia y confesando sus pecados aunque sólo fuese después de muerto. Y había sido lo suficientemente compasivo como para preocuparse de cómo le afectaría a la abuela Cutler, dejando por tanto instrucciones de que nada fuese revelado hasta que ella también hubiera muerto.

Mientras observaba los ojos de mi padre —ojos sorprendentemente similares a los míos— me pregunté qué, aparte de ciertos atributos físicos, había heredado de ese hombre. ¿Me convertiría ahora en una persona tan ambiciosa como él? ¿Podría cumplir con las responsabilidades que habían caído sobre mí y convertirme en una buena administradora? ¿Tendría su encanto a la hora de complacer a los huéspedes? ¿Había sido él justo con los empleados y querido por ellos? ¿Lo sería yo? Me di cuenta de que estaba muy ansiosa por saber cosas de mi padre, y abrigué la esperanza de que los empleados que lo habían conocido me hablaran de él. Realmente no esperaba que mi madre me explicase nada que valiera la pena, y en lo que se refería a Randolph..., bueno, por lo que me habían contado y por lo que veía, Randolph no servía para mucho estos días.

Di la vuelta al escritorio y me senté en el sillón de la abuela Cutler. Desde esa nueva posición empecé a ver las cosas de forma más realista y natural. Era como si el estar sentada en su sillón y asumir su categoría me diese la confianza necesaria para continuar. El despacho no era tan grande como a mí me había parecido. Podía hacer muchas cosas para alegrarlo, pensé. Cambiaría la alfombra y los muebles. Y colgaría unos cuadros más alegres.

Me recliné. Casi pude sentir a la abuela Cutler detrás de mí, apretando los dientes y sacando humo por las orejas. Quizá pueda conseguirlo, pensé. Quizá pueda.

Entonces me di cuenta de la hora que era y me levanté de un salto para atender a Christie. Pero al pasar por la recepción, Patty, una de las doncellas más antiguas, me detuvo.

—Creo que será mejor que baje a la lavandería —me aconsejó, y asintió como si estuviera contándome algún secreto.

—¿Se ha roto algo? —pregunté con la idea de decirle que hablara con el señor Dorfman, pero ella negó vigorosamente con la cabeza.

—Será mejor que baje alguien —repitió, y me dejó allí, aturdida. Le pedí a la señora Boston que subiera a cuidar de Christie mientras yo bajaba al sótano del hotel, donde se encontraba la lavandería.

Al principio pensé que no había nadie, pero cuando entré en la sala de las lavadoras vi a Randolph en un rincón junto a una mesa que se utilizaba para doblar la ropa. Tenía docenas de vasos graduados alineados a cada lado de la mesa, y estaba utilizando la cuchara de medición —del tipo que se utiliza para medir la harina o el azúcar en la cocina—, sólo que él la usaba para poner jabón en polvo en los vasos. A

su lado había dos cajas de sendas marcas de jabón.

—Randolph —dije acercándome—, ¿qué estás haciendo?

No se volvió. Siguió sacando jabón en polvo cuidadosamente.

—¿Randolph? —Coloqué mi mano sobre su brazo, y él me dirigió una mirada salvaje con los ojos inyectados en sangre.

—Tengo razón en esto —dijo—. Me lo sospechaba, y tengo razón. —Volvió a concentrarse en el jabón.

—¿Razón en qué, Randolph? —pregunté.

Se detuvo y sonrió de forma irritante.

—La marca que tengo a la derecha es mucho más concentrada. Se necesita menos cantidad por cada kilo de ropa, aunque es más caro, ¿entiendes? Lo que esto significa es que podemos ahorrar mucho dinero comprando la marca cara. Se lo dije a mamá una vez. Se lo dije. Se limitó a negar con la cabeza, no me escuchó, estaba demasiado ocupada con otra cosa... cualquier cosa —dijo, agitando un brazo— pero yo tenía razón.

Me observó fijamente, los ojos aún más resplandecientes y la sonrisa todavía más irritante.

—Tenía razón.

—¿Realmente ahorraremos mucho, Randolph? Quiero decir, ¿vale la pena que hagas todo esto?

—¿Qué? —Volvió sus inexpresivos ojos azules hacia mí. Se comportaba como si no supiera quién era yo. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Lo siento —dijo—. Tengo que finalizar este estudio. Hablaré contigo más tarde, ¿de acuerdo? Gracias, gracias —murmuró, y volvió a la tarea de extraer jabón con mucho cuidado.

Lo observé durante unos minutos y a continuación salí rápidamente y me fui arriba. Mamá tiene que enterarse de esto, pensé.

Al llegar al rellano del primer piso me sorprendió el sonido de la risa de mi madre. Me acerqué lentamente ya que también advertía la voz de un hombre. Llamé suavemente a su puerta y entré.

—¿Sí? —dijo mi madre, irritada. Miré en el interior y la vi sentada en el sofá. En el sillón frente a ella había un hombre con las piernas cómodamente cruzadas; era guapo y distinguido.

Mamá vestía uno de sus suaves jerséis de angora azul y una falda de algodón haciendo juego. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros y unos largos pendientes de diamantes del mismo conjunto que la pulsera. Iba maquillada y se la veía más feliz y guapa que nunca.

—Oh, Dawn, me gustaría presentarte al señor Bronson Alcott, un querido, querido amigo mío —dijo sonriendo. Sus mejillas sonrosadas la hacían aún más

bella.

—De modo que ésta es la joven de la que tanto me han hablado —dijo Bronson Alcott, dedicándome toda su atención.

Era un hombre alto y delgado con un bigote moreno bajo una perfecta nariz romana. Llevaba el pelo bien cortado y sus mechones marrón claro resplandecían bajo la luz de la lámpara Tiffany. Sonrió, y sus brillantes y alegres ojos de color aguamarina se iluminaron.

—Hola —dije.

—Bronson es el presidente del Banco Nacional de Cutler's Cove —me explicó mi madre—. El Banco que tiene la hipoteca de este hotel —añadió enfáticamente.

—¡Oh! —Me volví de nuevo hacia él. Para ser banquero estaba sorprendentemente moreno. Sonreía divertido, como si estuviera a punto de guiñarme un ojo. Mantenía las largas y elegantes manos cruzadas sobre la rodilla. Aunque parecía un hombre de cuarenta y tantos años bien podría haber sido mayor.

—Me alegro de tener finalmente la oportunidad de conocerte, Dawn —dijo. Su voz era profunda y resonante, lo cual era un complemento a su sonrisa permanentemente sexy. Mamá parecía estar hipnotizada por cada una de sus palabras y cada uno de sus gestos. Se puso de pie y me extendió la mano. La cogí y el modo en que me miró de arriba abajo hizo que me sonrojase. Tardó en soltarme la mano.

—¿Es esto un anillo de compromiso? —preguntó, manteniendo mis dedos firmemente entre los suyos.

—Sí —contestó secamente mi madre—. Lo es.

—Enhorabuena. ¿Quién es el afortunado? —preguntó.

—Nadie que tú conozcas, Bronson —respondió mi madre antes de que pudiera hacerlo yo.

Él inclinó la cabeza a la vez que se suavizaba su sonrisa.

—¿Alguien de fuera de la ciudad? —quiso saber.

—Está fuera de la ciudad —contestó mamá, mientras empezaba a darle brillo a sus uñas—. Está en el Ejército.

—Se llama James Gary Longchamp —dije, al tiempo que dirigía a mi madre una mirada furibunda.

Me di cuenta de que Bronson no iba a sentarse hasta que lo hiciera yo. Era la quintaesencia de un caballero sureño que fácilmente hacía que todas las mujeres se sintieran un poco como Escarlata O'Hara. De mala gana me acomodé al lado de mi madre en el sofá, y él volvió al sillón.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Bronson.

—En cuanto Jimmy, quiero decir James, se licencie —contesté, retando de nuevo a mi madre. Ella emitió una risita breve y nerviosa y continuó sacándole brillo a las uñas.

—He intentado explicarle que no debe apresurarse tanto, que sería el centro de atención de todos los solteros distinguidos de Virginia, pero insiste en seguir adelante con el amor de su infancia —se quejó mamá.

—No seamos tan duros, Laura Sue —dijo Bronson—. Tú y yo tuvimos un romance de adolescentes, ¿lo has olvidado?

Mamá se sonrojó.

—Eso fue distinto, completamente distinto.

—Tu madre me rompió el corazón —dijo Bronson dirigiéndose a mí—. Nunca he conseguido perdonarla del todo. Pero sospecho que el mío no fue el único corazón roto en aquella época. Tenía una cola de pretendientes que llegaba de aquí a Boston.

Mamá se animó y su risa fue más ligera.

—No es difícil imaginarte haciendo lo mismo, Dawn —dijo Bronson, volviéndose hacia mí. Su mirada se detuvo unos instantes, y por el rabillo del ojo vi cómo mi madre se moría de envidia.

—En este momento no me interesa demasiado romper corazones, señor Alcott —contesté.

—¡Oh!, por favor, llámame Bronson. Tengo la esperanza de que llegaremos a ser buenos amigos además de compañeros de negocios —dijo, y me guiñó un ojo—. Lo cual me recuerda... —añadió. Luego extrajo una larga cadena de oro, consultó la hora en su reloj y se volvió hacia mi madre—. Tengo que marcharme. He abandonado mis responsabilidades en el Banco durante demasiado tiempo.

Se puso de pie y volvió a mirarme.

—Quizá tú y tu madre podáis venir un día a visitarme a Beulla Woods —dijo.

—Es la finca Alcott —explicó rápidamente mamá—. Es una casa magnífica al noroeste de Cutler's Cove.

Por la forma en que miró a Bronson mientras lo decía, tuve la impresión de que había estado allí muchas, muchas veces y que sería capaz de llegar allí incluso con los ojos tapados.

—Sí, quizá podamos ir todos un día —dije subrayando el «todos».

Bronson sonrió, y también mamá, aunque tímidamente. El me cogió la mano y la acercó a sus labios.

—Adiós. Fue un placer conocerte —dijo, mirándome con tanta intensidad que mi corazón empezó a latir con fuerza. Parecía querer memorizar todos y cada uno de los detalles de mi rostro. Finalmente se volvió hacia mi madre—. Laura Sue.

Ella se puso de pie y se abrazaron. Bronson le dio un beso en la mejilla, pero tan cerca de los labios que estuve segura de que los había rozado. Mamá me miró rápidamente y a continuación lanzó una nerviosa carcajada. Bronson hizo una reverencia y salió. Cuando miré a mamá advertí que estaba ruborizada. Daba la sensación de que su corazón latía aún con mayor fuerza que el mío.

—Santo cielo —dijo—, no imaginé que ponerme algo decente y recibir una visita llegaría a cansarme tanto. Me temo que tendré que descansar un rato, Dawn. — Empezó a dirigirse a su dormitorio.

—Espera, mamá. Vine a verte por otra cosa —dije.

Ella se detuvo con un gesto de impaciencia en el rostro.

—¿Qué pasa ahora, Dawn? —preguntó, evidentemente molesta.

—Se trata de Randolph. Me parece que no tiene muy buen aspecto, y hace cosas muy raras. —Le conté lo que había ocurrido en la lavandería. Ella negó con la cabeza.

—No hay nada nuevo en todo eso —dijo—. Randolph es Randolph —añadió, como si aquella explicación bastara para siempre.

—Pero, ¿no te parece que está peor? Quiero decir, ya no se preocupa de su aspecto físico, y...

—Oh, Dawn, ya se le pasará. Es simplemente su forma de llorar la muerte de su querida madre. Por favor, yo tengo ahora que preocuparme por mi salud.

—Sí —dije—, pero la tuya parece mejorar cuando te place —añadí con sarcasmo.

—Estoy demasiado cansada para todo esto —replicó—. Demasiado cansada.

Se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta rápidamente. Yo salí y me fui a mi habitación, donde encontré a la señora Boston meciendo a Christie en sus brazos mientras cantaba una nana. La imagen me hizo sonreír.

—¡Oh!, Dawn —dijo cuando advirtió que la estaba observando—. Estaba tratando de que se durmiese.

—Gracias, señora Boston. Ya sé que tiene bastante trabajo como para que además tenga que hacer el mío.

—¡Oh!, esto no lo considero trabajo, Dawn —contestó mientras colocaba cuidadosamente a Christie en la cuna—. ¿Se ha marchado ya la visita de su madre?

—Sí, acaba de irse —dije, advirtiendo cierta desaprobación en su tono y en su mirada—. ¿Lo conoce, señora Boston?

—Todo el mundo conoce al señor Alcott —dijo—. En una época, hace mucho tiempo, visitaba frecuentemente el hotel.

—¿De verdad?

—Sí. A su madre la visitaban muchos caballeros —dijo—, pero él fue el único que siguió viniendo una vez que ella se casara con Randolph.

—¿No está él casado? —pregunté. De repente me di cuenta de que no había visto que llevara ninguna alianza.

—¡Oh, no! Sigue siendo el soltero más cotizado de Cutler's Cove.

—Me pregunto por qué no se ha casado. Es un hombre muy guapo —dije. La señora Boston puso cara de estar al tanto de los rumores—. ¿Sabe usted por qué?

Se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo son las cosas en el hotel. La gente habla.

—¿Qué dicen, señora Boston? —insistí.

—Que su madre le rompió tan cruelmente el corazón que es incapaz de amar a cualquier otra mujer. Pero ya basta de charla —añadió rápidamente, irguiendo la espalda—. Tengo trabajo.

—Señora Boston —dije cuando empezaba a dirigirse a la puerta. Se volvió—. ¿Cuándo dejó el señor Alcott de visitar con frecuencia el hotel?

Ella apretó los labios como si no estuviera dispuesta a añadir más leña al fuego.

—Justo después de que naciera usted y se la llevaran —dijo—. Pero eso no quiere decir que dejaran de verse —añadió, y a continuación se mordió el labio inferior como para reprimirse las palabras—. No me convierta en una cotilla preguntándome más cosas.

Dio media vuelta y desapareció, dejándome con un montón de preguntas que me rondaban en la cabeza.

APRENDER EL OFICIO

En los meses que siguieron, Christie creció con celeridad. Los rasgos de su pequeño rostro se definieron cada vez más, al igual que su personalidad. Continuaba siendo una niña tranquila y feliz que sólo lloraba cuando tenía hambre o sus pañales estaban mojados, pero no exigía grandes atenciones, a pesar de que todos los empleados del hotel disfrutaban mimándola. Siempre que me acompañaba abajo las recepcionistas, las doncellas, e incluso las camareras se sentían atraídas por ella, dispuestos a cogerla en brazos o a pellizcarle las mejillas regordetas. Ella sonreía y les aporreaba la cara con sus pequeños puños rosados.

La curiosidad y su increíble percepción la mantenían ocupada. Cualquier cosa atraía su atención. Era feliz durante horas dando vueltas a un juguete, comprobando la firmeza y resiguiendo el contorno con las yemas de los dedos. Exploraba todo lo que tocaba, y cuando algo la hacía reír aplaudía y abría los ojos, mostrando una alegría por la vida que hacía que todos a su alrededor se sintieran bien. Christie conseguía que los días más grises parecieran soleados y cálidos.

Cuando la sentaba sobre mi regazo inevitablemente exploraba mi rostro con los dedos, tocándome la nariz, los labios y en ocasiones exclamando «¡Oooooh!». Si yo sonreía, ella sonreía. Si me detenía a reprenderla suavemente, se ponía seria y siempre escuchaba. A veces jugaba al escondite con ella, bajando la manta para descubrirme el cabello y la frente. Pero ella sólo se reía cuando me veía los ojos. Entonces explotaba de felicidad.

Para cuando tuvo nueve meses el cabello le llegaba a la base del cuello, y ya se le podía peinar. Era muy femenina, una pequeña dama, ansiosa de permanecer quieta cuando le cepillaban el pelo, feliz cuando la bañaban, y encantada con cualquier muestra de cariño. Si la señora Boston o yo cantábamos, permanecía quieta escuchando, los ojos fijos hasta el punto de dar la sensación de haber aprendido las canciones y estar esperando a que llegaran los trozos que conocía.

Le interesaba cualquier expresión musical, tanto nuestras canciones como la radio o los discos. Los juguetes musicales eran sus preferidos, y si lloraba por cualquier otra cosa que no fuera porque tenía hambre o estaba mojada, era para que accionara los juguetes. Todos sabían que tenía inclinación por la música, y cuando cumplió un año le regalaron libros musicales, juguetes que tocaban / canciones infantiles, flautas y un pequeño piano. Este era su juguete preferido. A todas horas le fascinaba su capacidad de producir sonidos melódicos.

Al principio intenté cuidar de Christie y al mismo tiempo aprender a llevar el

negocio, pero a medida que se acercaba la primavera y la actividad hotelera iba en aumento, decidí que necesitaba ayuda. Me enteré de que Sissy, la joven negra que había sido mi doncella cuando fui al hotel por primera vez hace años, volvía a necesitar trabajo. La abuela Cutler la había despedido por ayudarme a encontrar a la señora Dalton, la mujer que me había cuidado al nacer.

La señora Boston conocía bien a Sissy y a su madre, y pensó que sería la persona ideal para ocuparse de la niña. Sissy se sintió sobrecogida al enterarse de los cambios que habían tenido lugar en mi vida desde la última vez que nos viéramos. Ella no estaba muy cambiada. Nos sentamos y charlamos un rato, recordando. Me dijo que la señora Dalton había fallecido.

—Cuando la conocí era ya una mujer muy enferma —dije. Sissy asintió en silencio—. Lamenté mucho que la abuela Cutler te hubiera castigado por ayudarme, Sissy. Espero que eso no os causara grandes problemas a ti y a tu madre.

—No, hemos estado bien. Trabajé en unos grandes almacenes durante un tiempo, y allí es donde conocí a Clarence Potter.

Sissy le explicó que ella y Clarence estaban a punto de prometerse, y en cuanto hubieran ahorrado dinero suficiente se casarían.

—Pero me encantaría cuidar a Christie hasta entonces —subrayó.

Christie se quedó inmediatamente prendada de ella. Sissy era paciente y cariñosa y estaba casi tan encantada con todas las cosas nuevas que hacía Christie como yo misma. No podía esperar a bajar al despacho para contarme que Christie se había puesto de pie y que había dado un paso, y declaraba que con apenas once meses ya decía su nombre. Christie era un bebé precoz y se desarrolló con mayor velocidad que los niños normales. Tenía escasamente trece meses cuando le oí claramente decir «mamá». Entonces comencé a enseñarle otras palabras, y todos los que la oían pronunciar las sílabas comentaban que era muy inteligente. Una de las palabras que yo más ganas tenía que dijese era «papá». Abrigaba la esperanza de que cuando Jimmy consiguiera el próximo permiso y viniera al hotel, ella lo saludaría así.

No pasaba una semana sin que Jimmy llamase o escribiera cuando no podía encontrar un teléfono. Mis cartas eran como libros. Llenaba página tras página, primero describiendo todas las cosas que había hecho Christie, y a continuación mis actividades en el hotel. Estoy segura de que lo aburría a muerte con los detalles acerca de la contabilidad y las compras y las reuniones con el señor Dorfman, pero Jimmy nunca se quejaba.

—Todos tienen envidia de las cartas que recibo —me dijo por teléfono—. Algunos chicos no reciben nada de la familia.

En más de una ocasión Jimmy había tratado de conseguir un permiso, pero siempre surgía algo que se lo impedía. Al fin consiguió un fin de semana. Lo que no me dijo hasta que estuvo a punto de marcharse de nuevo es que se había ofrecido

voluntario para pasar seis meses en Panamá, vigilando el canal.

—El acuerdo es que si hago esto podré licenciarme seis semanas antes, de modo que pensé que valdría la pena —dijo. Mi barbilla comenzó a temblar. El me besó—. Eso significa que podremos casarnos seis semanas antes. ¿No te alegras?

—Sí, Jimmy —dije—. Pero no me gusta la idea de que te vayas tan lejos.

—Bueno... de todos modos tú estarás muy ocupada. El tiempo pasará rápidamente para los dos. En cualquier caso, podremos hacer planes definitivos, planes para la boda —señaló.

Sabía que tenía razón, y realmente pasamos un magnífico fin de semana. En el muelle había dos veleros y una lancha motora propiedad del hotel, y salimos a navegar. Ya casi era verano, de modo que hacía calor. Anclamos la lancha a una milla aproximadamente de la costa, y yo me di un baño mientras Jimmy pescaba. La señora Boston nos había preparado una cesta con comida. Nos pasamos todo el día fuera y vimos cómo el sol se ocultaba tras el horizonte, haciendo que el cielo se pusiera de color naranja y el mar de un azul oscuro. Nos quedamos en la lancha, Jimmy rodeó mis hombros con su brazo y dejamos que las olas nos mecieran mientras oteábamos la costa. El «Hotel Cutler's Cove» se divisaba sobre la colina.

—Todo esto es muy bonito —dijo Jimmy—. Estoy seguro de que seremos felices. Si no te conviertes en una de esas locas mujeres de negocios que trabajan, trabajan y trabajan a todas horas —añadió—. Me han hablado de ellas, y la abuela Cutler era así, por lo que me han contado.

—Yo nunca seré así, Jimmy.

—Sí, ahora lo prometes, pero en el poco tiempo que llevo aquí ya te he visto actuar; firmando esto, hablando con algún encargado de aquello, escuchando las quejas de éste y aquél; y sé que te gusta.

—Simplemente estoy intentando aprender todo lo rápidamente que pueda, cariño. Ya has visto el estado en el que está Randolph. No hace nada para ayudar a la marcha del hotel. Todo ha caído sobre el señor Dorfman, el señor Updike y yo —le expliqué—. Pero siempre tendré tiempo para ti.

—No hagas promesas que no vas a poder cumplir —dijo.

—No lo haré. Jimmy, me estás asustando. Basta ya. —El se echó a reír y me besó la punta de la nariz.

—De acuerdo. Aceptaremos las cosas tal como vengan, señora Longchamp —dijo.

Yo sonreí al oír sus palabras, y hablamos de la boda y la luna de miel. Jimmy quería que fuéramos a Cape Cod.

—En primavera ese lugar es precioso. Papá siempre hablaba de ir allá —dijo.

—Hablaba de ir a muchos sitios, Jimmy —le recordé. Papá Longchamp estaba lleno de sueños en aquellos días; sueños y esperanzas.

—Ya lo sé, pero ese lugar era mágico para él. Bueno, él y mamá nunca llegaron a ir, pero nosotros sí. ¿De acuerdo?

—Sí, Jimmy. Estoy impaciente.

Y era cierto, pero me concentré en el trabajo, y el tiempo pasó más aprisa. Aquel verano tanto Philip como Clara Sue fueron al extranjero en viaje de estudios. Me alegré de que Clara Sue no estuviera por allí; me sentía incapaz de perdonarle lo que le había hecho a Christie. Dejé bien claro que me había parecido una broma pesada y cruel. Por supuesto, ella seguía negando haber tenido algo que ver en el asunto. El otoño siguiente, cada vez que regresaba al hotel a pasar un fin de semana, no perdía ocasión de mofarse de mi próxima boda con Jimmy.

—¿Va a casarse vestido de uniforme? —preguntó un día en tono provocador—. Y dirá «Sí, señor» en vez de «sí, quiero».

Uno de sus pasatiempos preferidos era reírse de mi anillo de compromiso.

—Parece un trozo de cristal —solía decir—, pero estoy segura de que Jimbo estaba convencido de que era un diamante.

—No te atrevas a llamarlo Jimbo —le advertí, furiosa. Ella se retiraba el cabello de los hombros, se reía y desaparecía, satisfecha de haber conseguido irritarme.

Yo tenía la sensación de que se volvía más cruel cada día que pasaba, y me resultaba difícil aceptar el hecho de que compartiéramos parte de la sangre que corría por nuestras venas. Ciertamente, nuestros ojos y nuestro pelo tenían un color similar, y ambas éramos muy parecidas a nuestra madre, pero nuestras personalidades eran como la noche y el día. Además, Clara Sue continuaba luchando con los kilos. A pesar de que tenía un tipo más voluptuoso que yo, si no se cuidaba engordaba con facilidad. Era incapaz de controlarse cuando se trataba de dulces y estaba continuamente haciendo régimen. Nunca le faltaban admiradores del sexo opuesto, y dado su comportamiento promiscuo —eso me habían contado— tenía muchos pretendientes en el colegio.

Philip raramente volvía a casa. Las cosas le iban sumamente bien en la Universidad, aparecía en la lista del decano, era presidente del club de estudiantes y capitán del equipo de remo. En algunas ocasiones, cuando mamá decidía actuar como madre, me enseñaba a mí y a la señora Boston algunos de los recortes que aparecían sobre él en el periódico de la Universidad.

Ni Philip ni Clara Sue parecían preocupados o interesados en la degeneración física y el comportamiento cada vez más extraño de su padre. Intuía que para ambos era motivo de vergüenza. Intenté sacarlo de su depresión pidiéndole de vez en cuando que hiciera trabajos de verdad y consultándole problemas reales, pero rara vez completaba las tareas, y al final tenía que hacerlo otro.

El único momento en el que parecía animarse un poco era cuando Sissy o yo le llevábamos a Christie. Permitía que anduviera a gatas por su abarrotado despacho y

que lo tocase todo. A los catorce meses ya cogía las cosas y las mostraba preguntando «¿Queeé?». Todos sabíamos que quería decir «¿Qué es esto?». Randolph tenía mucha paciencia con ella. Intuí que le proporcionaba la única diversión de un día oscuro y aburrido. Contestaba siempre. Ella podía pasarse horas en su despacho interrogándole sobre todos y cada uno de los objetos, desde un pisapapeles hasta un pequeño trofeo de béisbol que había ganado en el colegio. El contestaba y le hablaba como si tuviera veinte años, explicándole la historia de todo, y Christie lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, el cuerpo inmóvil, escuchando como si entendiera.

El señor Dorfman había tenido razón al decir que el hotel funcionaba solo. Era como si la abuela Cutler hubiera tirado una pelota en el espacio y continuara volando con el ímpetu inicial. Evidentemente, todos los huéspedes me comentaban lo mucho que la echaban de menos. Yo tenía que fingir lo mismo. Lo que sí me interesaba y fascinaba era algunas de las historias que contaban. Algunos de ellos hacía más de treinta años que se hospedaban en el hotel.

A pesar del desagrado que me causaba, no podía evitar el sentirme intrigada, y a menudo pasaba horas revolviendo papeles en los archivos, leyendo cartas de algunos huéspedes y copias de cartas que ella había mandado, buscando pistas, para entender a la mujer que se presentaba tan odiosamente en mi mente incluso ahora, casi dos años después de su fallecimiento.

Nadie, a excepción de Randolph —ni siquiera la señora Boston— había entrado en la habitación de la abuela Cutler, situada en el ala familiar del hotel, después de su muerte. Sus cosas permanecían tal como ella las había dejado; sus vestidos colgaban de los armarios, sus joyas seguían en los estuches y sus perfumes y polvos sobre la cómoda. Yo no podía resistirme a la tentación de ir a mirar sus cosas, pero en cuanto estaba frente a la puerta del dormitorio sentía un escalofrío. Era como si estuviese fascinada con el diablo. Durante mucho tiempo evité hacerlo, hasta que un día empujé la puerta impulsivamente y me quedé sorprendida al descubrir que estaba cerrada con llave. Cuando le pregunté a la señora Boston, me contestó que Randolph así lo deseaba.

No quise averiguar más; tenía demasiadas preocupaciones ahora que debía asumir mayores responsabilidades en el funcionamiento del hotel. También los encargados empezaron a confiar más en mí, y a menudo venían a verme con sus problemas y preguntas. Un día el señor Dorfman entró en mi despacho para felicitarme por lo bien que había asumido mis tareas.

—He oído a los huéspedes hablar de ti —dijo—. Decían que eres una mujer muy cálida, muy personal y que te pareces mucho a tu abuela.

Lo miré fijamente, sin estar segura de que me agradara el piropo.

—Y los huéspedes de más edad están encantados de que les llesves a Christie para que los salude. Todos se sienten abuelos de la niña. Eso es muy agradable, además de

inteligente —añadió.

—A Christie le encanta la gente —expliqué—. No lo hago por el negocio.

—Eso es bueno. Actúas de modo muy natural. La señora Cutler se comportaba de la misma forma, no temía compartir su mundo personal con los huéspedes. En gran medida esto es lo que ha hecho que el lugar sea tan especial para ellos y que continúe siéndolo.

—¿Cómo nos van realmente las cosas ahora, señor Dorfman? —pregunté.

—Bien —dijo—. No estamos batiendo ningún récord, pero todo va funcionando. Enhorabuena —añadió—. Casi te has ganado el diploma de la Universidad de Cutler's Cove.

No pude evitar sonreír. Para que el señor Dorfman intentara hacer un chiste, tenía que ser algo muy especial. A pesar de lo que quería ser y del modo en que me habría gustado que marchasen las cosas, el hotel tenía la cualidad de apoderarse de uno. ¿Se trataba de otra parte del legado de la abuela Cutler, o simplemente era normal que eso ocurriese?

Miré el retrato de mi padre y una vez más sentí sus ojos posados en mí, sólo que ahora parecían estar llenos de regocijo, como si conociera el secreto y disfrutara con mi deseo de saber y descubrir las respuestas.

En cuanto Jimmy me comunicó la fecha en que iban a licenciarlo le informé a mi madre el día en que tendría lugar la boda. Apenas ella comprendió que Jimmy y yo realmente íbamos a casarnos, asumió los preparativos para la ceremonia ansiosa y alegremente, encontrando en ello una forma de distraerse ella y distraer a los demás de las vergonzosas revelaciones que se habían producido. Me sorprendió lo resistente que podía llegar a ser. A pesar de que a esas alturas sabía que la mayoría de los empleados del hotel y varias personas de Cutler's Cove conocían el secreto que se había desvelado en los testamentos, no se comportaba como una mujer que hubiera sufrido deshonra alguna. Por el contrario, se movía por el edificio como una princesa restablecida, especialmente desde que ya no estaba la abuela Cutler siguiéndola y aterrorizándola con la mirada y las palabras. Confiaba en que ninguno de los empleados se atreviera a reírse de ella en su presencia. Seguía creyendo que podía convertirse en la nueva reina de Cutler's Cove.

Pero para mí se había convertido en alguien a quien compadecer, aunque jamás había vestido con tanta elegancia ni había estado tan hermosa. Su cabello parecía más rubio y suave que nunca, y sus ojos cerúleos más cristalinos. La palidez de su rostro había dado lugar a una tez sonrosada del color de los melocotones. Con el aspecto de una animada muñeca de porcelana pintada a mano, se movía por el hotel charlando y repartiendo sonrisas. Era como si pensara que podía protegerse del cotilleo y de las miradas burlonas siendo más exuberante y alegre. Sorprendería al mundo con sus joyas y vestidos, su precioso cabello y su trato elegante.

Y en todo esto nada encajaba mejor en sus planes que hacer el papel de madre de la novia y preparar lo que ella había decidido sería la fiesta más atractiva de Cutler's Cove. Convirtió el salón de su *suite* en la sede central de los preparativos de la boda. Allí permanecía majestuosamente sentada en su sillón de zaraza azul con las pequeñas manos descansando sobre el pesado marco de caoba y comportándose como si fuese una reina. Recibía al servicio, a los comerciantes, a los fotógrafos, a los impresores y a los decoradores. Reunió a varios de ellos para que expusieran sus ideas, productos y precios y a continuación hizo su elección como un monarca que ordena decapitar a quienes ha rechazado. Una vez se había decidido por uno o por otro, los demás ya no tenían acceso a ella, ni siquiera por teléfono.

—¿Sabes, Dawn? —me dijo un día—, todavía tengo mi traje de novia, y con unos pequeños arreglos te iría como un guante. Me harías muy feliz si accedieras, a ponértelo. ¿Lo harás? Te aseguro que es muy elegante, incluso siguiendo la moda de hoy en día.

Era reacia a hacerlo, pero al fin accedí, sabiendo que la haría feliz. Aunque no le había perdonado del todo sus mentiras y debilidades, permití que planease la ceremonia y la recepción. Al fin y al cabo, tenía que admitir que sabía más de esas cosas que yo. Se había educado entre las clases altas. Sabía lo que se consideraba elegante; y conocía el protocolo, incluso el modo en que debían doblarse las servilletas.

Supongo que todo me parecía irreal hasta que me llamó a su *suite* y me enseñó el diseño de las invitaciones. La tarjeta tenía la forma de una catedral con las figuras del novio y la novia grabadas en relieve. Había decidido que el traje de novia blanco era un color elegante. Abrí la invitación y lentamente leí:

*El señor y la señora Randolph Boyse Cutler
cordialmente le invitan al enlace
de su hija Dawn con James Gary Longchamp
el sábado 26 de octubre a las 11 horas
en el «Hotel Cutler's Cove».
Seguirá una recepción.*

Mamá estudió mi rostro para ver cómo reaccionaba cuando leyese el nombre de Randolph, dando a entender que era mi padre. Confundido como estaba, el pobre Randolph probablemente seguía creyendo que lo era, pensé. Y él y madre pagaban la boda.

Durante las semanas anteriores a la boda mi madre se reunía prácticamente a diario con aquellos miembros del personal que se encargarían de los distintos aspectos del acontecimiento: Nussbaum, el chef, Norton Green, el *maitre*, el señor

Stanley, y otros. A menudo oía cómo se quejaban de la cantidad de veces que cambiaba de idea acerca de cosas como el aperitivo del cóctel o los platos de la cena para volver después a la idea original —en resumen—, lo mucho que la «pequeña señora Cutler» estaba complicando la vida de la gente.

Me divertía que incluso después de la desaparición de la abuela Cutler, los empleados siguieran refiriéndose a mi madre como la «pequeña señora Cutler». Nunca superaría la persistente sombra de la abuela en lo que a los empleados del hotel se refería, por muy extravagante que fuese su comportamiento.

Randolph resultó de poca o ninguna ayuda. No había llegado a recuperarse de la profunda melancolía que le produjo la muerte de su madre. Una noche, mientras pasaba por delante de la habitación de la abuela Cutler, tuve la sensación de oír un llanto y me detuve a escuchar. Estaba segura de que era Randolph, y llamé suavemente a la puerta. El llanto cesó, pero él no acudió a la puerta. Sin embargo, no me había dado cuenta de lo mal que estaban las cosas hasta que vino a verme un día.

Estaba trabajando en el despacho. Oí una suave llamada y al levantar la vista vi que Randolph abría tímidamente la puerta.

—¡Oh!, ya veo que estás aquí. ¿Estás ocupada? —preguntó.

—¿Ocupada? No —dije, sonriendo—. ¿Qué ocurre?

—¡Oh!, no es nada serio —dijo mientras entraba rápidamente sosteniendo una bolsa de papel—, pero he estado repasando esto una y otra vez, y tenías razón —dijo.

—¿Tenía razón? ¿A qué te refieres? —Me recliné en la silla con una sonrisa de confusión dibujada en mi rostro. Randolph parecía excitado como un niño pequeño cuando descubre en el ático un escondrijo para sus soldaditos de plomo.

Volcó la bolsa y dejó caer media docena de cajitas de clips.

—¿Que es esto? —pregunté cuando retrocedió sonriendo como si el mero hecho de vaciar la bolsa fuera un gran logro.

—Exactamente lo que habías dicho. Tenías razón en lo referente a aquella gente. Nos estafan en pequeñas cosas. Ya ves lo que he descubierto —dijo mientras señalaba las cajitas de clips—. Cada una de éstas debe de contener cien clips, pero de todas las cajas que he contado siempre faltan cinco o seis. ¡Cinco o seis! Y los pedimos por cajas. ¿Te das cuenta de cuántos clips nos roban?

—Randolph, yo nunca...

—Después de nuestra discusión del otro día, sabía que te alegraría saberlo —dijo.

—¿Discusión? —dije—. ¿Qué discusión? —Randolph ni siquiera parpadeó. En vez de eso empezó a meter las cajas en la bolsa de papel. A continuación la cerró y retrocedió, como un niño que acaba de deletrear la palabra más difícil del vocabulario. Intuí que esperaba que lo felicitase, pero no sabía qué decir.

—Randolph, lo siento, pero realmente no sé de qué estás hablando.

—Ah, sí, eso me recuerda... —dijo como si oyera palabras distintas—. He

empezado a repasar las cuentas del carnicero, y sospecho que quizá tengas razón en eso también. —Hundió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de recibos tan viejos que las puntas estaban amarillentas—. Los carniceros no nos han hecho la rebaja prometida.

—No sé exactamente en cuánto nos han estafado, pero me estoy ocupando del asunto. Tendré los números listos para el fin de semana. Después nos reuniremos con ellos, ¿de acuerdo? Muy bien. No te robaré más tiempo, mamá —dijo, y se dio la vuelta.

—¿Mamá?

Se detuvo en la puerta y se volvió.

—Te veré a la hora de cenar, mamá —añadió, y salió.

Me recliné en el sillón, aturdida. No se trataba simplemente de que no quisiera aceptar la muerte de la abuela Cutler; se imaginaba que seguía viva. ¡Pero mirarme a mí y confundirme con ella! ¿Era sólo porque estaba en su despacho sentada en su sillón? Resultaba espantoso, como si la abuela Cutler ejerciera sus poderes desde el mundo de los muertos influyendo en todos a través de sus viejas posesiones. Decidí que madre tenía que asumir que el problema de Randolph era muy serio.

Salí del despacho y crucé el vestíbulo para subir a la *suite* y hablar con ella. Randolph estaba de pie al lado de la recepción hablando con alguien cuando me vio cruzar el sector antiguo del hotel. Me saludó y se dirigió hacia mí. ¿Qué haría y diría ahora?, me pregunté. ¡Y delante de todos!

—Hola —dijo con un tono de voz mucho más distinto del que había utilizado en mi despacho—. Me dice Laure Sue que ya has fijado el día de la boda.

Me quedé mirándolo fijamente. Ahora me veía como era realmente. Pero, ¿cómo podía cambiar de modo tan dramático y rápido? Miré en dirección del despacho de la abuela Cutler. Sentí un escalofrío. ¿Realmente seguía su espíritu allí?

—¿No estás contenta? —preguntó Randolph al ver que no le respondía de inmediato.

—Sí —dije suavemente, pero no podía evitar sentirme asustada por la rapidez con que cambiaba la expresión de sus ojos, cerrando el paso de un sentimiento y abriéndolo a otro como si se tratara de un grito.

—Bien, bien. A mamá le encantan los grandes acontecimientos familiares. Seguro que será una boda como no ha habido otra. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Le he hecho promesas a mamá —dijo—. Promesas...

Lo observé mientras se dirigía a su despacho. A continuación fui de inmediato a la *suite* de mi madre, quien estaba reunida con el decorador. Quería hacer algo especial en nuestra sala de baile para la recepción que tendría lugar después de la ceremonia.

—Tengo que hablar contigo ahora mismo —le comuniqué—. Lo siento —le dije

al decorador—, pero se trata de un asunto de máxima urgencia.

—Claro. —El hombre recogió las muestras y se marchó rápidamente.

—¿Qué ocurre, Dawn? —preguntó mi madre con impaciencia en cuanto hubo salido el decorador—. Estaba en medio de algo muy importante, y hoy tengo muchas cosas que hacer.

—Estoy segura de que todo puede esperar. Mamá, ¿has visto la forma en que se comporta Randolph? ¿Por qué no te has ocupado de él?

—¡Oh!, eso —dijo levantando la mano—. ¿Qué puedo hacer? En cualquier caso ¿por qué preocuparse, y especialmente en medio de todo esto? —preguntó, abriendo los ojos de par en par.

—Porque está peor —repliqué. Le conté lo que acababa de ocurrir en el despacho de la abuela Cutler y todo lo que había dicho.

Ella suspiró.

—Se niega a aceptar la muerte de su madre o enfrentarse a ella. He hablado con él repetidas veces, pero no oye las palabras, o no quiere. —Apretó los labios y negó con la cabeza. A continuación suspiró—. En este momento vamos a tener que ignorarlo, Dawn. Pronto se dará cuenta.

—¿Ignorarlo? ¿Cómo puedes ignorarlo? Tendrías que obligarlo a ir al médico —sugerí.

—¿Para qué? Lo único que le ocurre es que echa de menos a su querida madre —dijo amargamente—. ¿Qué puede hacer un médico? No puede hacer que resucite. Gracias a Dios —añadió entre dientes.

—Bueno, algo habrá que hacer. Irá de mal en peor—insistí—. Los empleados pueden complacerlo durante un tiempo, pero no es natural, no es normal. Tiene unas ojeras terribles, y ha perdido tanto peso que la ropa le cuelga. No puedo creerme que no te hayas dado cuenta de lo serio que es todo esto.

—Con el tiempo se pondrá bien —contestó fríamente.

—No, no se pondrá bien —insistí. Estaba directamente frente a ella, las manos sobre las caderas.

—De acuerdo —dijo por fin cuando me negué a moverme—, si no se pone bien pronto, le pediré al doctor Madeo que lo visite. ¿Estás satisfecha?

—Diría que eres tú quien tiene que preocuparse, mamá. No es mi padre, pero es tu marido.

—¡Oh!, Dawn, por favor, no empieces otra vez con eso —rogó dramáticamente al tiempo que se llevaba la mano a la frente—. Tenemos tanto que hacer ahora. Por favor, dile al decorador que vuelva a entrar.

Me di cuenta de que no tenía sentido seguir con esa conversación. Cuando quería ser un avestruz y esconder la cabeza, lo conseguía. Sólo oía y veía lo que quería oír y ver. Así había sido durante toda su vida, y nada haría que cambiase. Asqueada, la dejé

preparando mi boda.

El señor Updike le proporcionó a mi madre una lista de personas a las que era importante invitar. Sutilmente, dejó claro que la boda sería mi presentación en sociedad. Debía ser formalmente presentada a la alta sociedad de Virginia. Mamá no dudó en utilizar sus propias palabras para subrayar la importancia de todo lo que había hecho y estaba haciendo. Los Cutler se habían ganado una infamia indeseada, y teníamos que demostrarle al mundo que seguíamos siendo una de las familias más elegantes y sofisticadas de Virginia. El hotel era, y siempre lo sería, el lugar deseado por los ricos y poderosos que conformaban el grueso de los invitados.

Jimmy y yo teníamos unos nombres que añadir. Envié una invitación a Trisha, mi mejor amiga en la Escuela Sarah Bernhardt, y le pedí que asistiera en calidad de dama de honor. Mandamos una invitación a Papá Longchamp, pero nos llamó en cuanto la recibió para decirnos que creía que no podría viajar porque su nueva esposa, Edwina, estaba de nuevo embarazada y tenía serios problemas de salud.

—¿Otra vez embarazada? —preguntó Jimmy. Era una sorpresa para ambos pensar en Papá Longchamp con toda una nueva esposa y una nueva familia. Aproximadamente un mes antes de que naciese Christie, Edwina había dado a luz a un chico al que habían puesto el nombre de Gavin—. Me hubiera gustado que fueras mi testigo, papá —le dijo.

—No me gusta hacer promesas, Jimmy —dijo Papá Longchamp—. Si puedo, iré, pero si Edwina no mejora antes, tendré que quedarme con ella. Lo entiendes, ¿verdad, hijo?

—Sí, papá —contestó Jimmy, pero después de colgar y contarme la conversación, vi que no lo entendía en absoluto. Ninguno de los dos entendía un mundo en el que habíamos crecido pensando que dos personas eran nuestros padres y nosotros hermano y hermana, sólo para descubrir que no era así. Ninguno de los dos entendía un mundo en el que ambos heredábamos familias nuevas casi de la noche a la mañana. Y ninguno de los dos podía olvidar a Mamá Longchamp y ver a Papá Longchamp con esposa e hijos nuevos. En ese aspecto supuse que no éramos muy diferentes a Randolph —aferrándonos a las cosas que amábamos y queríamos, bloqueando todos los cambios, en un esfuerzo por rechazarlos—. Sólo que no podíamos aislarnos en un mundo propio. Teníamos que seguir viviendo.

Un fin de semana, quince días antes de la boda, Philip regresó de la Universidad. Cuando llegó yo estaba arriba, poniéndole a Christie uno de sus trajes de marinerito.

—Pareces tener mucha práctica en esto —dijo Philip desde la puerta. No lo había oído llegar por el pasillo. Llevaba una americana azul marino, corbata a rayas y pantalones caqui con el alfiler de su club universitario en la solapa. Seguía bronceado gracias a sus actividades como remero, lo cual hacía que sus ojos azules fueran aún

más seductores.

—Tengo mucha experiencia, Philip. ¿Has visto a Randolph? —pregunté rápidamente.

—Todavía no. Mamá me contó todos los planes para la boda, y vine directamente para desearte suerte a ti y a Jimmy, y ver si te puedo ayudar en algo.

—¿Ayudarme? —Negué con la cabeza—. Deberías estar muy preocupado por tu padre —subrayé—. Se comporta de una forma muy extraña.

—Ya lo sé. Mamá me lo ha contado. ¿Puedo entrar? —preguntó. Seguía en el umbral de la puerta.

—Bueno —contesté, sin ocultar mi desagrado y desgana. Se colocó rápidamente a mi lado y miró a Christie.

—Hola, Christie —dijo.

Ella le devolvió la mirada mientras yo la peinaba. Christie tenía unos ojos inteligentes y curiosos y siempre observaba con detenimiento a la gente que no estaba acostumbrada a ver regularmente.

—Éste es Philip —dije—. ¿Sabes decir «Philip»?

—¿Habla? —preguntó sorprendido.

—Claro que habla. Tiene casi dos años, y no para de parlotear, cuando quiere. «Philip» —repetí. Christie negó con la cabeza—. Está jugando con nosotros —dije.

—Es muy guapa. Se parece a su madre —dijo Philip. Lo miré y a continuación llevé a Christie a su parque. En cuanto la acomodé se dirigió a su piano de juguete y empezó a tocar, mirando de vez en cuando para ver si a Philip le gustaba el concierto.

—Estupendo —dijo él, y comenzó a aplaudir. Ella se echó a reír y continuó.

—En serio, Philip —dije—, deberías insistir en que se hiciera algo por Randolph. Ha perdido mucho peso, tiene unas ojeras enormes, y no se cuida. Incluso va mal vestido, cosa poco característica en él. Siempre le ha preocupado su aspecto físico. Ahora finge que la abuela Cutler sigue viva. ¡Hasta me ha confundido con ella!

—Está sufriendo una depresión —dijo tranquilamente Philip, y se encogió de hombros—. Pronto se le pasará.

—No lo creo —dije, furiosa por su actitud—. Pero no voy a darte la lata.

—Te lo agradezco —dijo.

—Nunca cambiarás, Philip. Eres tan egoísta como mamá.

Se echó a reír.

—No he venido a discutir contigo, Dawn. No quiero volver a discutir contigo nunca más. Supongo que no podrás perdonarme por las cosas que te he hecho o dicho en el pasado, pero...

—No —dije tranquilamente—, no puedo.

—Pero espero recuperar tu... tu amistad, por lo menos. Ganármela —añadió—. De verdad.

Me volví para mirarlo. Parecía arrepentido. Había desaparecido la picardía de sus ojos y su boca era severa.

—¿Qué quieres, Philip? —pregunté.

—Otra oportunidad. La oportunidad de hacer algo fraternal, quizá. Para empezar, me gustaría formar parte de tu boda —dijo.

—¿Formar parte de mi boda? No lo entiendo. ¿Cómo?

—Bueno, mamá me contó que Ormand Longchamp no puede venir y ser el testigo de Jimmy. Me preguntaba... es decir, me gustaría serlo yo.

—¿Testigo?

—Lo consideraría un honor, claro —dijo con expresión sincera—. Sé que Jimmy no estará de acuerdo a menos que tú lo estés —añadió.

—Puede que así y todo no esté de acuerdo.

—Lo único que quiero es tener una relación familiar normal —dijo.

—¿Una relación normal? —Estuve a punto de echarme a reír—. Ni siquiera sé lo que eso significa.

—Sin embargo, me gustaría —insistió.

Lo estudié. ¿Estaba siendo verdaderamente sincero? Quizá también él se había cansado de las mentiras y los conflictos. Quizá también él deseaba tener el tipo de familia que tantas personas daban por sentado, algo que parecía estar fuera del alcance de los Cutler. Parecía mayor, más sabio, más tranquilo. Estaba segura de que la información que contenía el testamento lo había traumatizado también a él. Al fin y al cabo, había descubierto que su abuelo le había hecho el amor a su madre. No era una cosa de la que uno pudiera sentirse muy orgulloso. Los Cutler tenían un largo camino que recorrer si querían recuperar el respeto y la admiración del mundo en el que vivían. Quizá dependiera de nosotros, la siguiente generación.

—De acuerdo, Philip —dije—. Hablaré con Jimmy.

—Estupendo —dijo, y tomó asiento—. De modo que realmente te gusta el negocio del hotel, por lo que me cuentan.

—Todavía estoy aprendiendo, pero avanzo más y más cada día —respondí con orgullo.

—Cuando me gradúe tengo intención de volver y ayudarte a llevar este lugar. Tengo grandes ideas para modernizar y ampliar el negocio —dijo.

—Debes recordar que éste es un hotel viejo y distinguido, Philip, y que nuestra clientela espera que ciertas cosas no cambien, que permanezcan igual que siempre —dije. Los ojos de Philip se abrieron como platos.

—Por un momento —dijo— me ha parecido que estaba hablando con la abuela Cutler.

Su comentario me desagradó.

—Creo que nunca podré parecerme a ella —repliqué.

—Nunca se sabe —dijo Philip, poniéndose de pie—. La abuela Cutler consiguió que este lugar llegase a ser lo que es, y si tú no haces ningún cambio, entonces el lugar te cambiará a ti —dijo en tono profético.

—Eso está por ver —dije. ¿Tendría razón Philip? ¿Seguía yo batallando contra la abuela Cutler, incluso después de su muerte? Philip sonrió.

—De acuerdo. Iré a buscar a mi padre y veré qué se puede hacer por él. ¿Puedo cenar contigo y con Jimmy esta noche? Vuelvo a la Universidad mañana, y no tendremos mucho tiempo para estar juntos antes de la boda —explicó.

—Sí, puedes cenar con nosotros.

—Gracias. —Se dirigió hacia la puerta—. ¡Oh! —dijo—olvidaba decirte que he conocido a una chica en la Universidad. Se llama Betty Ann Monroe. Nos hemos convertido en personajes populares en el campus, si sabes lo que quiero decir. Esta semana le hago entrega del alfiler de mi club de estudiantes, y en la Universidad eso equivale a comprometerse.

—Enhorabuena.

—Creo que te caerá bien. Es inteligente y muy sensible.

—Me alegro por ti, Philip. Espero conocerla algún día —dije. Realmente me alegraba de que tuviera un interés amoroso por alguna otra persona. Pensé que quizá fuese cierto que estaba cambiando. A lo mejor lo que había sugerido —relaciones familiares normales— no resultaba tan imposible.

—Gracias. —Se acercó un poco a mí—. Dawn, yo... espero que lo que ocurrió entre nosotros pueda de alguna forma olvidarse...

—Nunca se lo contaré a nadie, Philip, si es a eso a lo que te refieres —dije. Lo era. De inmediato pareció aliviado—. Yo misma estoy demasiado avergonzada —añadí.

La sonrisa desapareció de su cara.

—Sí, bueno, será mejor que vaya a ver a mi padre. Nos veremos a la hora de cenar —dijo, y se marchó rápidamente.

Cuando poco después subió Jimmy, le hablé de la petición que me hiciera Philip. Nunca le había contado a Jimmy que Philip me había violado. En aquella época temía hacerlo y a medida que pasaba el tiempo había conseguido relegar los hechos a lo más profundo de mi memoria, donde esperaba mantenerlos enterrados para siempre.

—¿Testigo, eh? Bueno, sí que es una actitud simpática. Supongo que no pasa nada. Siempre y cuando tú estés de acuerdo —añadió, y me miró de reojo. ¿Lo sabía? ¿Lo había intuido? Claro, recordaba cuando Philip había sido mi novio en el colegio Emerson Peabody, pero aquello fue antes de que Philip y yo descubriéramos que éramos parientes.

—Es tu testigo, Jimmy. Tú tienes que tomar la decisión —contesté, apartando la mirada.

—Sigue enamorado de ti, ¿verdad, Dawn? —preguntó Jimmy, como si de verdad presintiese algo.

—No lo creo, Jimmy —respondí, y le conté lo de Betty Ann Monroe.

—Humm —dijo Jimmy, pensativo—. Veremos. Supongo que por ahora podemos ser amigos. Al fin y al cabo, dentro de muy poco tiempo será mi cuñado. —Jimmy me besó y se dirigió a la ducha.

—¡Oh! —dijo—. Algo extraño. Randolph se acercó hace un momento al taller y me pidió el inventario de clavos y tornillos. Creo que está pensando en contarlos uno por uno. ¿Te imaginas?

Le conté lo que había ocurrido entre Randolph y yo y la conversación que había mantenido con mi madre acerca del tema.

—Será mejor que alguien se ocupe de él —dijo—. Todo esto es muy triste.

Jimmy se preocupaba y compadecía más por Randolph de lo que lo hacían su hijo y su esposa, pensé. Eso era lo triste del asunto.

Mientras Jimmy se duchaba sonó el teléfono. Era Trisha. Estaba encantada con la noticia de mi boda y tenía montones de cosas que contarme acerca de los otros alumnos de la Sarah Bernhardt, además de Agnes Morris, nuestra madre residente.

—Agnes no ha cambiado mucho —me informó—. Está más dramática que nunca y siempre se maquilla con exageración. ¡Oh!, la señora Liddy me preguntó por ti y se alegró de las buenas noticias. Te manda recuerdos —dijo Trisha.

—¡La señora Liddy! La echo de menos. Fue tan simpática conmigo. Quizás algún día la invite a pasar un fin de semana en Cutler's Cove —dije—. ¡Oh!, Trish, tengo tantas ganas de volver a verte.

—Lo mismo digo. —Se hizo una pausa en nuestra conversación, un silencio corto y pesado. Sabía que tenía que decirme algo—. Se ha sabido algo acerca de Michael Sutton —confesó—, pero no estaba segura de que quisieras saberlo.

—No me importa —dije—. ¿De qué se trata?

—Siempre hay rumores en los periódicos acerca de sus romances, pero ha conseguido un papel estelar en un nuevo musical que se estrena en Londres, y las primeras críticas han sido muy elogiosas.

—Me alegro por él —dije.

—A mí me parece horrible lo que te hizo.

—No quiero darle más vueltas al asunto, Trisha. Ahora soy feliz, y tengo a Christie. Eso es lo único que importa. Michael ha quedado ya completamente fuera de mi vida. Ni siquiera me afecta tener noticias tuyas —mentí. En lo más hondo de mi corazón nunca olvidaría la forma en que Michael me había traicionado y abandonado. Lo había amado con locura, pero mi amor nunca había significado nada para él.

—Me alegro. ¿Crees que volverás a cantar alguna vez, Dawn? —preguntó Trisha.

—Espero poder volver a hacerlo. En estos momentos tengo bastante en qué pensar entre el hotel y Christie.

—No sabes las ganas que tengo de conocerla. ¿A quién se parece?

—Tiene algo de Michael, pero cada vez se parece más a mí —dije, mintiendo de nuevo y recordando las veces en que miraba a Christie y veía a Michael y cómo los viejos recuerdos venían a torturarme antes de que pudiera enterrarlos.

—Tengo que colgar —dijo Trisha—. Me quedan montones de cosas por hacer. Te llamaré pronto. Adiós.

—Adiós, Trish.

Me quedé allí sentada con el auricular en la mano, la voz de Trisha perdiéndose en mi memoria como una hoja que se lleva el viento, haciéndose más y más pequeña hasta que desaparece por completo.

En una época había sido inocente y soñadora. El recuerdo de mi llegada a Nueva York me hizo sonreír; mi miedo a los coches, a la gente, a los rascacielos, a no saber cómo reaccionar frente a la actriz retirada, Agnes Morris, que regentaba nuestra residencia. Fue entonces cuando Trisha entró en mi vida y me enseñó todo: la vida nocturna, los bares, las tiendas, los museos y el teatro. Habíamos ido juntas a que Michael Sutton, que estaba eligiendo a unos pocos afortunados para sus clases de canto, nos hiciera una prueba. Encantadas, Trisha y yo habíamos reído y corrido por las aceras y las calles, cogidas de la mano, nuestros corazones latiendo con fuerza.

Y entonces lo vimos. Era como si hubiera salido de la portada de una revista. Nunca olvidaré que en el momento en que nuestras miradas se cruzaron el corazón me dio un vuelco. Había tantas promesas dispuestas a ser saboreadas. Fue un romance de ensueño, el tipo de romance que se describe en las canciones e historias. Qué bella era nuestra música cuando cantábamos juntos.

Incluso ahora podía oír su voz. Pero en ese momento Jimmy salió del cuarto de baño, envuelto en una toalla.

—¡Eh! —dijo—, ¿qué haces ahí con el teléfono en la mano, sonriendo? ¿Ha llamado alguien?

—¡Oh...! —miré el auricular como si acabara de darme cuenta de su existencia—. Era Trisha —respondí—. Está encantada con la boda.

—Bien —dijo Jimmy mirándome fijamente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contesté débilmente, y coloqué el auricular en su sitio—. No —añadí, y lo miré—. ¡Oh!, Jimmy, abrázame, abrázame como si fuera la última vez.

Se acercó rápidamente a mí y me cogió entre sus brazos. Yo descansé la cabeza contra su pecho, y él me besó el cabello.

—No hables así —dijo—. Tenemos un largo camino que recorrer antes de que yo te abrace por última vez.

Sus palabras querían ser como cálidas y suaves gotas de lluvia, tranquilizadoras.

Pero yo tenía la sensación de estar con la cara presionada contra el cristal de una ventana sobre cuya superficie las gotas resbalaban como lágrimas.

A pesar de ello, levanté la cara para que los labios de Jimmy pudieran unirse a los míos y llenarme de esperanza.

EL DÍA DE MI BODA

A medida que se acercaba el día de nuestra boda el ambiente de entusiasmo en el hotel fue en aumento. Todos estaban pendientes de los preparativos. Yo me sentía como si caminara sobre el aire o desfilase en un escenario gigantesco. Intuía que todos me miraban y los veía sonreír. Tenía continuas palpitaciones y mareos repentinos. Lo único que podía hacer era sentarme e intentar tranquilizarme.

Sólo hubo un incidente desagradable, y fue cuando mamá entró corriendo a contarme los problemas de Clara Sue en el colegio. Sabía que Clara Sue se moría de envidia. Cuando llamaba a casa, mamá y los demás no hablaban más que de la boda. No le gustaba nada que yo estuviera acaparando tanta atención. Incluso Philip parecía ilusionado, y así se lo dijo a Clara Sue cuando habló con ella. Se negó a volver a casa y se metió en un montón de líos.

Mamá entró corriendo en mi habitación cuando estaba acostando a Christie. Era la noche libre de Sissy.

—No sé qué voy a hacer —dijo, a punto de echarse a llorar. Retorcía el pañuelo que tenía entre las manos—. La señora Turnbull ha llamado ya dos veces. Clara Sue lo está suspendiendo todo y se porta cada vez peor en clase. Crea grandes problemas en el dormitorio, viola todos los horarios, y... la cogieron fumando y bebiendo whisky en su habitación con otras dos chicas.

»Ahora —continuó mamá, jadeando y reclinándose en una silla como si estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón— la han encontrado en el dormitorio de los varones, sola con un chico en la habitación.

Empezó a berrear. Christie se incorporó y se la quedó mirando. Por lo general, mi madre era un misterio para ella, alguien cuya existencia apenas si reconocía.

—No puedo pedirle ayuda a Randolph. Es una criatura patética que la mitad de las veces ni siquiera me escucha cuando le señalo lo ridículo que está y le digo que se está convirtiendo en el hazmerreír del Cove. Es como si no oyese mis palabras —gimió—. Está acabando conmigo, me está matando, y ahora Clara Sue... no puedo soportar toda esta tensión, Dawn. Sabes que no puedo.

—Ya te dije que llevaras a Randolph al médico —repliqué secamente.

—Llamé al médico. Lo ha visto —confesó.

—No me lo habías dicho. No lo sabía. ¿Cuándo fue? —pregunté, sorprendida.

—La semana pasada —contestó, intentando cambiar de tema. Pero yo quería proseguir.

—¿Y qué dijo? ¿Qué hizo? —exigí saber.

—Quería que lo ingresara en un hospital psiquiátrico para hacerle unas pruebas. ¡Un manicomio! Imagínate el cotilleo, ¡un Cutler en un manicomio! ¡Imagínate cómo me miraría la gente, casada con un loco! Es degradante —chilló.

—¿Y qué pasa con él, mamá? —pregunté, mirándole a los ojos.

—¡Oh!, se pondrá bien. —Agitó la mano como para cambiar de tema—. Le dije al médico que le recetara unas pastillas, unos sedantes, y lo está considerando, pero hasta entonces todo cae sobre mis espaldas, Dawn. ¿No puedes ayudarme a hacer algo?

—No lo sé.

—Llama a la señora Turnbull y háblale de Clara Sue. Quieren expulsarla de Emerson Peabody.

—¿Que llame a la señora Turnbull? —Me eché a reír—. Ella me odiaba e hizo todo lo posible para que nos expulsaran a mí y a Jimmy —dije, recordando el trato injusto que habíamos recibido.

—Pero de eso hace ya mucho tiempo. Ahora tú eres la propietaria del hotel más grande. Puedes prometerle una donación mayor. Cualquier cosa. ¿Qué voy a hacer si expulsan a Clara Sue? Otra deshonra además de...

—La tuya propia —dije fríamente.

—Típico de ti, Dawn, ponerte en mi contra cuando más te necesito —dijo entrecerrando los ojos—. Y aquí estoy yo, trabajando día y noche para conseguir que tu boda sea un éxito. Cualquiera diría que me merezco un poco más de gratitud y respeto. Al fin y al cabo, soy tu madre. Pareces disfrutar olvidándolo.

Negué con la cabeza. Su descaro no tenía límites. No tenía vergüenza cuando se trataba de ciertas cosas, especialmente si se refería a su propia comodidad y felicidad.

—Mamá —dije—, incluso si tú y yo tuviéramos una relación más íntima y yo quisiera ayudarte con Clara Sue, no podría. No me estás escuchando. Lo más probable es que la señora Turnbull ni siquiera se dignase atender una llamada mía. ¿Y qué te hace pensar que Clara Sue haría caso a lo que yo le dijera? Me odia y me tiene envidia y ni por un instante ha dejado de recordármelo. No. Vas a tener que asumir tus responsabilidades e ir a ver a Clara Sue y a la señora Turnbull. Reunirte con ellas y discutir los problemas.

—¿Qué? ¡Qué idea tan espantosa! ¿Yo? ¿Metida en este desagradable asunto? —Se restregó los ojos con sus pequeños puños—. ¡Qué ridiculez!

—Tú eres su madre, no yo. Tienes que asumir la responsabilidad —insistí.

—Soy su madre, pero eso no significa que deba sufrir por ello. —Se quedó un rato pensativa—. De acuerdo —dijo por fin—. Si te niegas a ayudarme, entonces mandaré al señor Updike. Sí —dijo convencida de que acababa de ocurrírsele una brillante idea—, ¿qué sentido tiene tener un abogado si no lo utilizamos para estas cosas?

—Es nuestro abogado, pero no por eso tiene que hacer el papel de padre adoptivo, mamá. Se supone que está aquí para aconsejarnos legalmente y cuidarse de nuestros contratos —repliqué.

—Tonterías. El señor Updike siempre ha formado parte de la familia, de alguna manera. La abuela Cutler lo trataba como si lo fuera, y a él le gusta. El me ayudará. Simplemente sé que lo hará. Llamará a la directora e impedirá que expulsen a Clara Sue —concluyó. Se levantó y se miró en el espejo de mi cómoda—. Mira —se quejó—. Mira el efecto que todo esto ha tenido sobre mí. Hay una arruga que intenta hacerse más profunda y larga —dijo mientras se señalaba la comisura del ojo derecho. Claro, no se veía nada. Su piel estaba tan suave y lisa como siempre. Parecía alguien inmune a la edad—. Y el cabello —continuó al tiempo que se estiraba unos mechones y se daba la vuelta—. ¿Sabes lo que encontré esta mañana mientras me lo cepillaba... lo sabes? —Yo negué con la cabeza—. Cabellos grises. Sí, eran grises.

—Madre, todo el mundo se hace mayor —suspiré—. No puedes esperar ser una jovencita durante toda la vida, ¿verdad?

—Si no dejas que te afecten los problemas de los demás y te cuidas, puedes permanecer bella durante mucho, mucho tiempo, Dawn —dijo.

—Los problemas de Clara Sue y Randolph no son problemas de otros, mamá. Clara Sue es tu hija, y Randolph, tu marido —señalé secamente.

—No me lo recuerdes —dijo, y se dispuso a salir. Al llegar a la puerta se volvió—. Algún día me entenderás y verás que soy yo quien se merece mayor compasión. —Y reprimiendo las lágrimas, se marchó.

Quería correr tras ella y decirle que en efecto me daba pena. La compadecía por ser tan egoísta e incapaz de amar a los demás, incluidos sus propios hijos. Quería decirle que la compadecía por intentar detener lo que era natural y que deseaba que pudiera envejecer con dignidad, en vez de luchar contra todos y cada uno de sus cabellos blancos. Un día se despertaría y se encontraría prisionera de su ajado cuerpo. Los espejos se convertirían en un tormento y las fotos en que aparecía de joven serían como agujas clavándose en su corazón. Pero me cuidé de decir nada. ¿Qué sentido tenía desperdiciar mi aliento y mis fuerzas?

Mi madre llamó en efecto al señor Updike, y éste consiguió que no expulsaran a Clara Sue. La señora Turnbull convino en ponerla a prueba, pero estaba segura de que no transcurriría mucho tiempo antes de que volviera a meterse en líos. Y estuve en contra de hacer mayores donaciones a Emerson Peabody para asegurar que la mantuvieran allí. Jimmy se alegró de oírlo.

—Me gustaría volver a entrar en su despacho algún día —dijo— y ver qué cara pone.

—No merece la pena hacer el viaje, Jimmy —dije.

—Sí, pero la próxima vez que estemos cerca... —dijo, riendo.

La vida estaba tan llena de ironías, de tantos imponderables que te llevaban a lugares nunca imaginados... Unos años atrás, cuando me habían separado de Jimmy y Fern y Papá Longchamp, y me habían conducido a través de la noche para devolverme a mi verdadera familia aquí en Cutler's Cove, sentí un miedo terrible. Recuerdo que entré en el hotel por una puerta trasera para presentarme de inmediato ante la abuela Cutler, quien hizo que me sintiese más despreciable que un gusano e intentó arrancarme con toda dignidad obligándome a utilizar otro nombre y a limpiar inodoros y hacer camas. Y ahora estaba sentada en su sillón firmando cheques y tomando decisiones. Tenía una hija preciosa, y Jimmy y yo estábamos a punto de casarnos. No, pensé, ése no era momento para ensombrecer mi corazón con odio y sueños de venganza. Era momento de ser cariñosa y de perdonar.

Ni siquiera perdí los estribos cuando Clara Sue me telefoneó unos días antes de mi boda para informarme de que no podría asistir a la ceremonia.

—Tengo una cita que no puedo cambiar —dijo. Quizá pensaba que le rogaría que lo hiciera.

—Lo siento mucho. Clara Sue —contesté.

—Nadie se dará cuenta de que no estoy —añadió con petulancia, intentando conseguir que me enfadara.

—Quizá —dije—. Pero yo haré lo posible para recordárselo —añadí. No captó el sarcasmo.

—Me parece una estupidez casarse con el chico que canas que era tu hermano —dijo—. Nadie de los que te recuerdan aquí pueden creérselo.

—Bueno, estoy segura que harás todo lo posible para convencerlos de que es verdad —dije.

—¡Eso no es lo que quiero decir! —exclamó.

—Lo siento, Clara Sue, pero ahora mismo tengo muchas cosas que hacer. Gracias por llamar y desearme buena suerte —añadí, aunque no lo había hecho.

Colgué sin darle tiempo a responder, y me recliné, sonriendo. Seguramente estaba tan enfadada que le salía humo por las orejas, pensé. La imagen me hizo reír y convirtió un momento potencialmente desagradable en algo alegre.

De todas formas no había mucho tiempo para darle vueltas a las cosas. Al día siguiente llegaba Trisha. Estábamos tan contentas de vernos que las dos casi explotamos de alegría. Sabía exactamente el momento en que llegaría y la esperaba en la puerta principal. Cuando el coche del hotel llegó a la entrada salió corriendo casi antes de que se hubiera detenido por completo, y nos abrazamos chillando, riendo y hablando las dos a la vez.

Trisha no había cambiado en absoluto. Seguía siendo exuberante, efervescente, con unos ojos verdes de mirada alegre. Por supuesto, parecía mayor y más elegante. Llevaba el cabello castaño peinado hacia un lado y rizado debajo de la oreja. Vestía

una chaqueta rosa y blanca y una falda ligera también de color rosa.

—Estás guapísima —dije.

—Gracias, y tú también. ¡Y este lugar! —Se dio media vuelta, mirándolo todo ávidamente. Había llegado en uno de los días más cálidos de la primavera. Los jardines estaban llenos de flores, el césped recién segado y el ambiente impregnado de aquel maravilloso olor que produce la hierba recién cortada. Al frente el océano resplandecía como un vidrio bajo un sol brillante.

—Es precioso, y es todo tuyo —añadió, abriendo los ojos y pellizcándose el brazo—. Quiero verlo todo de inmediato —exclamó—. Especialmente la capilla en la que vas a casarte, y la sala de baile y tu traje de novia. Estoy impaciente por ver el traje de novia.

—Se supone que la dama de honor ayuda a la novia a preparar el ajuar para la luna de miel —le dije—. Mi madre me ha dado unas instrucciones muy concretas.

—Ya lo sé —rió Trisha mientras me cogía de la mano—. Vamos, enséñame todo.

Era como pasearse con un torbellino. Llegábamos a un extremo de la habitación y ya me estaba pidiendo que fuéramos a otra parte. Quería conocer a todos los que se acercaban a nosotras y saber qué tareas desempeñaban. Cuando la llevé a la cocina, Nussbaum insistió en que probara un nuevo *strudel* que había preparado. Puso los ojos en blanco, y se chupó los labios con tanto énfasis que incluso él se echó a reír.

A continuación la llevé a mi *suite*. Por el camino nos detuvimos para que pudiera conocer a mamá, que la saludó con un aire tan arrogante que nos miramos teniendo que reprimir la risa. Era increíble la forma en que podía hablar con tanta arrogancia y con la misma facilidad cambiar de tono. Cuando llegamos a la intimidad de mis aposentos Trisha y yo nos echamos a reír.

—Es exactamente como la describiste —dijo Trisha—. Me ha recordado a Agnes cuando nos hizo la demostración de su papel de reina Isabel en *María, reina de Escocia*.

Le conté el problema de Randolph y lo que se encontraría cuando se lo presentaran. Sacudió la cabeza, apesadumbrada.

A continuación le enseñé mi traje de novia e insistió en que me lo probase. Después repasamos mi armario, planeando el ajuar para la luna de miel como si cada día fuera un nuevo acto en una obra de teatro. Nos reímos al repasar la lencería, especialmente los camiones transparentes. Mientras charlábamos Trisha dijo que pusiera la radio. Había estado tan enterrada en mi trabajo y responsabilidades que ya no sabía lo que era popular.

Durante un rato, reír y renovar mi amistad con Trisha hizo que me volviese a sentir joven. Mi bautismo de fuego en el hotel me había envejecido de manera no estimada ni deseada. Me sentía como una princesa con la oportunidad de volver a ser

una niña joven antes de tener que volver al palacio para comportarse como se espera que lo haga la realeza. Trisha y yo podíamos hablar de estrellas de cine, hojear las revistas de moda y reírnos con las historias que me contaba acerca de los chicos que las dos habíamos conocido en el Sarah Bernhardt. Cautelosamente, ambas evitamos mencionar a Michael Sutton, omitiendo tanto sus clases de canto como los días que pasé con él. Hablamos sin cesar hasta que llegó Sissy con Christie.

—Qué guapa es —dijo Trisha después de presentarlas. Los ojos de Christie se reavivaron de inmediato. Pensé que había heredado un poco de la vanidad de mi madre, y también de la de su padre. Durante unos momentos se comportó tímidamente, fingiendo, pero observando a Trisha de reajo, esperando los mimos. A continuación, como de costumbre, desplegó todos sus encantos, sonriendo y aceptando de buena gana los abrazos y besos de Trisha.

—Es encantadora —susurró Trisha—. Y sus ojos son tan hermosos como los de Michael —dijo.

—Ya lo sé.

Fue la única vez que lo mencionamos durante todo el fin de semana.

Después, bajamos todos en busca de Jimmy, que estaba supervisando a los jardineros y ocupándose del equipo de la piscina. Él y Trisha disfrutaron de un agradable reencuentro. Cuando nos marchamos, me susurró al oído lo guapo y maduro que lo había encontrado.

—Tienes tanta suerte —dijo mientras regresábamos al hotel, las dos cogiendo a Christie de la mano—. Lo tienes todo: un hotel precioso, un hombre guapo que te quiere y una hija encantadora. Y no lo olvides, sigues siendo una mujer de gran talento. Todavía puedes hacer algo con tu voz. ¿No te sientes afortunada? —insistió al ver que permanecía en silencio—. ¿No tienes la sensación de que los malos tiempos y la tristeza son cosa del pasado?

—A veces —dije. Miré hacia Jimmy y éste nos saludó con la mano—. Y a veces tengo la sensación de que me he metido en el ojo de un huracán. Es tranquilo y engañoso. Sin razón aparente mi corazón empieza a latir, me siento mareada y asustada. Me gustaría poder congelar la imagen de este momento y encerrarnos en ella para siempre.

Trisha me miró a los ojos durante unos momentos. A continuación volvió a sonreír.

—Eso te ocurre porque has tenido una vida muy dura. Ahora te cuesta aceptar la felicidad. Es normal —insistió.

—¿Lo es? Espero que así sea, Trish —dije—. Así lo espero. Ella me abrazó para tranquilizarme y entramos a concluir los preparativos para el gran acontecimiento.

El día anterior a la boda ensayamos la ceremonia. Philip regresó de la Universidad

aquella misma mañana. Su misión era asegurarse de que Randolph estuviera donde debía estar. Madre se puso a dirigir en el momento en que llegó el pastor. Hizo la coreografía de todos y cada uno de nuestros movimientos: en qué momento debía entrar cada uno, quién tenía que cogerle la mano a quién y cuándo había que ponerse de pie. Randolph estuvo muy nervioso durante todo el acto y se sintió aliviado cuando por fin pudo regresar a su trabajo «crítico». Mamá suspiró profundamente para que todos nos diéramos cuenta de lo difícil que eran las cosas para ella a causa de la conducta de su esposo. Naturalmente, su comportamiento la trastornó tanto que tuvo que retirarse a su habitación durante el resto del día para estar en condiciones en el momento de la boda.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano, antes incluso de que saliera el sol, pero permanecí en la cama mirando el techo. Dada la importancia del día, me vinieron a la cabeza una mezcla de imágenes de los momentos más tristes y más felices de mi vida. No pude evitar el recuerdo de Mamá Longchamp cepillándome el cabello cuando era pequeña y hablándome de los sueños y esperanzas que tenía para mí. Imaginaba que llegaría a ser una bella mujer y que cautivaría el corazón de un príncipe.

—Vivirás en un bello lugar y tendrás un ejército de criados a tu disposición —decía, y en el espejo la veía inclinar la cabeza, los ojos resplandecientes de amor.

Y después recordé su rostro pálido y enfermizo, los ojos apagados como dos viejas monedas, llenos de inquietud la última vez que la vi con vida en el hospital. Todavía recordaba su mano aferrándome a la mía. La desesperación y el llanto de Jimmy. El rostro pálido de Papá Longchamp apareció en la oscuridad de mis párpados cerrados con todo el dolor y la tristeza de sus ojos.

Reprimí mis propios sollozos y sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Era el día de mi boda, y a pesar de que mi verdadera madre se había esforzado para que todo fuera perfecto, deseaba que Papá y Mamá Longchamp estuvieran a mi lado. Para mí era como casarme sin la presencia de mis padres. Randolph era un ser patético que en nada se parecía a un padre, y mamá... bueno, para ella era más su fiesta que mi boda.

A pesar de la reticencia, no podía evitar pensar en Michael y en todos los momentos maravillosos y románticos que vivimos en su apartamento de Nueva York. En aquella época él me hizo todo tipo de promesas, juntos planeamos una boda de ensueño, cuyas imágenes de esplendor y diversión llenaron mi cabeza: se trataría de una ceremonia a la que asistiría mucha gente famosa y que sería reseñada en todos los periódicos y revistas; luego vendría una luna de miel en la Riviera francesa, un chalet en Suiza, cruceros, fiestas en yates y un triunfal regreso a la escena, donde cantaríamos con el alma y el corazón de una forma que nos convertiría a ambos en superestrellas.

Todo aquello apareció en mi mente como una pompa de jabón. Si no hubiese sido por Christie, habría intentado convencerme de que nada había ocurrido.

Pero había ocurrido, y también los horrores que hube de soportar durante mi embarazo en Los Prados. No podía borrarlo de mi mente como si fuera una palabra escrita a lápiz. Los acontecimientos, el dolor y el sufrimiento, las lágrimas y la risa, el desengaño y el alivio, todo se juntaba en esa mezcla de recuerdos que me acompañaría siempre.

Pero estos recuerdos deprimentes desaparecieron a medida que por las cortinas comenzaron a filtrarse los primeros rayos de sol que alegraron mi habitación con calor y esperanza renovadas. Oí a Christie moverse en la cuna. Minutos después estaba susurrando palabras infantiles mientras el sueño desaparecía de sus ojos y se iniciaba un nuevo día que estaría lleno de descubrimientos. Sonreí de ilusión sólo de pensar en la sorpresa y el asombro que se dibujarían en su rostro cuando la vistieran y la llevaran a mi boda.

Me levanté de la cama y me dirigí a ella. Levantó la vista, sorprendida al intuir lo temprano que era. La cogí en brazos, la besé y la llevé hasta la ventana, abrí las cortinas de par en par para que las dos pudiéramos contemplar lo que era el inicio de un glorioso día de primavera. Estaba tan fascinada como yo por la forma en que la oscuridad y las sombras desaparecían a medida que el sol se elevaba en el horizonte. Pequeñas nubes, como bocanadas de humo, parecían surgir del cielo azul por detrás y por delante. En todas partes los pájaros despertaban y abandonaban sus nidos y sus ramas para dar la bienvenida a la cálida mañana y comenzar la dura lucha de encontrar alimento.

—¿Verdad que es una mañana preciosa, Christie? Un día precioso para la boda de mamá —dije.

Los rayos del sol atravesaban la ventana y proyectaban hebras de luz sobre su cabello. Christie se volvió hacia mí con expresión de curiosidad, como si realmente entendiera lo que le estaba diciendo. A continuación fijó sus ojos azules sobre la escena que se desplegaba a nuestros pies, y sus pequeños labios dibujaron una sonrisa angelical en su rostro de querubín. La besé en las mejillas y decidí que ya que estábamos levantadas, sería mejor ponernos en movimiento.

Llegó Sissy para ayudarme con la pequeña, y a continuación apareció la señora Boston trayendo una bandeja con el desayuno. Lo primero que hizo fue transmitirme lo que había hecho mi madre.

—Me levanté a media noche —me dijo— como acostumbro a hacer estos días, y vi que la luz de su habitación estaba encendida. De modo que fui a ver qué ocurría, y ahí estaba. ¡Levantada a las cuatro de la mañana!

—¿Qué hacía? —pregunté, sorprendida.

—Estaba vistiéndose de pie frente al espejo de la cómoda. No dejé que me viera.

Puede que con la excitación de la boda confundiese la hora —añadió la señora Boston, al tiempo que sacudía la cabeza. Pero nada de lo que pudiera hacer mi madre me sorprendía ya.

Poco después llegó Trisha para ayudarme a vestirme. Sissy se ocupó de Christie y se la llevó para que no nos distrajera.

—¿Nerviosa? —preguntó Trisha.

—¿Lo dices porque me tiemblan las manos y no me atrevo a pintarme los labios? —contesté, riendo. Me ayudó a cepillarme y arreglarme el cabello. Mamá entró un momento antes de bajar para recibir a los invitados. Tuve que admitir que estaba muy, muy guapa.

Vestía un traje de satén blanco sin tirantes y con un corpiño engarzado con perlas. Sobre los hombros llevaba un chal transparente, y rodeándole el cuello un enorme collar de diamantes. Unos pendientes haciendo juego colgaban de sus orejas. En la muñeca izquierda lucía una pulsera de oro engarzada con esmeraldas, diamantes y rubíes. Según mi madre había dicho en una ocasión, se trataba de una joya que valía la mitad del hotel.

—Estás muy guapa, mamá —dije.

—Sí, señora Cutler. Es cierto —asintió Trisha.

—Gracias, chicas. Sólo he venido a desearte buena suerte y a ver si necesitas algo, Dawn. Después estaré muy ocupada.

—No, estamos bien, mamá. Gracias por desearme buena suerte —contesté.

Nos dedicó una sonrisa y se marchó, ansiosa por ocupar su lugar como reina del hotel.

Jimmy me sorprendió con su deseo de cumplir con las tradiciones y se negó a verme o a que lo viera hasta que estuviéramos en la capilla.

—Ya hemos tenido mala suerte suficiente para toda una vida —me dijo—. No pienso hacer nada que pueda echar las cosas a perder.

Cuando Trisha y yo nos detuvimos ante la puerta de la capilla a esperar el inicio de la ceremonia, yo temblaba y estaba completamente segura de que tropezaría y me caería camino del altar. Philip apareció con Randolph sólo minutos antes de que comenzara la música. Los dos lucían esmoquin. El de Philip era perfecto y hacía que luciese muy guapo, pero el de Randolph resaltaba los efectos de su pérdida de peso. La chaqueta parecía flotar a su alrededor, y los pantalones le hacían bolsas. Philip había conseguido que se cortara el pelo y se afeitase. Sonreía y parecía contento, pero a los pocos minutos volvió a mostrarse inquieto y distraído. Advertí que continuamente se acercaba a Philip y le susurraba algo al oído.

—¿Está bien? —pregunté.

—Sí, sí, no te preocupes —dijo Philip—. Ya verás que hará bien su parte —me aseguró—. Nunca has estado más guapa, Dawn —añadió—. ¿Puedo darte un beso de

buena suerte antes de que empiece el gran jaleo?

—Sí, Philip.

Sus ojos se iluminaron, y se inclinó para besarme en los labios, pero yo le presenté la mejilla. Desilusionado, me dio un beso rápido.

—Buena suerte —susurró.

—Gracias, Philip.

—Será mejor que me reúna con el novio. Parece como si de un momento a otro fuera a desmayarse.

En el momento en que Philip se marchó Randolph se mostró aterrizado, pero yo le cogí la mano y él me sonrió.

—Es un gran día, un gran día —dijo—. El hotel está rebosante de actividad. Mamá siempre funciona mejor cuando está bajo presión —me aseguró, y me dio unos golpecitos en la mano.

Trisha y yo nos miramos preocupadas, pero afortunadamente antes de que pudiera decir nada empezó la música, e iniciamos la marcha.

Jimmy me esperaba en el altar; estaba guapísimo. A medida que me acercaba la mirada se le iba iluminando. Pensé que nunca nadie me había querido ni me querría tanto como él, y me sentí muy afortunada por ello.

Era tal el miedo que tenía de cometer alguna torpeza que casi no miré a los lados, pero aun así entreví a algunos de los invitados. Reconocí los rostros de muchos de los hombres más importantes de la zona y sus esposas, gente que había conocido en distintos actos y recepciones. Vi al señor Updike y al señor Dorfman con sus mujeres sentados en el mismo banco; ellos sonreían mientras ellas lo observaban todo con mucha atención. Por un instante pensé que sus miradas eran desaprobatorias. Hacían que me sintiese como una intrusa, una chica pobre que acababa de ponerse la ropa de una niña rica asumiendo su identidad y su vida.

Vi que mi madre, cuyas joyas resplandecían sobre la tersa piel de su cuello, sonreía a todo el mundo. A su lado, el señor Alcott me miraba cariñosamente. Vestía un elegante esmoquin y lucía un clavel en el ojal de la solapa. Al otro lado del pasillo Sissy sostenía a Christie en brazos. Mi hija estaba preciosa con su vestido blanco con miriñaque. Tenía el dorado cabello cepillado y presentaba un aspecto radiante. Miraba fijamente, absorbiéndolo todo, fascinada por la escena que estaba teniendo lugar. Al verme, sus ojos se iluminaron a causa de la sorpresa.

Aquí y allá advertí la presencia de algunos de los encargados del hotel acompañados de sus esposas. Todos me dirigieron una sonrisa sincera.

Cuando llegué al lado de Jimmy, me cogió de la mano como muestra de apoyo. El pastor empezó con una corta plegaria en la que agradecía tan maravillosa ocasión. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Estaba segura de que todos los asistentes podían oír los latidos cada vez que el pastor dejaba de hablar y se producían unos minutos de

silencio.

Antes de que diese comienzo a la ceremonia propiamente dicha preguntó:

—¿Quién va a entregar esta mujer a este hombre? Randolph se inclinó hacia delante y me susurró al oído: —No veo a la abuela Cutler. Algo debe de haberla retrasado. Vuelvo enseguida.

—¿Qué? No, Randolph. —Me volví para detenerle, pero ya se alejaba por el pasillo. Del público se elevó un murmullo de sorpresa, y mamá pareció a punto de desmayarse. Bronson la tomó por la cintura. El pastor esperó un momento y a continuación miró a mamá. Ella le dijo algo a Bronson, y con gran sorpresa para mí dio un paso hacia delante y asintió. El pastor repitió la pregunta:

—¿Quién va a entregar esta mujer a este hombre?

—Yo —contestó Bronson Alcott. Una vez más se produjo un murmullo de sorpresa entre los asistentes, pero el pastor continuó con la ceremonia. De bastante mala gana, pensé. Philip le entregó un anillo a Jimmy para que me lo colocara en el dedo.

Mientras Jimmy repetía las palabras que le dictaba el pastor lo miré directamente a los ojos, pero no pude evitar que Philip me distrajese, pues advertí que también él movía los labios. Repetía el juramento: «Hasta que la muerte nos separe». Era como si se estuviera casando conmigo a través de Jimmy. También él dijo en voz baja: «Sí, quiero». Me quedé tan aturdida que durante unos minutos perdí los papeles y no oí al pastor cuando me decía que repitiera el juramento. Conseguí controlarme, le coloqué el anillo en el dedo y lo miré fijamente mientras pronunciaba las palabras que nos unirían para siempre: «Hasta que la muerte nos separe».

Nos besamos y nos alejamos del altar por el pasillo mientras todos nos aplaudían. Se había terminado. Yo era ahora la esposa de James Gary Longchamp.

El cóctel se servía en el vestíbulo del hotel. Mamá, Jimmy y yo nos colocamos en fila mientras entraban los invitados. Fue idea de mi madre que el señor Updike se pusiera a nuestro lado a fin de presentarnos a algunos de los invitados más importantes a quienes no conocíamos. Me entristeció un poco porque sabía que ésa debería haber sido tarea de Randolph, pero evidentemente era incapaz de hacerlo. De hecho, no lo vi por ninguna parte. Cuando le pregunté a Philip si sabía dónde estaba, me dijo que iría a ver.

Una vez los invitados habían saludado podían dirigirse a los dos lados del vestíbulo donde se encontraban dos barras. Los camareros y camareras llevaban los nuevos uniformes que mamá había diseñado especialmente para la ocasión. Ellos lucían chaleco rojo, pantalón negro, camisa blanca y pajarita roja. Ellas vestían chaleco blanco, camisa roja con pajarita blanca y falda blanca. Algunos camareros se abrían paso entre la concurrencia, ofreciendo *hors d'oeuvres* fríos y calientes a los

invitados: gambas hervidas y fritas, rollos de primavera, *won tons*, caviar y paté. Otros transportaban bandejas con champaña.

En un extremo de la estancia se encontraba la orquesta. Una vez que Jimmy y yo hubimos saludado a todos los convidados, fuimos con Trisha en busca de algo para comer y beber. Christie estaba junto a la orquesta con Sissy, batiendo palmas y moviéndose al ritmo de la música. Era una fiesta muy alegre y todos parecían pasarlo muy bien. Philip regresó de buscar a Randolph y me dijo que no había de qué preocuparse. Simplemente estaba en su despacho haciendo unas pequeñas cosas.

—Se encuentra algo confundido, eso es todo —explicó.

—¿No va a salir? —pregunté.

—Claro. Pronto —contesto Philip y fue a reunirse con un de jóvenes a quienes conocía.

Justo antes de que se avisara a los invitados que la cena ya estaba dispuesta y podían pasar a cenar, Bronson Alcott se acercó a mí y me llevó aparte.

—Espero que no estés enfadada por lo que hice durante la ceremonia —dijo—. Tu madre estaba casi histérica, y cuando vio que Randolph se marchaba en el momento más inapropiado me pidió que hiciera algo.

—No te preocupes —dije—, lo comprendo y lo aprecio.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Puedo darle a la novia un beso de enhorabuena? —preguntó. Asentí, y me besó suave y cariñosamente en la mejilla mientras me daba un apretón de manos—. Te deseo lo mejor —dijo—. Los dos hacéis una gran pareja.

—Gracias —dije.

A continuación Bronson Alcott se dirigió adonde estaba mamá, quien al parecer se lo pasaba en grande saludando a la gente que no hacía más que halagarla. Ya había conseguido reunir a su alrededor a un numeroso grupo de admiradores que le hacían la corte.

Algo más tarde la orquesta dejó de tocar y el director se acercó al micrófono para anunciar que todos podían pasar al salón de baile, sobre cuya puerta había un gigantesco arco cubierto con rosas rojas y amarillas que formaban las palabras BUENA SUERTE DAWN Y JAMES. Una vez dentro del salón, el jefe de camareros consultaba una lista con los nombres de los invitados y asignaba a cada uno el sitio que le correspondía. El lugar había sido decorado con motivos matrimoniales. De las paredes colgaban campanillas verdes, blancas, azules y amarillas y flores, capillas y ángeles, todo de papel recortado. En el extremo opuesto había una figura que representaba una pareja de novios ante el altar.

En cada una de las mesas había un centro con flores naturales y a su lado un cubo de plata con una botella de champaña. Los invitados recibían pequeños recordatorios: cajas de cerillas decoradas con las palabras «Dawn y James» escritas entro de un

corazón de oro y la fecha de la boda; marcadores de cuero para libros con nuestros nombres grabados y la figura de un novio y una novia en la parte superior, y para las mujeres pequeños espejos con la frase DAWN Y JAMES EN CUTLER'S COVE grabada en la parte de atrás.

Mientras los convidados iban ocupando sus lugares, le pregunté a mamá si no sería mejor que fuera a ver a Randolph.

—¿Para qué? —preguntó, e hizo una mueca como si le hubieran dado una cucharada de aceite de ricino—. Es tan deprimente —añadió— y ya nos ha hecho pasar bastante vergüenza.

—Pero...

No pude continuar pues en ese momento saludó a alguien que se acercaba a ella; mamá lanzó una carcajada y se dirigió a su encuentro.

—Voy a ver a Randolph, Jimmy —dije—. Esta gente tardará todavía unos minutos en sentarse.

—De acuerdo. Te esperaré aquí. —Me besó en la mejilla, y marché rumbo al despacho de Randolph.

—¿Randolph? —dije. Me acerqué a él—. ¿Estás bien?

Levantó la vista hacia mí y a continuación volvió a mirar el cuaderno. Vi que había estado haciendo dibujitos. De pronto una sola lágrima apareció en su ojo izquierdo y empezó a rodar por su mejilla. Le temblaban los labios y la barbilla.

—Ha desaparecido —dijo—. Mamá ha desaparecido.

—¡Oh!, Randolph —dije, contenta y triste a la vez por el hecho de que finalmente estuviera dispuesto a aceptar la realidad—. Es cierto.

Sacudió la cabeza y miró la foto de la abuela Cutler que tenía sobre el escritorio.

—No tuve oportunidad de despedirme de ella —dijo—. Estábamos siempre tan ocupados. —Me miró y volvió a sacudir la cabeza—. Nunca llegamos a decirnos las cosas —continuó—. Por lo menos yo nunca le dije lo que debí haberle dicho. Siempre me protegía, me cuidaba.

—Randolph, lo siento —dije—. Sé que durante mucho tiempo te has negado a aceptar la realidad, pero quizás esto sea bueno. Quizá puedas volver a conseguir las tosas, a ser lo que querías ser.

—No lo sé —dijo—. No sé si puedo. Me siento tan perdido.

—Te pondrás bien con el tiempo, Randolph. Ya verás como tengo razón.

Me dedicó una sonrisa de gratitud.

—Qué guapa estás —dijo.

—Gracias, Randolph. Sabes que hoy es el día de mi boda —dije suavemente—. La ceremonia y el cóctel ya han finalizado. Ahora vamos todos al salón de baile para cenar. ¿No quieres venir a celebrarlo con nosotros? Ya es hora de que entremos todos juntos.

—Sí —dijo, mirando a su alrededor—. Iré dentro de un momento. Necesito tranquilizarme. —Posó sus pesados y oscuros ojos de nuevo sobre mí—. Buena suerte —dijo, como si no fuera a verme nunca más.

—No tardes, Randolph. Por favor —dije.

Se limpió la mejilla con el dorso de la mano y asintió.

—No tardaré —prometió—. Gracias.

Cuando regresé mamá esperaba impaciente al lado de Jimmy.

—Es hora de que entremos —dijo—. ¿Dónde estabas?

—Fui a ver a Randolph. Está empezando a aceptar la verdad —dije.

—Bueno, menos mal. Ya era hora —dijo con contundencia.

—Te necesita. Necesita que alguien lo ayude —dije.

—¡Oh!, Dawn, ¿por qué hablas de estas cosas tan deprimentes en un momento así? —se quejó—. Es el día de tu boda. Por el amor de Dios, ¡diviértete!

—Dijo que entraría con nosotros —le expliqué, y me volví a ver si venía.

En aquel momento la orquesta dejó de tocar, y a continuación se oyó el tambor. El maestro de ceremonias cogió el micrófono y nos anunció.

—Señoras y caballeros, sus anfitriones, los Cutler, y la novia y el novio, el señor y la señora Longchamp.

—¿Dónde está? —pregunte.

—No podemos esperar más. Seguramente se habrá olvidado de lo que le has dicho —dijo mamá, y se dispuso a entrar en el salón—. Dawn —chilló cuando me vio dudar.

—Supongo que será mejor que entremos —dijo Jimmy.

Asentí y lo cogí del brazo. Volví a mirar hacia atrás una vez más antes de cruzar el arco, pero Randolph no estaba en ninguna parte. Mamá, sin perder la calma, pasó primero, dispuesta a disfrutar de los aplausos. Todos los invitados estaban de pie. Jimmy y yo entramos detrás de ella, sonriendo y saludando a la gente. Los tres fuimos directamente al estrado.

Con nosotros se sentaban el señor Updike y el señor Dorfman con sus respectivas esposas, Philip y Bronson Alcott, que ocupaba el asiento de la derecha de mamá. A su izquierda, la silla correspondiente a Randolph permanecía vacía. En el extremo derecho a la mesa estaban Trisha, Sissy y Christie. Jimmy y yo nos colocamos en el centro. Apenas todos nos hubimos sentado, el señor Alcott se puso de pie.

Lo primero que hicieron los camareros fue asegurarse de que las copas de todos los invitados estuvieran llenas de champaña. El señor Alcott levantó la copa.

—En este momento es apropiado —empezó— que alguien tenga el honor de brindar por la novia y el novio. Es un honor para mí ser el elegido. —Se volvió hacia nosotros—. Todos en Cutler's Cove damos la bienvenida al señor y la señora Longchamp a nuestra comunidad y les deseamos salud, felicidad y suerte. Que los

dos tengáis un matrimonio maravilloso y que Dios os bendiga de ahora en adelante. Por James y Dawn —exclamó, y todos los invitados repitieron «Por James y Dawn».

Inmediatamente chocaron las copas y la sala reverberó con un coro de tintineos. Sabíamos que aquello significaba que querían que nos besáramos. Lo hicimos rápidamente, porque Jimmy se sentía cohibido. Se oyeron risas y aplausos, y a continuación empezó la música y se sirvió la comida.

Había melón fresco, ensalada y sopa. El plato principal estaba compuesto por solomillo con patatas al horno y verduras salteadas. Mamá le había pedido al panadero que hiciera el pan en forma de campana. El lapso entre plato y plato era lo suficientemente largo para que la gente tuviera tiempo de levantarse y bailar mientras disfrutaban del festín.

Jimmy y yo bailamos dos veces. Después Philip solicitó un baile. Miré a Jimmy. Entrecerró los ojos, pero asintió, y yo acepté.

—Hay que reconocerlo —dijo Philip mientras me sostenía con fuerza—, esta vez mamá se ha superado. Nunca he visto un acontecimiento igual en el hotel. Puedes estar segura de que la abuela no se habría gastado tanto.

—Mamá no sabe nada de dinero y costos, ni le importa.

—Hablas como una verdadera Cutler —dijo sonriendo.

—Deja de decir eso —dije—. Sólo soy realista. Yo repaso la contabilidad cada día.

Pareció impresionado.

—En cualquier caso —dijo— me alegro de que no haya ahorrado. No existe nadie a quien más me guste ver disfrutar que tú. Me pregunto si mi boda se parecerá en algo a esto. Supongo que sí.

—¿Ya estáis formalmente comprometidos? —pregunté.

—Todavía no, pero no falta mucho —contestó—. Los padres de mi novia son muy ricos.

—Me alegro por ti, Philip.

—Claro —dijo, y echó el cuerpo hacia un lado—, el dinero no es importante si no estás con la persona que deseas.

—Pero tú lo estás, ¿verdad, Philip? —pregunté.

—¿Sabes?, siempre lamentaré que no hubiéramos sido tú y yo, Dawn —replicó. Su mirada era dulce y estaba llena de deseo.

—Bueno, los dos sabemos que eso no puede ni podrá ser.

De modo que no tiene sentido hablar de ello.

—No, tienes razón —dijo—. Y hace que resulte más doloroso. Cuando terminamos de bailar le pedí que fuera a ver qué hacía Randolph.

—Por favor, averigua por qué no viene —le pedí.

—Tus deseos son órdenes para mí —contestó.

A continuación hizo una reverencia como un buen criado, y se marchó. Antes de que pudiera regresar al estrado la música volvió a sonar. Sentí que alguien me daba la vuelta. Levanté la mirada y me encontré con los ojos de Bronson Alcott.

—¿Me concedes este baile? —preguntó. Miré hacia el estrado. Jimmy estaba hablando con algunos de los empleados del hotel.

—Sí —dije.

Me sujetó con firmeza y empezamos a bailar.

—¿Sabes? —dijo—, le tengo bastante envidia a James. Se ha llevado la mejor pieza de la comarca.

—Es al revés, señor Alcott. He sido yo quien se ha llevado la mejor pieza.

Se echó a reír.

—Por favor, llámame Bronson —dijo—. No me gusta sentirme más viejo que tú.

—No es extraño que te llesves tan bien con mi madre —dije con petulancia. Su sonrisa se hizo aún más amplia—. Ella nunca quiere representar su edad.

Lanzó una carcajada y me dio media vuelta. Tuve que admitir que en sus brazos realmente me sentía como una princesa. Era sumamente ágil. Nuestra actuación llamó la atención de algunos de los invitados, muchos de los cuales dejaron de bailar para mirarnos. Al poco tiempo era como si toda la concurrencia estuviera contemplándonos, especialmente mamá, que lucía una extraña expresión —mezcla de celos y tristeza— en el rostro. Cuando acabó la pieza se oyeron algunos aplausos.

—Hemos tenido un gran éxito —dijo Bronson—, gracias.

—Gracias a ti —contesté, y volví rápidamente al lado de Jimmy, que parecía un poco abrumado.

—Tengo unas ganas terribles de marcharme de aquí —susurré— y empezar nuestra luna de miel.

Se alegró y me besó suavemente. A continuación Sissy me trajo a Christie, la sacamos a la pista y la sostuvimos entre nosotros mientras bailábamos y disfrutábamos de la música.

Philip volvió y me dijo que Randolph se había quedado dormido en el sofá de su despacho.

—No tuve el valor de despertarlo —dijo.

—Quizá sea lo mejor —admití.

De pronto la orquesta dejó de tocar y el maestro de ceremonias se acercó al micrófono.

—Muchos de ustedes saben —empezó a decir— que nuestra bella novia es una gran cantante. Quizá podamos convencerla de que suba e interprete algo el día de su boda.

—¡Oh, no! —exclamé. Pero todos los invitados aplaudieron. Dirigí a Jimmy y a Trisha una mirada de impotencia.

—Adelante —dijo él.

—Sí, enséñales lo que puede hacer una estudiante del Sarah Bernhardt —añadió ilusionada Trisha.

—¡Oh, Jimmy...! —De mala gana, dejé que me condujeran al micrófono. La orquesta esperaba órdenes. Recordé una vieja canción de amor que solía tararear Mamá Longchamp. Con gran sorpresa por mi parte, la orquesta también la conocía. Empezó a tocar y yo inicié la canción.

Algunos invitados permanecieron muy quietos, otros se balanceaban al son de la melodía. Cuando terminé se oyó un estruendoso aplauso. Miré a Jimmy y vi que sonreía orgulloso. A su derecha Bronson Alcott me miraba con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Mamá iba de un lado a otro, aceptando las felicitaciones de todos. Volví rápidamente junto a Jimmy.

Poco después trajeron el pastel de bodas, y Jimmy y yo tuvimos que bajar del estrado para cumplir con la tradición. Una vez más los invitados aplaudieron, y los camareros y camareras empezaron a repartir los trozos de pastel.

La comida y el baile duró hasta bien entrada la tarde. Los acontecimientos del día me habían agotado hasta tal punto que francamente me alegré de que la fiesta llegara a su fin. Mamá, que a menudo se quejaba de tener que hacer cosas tan sencillas como cepillarse los dientes, parecía incansable. Se alimentaba de toda la atención que recibía, especialmente de parte de los hombres, y cuando los invitados se acercaban a ella para despedirse intentaba convencerlos de que se quedaran un poco más.

—¡Todavía es muy pronto! —exclamaba.

Pero poco a poco todos empezaron a marcharse hasta que sólo quedaron unos diez. El señor Updike, el señor Dorfman y Bronson Alcott fueron los últimos en partir.

Jimmy y yo ya teníamos todo dispuesto para partir de luna de miel. El coche del hotel nos esperaba para llevarnos al aeropuerto después de que nos cambiáramos. Ayudé a Sissy a acostar a Christie, a quien le expliqué que estaría fuera unos días y que debía portarse bien. Pareció comprenderlo ya que me abrazó con más fuerza que de costumbre.

—No te preocupes por nada, Dawn —dijo Sissy—. Yo la cuidaré bien.

—Ya sé que lo harás, Sissy. Gracias.

—Has sido una novia preciosa —añadió con lágrimas en los ojos.

—Tú también lo serás, Sissy.

Sonrió y nos abrazamos. Jimmy ya había bajado nuestras maletas y esperaba en el vestíbulo. Cuando me iba a reunir con él me encontré con mi madre, que subía las escaleras con gran esfuerzo.

—Estoy tan cansada —dijo—. Voy a dormir una semana.

—Gracias, mamá —dije—, ha sido una boda estupenda. —Una vez más tuve que

admitirlo. Ella sonrió.

—Lo ha sido, ¿verdad? —dijo.

—A excepción de Randolph —aclaré—. Espero que ahora cuides de él —dije.

Su sonrisa desapareció.

—Por favor —dijo—. No me lo recuerdes. —Pasó con dificultad a mi lado, quejándose de los pies. De un salto bajé el resto de las escaleras y salí corriendo a reunirme con Jimmy. Trisha, que iba a acompañarnos al aeropuerto, estaba a su lado en la entrada.

Mientras cruzaba el vestíbulo, Philip, que estaba apoyado en el mostrador de recepción, dio un paso adelante.

—Que te diviertas —dijo.

—Gracias.

—Me gustaría ir contigo —añadió.

Ignoré sus palabras y me dirigí a toda velocidad hacia los brazos abiertos de Jimmy, los acogedores brazos de mi marido.

ANGUSTIA DE LUNA DE MIEL

Una vez en la limusina me sentí feliz de descansar por fin la cabeza sobre el hombro de Jimmy y cerrar los ojos. Sentí cómo sus dedos me apartaban mechones de pelo de la frente, dejando un espacio libre para que él me diera un beso cálido y cariñoso. Sonreí con los ojos cerrados.

—Pareces una joven disfrutando de un maravilloso sueño —susurró Jimmy.

—Así es —repliqué, con una sonrisa aún más amplia.

—Mientras yo forme parte de él no me importa —dijo.

Abrí los ojos y vi sus suaves ojos castaños. Intuí su preocupación. Al fin y al cabo, una vez me había enamorado profunda y apasionadamente de otro hombre con quien había tenido una hija. Jimmy tenía razones suficientes para preguntarse si mis sueños lo incluían a él.

De pronto fui consciente de su amor por mí. Jamás había querido saber si había dejado de querer a Michael Sutton después de que éste me abandonara. Nunca parecía preguntarse si todavía pensaba en Michael. Quizá temiera la respuesta que yo pudiera darle. Quizá supiera que no podría mentirle y negarle que todavía recordaba a Michael de vez en cuando, especialmente cuando sostenía a Christie en brazos.

Pero Jimmy estaba dispuesto a dejar todo eso a un lado. Estaba convencido de que la fuerza de nuestro amor crecería con el paso del tiempo. Significaba tanto para él que estaba dispuesto a arriesgar su propio corazón. Sí que lo amaba, pensé, y ese amor sólo podía ser cada vez mayor.

—Siempre estarás en mis sueños, Jimmy. Ahora y para siempre —le prometí. Levanté la cabeza para que pudieran unirse nuestros labios, y nos dimos un largo beso. Después volví a cerrar los ojos y dejé que mi cabeza descansara sobre su pecho. Y así permanecemos hasta que llegamos al aeropuerto.

El avión nos llevó directamente a Provincetown, al extremo de Cape Cod. Desde allí alquilamos un taxi para que nos condujera hasta nuestro motel en la playa. Era casi la medianoche cuando acabamos de instalarnos en la *suite* que habíamos reservado, y los dos estábamos bastante cansados, pero muy ilusionados. La habitación daba a un pequeño balcón. Nos encontrábamos en la segunda planta, pero la despejada playa nos proporcionaba una espléndida vista del océano. Era una noche clara y las estrellas resplandecían como diamantes sobre un terciopelo negro. Me sentía en la cima del mundo. Jimmy se acercó a mí por detrás. Intuyendo mis pensamientos, me dio la vuelta y me abrazó.

—¿Feliz? —preguntó.

—¡Ah!, sí, Jimmy. Me siento como Alicia en un país de sueños maravillosos.

Algo dulce y melancólicamente infantil pasó por su mirada.

—Las estrellas parecen estar tan cerca —dijo, y me besó en la mejilla.

—Y brillantes. Puedo verlas aunque cierre los ojos —exclamé. Jimmy me besó en los labios.

—Señora Longchamp —susurró, y me cogió en brazos para depositarme sobre la cama. Se quedó observándome mientras me acariciaba el pelo.

En una ocasión en que fue a visitarme a Nueva York, habíamos ido a su hotel y a punto estuvimos de hacer el amor. Eso ocurrió antes de que yo conociese a Michael. El hecho de que Jimmy y yo hubiésemos sido criados como hermanos seguía imponiéndose, y aunque había cerrado los ojos y me había dicho a mí misma una y otra vez que no estábamos emparentados y que no existía razón alguna para sentirse mal y no amarnos, era difícil superar años y años de haber vivido bajo aquella creencia.

A Jimmy le había ocurrido lo mismo, y decidió que era demasiado pronto. Aunque nos habíamos abrazado y besado no llegamos a consumir nuestro amor. Sabía que cuando lo hiciéramos, se derrumbaría el muro que seguía dividiéndonos, un muro de culpabilidad y confusión, un muro compuesto de mentiras y engaños, un falso muro que nunca debería haber existido entre nosotros.

—¿Estás demasiado cansada? —preguntó Jimmy, proporcionándome una vez más una forma de evitar el momento.

—No —contesté, y empecé, a desabrocharme los botones de la blusa.

—Deja que lo haga yo —dijo—. Tú puedes permanecer con los ojos cerrados, pensando en las estrellas.

Sonreí, pero el momento en que sus dedos se posaron sobre los botones, mi corazón empezó a latir con fuerza y sentí un nudo en el estómago. Suavemente me retiró la blusa pasándola por los brazos. Con igual suavidad, casi mágicamente, me desabrochó el sujetador. Yo no abrí los ojos. Lo oí moverse en la cama y quitarme los zapatos y luego la falda. Cuando finalmente me quitó las bragas abrí los ojos y lo miré. Me observaba con tanto deseo que me sentí desfallecer.

—¿Te acuerdas —dijo con una voz que no superaba el susurro— cuando me sorprendías espiándote mientras te vestías?

—Sí —dije, y recordé como en esas ocasiones no podía evitar sonrojarme.

—Me fascinaba comprobar cómo tu cuerpo iba cambiando, cómo florecían tus pechos y se suavizaban tus curvas. No quería mirarte; me decía a mí mismo que no estaba bien, que era un pecado, pero tú eras como un imán, y mi cabeza era como el hierro.

—¿Y recuerdas los respingos que dabas si nuestros cuerpos se rozaban cuando dormíamos juntos en el mismo sofá cama?

—Sí —contestó, y acercó las manos a mis expectantes pechos. Luego siguieron sus labios. Cerré los ojos y oí cómo se quitaba la ropa. Minutos después estaba desnudo a mi lado, y algo que los dos habíamos visto en sueños, en fantasías y que nos había hecho sentir culpables y perversos, se hizo realidad.

Reales eran ahora sus labios, moviéndose suaves pero ágilmente sobre mis pechos. Reales eran sus manos, acariciándome y acercándome más y más a él. Real era su virilidad, dura y dispuesta. Ambos dudamos una vez más, como si estuviéramos a punto de desterrar un pasado fraudulento, y a continuación nos convertimos en lo que deben convertirse un hombre y una mujer, unidos en un abrazo extático, todo el amor surgiendo desde donde nos acoplábamos, su amor profundizando más jamás en mi alma mi amor acogiendo, tomándolo, exigiendo más y más hasta que los dos gemíamos. Yo me agarraba a él como si estuviera montada en una montaña rusa. El me subía y bajaba, y yo me sentí caer con tanta rapidez que casi me mareé. Mi corazón latía con tal fuerza que se convirtió en un zumbido continuo, haciendo que la sangre corriera por mis venas y mis dedos sintieron un hormigueo.

Cuando se terminó yacimos el uno junto al otro, jadeando, ambos sorprendidos por la intensidad de nuestra pasión. Jimmy abrió la mano para entrelazar sus dedos con los míos, y, allí permanecimos, silenciosos, cogidos de la mano, mirando la oscuridad, mientras las estrellas brillaban con mayor resplandor, su luz centelleando sobre la superficie del océano, como si todo el mundo se alegrara de que Jimmy y yo nos hubiéramos finalmente convertido en marido y mujer.

Aquella noche dormimos profundamente. Ni siquiera el sol matinal que se filtraba por las cortinas interrumpió nuestro sueño. La brisa del mar movía las cortinas y acariciaba nuestro cuerpo hasta que por fin abrimos los ojos y nos contemplamos.

—Ésta es la primera mañana que te despiertas como la señora Longchamp —dijo Jimmy—. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo un apetito feroz —respondí, y me eché a reír. Nos duchamos, nos vestimos rápidamente y fuimos a desayunar. El restaurante del hotel tenía un patio grande con mesas de heladería y parasoles. Tomamos zumo recién hecho, café y huevos con tocino.

Después dimos un largo paseo por la playa; buscamos conchas y encontramos algunas cuya belleza nos sorprendió. Para cuando regresamos al hotel teníamos un saco lleno.

—A Christie le encantarán —dije.

Por la tarde nos estiramos en la playa y nos bañamos en el mar. Tanta actividad abrió nuestro apetito y, los dos nos sentimos ansiosos por probar la famosa langosta de Cape Cod. Jimmy había investigado a fondo el lugar y había planeado todos y cada uno de nuestros movimientos. También había reservado una mesa en un

restaurante cercano al puerto. Sobre la puerta se veía un cartel que decía: «La langosta que come hoy, nadaba ayer en la bahía de Cape Cod».

El lugar era hermoso y muy romántico, y ocupamos una mesa iluminada con velas desde la que podíamos ver los pequeños barcos de la bahía con sus luces encendidas, algunos de los cuales estaban tan distantes que parecían estrellas caídas. Después de cenar dimos un paseo por el pueblo, miramos escaparates y planeamos qué regalos compraríamos.

Aquella noche hicimos el amor con la misma pasión que la noche anterior, lo cual, unido al sol y el baño, los paseos y la cena, nos condujo de nuevo a las puertas de un sueño tranquilo y feliz. Dormimos abrazados y nos despertamos acariciados por la brisa marina y los rayos de sol.

Jimmy había planeado alquilar kayaks para recorrer la bahía, de modo que poco después del desayuno nos cambiamos y bajamos a la playa. El dueño del establecimiento nos proporcionó chalecos salvavidas y nos dio algunas instrucciones. Un rato después iniciamos nuestro viaje marino. Jimmy se mostró algo atrevido y volcó. Resultó muy divertido, y un ejercicio espléndido. Tuvimos suerte de que el mar estuviera tranquilo, pero nos alegramos al volver a ver la orilla.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos vi uno de los recepcionistas del hotel junto al propietario de la tienda de barcos mirando en dirección a nosotros. Tenía los brazos cruzados. Al llegar a la playa se acercó y nos saludó con la mano.

—¿Qué querrá? —pregunté en voz alta. Jimmy salió de su kayak de un salto y me ayudó con el mío.

—Acabamos de recibir una llamada urgente para usted, señora Longchamp —dijo el recepcionista—, de modo que vine directamente aquí a ver si usted y su marido habían regresado.

El terror se apoderó de mí. Dirigí a Jimmy una mirada de preocupación y volví a dirigirme al hombre.

—¿Sabe de quién era la llamada? —Tenía los nervios de punta y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Un tal señor Updike —respondió el empleado, y me entregó un papel con el número del señor Updike—. Me pidió que lo llamara de inmediato.

—¡Oh, no!, Jimmy. Debe de haberle ocurrido algo a Christie —exclamé.

—Vamos, no te precipites —dijo Jimmy con firmeza—. Tal vez se trate de algún problema con el hotel, alguna decisión que debe tomarse de inmediato.

Asentí con esperanza y nos dirigimos rápidamente al hotel para llamar. El señor Updike contestó enseguida.

—Siento tener que llamarte durante la luna de miel, Dawn —empezó a decir—, pero ha ocurrido una tragedia.

—¿De qué se trata, señor Updike? ¿Qué ha ocurrido? —grité. Temblé y el temor

me dejó helada. Jimmy, a mi lado, me sostenía la mano.

—Randolph ha muerto —contestó.

—¿Randolph? ¿Pero cómo... qué?

—Al parecer todo esto era demasiado para él. Ayer, a primera hora de la noche, abandonó el hotel. Nadie se dio cuenta de su ausencia. Por lo que sabemos vagabundó por ahí toda la noche. Finalmente acabó en el cementerio.

—¿El cementerio?

—Sí, cayó desfallecido sobre la tumba de su madre. El encargado del lugar lo encontró allí por la mañana. Llamó a una ambulancia, pero... ya era demasiado tarde. El médico dice que murió de pena, aunque oficialmente sufrió un paro cardíaco —concluyó.

—Cuánto lo siento —dije—. Pobre Randolph. Sufrió mucho, y nadie lo ayudó.

—Sí —dijo el señor Updike, y se aclaró la garganta—. Bueno, puedes imaginarte lo que está ocurriendo aquí ahora. Tu madre...

—Debe de estar armando un jaleo —dije secamente—. Me imagino que tiene una corte de médicos subiendo y bajando las escaleras.

—Bueno, realmente hay bastante jaleo. Insistió en que el señor Dorfman les dijera a los huéspedes que se marcharan, pues el hotel iba a cerrar. Por supuesto, él no quería asumir semejante responsabilidad, de forma que me telefoneó, y yo le dije que te llamaría para confirmar el siguiente paso —explicó el señor Updike.

—¿Qué sugiere que hagamos, señor Updike? —pregunté.

—La señora Cutler no habría cerrado el hotel —respondió—. Para ella era como en el teatro. La representación debe continuar.

—Entonces ciérrelo —insistí, sin importarme lo que hubiera hecho aquella horrible vieja—. Los huéspedes lo entenderán, y es lo más correcto. Jimmy y yo volveremos de inmediato. ¿Cuándo se celebra el funeral?

—Tu madre pretende que sea mañana, pero el pastor la ha convencido de que es mejor esperar hasta pasado. Algunas personas querrán asistir —dijo—. Philip y Clara Sue ya están en casa —añadió.

—Muy bien. Es muy trágico —dije, y colgué lentamente el auricular.

Le conté a Jimmy todos los detalles.

—Le dije a mi madre que lo de Randolph era serio; le avisé —dije—, pero a ella no le importaba. ¡Ni siquiera a sus propios hijos les importaba!

—Hiciste lo que pudiste, Dawn. No empieces a culparte —dijo Jimmy.

—Lo sé. Qué terrible —dije pensando en voz alta—. Pobre Randolph. —Sentí que las lágrimas me escocían en los ojos—. Ella vuelve de la tumba para destrozar a la gente —dije.

Jimmy frunció el entrecejo, preocupado.

—No hables así. Acabarás por creértelo —dijo.

—Pero ¿por qué será, Jimmy, que las cosas malas parecen durar más que las buenas, que el hedor de lo podrido permanece durante más tiempo que el aroma de algo dulce? —pregunté.

—Eso no es cierto, Dawn. Sólo lo parece, pero no es así —insistió—. Nuestros buenos recuerdos conviven con nosotros, ¿no es verdad?

Negué con la cabeza.

—Sí, pero los malos nos dañan y dejan cicatrices, y esas cicatrices permanecen con nosotros para siempre. Tengo que encontrar como sea la manera de apartar a esa horrible vieja de nuestras vidas —dije con determinación.

—Cuando hablas así —dijo Jimmy— me asustas. Tu rostro se transfigura, y no te reconozco, porque la Dawn que conozco no se preocuparía de la venganza —dijo.

—Lo que me preocupa, Jimmy, no es la venganza sino la supervivencia —contesté.

Apartó la mirada con tristeza.

Lamentaba haber dicho todo aquello, pero no podía evitar pensar que, de alguna forma, la abuela Cutler resucitaba de entre los muertos para encontrar la manera de acabar con la felicidad de todos, especialmente la mía.

El encargado del hotel nos ayudó con los preparativos de urgencia. Para llegar cuanto antes debíamos coger un pequeño avión hasta Boston y allí otro de línea hasta Virginia Beach. Llegamos poco después de las nueve de la mañana, y el coche del hotel nos estaba esperando. Julius Barker, el chofer, se encontraba en la entrada de la sala de recogida de equipajes; sostenía el sombrero entre sus manos y en su rostro había una expresión de tristeza.

Casi todos los empleados del hotel querían a Randolph. A pesar de su ineficacia como administrador y el estado en que se había sumido tras la muerte de su madre, era un alma caritativa y cariñosa, la epítome de la elegancia y genialidad sureñas. Antes de su depresión siempre lucía una sonrisa y tenía una palabra agradable para todos aquellos con los que se encontraba, ya fuera una doncella, o un rico huésped del hotel. El progresivo empeoramiento de su salud mental había entristecido a todos por igual. Sin embargo, la gente que debía preocuparse más por él no lo estaba en absoluto.

Julius se acercó a recoger nuestras maletas.

—Siento que tuviera que interrumpir su luna de miel, señora Longchamp —dijo.

—Es muy triste, Julius.

—Sí, señora. Todos en el hotel están muy afectados. El señor Dorfman ha ordenado que apaguemos la mayor parte de las luces —añadió. Cuando llegamos comprobamos por qué había mencionado aquello.

Un palio funerario cubría el edificio y el terreno. Un cielo encapotado había

empezado a dejar caer una lluvia fría, y el ambiente era gris y gélido. El hotel se perfilaba como una enorme casa abandonada. Todas las ventanas estaban a oscuras y el gran porche parecía cubierto por un manto negro. Resultaba extraño penetrar en el gran vestíbulo y encontrarlo vacío y en semipenumbra. Detrás del mostrador había una sola recepcionista, la señora Bradly, quien se ocupaba de los teléfonos. Robert Garwood, uno de los botones más antiguos, acudió para recoger las maletas y llevarlas a nuestra *suite*.

—Iré a ver qué se ha cerrado y qué no —dijo Jimmy, y se marchó con Julius. Yo seguí a Robert hasta los aposentos privados. La puerta de la habitación de mi madre estaba completamente cerrada, como de costumbre. Mientras recorría el pasillo Philip abrió la puerta de su dormitorio y salió a darme la bienvenida.

—Pensé que no regresarías —dijo. Vestía una bata de terciopelo azul con la insignia de los Cutler, una gran C dorada, bordada en el bolsillo, pero tenía el cabello bien peinado y su aspecto era relajado y tranquilo. Sonrió y a continuación se adelantó un paso y se detuvo lo suficientemente cerca de mí como para besarme en la mejilla. Posó la mano sobre mi hombro.

—Claro que tenía que regresar. ¿Por qué no iba a hacerlo? —dije, sin ocultar mi indignación, y aparté su mano de mi hombro.

—Bueno, no era realmente tu padre, y estabas de luna de miel —dijo Philip—. ¿No lo estabais pasando bien? —preguntó con una sonrisa irónica. ¿Cómo podía bromear después de la triste muerte de su padre?, me pregunté. No pude evitar sentirme asqueada ante aquella sonrisa que en otras circunstancias me habría parecido bella y seductora.

—Realmente, Philip, no respetas nada, ni siquiera la memoria de tu propio padre —le espeté. Mis palabras borraron la expresión de su rostro tan rápidamente como si le hubieran dado una bofetada.

—Claro que estoy afectado —dijo, a la defensiva—. Tuve que volver a toda prisa de la Universidad, ¿verdad? —señaló.

—Sigues pensando sólo en ti, Philip —contesté, y sacudí la cabeza—. ¿Qué me dices de Randolph?

No esperé que me respondiera. Lo dejé ahí, con la boca abierta, y me dirigí al dormitorio de Christie a ver cómo estaba. Sissy me saludó en la puerta. Christie dormía.

—Ha sido terrible —dijo Sissy, frotándose los ojos. Le pedí que saliese de la habitación para no despertar a Christie—. Clarence me ha dicho que la ropa del señor Cutler estaba rasgada como si hubiera atravesado una alambrada. Murió aferrado a la tumba de la señora Cutler con el rostro hundido en el suelo. —Agitó el cuerpo como si sufriera un escalofrío—. Pobre hombre.

—Ya lo sé —dije—. ¿Cómo ha estado Christie?

—Sabe que algo malo ha ocurrido. Ha oído que todos lloraban y ha visto que estaban tristes, pero la señora Boston y yo intentamos mantenerla en su habitación la mayor parte del tiempo. Claro que no hace más que preguntar por ti.

Asentí y entré silenciosamente en el dormitorio. La observé durmiendo en la cuna; un rizo de cabello dorado le cubría la frente. Su pequeño y perfecto rostro era como el de una muñeca de porcelana. La arropé y me dirigí a mi dormitorio para deshacer las maletas. Pero la señora Boston, que acababa de enterarse de nuestra llegada, ya estaba ahí, haciéndolo por mí.

—Sólo trato de mantenerme ocupada —dijo al tiempo que sacudía la cabeza, los ojos arrasados en lágrimas. Nos abrazamos.

—¿Cómo está mi madre? —pregunté. La señora Boston aspiró y enderezó los hombros.

—Desde que recibió la noticia se ha encerrado en la *suite* y no ha salido de ahí. Lo único que hace es pedir que le traigamos las cosas. Creo que no se ha levantado de la cama.

—¿Quién se ha ocupado del funeral? —pregunté.

—Creo que el señor Updike —contestó.

—Bueno, supongo que tarde o temprano tendré que verla —dije, y me dirigí al dormitorio de mi madre. La puerta estaba cerrada. Golpeé suavemente con los nudillos.

—¿Mamá? ¿Estás despierta? —pregunté. Esperé durante un largo rato, pero como no hubo respuesta me dispuse a marcharme. Entonces oí un pequeño gemido.

—¿Dawn... eres tú? —preguntó.

Abrí la puerta y entré. Mamá estaba cubierta por el edredón y tenía la cabeza hundida entre las gigantescas almohadas de satén. Su cuerpo nunca me había parecido tan pequeño en medio de aquella enorme cama. La única iluminación procedía de una pequeña lámpara que irradiaba una tenue luz. A pesar del período de luto, parecía que se hubiese pasado horas y horas cepillándose el pelo. Llevaba los labios pintados y colorete y unos pendientes de perlas que hacían juego con el collar.

Se incorporó ligeramente y abrió los brazos para que fuese a consolarla. Me acerqué despacio a su cama para dejar que me abrazara.

—Dawn, me alegro tanto de que hayas vuelto. Ha sido horrible, simplemente horrible. ¿Te has enterado? —preguntó, y volvió a reclinarsse sobre las almohadas como si al abrazarme hubiera utilizado todas las fuerzas de que disponía—. ¿Te han contado que se paseó por Dios sabe dónde, que anduvo por los muelles hablando con extraños, diciendo tonterías acerca de su madre? Es para morir —dijo, y puso los ojos en blanco—. La gente de Cutler's Cove hablará de esto durante generaciones.

—No creo que a Randolph eso le preocupara, mamá —dije cáusticamente.

—No, por supuesto. Ha fallecido. Ya nada puede preocuparle —dijo en un

arrebato. A continuación se secó las lágrimas con sus puños y se incorporó hasta quedar sentada—. El señor Updike no para de hacerme preguntas acerca del funeral —gimió—. No quiero oír ni una palabra más. Tendrás que encargarte de todo, Dawn.

—¿Qué pasa con Philip y Clara Sue? —pregunté.

—Clara Sue se niega a salir de su habitación —contestó— y Philip se parece cada vez más a su padre. Dice que haga lo que quiera. Pues yo no quiero —dijo sin emoción alguna—. Lo que sí quiero es que todo este desagradable asunto acabe cuanto antes —concluyó con firmeza.

—Me da tanta pena, pero ya te avisé de lo serio que era. También avisé a Philip. A nadie parece importarle —dije con un tono más enfático de lo que había deseado. Pero me estaba cansando ya de la forma en que la muerte de Randolph se había convertido en una molestia para sus seres queridos.

—No empieces a culparme a mí por todo esto, Dawn —dijo mamá, al tiempo que me señalaba con un dedo acusador—. Yo no podía hacer nada por él. Estaba completamente obsesionado con el recuerdo de su madre. Siempre la había admirado y adorado como si fuera una diosa y no simplemente su madre. Nunca la vio tal como era; nunca reconoció que era una mujer mala y perversa. Desde su punto de vista, todo lo que ella hacía estaba bien. No tenía más que mirarlo para que él fuese corriendo a obedecerla. Quería estar con ella, y por fin lo ha conseguido —afirmó.

—Estoy segura de que no quería morir sobre su tumba de esa manera, mamá. No estaba bien —dije suavemente.

—Créeme, Dawn. Quería morir así —dijo, haciendo caso omiso de mis protestas—. Estaba loco, sí, pero sabía perfectamente lo que hacía. Bueno, ha terminado. —Aspiró profundamente y dejó escapar un suspiro—. Al menos en parte. Ahora hay que enfrentarse al resto del desagradable asunto. Bueno, yo tampoco estoy bien, de modo que no quiero que me aturdan con estos horribles detalles. Quiero que todo se haga con la mayor rapidez. ¿Te ocuparás de que así sea? ¿Lo harás? —imploró.

—Haremos lo correcto y lo que sea más respetuoso, mamá —dije con firmeza, y enderecé los hombros como lo habría hecho la mujer que más odiaba en este mundo. La forma en que mamá abrió los ojos confirmó mi certeza—. Y tú encontrarás fuerzas suficientes para comportarte como una amante esposa en el funeral de su marido. Sabes que asistirá gran cantidad de gente, y muchas de las personas que admiras te estarán observando.

—Cielos, cielos —gimió, cerrando los ojos—. ¿De dónde voy a sacar fuerzas?

—De alguna forma lo conseguirás, estoy segura —dije con tono incisivo—. Telefonaré inmediatamente al señor Updike y veré qué queda por hacer; después te informaré qué debes hacer tú —dije, y me volví para marcharme.

—Dawn —llamó.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Me alegro tanto de que hayas vuelto, de que pueda confiar en ti —dijo, y sonrió a través de sus lágrimas de cristal.

—Bueno, puedes agradecerérselo al guardia de seguridad que reconoció a Papá Longchamp e informó a la Policía dónde podían encontrarme —contesté.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Cómo puedes tratarme con tanta crueldad en un momento como éste? —exclamó.

Las palabras de Jimmy volvieron a mi mente: «Porque a la Dawn que yo conozco no le preocuparía la venganza». ¿Tendría razón? ¿Estaba cambiando? ¿Estaba permitiendo que la abuela Cutler me convirtiera en una persona como ella para de ese modo destruirme?

Traté de suavizar mi actitud.

—Lo siento, mamá —dije. Pareció alegrarse—. Haré lo que pueda para que las cosas te resulten más fáciles.

—Gracias, Dawn. Dawn —volvió a decir cuando llegué a la puerta—. Sí que lo quise... en una época —dijo con voz triste y apagada.

—Entonces, mamá, cuando lo recuerdes piensa en él como el hombre que fue y no el hombre en el que se convirtió —dije, y la dejé sollozando en el pañuelo de encaje.

Tanto el señor Updike como el señor Dorfman eran de la opinión que al igual que en la procesión funeraria de la abuela Cutler, también la de Randolph debía detenerse en la puerta del hotel para brindarle un último adiós. El pastor diría unas palabras desde la entrada. Cuando se lo dije a mi madre, gimió como si se tratara de una tortura.

—Otra vez no. ¡Oh!, qué dramatismo —exclamó. Pero lo aceptó. De hecho, una vez que los detalles del funeral fueron confirmados, tuvo un arranque de renovada energía. Decidió que el vestido que se había puesto para el funeral de la abuela Cutler no era lo bastante elegante para el de Randolph.

—En el de la abuela no me importaba mi aspecto —dijo a modo de explicación—. Pero esto es distinto.

Solicitó urgentemente los servicios de uno de sus modistos preferidos, quien se puso a trabajar en la creación de un elegante vestido negro. Mamá lo quería ajustado en la cintura, con mangas vaporosas y bastante escotado. El hombre se sorprendió pero hizo lo que le pidieron. Cuando la vi el día del funeral pensé que se había vestido para algún tipo de baile de disfraces. Sólo faltaba que se pusiese una máscara negra. Se había hecho la manicura, tenía el pelo lavado y arreglado e incluso había llamado a la esteticista para que le hiciera una limpieza de cutis, ya que afirmaba que tantas horas de llorar la habían envejecido.

Desde que Jimmy y yo regresamos de nuestra luna de miel, Clara Sue no apareció

ni una sola vez. Al igual que su madre, insistió en que todas las comidas le fueran servidas en su habitación. Sin embargo, me enteré de que en todo el día no paraba de hablar por teléfono con sus amigas del colegio. Cuando finalmente la vi el día del funeral, me dio la espalda.

Estaba previsto que la familia viajase junta en la limusina del hotel, pero algunos de los amigos de Clara Sue asistieron, y ella decidió que viajaran en su compañía. Me sorprendió el que mamá no protestara.

—Esta mañana no me siento con fuerzas para ese tipo de cosas, Dawn —me dijo cuando le comenté lo desagradable que resultaba que Clara Sue no estuviera a su lado—. Lo mejor será que empecemos y que todo esto acabe cuanto antes.

Aunque el cielo estaba cubierto y gris, afortunadamente no llovió. La multitud era tan grande que la iglesia quedó desbordada. Había gente de pie en la escalinata y en el césped escuchando las palabras del pastor. Clara Sue accedió a compartir con nosotros el banco de la familia, y se sentó al lado de Philip. Directamente detrás de nosotros se encontraban los señores Updike y Dorfman con sus respectivas esposas y, a petición de mamá, Bronson Alcott. Advertí que de vez en cuando éste le daba a mi madre palmaditas de consuelo en el brazo. En una ocasión se dio la vuelta para estrecharle la mano.

Finalmente tuve que admitir que mamá estaba muy bella; parecía una perla resplandeciente engarzada en una concha negra. De tanto en tanto, como si lo hubiera planeado, se frotaba los ojos con un pañuelo de encaje, suspiraba y cerraba los ojos. A continuación los abría, miraba a alguien y cuando advertía una expresión de condolencia, sonreía agradecida.

Tras las palabras de elogio, en las cuales el pastor subrayó la gran contribución que la familia Cutler había hecho a la comunidad, los asistentes salieron abriéndose paso hasta sus coches y se dispusieron a seguir el cortejo fúnebre hasta el hotel. Frente a éste esperaban congregados todos los miembros del personal. El pastor habló de las grandes tradiciones creadas por la familia Cutler y de cómo para Randolph el hotel había sido más que un negocio, un hogar. Cuando por fin dijo: «Y te damos el último adiós, Randolph Boyse Cutler, descansa en paz. Tu trabajo aquí ha terminado», fueron pocos los que pudieron contener las lágrimas.

Algunos de los empleados lloraron abiertamente y tuvieron que ser consolados por otros. Cuando pasamos por el arco del cementerio cerré los ojos, ya que el recuerdo del día en que descubrí la pequeña tumba que representaba simbólicamente mi propia muerte, me vino de nuevo a la cabeza.

Randolph iba a ser enterrado al lado de su madre y de su padre. Cuando empezaron a bajar el ataúd, mamá me miró. Adivinaba sus pensamientos. Una vez más me decía que Randolph estaba donde quería estar. Pero por mucho que amara y admirase a su madre, yo estaba segura de que ése no era el final que había deseado.

Era un alma perdida que se debatía en un laberinto de memorias tratando de hallar algún significado a su vida después de que la luz se hubiera apagado.

El pastor pronunció las oraciones finales, y la multitud empezó a dispersarse. En el momento en que Jimmy y yo nos volvimos para marcharnos, Clara Sue, que se encontraba con sus amigos a poca distancia de nosotros, se dio media vuelta y me miró fijamente. En su rostro no se veía dolor sino ira y envidia al ver la forma en que la gente me saludaba y abrazaba al ofrecirme el pésame. Era culpa suya por no estar junto a la familia, pensé.

Se cruzó conmigo mientras me alejaba del cementerio. Pareció respirar profundamente y enderezar la espalda.

—¿Estás contenta? —preguntó, con una expresión de ira indisimulada.

—¿Qué? —La miré aturdida. Un pequeño grupo de asistentes había oído sus palabras y se había detenido a escuchar.

—Desde que has vuelto esta familia se está desmoronando. Después te dieron el control del hotel, y mi padre se convirtió en un don nadie... *nadie* —chilló, y sus ojos parecieron sacar chispas.

—Eso no es cierto, Clara Sue —empecé a decir—. Randolph sufría desde hacía mucho tiempo.

Acercó su rostro al mío, entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos ranuras siniestras y continuó atacándome.

—No te atrevas a hablarme de *mi* padre. Has engañado a todo el mundo, pero a mí no —espetó—. Nos has causado problemas a todos y conseguiste que la abuela enfermara. Ahora le has hecho lo mismo a mi padre.

—Eso no es justo, Clara Sue, y éste no es el momento ni el lugar para...

—Clara Sue, te estás comportando como una imbécil —intervino Jimmy.

—Tiene razón, Clara Sue —añadió Philip—; te estás comportando como una niña mimada.

Clara Sue se echó a reír, una risa salvaje e histérica que llegó hasta los oídos de algunos asistentes que abrieron los ojos asombrados.

—Es lógico que ambos la defendáis —dijo Clara Sue dirigiéndose a Philip y a Jimmy—. Los dos estáis enamorados de ella.

El grupo de espectadores se acercó aún más, murmurando. El rostro de Philip se enrojeció como si le hubieran propinado una fuerte bofetada.

—Cállate la boca —gritó, y se acercó amenazadoramente a ella con los puños cerrados. Clara Sue se mantuvo firmemente en su lugar, sin moverse ni un centímetro y con una sonrisa maliciosa en el rostro, en actitud desafiante. Yo estaba segura de que Philip iba a pegarle, y todo eso al pie de la tumba recién excavada de su padre.

—¡Oh!, Clara Sue —exclamó mamá.

Me giré y vi cómo se desmayaba en los expectantes brazos de Bronson Alcott.

Philip se dirigió también a ella y Clara Sue se acercó a mí.

—Mira lo que has conseguido —se mofó.

—¿Yo?

—No descansaré hasta que te haya echado de aquí —continuó sin que le importase nada su madre. Aquellos que se habían rezagado se congregaron mientras Bronson abanicaba a mamá con el pañuelo.

—Contrataré los servicios de un abogado; encontraré la forma de deshacerme de ti —prometió odiosamente Clara Sue.

—Haz lo que quieras —dije—. No respetas nada ni a nadie más que a ti misma, y eres una vergüenza a la memoria de tu padre —añadí, y me volví para reunirme con los demás alrededor de mamá, quien aún no había recuperado el conocimiento.

Bronson finalmente la levantó en brazos y se la llevó del cementerio. La gente, que no salía de su asombro, se apartó. Los rumores acerca de la actitud de Clara Sue se extendían entre los asistentes a la velocidad de la luz, y todos nos observaban mientras seguíamos a Bronson por el sendero hasta la limusina del hotel. Julius abrió la puerta y con cuidado depositó a mi madre en el asiento trasero.

Mamá empezó a parpadear.

—Será mejor que regrese rápidamente al hotel —susurró Bronson—. Yo os seguiré.

—Sí, gracias —dije. Jimmy, Philip y yo nos acomodamos en la limusina con mamá. Philip le daba palmaditas de consuelo en la mano y, en mi opinión, se comportaba exactamente igual que Randolph. Por fin, mamá abrió los ojos tímidamente e intentó sonreír.

—Estoy bien —murmuró—. ¿Ya ha terminado todo?

—Sí, todo ha terminado —dijo Philip.

Mamá sonrió y volvió a cerrar los ojos.

Cuando llegamos al hotel, Bronson Alcott estaba esperándonos. Philip y Jimmy ayudaron a mamá a bajar de la limusina. Bronson se acercó de inmediato y se hizo cargo de ella, que comenzó a caminar apoyada en su hombro. Los empleados se apartaron y nos observaron entrar en el hotel. Al otro extremo del vestíbulo la señora Boston dio un paso adelante y cogió a mamá del brazo. Mamá se volvió y le dedicó a Bronson Alcott una sonrisa que, en mi opinión, indicaba algo más que agradecimiento. A continuación la señora Boston la ayudó a subir las escaleras que conducían a los aposentos de la familia.

—Lamento las cosas que ha dicho Clara Sue —nos dijo Philip a Jimmy y a mí antes de que nos marchásemos—. Se ha convertido en un verdadero problema para todos, pero no dejaré que os moleste.

—Quizá no sepa enfrentarse a la pérdida de su padre —dije—. No quiero pensar en ello ahora. Estoy extenuada y quiero lavarme y descansar un poco antes de recibir

a más gente.

Jimmy y yo subimos a nuestra *suite* y nos cambiamos de ropa. Más tarde los viejos de la familia y todos aquellos que quisieran dar el pésame, pasarían por el hotel. El señor Updike, el señor Dorfman y yo decidimos que serviríamos pastas, té y café en el vestíbulo. Mamá permaneció en su *suite*, pero Jimmy, Philip y yo aceptamos las condolencias y hablamos con la gente. No vimos a Clara Sue por ninguna parte, y después supimos que no había regresado al hotel.

Horas después, mamá tuvo una de sus recuperaciones milagrosas y bajó a saludar a la gente. Seguía luciendo su elegante vestido. Las condolencias, las expresiones de dolor, besos en la mejilla y los apretones de manos alimentaron su necesidad de atención, y a medida que pasaban las horas sus fuerzas, lejos de menguar, fueron en aumento. La oí reír una o dos veces y vi que lanzaba una sonrisa a Bronson, que todo el tiempo permanecía fielmente a su lado.

Cuando todos aquellos que querían dar el pésame se hubieron marchado, Jimmy, Philip y yo nos retiramos a la cocina a comer algo. Como casi todos los del hotel, Nussbaum había transformado su tristeza en trabajo y había preparado comida suficiente para un ejército. A pesar de la fatiga emocional, estaba hambrienta.

Mamá se retiró a su *suite* y pidió que le subieran la cena como de costumbre. Nadie dijo una palabra, pero sabíamos que había invitado a Bronson Alcott a cenar con ella.

—Clara Sue no regresará al hotel —nos dijo Philip cuando se sentó a la mesa—, lo cual seguramente es una suerte.

—¿Qué quieres decir, Philip? ¿Dónde está? —pregunté.

—Mandó a uno de sus mal educados amigos con el mensaje de que regresaba a Richmond —dijo.

—¿Tan pronto regresa al colegio? Pero si...

—Está bien —dijo Philip—, yo también me marcharé por la mañana. No tiene sentido que permanezca aquí más tiempo. Además, no puedo perderme los exámenes finales.

Jimmy y yo intercambiamos una mirada rápida y volvimos a concentrarnos en la comida.

—En lo que se refiere a mamá —continuó Philip—, se recuperará tan pronto como lo desee. Mi presencia aquí no altera nada. Claro que si hay algún trámite que creas que deba hacer...

—No, no. El señor Updike y el señor Dorfman lo tienen todo bajo control. Reabriremos el hotel para el fin de semana —dije—. Es mejor que todos vuelvan al trabajo.

No me gustaba admitirlo, pero la filosofía de la abuela Cutler seguramente era correcta en lo que se refería a eso. Me alegraba, sin embargo, que hubiéramos

mostrado un poco de respeto por la memoria de Randolph al cerrar el hotel unos días.

—De acuerdo —dijo Philip—. Por eso quiero volver ya a los libros. —Jugueteó un poco con la comida y a continuación levantó la vista y nos miró a los dos—. Quiero disculparme de nuevo por las cosas que dijo Clara Sue en el cementerio. Insisto en que se ha convertido en un problema. Intentaré que no os moleste —prometió.

Jimmy asintió. Yo quería decir algo más, pero no lo hice. Quería decir que Clara Sue no había cambiado mucho desde el primer día que la vi. Ya entonces era egoísta y degenerada, y seguramente siempre lo sería. Pero no quería añadir leña al fuego en momentos tan difíciles. Era mejor dejar las cosas en paz.

Antes de retirarnos a nuestra *suite*, Jimmy y yo subimos a ver a Christie. Mientras recorríamos el pasillo oímos la risa de mi madre tras las puertas de sus habitaciones.

—Mamá ya ha iniciado otra de sus espectaculares recuperaciones —murmuré. Jimmy asintió y sonrió.

Sin embargo, más tarde, cuando yacíamos juntos en la cama, me invadió la tristeza y apoyé la cabeza sobre el hombro de Jimmy. Si mirábamos por la ventana podíamos ver el cielo. El día nublado que nos había perseguido durante la jornada y que había acrecentado el ambiente de tristeza y depresión, empezó a desaparecer. Entre las nubes aparecían un par de resplandecientes estrellas.

—No consigo olvidar el día en que murió mamá —dijo Jimmy—. Pensé que mi corazón se había encogido tanto que nunca más podría bombear la sangre por mi cuerpo, y que simplemente moriría de pena.

—Recuerdo que corriste todo el camino desde casa al hospital.

—Lo único que quería hacer era patear el suelo o pegar a alguien. Simplemente no entiendo que haya gente que entierra a su padre y luego se marcha con los amigos como ha hecho Clara Sue. Ni siquiera comprendo cómo Philip puede regresar tan pronto a la Universidad y volver a la normalidad —dijo—. Ésta nunca ha sido una gran familia, ¿verdad, Dawn?

—No, Jimmy.

—¿Crees que si nos quedamos aquí y nuestros hijos se crían en este ambiente acabará por ocurrirnos algo similar? —preguntó.

—Espero que no, Jimmy. En cualquier caso, creo que nos queremos demasiado como para que una cosa así ocurra —dije rápidamente. El asintió, pero incluso en la oscuridad, con la única luz del resplandor de las estrellas filtrándose por la ventana, podía ver la ansiedad en sus ojos. Hizo que mi corazón latiera con fuerza y que se me hiciera un nudo en la garganta. Deseaba tranquilizarlo, prometerle, garantizarle que para nosotros la felicidad y el amor eran algo tan seguro como las estaciones del año.

Pero no podía quitarme de la cabeza los ojos gris acero de la abuela Cutler. ¿Me perseguirían para siempre? ¿Haría algo más para dañarnos?

Abracé a Jimmy con más fuerza, y él me besó el cabello y me acarició la mano.

Al otro lado de la finca Randolph descansaba junto a su madre. ¿Había encontrado finalmente la paz? Y si así era ¿por qué había tenido que pagar un precio tan alto?

UNA VELADA EN BEULLA WOODS

En los días que siguieron a la muerte de Randolph observé un cambio bastante dramático en el comportamiento de mi madre. Justo acababa de iniciar un período de luto cuando de pronto ya no quería estar encerrada en su *suite*. De hecho, rompió el luto con una explosión de sorprendente energía. Pero su atención e intereses no tenían nada que ver con el hotel. Al contrario, parecía evitar todo lo relacionado con el negocio. No tenía ningún deseo de conocer a los huéspedes ni implicarse en las actividades del hotel. Sabía que odiaba cruzar el vestíbulo aunque más no fuera para ir hasta la limusina. No quería tener que aguantar la mirada crítica de nadie, de modo que empezó a salir por una puerta lateral, como si sus salidas y entradas fueran clandestinas. A veces pensé que lo eran, aunque ella declaraba que sólo iba de compras o a almorzar con viejos amigos.

Sí, de pronto madre volvía a tener amigos. Podía contar con los dedos de la mano las veces que algún conocido del vecindario se había acercado a visitarla desde que yo había regresado al hotel, y no recordaba ni una sola ocasión en la que ella hubiera ido a visitar a alguien. Pero todo aquello cambió rápidamente.

Un día topé con ella en el pasillo mientras salía rumbo una de estas citas. Había estado revolviendo los armarios hasta encontrar unos trajes poco usados pero elegantes. Era como si el haber tenido que llevar el vestido negro del funeral, incluso uno que ella se había hecho diseñar especialmente y que había utilizado tan poco tiempo, hubiera generado en ella ansias de vestir colores alegres. Los rosas, azules y verdes eran casi luminosos. En esta ocasión llevaba también un sombrero azul haciendo juego. Con el pelo marcado y peinado, el rostro maquillado y las joyas resplandecientes, bajaba casi saltando las escaleras. Incluso me pareció oírla tararear.

—¡Oh!, Dawn —dijo cuando la sorprendí en el vestíbulo. Una mirada culpable cruzó momentáneamente por sus ojos azules. A continuación sonrió y se dio media vuelta—. ¿Qué tal estoy?

No pude por menos que admitir que se la veía rejuvenecida. Su rostro, resplandeciente, irradiaba un brillo de indisimulada euforia. Era como si de su alma hubiera desaparecido una sombra que la atenazaba.

—Muy bien, madre. ¿Dónde vas hoy? —pregunté.

—¡Oh!, voy a encontrarme con unas compañeras de colegio para almorzar, y después quizá vaya a un desfile de modas —recitó como si hubiera memorizado la respuesta para cualquiera que tuviera la osadía de preguntar. Advirtió que le dirigía una mirada de escepticismo y confusión y continuó, con mayor énfasis aún—: Bueno,

¿y por qué no voy a salir? Me he cansado de estar en mi *suite*. Se ha convertido en una prisión para mí. Me he pasado tanto tiempo encerrada recuperándome de una enfermedad u otra, que ahora no puedo soportarlo ni un minuto más de lo imprescindible. Además —añadió, bajando las comisuras de la boca— hay demasiados recuerdos tristes del pobre Randolph. Tendré que deshacerme de sus cosas; le daré algunas a Philip y el resto al Ejército de Salvación para que al menos los pobres puedan beneficiarse de la tragedia.

—Sí, eso estaría bien, mamá —dije secamente.

—¿Y nunca te has dado cuenta de lo poco iluminada que es mi *suite*? —se quejó—. ¡Puede llegar a ser tan triste y aburrida! La culpa es de la orientación, estoy segura. No me extraña que la abuela Cutler nos la adjudicara a mí y a Randolph mientras ella se quedaba con la del otro lado, a la que le da el sol casi todo el día —añadió.

—En ese caso trasládate a sus habitaciones —sugerí, medio en broma.

—Dios me libre. No quiero tener nada que ver con las cosas de aquella horrorosa mujer. No te atrevas ni a bromear sobre ello —dijo, y con la misma rapidez que su rostro se había puesto agrio, se volvió dulce—. Bueno, tengo que marcharme. Julius me espera fuera con la limusina. Quizá —dijo mientras se marchaba— encuentre algo nuevo y de moda que te pueda comprar.

Observé como salía corriendo y a continuación subí a buscar a Christie. Como estábamos en plena temporada de verano, me había involucrado más y más en la administración diaria del hotel. De vez en cuando Jimmy me recordaba sutilmente que había prometido no descuidarlos a él y a Christie por el trabajo. Unas cuantas veces había tenido que abandonar la mesa para resolver algún problema, y cada vez, al regresar, Jimmy me miraba como diciendo: «Ya te lo dije».

Pero tanto el señor Dorfman como el señor Updike confiaban cada vez más en mí y en las decisiones que tomaba. Me encargaba de responder las llamadas y requerimientos de los empleados y de la atención a proveedores. Cada mañana mi agenda estaba llena de notas sobre cosas que hacer y gente a la que llamar. Era un trabajo mucho más cansado y emocionalmente agotador de lo que jamás había imaginado. Llegué a preguntarme cómo la abuela Cutler, a sus años, había podido dirigir con tanta firmeza el hotel. No podía creer que alguien de su edad, especialmente como ella, fuese capaz de sobrevivir a alguien de mi edad. Y precisamente porque todas esas cosas me distraían, me sentía cada vez más culpable de no pasar el tiempo suficiente con Christie, que crecía tan rápidamente que un día la miraba y la veía como un precioso bebé, y al día siguiente la veía como una niña precoz con una sorprendente curiosidad por las cosas. Echaba muchísimo de menos a Randolph, posiblemente más que nadie. Sissy me comentó la cantidad de veces que pedía ir a su despacho. Randolph había sido muy paciente con ella y se había

mostrado feliz aun cuando su presencia lo obligase a interrumpir sus extrañas actividades.

Finalmente le dije a Sissy que me la trajera al despacho, sólo que para mí resultó ser mucho más complicado de lo que había sido para Randolph, ya que mi trabajo era de verdad, y la gente que esperaba para hablar conmigo por teléfono o que venía a verme por cualquier problema no parecía muy dispuesta a esperar hasta que yo le explicara algo a Christie. Pero si no lo hacía, me tiraba de la falda o repetía la pregunta una y otra vez hasta que quedaba satisfecha.

A veces, cuando Jimmy se sentía más caritativo y comprensivo, acudía en mi ayuda y se la llevaba al jardín a jugar o a ver cómo los pintores acondicionaban el edificio. Nada le aburría, tanto si era un trabajo manual o simplemente observar al contable sumar con la máquina. La gente siempre le interesaba.

Le compramos juegos educativos, y su vocabulario crecía a pasos agigantados. Los huéspedes se quedaban sorprendidos cuando se les decía que tenía poco más de dos años. El hecho de que fuese educada en el ambiente de un hotel, rodeada de personas distintas cada semana, la convirtió en una criatura extravertida que sólo se mostraba tímida cuando alguien le hacía algún comentario acerca de su ropa, su cabello o sus bonitos ojos azules.

No podía evitar preguntarme si había heredado la afectación de mamá. Ciertamente estaba enamorada de sí misma y se pasaba horas ante el espejo con su primer juego de cepillos y peines. Tampoco se mostró impaciente cuando Sissy le hizo por primera vez la manicura, y no veía la hora de pasearse por el hotel enseñándole a todo el mundo sus uñitas recién pintadas.

Sólo mamá le prestaba poca atención. Si se encontraba con ella en el pasillo o el vestíbulo, le dirigía una sonrisa, pero yo sentía que lo hacía porque era consciente de la presencia de otras personas. Nunca se ofrecía a cuidarla ni permitía que Sissy la llevase a su *suite*. La única vez que Christie entró en ella por error, mamá llamó a Sissy a gritos para que se la llevara porque había demasiados objetos caros y podía romperlos accidentalmente.

A causa de sus nuevas actividades, mi madre permanecía cada vez más alejada del hotel. Casi nunca comía con nosotros en el comedor y sólo veía a los huéspedes cuando entraba o se marchaba. Un día Philip me llamó para preguntarme si sabía por qué no había contestado a sus llamadas.

—El curso está por terminar y tenía intención de pasar unas pequeñas vacaciones en las Bermudas con Betty Ann y sus padres. Me han invitado y quería que mamá lo supiera —dijo, aunque pensé que también quería que me enterara yo.

—¿Cuándo la llamaste por última vez, Philip?

—Hace aproximadamente una semana, y antes había llamado dos veces. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Estupendamente. Nunca la he visto más saludable ni con tantas energías. La verdad es que estos días no se la ve mucho por aquí. Siempre tiene algún compromiso, y dondequiera que va se queda la mayor parte del día. Incluso la mayor parte de la noche —añadí.

—Ummm —dijo—. No es muy habitual en ella. En cualquier caso, por favor dale mi recado. Os mandaré una postal desde las Bermudas —añadió.

—Bueno, espero que lo pases bien —dije.

—Gracias. Supongo que cuando vuelva me haré cargo de la parte del trabajo que me toca —prometió.

—Tendrás bastante que hacer —le advertí.

Se echó a reír.

—¿Te estas convirtiendo en la nueva señora Cutler? —bromeó.

—En absoluto —dije—. Tomo mis propias decisiones.

Pensé que había hecho mucho para que aquello fuera así. Tal como lo había planeado, hice unos cambios considerables en el despacho: sustituí las feas cortinas oscuras por unas de color azul; retiré la moqueta y mandé colocar una gruesa alfombra de color beige que le daba a uno la sensación de caminar sobre cojines. Aumenté la iluminación y colgué algunos cuadros alegres y coloridos. Sólo dejé el retrato de mi padre, que colgaba en la pared detrás de mi escritorio. Pensé que retirarlo no habría sido correcto.

Sobre el escritorio puse fotos enmarcadas de Christie y Jimmy, y permití que Sissy dejara algunos de los juguetes de mi hijita en un rincón de mi despacho. Jimmy se aseguraba que las flores de los jarrones fuesen renovadas cada tres o cuatro días, por lo que el aroma a lilas —un aroma característico de la abuela Cutler— quedó sustituido por el olor a rosas, claveles, jazmines o cualquier flor, excepto lilas.

—No me gusta preguntarlo —le dije a Philip antes de colgar— pero ¿qué hace Clara Sue?

—Tampoco responde a mis llamadas, pero por amigos comunes me ha informado de que tiene la intención de pasar el verano en la costa de Jersey, en la casa de los padres de una amiga. Estoy seguro de que te sientes desolada —concluyó con cierto tono jocoso.

—¿Se lo ha dicho a mamá? —pregunté—. Si lo ha hecho, mamá no me ha comunicado nada.

—Que yo sepa, sólo se comunica con nuestra madre cuando necesita que le envíe dinero, te lo aseguro —dijo Philip.

Una vez más le deseé que lo pasara bien, y colgamos.

A primera hora de la noche yo había subido a mi *suite* a ducharme y cambiarme para la cena, cuando mamá vino a hacerme una visita. Aparentemente había regresado de donde fuera que hubiese estado y se había acicalado para otra de sus

noches fuera de casa. Vestía un elegante traje carmesí ajustado en la cintura con falda ancha y corpiño.

—Soy yo —canturreó mientras abría la puerta.

—Pasa —dije.

—¿Qué te parece lo que me he comprado hoy? —preguntó, al tiempo que giraba para que yo pudiese admirar su vestido.

—Estás muy guapa —dije a modo de cumplido.

—Gracias. —Su rostro se iluminó como ocurría cada vez que recibía un halago—. Me siento muy bien —añadió, riendo. Parecía ebria de sí misma y de lo bien que se lo estaba pasando. Nunca un marido había desaparecido tan rápidamente de la mente de una esposa, pensé.

—¿Dónde vas esta noche? —pregunté, al aguardo de una de sus vagas respuestas. Se puso derecha como si estuviera a punto de hacer un anuncio formal.

—Esta noche he aceptado ir a cenar a uno de los más exquisitos restaurantes de Virginia Beach —respondió.

—¡Oh! ¿Con quién?

—Bronson Alcott —confesó. Y con la misma celeridad que lo había dicho, comenzó a justificarse—. No creo que esté mal que me vean con un acompañante adecuado. La gente no espera que me muera de pena como Randolph. Todavía soy joven y atractiva, y no sería justo. Además, —continuó, casi sin respirar— Bronson es un viejo amigo, un amigo de la familia. De modo que nadie puede pensar que salgo con el primer pretendiente que se presenta a mi puerta.

—Eres lo suficientemente mayor como para hacer lo que quieras, mamá —dije.

—Sí, lo soy —asintió—. Se detuvo para mirarse en mi espejo y se atusó el pelo donde creía ver algún mechón rebelde.

—Hoy ha llamado Philip —le informé—. ¿Has devuelto la llamada?

—¿Philip? ¡Oh, no! ¿Qué ha dicho? —preguntó, aunque era obvio que apenas si le importaba. Siguió contemplándose al espejo.

—Se preguntaba por qué no le contestabas las llamadas —dije

—¿Ah sí? —Dejó escapar una risita—. ¿Estaba molesto?

—Sentía curiosidad y parecía un poco preocupado, pero le dije que estabas saliendo bastante y que no te morías de tristeza en tu *suite*—respondí sin poder evitar cierto tono de sarcasmo.

—Bien —dijo.

—Quería contarte que se iba de vacaciones con los padres de su novia. Lo llevan a las Bermudas en cuando finalice el último examen.

—Eso es estupendo —exclamó—. Me agrada que se haya encontrado una muchacha cuya familia es rica y de buena clase social. Me alegro mucho por él. Por lo menos alguien ha escuchado mis consejos y ha aprendido un poco de la vida.

—También me comentó que se ha enterado de que Clara Sue no pasará este verano aquí —continuó, ignorando sus indirectas—. ¿Lo sabías?

—¿No? ¿Dónde va? —preguntó con una mueca.

—Va a pasar el verano con una amiga en la costa de Jersey.

—Está bien —dijo—. Actualmente no me siento con paciencia para aguantarla. Estoy tratando de rehacer mi vida. —Me dedicó una sonrisa—. Me siento un poco como Humpty Dumpty. Me he caído de una pared, pero afortunadamente, todos los hombres del rey *pueden* recomponerse.

Volvió a reírse y se dio media vuelta para mirarse de nuevo al espejo. Pasó una mano por los pendientes de diamantes y el collar que hacía juego con ellos. Sus ojos parecían absorber el resplandor de las joyas.

—Me alegro por ti, mamá —dije mientras me dirigía hacia el armario para elegir algo apropiado para la cena. Teníamos el hotel casi al completo, y había que saludar a muchos huéspedes.

—Gracias. ¡Oh! —dijo girándose—. Con toda esta charla, casi me olvidé de la razón que me trajo a verte. ¡Qué tontería!

—¿Ah sí?, pensé que habías venido a enseñarme el vestido nuevo —dije.

—Sí, eso también.

Intuí que me ocultaba algo.

—¿Qué otra razón te trajo, mamá? —pregunté.

Se detuvo y respiró hondo.

—A Bronson le gustaría que el martes por la noche tú y James me acompañarais a su casa para asistir a una cena formal, si os parece bien.

Me la quedé mirando un momento.

—¿Una cena formal?

—Sí. Será estupendo, te lo aseguro. Y me encantaría que conocieras Beulla Woods. Además —añadió con los ojos entrecerrados— sería una buena idea aceptar una invitación del presidente del Banco que tiene la hipoteca del hotel.

—Si accedo a ir no será porque me siento amenazada —repliqué.

—Mi madre se irguió como si le hubiera escupido.

—No quería decir... verás, ahora que eres una mujer de cierta posición social es necesario que hagas ciertas cosas, Dawn —me explicó.

—De acuerdo —dije—. Hablaré con Jimmy.

—¿Y por qué no iba a querer ir? —preguntó rápidamente.

—A Jimmy no le impresionan estas cosas, madre, pero no creo que vaya a negarse, de modo que tranquilízate.

Se alegró de inmediato.

—Eso es estupendo, Dawn. Me gustaría tanto que pudiéramos llegar a ser buenas amigas, a pesar de todo lo desagradable que ha ocurrido entre nosotras en el pasado.

¿Desagradable?, pensé. ¿Permitir que la abuela Cutler me secuestrara, y después no salir en mi defensa cuando aquella horrible mujer me hacía la vida imposible tras mi regreso? ¿No ir nunca a Nueva York a verme ni hacer nada para impedir que la abuela Cutler me enviase a dar a luz a Los Prados, bajo la vigilancia de su odiosa hermana Emily? ¿Desagradable? ¿Su negativa a hacer algo por el pobre Randolph y permitir que sus hijos se desmoronaran como una delicada pieza de porcelana?

—Tengo que prepararme para la cena, mamá —dije, y me volví para que no pudiera ver las lágrimas que habían aparecido en mis ojos.

—Claro. —Empezó a salir, pero al llegar a la puerta se dio la vuelta—. ¿No te parece sorprendente —dijo— lo bien que estás haciendo las cosas? —Se echó a reír—. Con toda seguridad la abuela Cutler se está revolviendo en su tumba. —La risa la siguió como una estela.

Quizá mi madre tuviera razón sobre aquello, pensé. Quizá fuese ésa la razón por la cual trabajaba tanto para ocupar su lugar, como si intentara superarla. Quería que continuara revolviéndose en su tumba.

—Perdóname Jimmy —susurré— pero no puedo evitar desear una dulce venganza.

Con gran sorpresa por mi parte, Jimmy estaba más que dispuesto a aceptar la invitación de Bronson Alcott. Le hacía ilusión conocer su casa.

—Me han hablado mucho de ella —me dijo—, en especial Buster Morris, quien ha hecho algunos trabajos de mantenimiento.

Sonreí. Jimmy se había hecho muy popular entre los empleados del hotel, especialmente entre aquellos que recibían órdenes directas de él. No se daba aires de superioridad ni se comportaba como un sabelotodo. Confiaba plenamente en los consejos de los más antiguos y no intentaba cambiar las cosas que ellos habían estado haciendo durante años.

—¿Qué te han contado de Beulla Woods, Jimmy? —pregunté. Estaba llena de curiosidad. No podía evitar sentirme interesada por el señor Alcott, no sólo por la amistad que mantenía con mamá, sino también por la forma jovial y elegante en que había entrado en mi vida. Su mirada seductora y su mirada alegre me habían cautivado; siempre que lo veía parecía sonreír de forma tan provocadora como fascinante.

Y estaba rodeado de misterio. Era un hombre guapo e interesante que se desenvolvía con la seguridad de una famosa estrella de cine. Rico, importante y obviamente bien educado, era una figura imponente. ¿Y por qué entonces había permanecido soltero durante tantos años? ¿Acaso tenía razón la señora Boston cuando decía que estaba desilusionado por no haberse casado con mamá?

—Bueno, para empezar, Buster dice que la casa es demasiado grande para que un

hombre viva allí solo. Tiene empleados de servicio, claro, pero en la casa hay diez habitaciones, un cuarto de estar, un salón, una biblioteca y un despacho. Dice que la cocina es casi tan grande como la nuestra del hotel, que la finca mide ciento cincuenta acres de terreno y que tiene una vista de la bahía y del mar que te deja sin respiración. Por supuesto, tiene piscina, y hasta una pista de tenis en la parte de atrás. Según Buster, la casa la mandó construir el padre de Bronson Alcott cuando regresó de la Primera Guerra Mundial. Es una de esas casas normandas.

—¿Casas normandas?

—Así es como se llama el estilo arquitectónico. Es francés, pero se parece al tudor inglés —respondió, orgulloso de sus nuevos conocimientos.

—Parece que tú y Buster habéis hablado mucho de la casa del señor Alcott —dije bromeando.

—Sí, bueno, me interesan las casas y la construcción. Ya te lo dije —añadió, algo sonrojado—, espero que algún día podamos construir nuestra propia casa. Incluso ya he elegido una parcela de los terrenos del hotel, en una pequeña colina al noroeste. Buster dice que es un lugar ideal para el tipo de casa que estoy diseñando.

—¿De verdad? ¡Oh!, Jimmy, eso sería maravilloso.

Sonrió de oreja a oreja.

—En cualquier caso —dijo— no me importa echarle un vistazo a Beulla Woods.

Así fue como el martes nos acicalamos para acompañar a mamá en la limusina del hotel. Desde mis días en Nueva York no me había comprado ni un solo vestido, de modo que según los consejos de mi madre me tomé el lunes por la tarde libre y me dirigí a la ciudad en busca de algo adecuado para una cena formal. Encontré un elegante traje de satén negro con finos tirantes y una faja de seda negra. Mamá se quedó literalmente encantada cuando vio lo que había comprado.

—Es perfecto —exclamó, al tiempo que se lo acercaba al cuerpo y se miraba al espejo—. Absolutamente perfecto. Tenemos casi la misma talla. Quizá algún día puedas prestármelo.

—Claro, mamá —dije.

—¡Oh!, mañana por la noche deja que te ayude a vestirte —suplicó—. Por favor.

—Ya sé vestirme, mamá —contesté. Su sonrisa desapareció tan repentinamente que pensé que estaba a punto de echarse a llorar—. Pero no me importa que me aconsejes —añadí caritativamente.

—Estupendo —dijo sin soltar mi vestido nuevo. Cerró los ojos—. Seremos como madre e hija preparándose para una importante gala... como un baile de presentación en sociedad. ¡Oh!, estoy impaciente —exclamó.

Al día siguiente cumplió con su promesa y acudió a mi habitación cuando empecé a prepararme para ir a la cena de Bronson Alcott. De acuerdo a sus consejos, cambié ligeramente de peinado sujetándome el pelo a un lado. Dejé que me cepillara y me

recortara el flequillo. A continuación insistió en que la acompañara a su *suite* y me sentara a su lado mientras nos maquillábamos. Jimmy sacudió la cabeza y se echó a reír al ver como me tiraba de la mano.

Mientras me daba instrucciones acerca de cómo maquillarme los ojos, como trabajar las pinturas, qué color de pintalabios escoger y qué perfume utilizar, no pude evitar preguntarme cómo habría sido nuestra vida si hubiéramos estado juntas desde mi nacimiento. Eso hizo que me sintiese, un poco culpable, ya que echaba mucho de menos a Mamá Longchamp y lamentaba su muerte; pero tampoco pude evitar anhelar los toques femeninos. Habría tenido vestidos bonitos y modernos, y con el tiempo mamá y yo habríamos sido como dos princesas en el hotel. De haber tenido una hija con la que compartir las cosas, quizá mamá no se habría convertido en una persona tan egoísta. Podríamos haber sido buenas amigas que confiaran la una en la otra y compartiesen esperanzas y temores.

Juré que Christie tendría todo lo que yo anhelaba. Cuando ella fuera mayor nos sentaríamos ante un espejo y la ayudaría a prepararse para su primera cita. Para mi hija sería la madre que yo nunca habría tenido.

—Ya está —dijo mamá cuando acabamos—. Mira cuánto más guapa estás ahora.

Me observé. Parecía mayor, más seductora. ¿Acaso era mamá una especie de demonio que me convertía en una persona tan vanidosa como ella? No podía quitarme los ojos de encima.

—Gracias —dije—. Será mejor que acabe de vestirme y vaya a ver cómo le va a Jimmy.

—No te preocupes —dijo—. Llegar tarde es de buen tono. En cualquier caso, es lo que Bronson espera de mí —añadió, y se echó a reír—. Me dijo que si llegaba puntual a mi propio funeral, el pastor se llevaría una sorpresa de muerte.

Cuando regresé a mi *suite*, Jimmy pareció sinceramente impresionado. Silbó y asintió.

—¡Estás espléndida! —dijo.

—Tú también, Jimmy.

Llevaba una americana deportiva azul marino, y pantalones y corbata haciendo juego. Tras ponerme el vestido cogí a mi esposo del brazo y nos quedamos allí, mirando nuestra imagen en el espejo.

—¿Es ésta la pequeña que se llenaba de barro cuando jugaba con sus tacitas en el patio de casa? —preguntó.

—¿Es éste el chico que se cayó de la bicicleta y se abrió de tal forma la cabeza que tuvieron que ponerle puntos? —pregunté a mi vez.

—¡Eh! —dijo—. Nunca te has olvidado de aquello. Estabas tan asustada. —Se echó a reír.

—Tenías la cara llena de sangre. Pensé que te ibas a morir —protesté—. Y no

tendrías que haberte reído de mí.

—Tuve que hacerlo —confesó—. Estaba asustadísimo.

Me hizo bien tener que calmarte.

—¿Cuántos años tenía? ¿Cuatro, cinco?

—Cinco —puntualizó—. ¿Recuerdas lo enfadado que estaba papá? «No tenemos dinero para este tipo de tonterías», dijo. —Yo negué con la cabeza—. No me dejaron montar en bicicleta durante semanas. Aquella vieja bicicleta —dijo con tono nostálgico—. Cuando nos mudamos tuve que abandonarla. No había sitio en el coche. Nunca olvidaré lo que sentí cuando partimos y la vi allí, apoyada contra una pared de la casa. —Se tragó las lágrimas y yo le besé en la mejilla.

—Quizá no deberíamos pensar tanto en aquella época, Jimmy. Quizá sería mejor pensar sólo en el futuro —sugerí.

—Sí, ya lo sé. Sin embargo, de vez en cuando no puedo evitar los recuerdos, y después pienso en Fern y me preguntó que habrá sido de ella. El señor Updike sigue sin saber nada ¿verdad?

Le había pedido que lo intentara, pero no había tenido suerte. No quería contarle a Jimmy lo pesimista que el señor Updike se sentía, pero se lo expliqué tal como me lo había dicho.

—No, Jimmy. Cuando la gente adopta niños de ese modo quiere mantenerlo en secreto para que la familia no venga a buscarlo un día y le cuente quiénes son sus verdaderos padres. Te imaginas que en ese caso la criatura querrá descubrir por qué la dieron en adopción.

—Lo comprendo —dijo Jimmy—. Lo único que me gustaría es verla; ver cómo ha crecido, ver cómo es. Apuesto a que se parece a Mamá Longchamp.

—Seguramente. Tenía el pelo moreno y los ojos tan negros como ella.

—Estoy preparada —canturreó mamá desde el pasillo.

—Llama la reina —dijo Jimmy, sonriendo—. ¿Vamos? —añadió, y me ofreció su brazo.

Mamá no me había enseñado su vestido nuevo hasta aquel momento. Era un vestido sin tirantes de satén blanco-perla con un escote escandalosamente bajo que dejaba a la vista la hendidura de sus senos, elevados por un sujetador con armadura. Sin embargo, el largo del vestido era bastante conservador, un poco por debajo del tobillo. Lucía un collar que sólo había visto en una ocasión. Era una cadena de oro blanco con un enorme diamante engarzado. Yo jamás olvidaría que se lo había visto puesto a la abuela Cutler. Mamá lucía también unos pendientes que hacían juego con el collar. Antes de acercarse a nosotros se echó sobre los hombros un chal de punto.

—¿Estoy guapa? —preguntó, al tiempo que giraba sobre sus talones.

—Guapísima —dijo Jimmy, y asintió a modo de elogio.

—Gracias, James. Tu también estás preciosa, Dawn —dijo.

—¿De dónde has sacado ese collar? —pregunté enfáticamente.

—¿Collar? ¡Oh!, esto —dijo con una risa nerviosa—. Fue una de las últimas cosas que el pobre Randolph me dio... antes de fallecer —contestó.

—¿No era el collar de la abuela Cutler? —continué.

—¿Y qué si lo era? ¿De qué le sirvió a ella? Nunca le importó nada que pudiera gustarle a una mujer normal. Mira en su armario y verás el tipo de vestidos que se ponía —dijo, e inclinándose hacia nosotros, añadió—: no creo que ni siquiera le gustara perfumarse. Sólo jabón y un estropajo —dijo riéndose—. Por eso llenaba el despacho con ramos de lilas.

—No puedo creerme que Randolph regalara las joyas de su madre —murmuré lo suficientemente alto como para que pudiera oírme.

—Pues lo hizo. Yo misma le pedí este collar, y él me lo dio. —Negó con la cabeza—. Me dijo que ella quería que fuese mío, y yo dije: «Cuando la veas, dale las gracias». —Se echó a reír.

—¡Oh!, mamá, cómo pudiste hacerlo —dije con tono de reproche—. Mofarse de la locura de Randolph de esa manera... es inmoral.

—¿Qué importa ahora? Cualquier cosa que haya en su habitación nos pertenece a mí y a ti, Dawn —afirmó.

—¿Y qué pasa con Philip y Clara Sue? Estoy segura de que Clara Sue querría que la incluyésemos —dije.

—Bueno, también es de ellos.

—Siempre pensé que no querías tener nada que ver con las cosas de la abuela Cutler —le recordé.

—¡No me refería a *estas* cosas! —exclamó, con los ojos abiertos como platos. A continuación sonrió—. ¡Oh!, esta noche no quiero que hablemos de nada desagradable, ¿de acuerdo? Mira que acompañante tan guapo tenemos —dijo acercándose a Jimmy—. ¿Puedo cogerte del brazo, James? —preguntó.

Él se sonrojó y me miró antes de asentir. Mi madre lo cogió rápidamente del brazo.

—¡Estaremos espectaculares cuando crucemos el vestíbulo! —exclamó.

La escalera no era lo suficientemente ancha para que los tres bajáramos juntos, pero mi madre no parecía dispuesta a renunciar al brazo de Jimmy, de modo que me aparté y dejé que ellos fueran delante. Al pie de la escalera Jimmy se volvió y sonrió, ofreciéndome de nuevo el brazo.

—Señora Longchamp —dijo.

—Gracias, señor Longchamp —repliqué, e hicimos nuestra entrada en el vestíbulo.

Fue tal como se lo había imaginado mi madre. Los huéspedes y los empleados se volvieron hacia nosotros y se les iluminó el rostro al vemos desfilar hasta la entrada,

donde nos esperaba Julius. En cuanto advirtió nuestra presencia, abrió las puertas para que saliésemos del hotel. Luego corrió hasta la limusina y nos abrió las portezuelas traseras. Mamá entró primero e insistió en que Jimmy se sentara entre las dos.

—A Beulla Woods —ordenó.

—Sí, señora —dijo Julius, y partimos.

Había todavía suficiente luz para obtener una buena vista de las cosas cuando recorrimos la larga y sinuosa carretera que conducía a la casa de Bronson Alcott. Beulla Woods estaba situada sobre una alta colina de modo que dominaba Cutler's Cove como si de un castillo se tratase. Tal como la había descrito Jimmy, era una casa espectacular de piedra gris y un decorativo entramado de madera.

El alto edificio de dos plantas tenía un tejado muy inclinado. En cada planta había dos grupos de tres ventanas dobles que daban a la parte delantera. Las ventanas de la segunda planta se abrían a un elegante balcón de hierro forjado. La chimenea estaba a un lado, y alrededor de la casa se veía gran cantidad de setos cuidadosamente redondeados.

Al recorrer el sendero de entrada pudimos apreciar los jardines y fuentes elaboradamente diseñados. Julius saltó de la limusina, abrió las puertas traseras, y ayudó a salir a mamá. Jimmy y yo bajamos y nos reunimos con ella.

—¿No os parece maravilloso? —dijo, volviéndose y trazando un semicírculo con el brazo. Observamos el océano a nuestros pies; todo, los barcos, los muelles, los coches y la gente en la calle, parecía precioso y de juguete. El sol se ponía en el horizonte y el brillo de sus últimos rayos convertía el mundo de allá abajo en algo angélico y celestial.

—Podría quedarme admirando este espectáculo eternamente —dijo mamá.

—Pues será mejor que no lo hagas, o se enfriará la cena —dijo Bronson Alcott.

Los tres nos volvimos y lo vimos de pie ante la puerta de entrada, con los brazos cruzados y una blanca pipa de espuma de mar en la mano derecha. Llevaba una americana de terciopelo azul oscuro con el cuello y la vuelta del bolsillo forrados en tela dorada. En vez de corbata llevaba un pañuelo de color rubí. En el crepúsculo el color castaño de su cabello y su bigote adquiría el tono de la miel espesa. La risa alrededor de sus ojos color zafiro descendió hasta ensanchar su boca.

—Bronson —exclamó mamá—. ¿Espíándonos?

—Yo no diría eso —contestó, a la vez que daba rápidamente un paso hacia delante para cogerle la mano—. Vi llegar el coche y me pregunté por qué tardabais tanto en tocar el timbre. El pobre Livingston está de pie junto a la puerta jugueteando nervioso como un futuro padre —dijo, y mamá se echó a reír—. Livingston —nos explicó a Jimmy y a mí— es mi mayordomo. Lleva conmigo... bueno, lleva aquí más tiempo que yo. De hecho trabajaba ya para mi padre. —Estrechó la mano de Jimmy

—. Bienvenidos. Y tú —dijo dirigiéndose a mí mientras posaba su mirada en mis pies para recorrer a continuación mis piernas, mi pecho y mi rostro— estás absolutamente preciosa. De tal madre, tal hija —declaró sin quitarme los ojos de encima.

—¿Y por qué se está retrasando la cena? —preguntó mamá, sin ocultar su enfado por el hecho de que la ignoraran.

—¡Oh! Lo siento. Por aquí —indicó Bronson, y nos hizo pasar a su bella casa.

Livingston, vestido de etiqueta, estaba junto a la puerta de entrada. Era un hombre alto y delgado cuyo cuerpo se inclinaba hacia delante, como si estuviese subiendo una pendiente, aunque el terreno era absolutamente plano. Tenía el cabello blanco y los ojos de un azul acuoso.

—Buenas noches, señora —contestó con voz ronca.

—Estos son el señor y la señora Longchamp, Livingston —dijo Bronson a modo de presentación.

Livingston inclinó levemente la cabeza.

—Hola —dije.

—Hola —repitió Jimmy.

Livingston fue a cerrar la puerta, y yo centré mi atención en el interior de la casa. Mientras seguíamos a Bronson vi que todas las paredes estaban cubiertas de cuadros que abarcaban desde el Renacimiento hasta el arte moderno. Los colores y la elegancia eran evidentes en cada rincón de la casa, particularmente en el vestíbulo, con sus cortinas de terciopelo color castaño y su suelo de mármol. Primero nos detuvimos en la biblioteca, que estaba repleta de sillones tapizados de piel y estantes y mesas de caoba. Bronson nos mostró su despacho, en la pared detrás de cuyo escritorio había un enorme retrato de sus padres.

En el rostro de su madre advertí algo vagamente familiar.

Me recordaba a alguien, pero no tuve tiempo de detenerme en ello, ya que pronto atrajo mi atención un retrato de una joven que se encontraba a nuestra izquierda.

Parecía una adolescente. Su cabello era castaño claro y le caía suelto sobre los hombros. Sus ojos eran verdes y su rostro ovalado lucía una suave sonrisa. Tenía las delicadas manos cruzadas sobre el regazo, pero había algo en la forma en que inclinaba los hombros que resultaba extraño, como si aquella posición le resultara incómoda.

Miré a Bronson y advertí que observaba el retrato con admiración. Sonreía de un modo que me recordó a la muchacha del cuadro. De pronto me di cuenta de que se parecían tanto que bien podrían ser hermanos.

—Es mi hermana Alexandria —dijo Bronson confirmando mis sospechas.

—Es muy guapa —dije.

—Era —replicó con un suspiro Murió hace poco más de dos años.

—Lo siento.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Jimmy.

—A pesar de lo que se ve en el retrato, sufría un dolor constante. Padecía una enfermedad degenerativa de los huesos. Posar para este cuadro le resultó algo difícil, pero insistió en hacerlo. Quería que yo lo tuviera —añadió, y en su rostro se dibujó una leve sonrisa.

—Me deprime hablar de cosas tan trágicas —dijo mamá.

—¿Qué? Sí, sí, claro —dijo Bronson—. Qué mal gusto por mi parte, especialmente tras la reciente desaparición de Randolph.

—Esta noche no quiero que hablemos de muerte y ni de enfermedades —rogó mi madre.

—Claro que no —asintió Bronson—. Dejarme que os enseñe el resto de la casa —nos dijo a Jimmy y a mí. Continuó el recorrido. Pasamos por debajo y a la derecha de una escalinata semicircular con una barandilla de mármol blanco. Nos mostró su sala de estar con los elegantes muebles franceses e incluso nos llevó a ver la cocina, donde en aquel momento dos cocineros preparaban nuestra cena. El aroma era exquisito.

—Es una cena digna de un gourmet —prometió Bronson.

Nos dirigimos directamente al enorme comedor cuyos ventanales, enmarcados con festones de terciopelo de color rosa con ribetes dorados, llegaban casi hasta el techo. Sobre una mesa que fácilmente podía acomodar a veinte comensales, colgaba una gran araña de cristal. Los asientos, los apoyabrazos y los respaldos de las sillas eran acolchados. Apenas nos hubimos sentado aparecieron dos sirvientes, un hombre y una mujer, como si hubiesen salido de la pared. El hombre trajo champaña frío, y la mujer una bandeja de plata con copas. El camarero descorchó la botella y procedió a servir la bebida.

—Ante todo —dijo Bronson mirándome— me gustaría ofrecer un brindis. Por lo que me han dicho... —Se inclinó hacia mamá y en voz baja dijo—: Como sabes, tengo espías en todas partes... tengo entendido —continuó, recostándose y levantando la copa— que la nueva y joven propietaria de Cutler's Cove está obteniendo grandes éxitos. Por lo tanto, brindo por el «Hotel Cutler's Cove», cuyo futuro vuelve a parecer brillante.

—¡Oh!, Bronson ¿cómo se puede brindar por un hotel? Se brinda por las personas, no por los edificios —se quejó mi madre.

—Muy bien —dijo él, impávido—. Por las dos mujeres más bellas de Cutler's Cove.

—Eso sí que es un brindis —dijo mamá, y bebimos.

En cuanto nuestros vasos tocaron la mesa, comenzó el festín.

Empezamos con caracoles y una ensalada de *radicchio* acompañada de una salsa deliciosa y pan francés casero. Bronson me advirtió que todas las recetas eran un

secreto del chef, y que no podría robarle nada para uso en el hotel.

—No te preocupes. Nussbaum no apreciaría que le sugiriese una receta de otro —dije—. Es demasiado orgulloso.

—¡Oh!, ese húngaro egoísta —se quejó mamá—, puede ser increíblemente pesado.

Tras un sorbete para purificar el paladar, se sirvió el plato principal: pato a la naranja y arroz integral con guarnición de espárragos con salsa holandesa que resultaron exquisitos. El camarero nos sirvió vino, y la camarera iba de un lado a otro, esperando la oportunidad de llenar nuestros vasos de agua.

Advertí que, a pesar de lo excelente que era la comida, mamá, como siempre, apenas si había probado bocado. Pero Jimmy y yo dimos buena cuenta de la cena y casi explotamos cuando la camarera trajo el postre: pastel de arándanos. Cuando terminé el café, pensé que necesitaría una grúa para levantarme de la silla.

—¿Por qué antes de tomarnos una copa no damos un paseo por la finca? —sugirió Bronson—. Creo que el ejercicio nos iría bien a todos.

—Claro —asintió Jimmy, ansioso por continuar el estudio de la casa y el terreno.

—Lo necesito —confesé.

—Pues yo no —dijo mamá—. Y ya conozco la finca. Os esperaré a todos en la sala francesa, Bronson.

—Nunca está de más un poco de ejercicio, Laura Sue —intentó persuadirla Bronson.

Mamá suspiró profundamente.

—Bueno, si insistís, iré —dijo, como si nos estuviera haciendo un gran favor. Por alguna razón, a Bronson no parecían importarle las actuaciones de mamá, y la observaba con expresión divertida.

Livingston se apresuró para abrirnos la puerta. Una vez fuera, recorrimos el sendero de pizarra que rodeaba la casa, pasamos los jardines, un mirador y un pequeño estanque, y llegamos a la parte trasera, donde encontramos pistas de tenis y una piscina bastante grande. Todo, incluido el sendero, estaba iluminado.

Jimmy y Bronson iban delante, hablando de la casa y los jardines, mientras mamá se quejaba de que los zapatos que llevaba no estaban diseñados para ir de excursión.

—No lo llamaría exactamente una excursión, mamá —dije, pero no paró de quejarse hasta que regresamos a la casa y se dejó caer entre los blandos cojines del sofá del salón. Minutos después llegó Livingston con una bandeja sobre la que había una botella de jerez y cuatro copas. Nos sirvió una copa a cada uno y pasó la bandeja. Jimmy y yo estábamos sentados en los dos sillones a la derecha de la chimenea de mármol blanco. Bronson permanecía de pie. En cuanto Livingston se hubo marchado, Bronson volvió a levantar la copa y dirigió a mamá una mirada de complicidad.

—Es hora de que hagamos el principal brindis de la noche —dijo— y de anunciar

algo.

Mamá dejó escapar una de sus risitas nerviosas.

Mi corazón empezó a latir como un tambor de plomo en mi pecho. Una pequeña voz interior me había estado susurrando sospechas durante toda la velada, pero yo había elegido ignorarla, del mismo modo que había ignorado la forma en que mamá y Bronson Alcott se miraban a los ojos, y la forma en que él colocaba su mano sobre la de ella durante la cena.

Miré a Jimmy, y en sus ojos advertí que también él sospechaba algo. De modo que existían otras razones para celebrar aquella cena.

—Queríamos que fuerais los primeros en saberlo —dijo Bronson—. ¿No es así, Laura Sue?

—Sí —dijo ella sonriendo.

—Mañana anunciaremos el compromiso —nos informó—. Aunque no será un gran compromiso —añadió rápidamente—. Tenemos intención de casarnos dentro de una semana.

—¡Una semana! —exclamé sin poder evitarlo—. Pero si han transcurrido menos de dos meses desde la muerte de Randolph —protesté.

Como una tierna flor sin la admiración de la lluvia para alimentar su autoconfianza, mamá se marchitó ante mis ojos.

—Lo sabía —gimió—. Sabía que dirías una cosa así. ¡Lo sabía! Mi felicidad no significa nada para ti ¿verdad, Dawn?

—¿Cómo puedes esperar que diga otra cosa? —Miré a Bronson y a continuación de nuevo a mi madre—. ¿Cómo puedes hacerlo cuando Randolph acaba de morir?

—Dawn, tú más que nadie deberías saber, que mi matrimonio con Randolph no era precisamente feliz —contestó con frialdad—. El estaba casado con su madre, con su sombra, con sus palabras. No sabes cuánto he sufrido —añadió, y sus ojos se llenaron de lágrimas que de inmediato comenzaron a caer por sus preciosas mejillas.

—Vamos Laura Sue, no hagas eso —la reprendió suavemente Bronson. Dejó la copa de jerez y se acercó a ella. Se sentó a su lado y le cubrió los hombros con el brazo.

—Ella no lo sabe —continuó mi madre—. Me odia porque no sabe lo que he tenido que aguantar. —Levantó la vista hacia Bronson con los ojos arrasados en lágrimas.

Bronson se volvió hacia mí y me dirigió una mirada tan intensa y decidida que empecé a respirar con dificultad a la vez que se me hizo un nudo en la garganta.

—Quizá —dijo— es hora de que se entere de todo.

Mamá levantó la vista; su rostro tenía una expresión de temor. Bronson le acarició la mano.

—Ya es hora, Laura Sue —repitió.

—Yo... simplemente no puedo —exclamó mamá—. Me resulta tan doloroso recordar esas cosas... imagínate hablar de ellas. —Sacudió la cabeza.

—Entonces deja que lo haga yo —dijo Bronson—. Si es posible, no quiero que haya malos sentimientos entre nosotros.

—No ahora, no al principio. Quiero que nos sintamos como una familia.

Mamá cerró los ojos y respiró profundamente. A continuación se puso de pie.

—Haz lo que creas conveniente —dijo—. Yo estoy agotada y demasiado afectada para escuchar. Quiero regresar al hotel.

—De acuerdo —dijo Bronson—. Quizá James pueda acompañarte mientras Dawn se queda aquí para hablar conmigo. Mi chofer puede llevarla más tarde.

—De acuerdo —dijo Jimmy, y se puso de pie.

—Jimmy también debería estar presente —afirmé. Jimmy se acercó a mí.

—Quizá quiera hablar a solas contigo, Dawn —me susurró al oído—. Quizá se sienta incómodo con otro hombre aquí escuchando. Ya me lo contarás más tarde. —Cogió mis manos entre las suyas para tranquilizarme y a continuación se volvió hacia Bronson y mamá.

—Gracias, Bronson —dijo mi madre, aliviada—. Ha sido una velada estupenda, y me gustaría recordarla así. —Me dedicó una sonrisa.

Bronson los acompañó hasta la puerta. Al cabo de unos minutos regresó, se sentó frente a mí, cruzó las piernas, bebió un trago de su jerez y empezó a hablar.

MÁS SECRETOS DEL PASADO

—En primer lugar debería hablarte un poco de mí mismo —dijo Bronson— para que comprendas mejor cómo y por qué los acontecimientos se desarrollaron de la forma en que lo hicieron.

Aquella sonrisa seductora y provocadora desapareció de su rostro. Se inclinó hacia delante, me miró fijamente y continuó:

—Nací en el seno de una familia adinerada y de buena posición social, y disfruté de una infancia bastante cómoda. Mi padre era un hombre severo, pero mi madre era una mujer cariñosa y dedicada por entero a su esposo, sus hijos y la imagen del apellido Alcott.

»Ya de pequeños, tanto Alexandria como yo aprendimos lo importante que era la imagen. Nos hizo entender que teníamos la responsabilidad de mantener nuestra posición social. Fuimos educados en la creencia de que, en cierto sentido, éramos la nueva clase dominante del Sur. Teníamos dinero y poder para cambiar la vida de otras personas.

»Como inversor y banquero, mi padre controlaba los destinos de mucha gente. En resumen, crecí convencido de que era una especie de príncipe, y de que algún día heredaría el trono de mi padre y que reinaría continuando la tradición de los Alcott.

Se recostó, apoyó la barbilla en la palma de la mano durante unos instantes, y a continuación sonrió.

—Todo era un poco excesivamente dramático, pero a ciertas personas les ocurre que empiezan a creer en la imagen que se han hecho de sí mismas. Así le sucedió a papá. En cualquier caso —continuó con un tono de voz algo triste— como ya te he contado, Alexandria nació con una enfermedad incurable. Por todo ello, y por lo importantes que hacían que nos sintiésemos, se convirtió poco a poco en una persona melancólica. De alguna manera pensaba que si estaba enferma era por su culpa, y que en especial mi padre se sentía desilusionado por ello. Pero a pesar de su enfermedad era una alumna excelente, y continuamente intentaba superarse. Yo la quería mucho y habría hecho cualquier cosa por ella.

Sonrió.

—Siempre me reñía por pasarme tanto tiempo con ella. «Tendrías que salir por ahí con tus amigos —decía—, ir a perseguir chicas guapas en vez de pasarte todo el tiempo con tu hermana tullida». Pero yo me sentía incapaz de abandonarla. Aunque no podía bailar, la obligué a ir al viaje de fin de curso y yo mismo fui su acompañante. Yo era el que la llevaba al cine y al teatro, el que insistía en que paseara

en barca o fuera al campo. La llevaba en el velero e incluso a montar a caballo, cuando todavía estaba lo suficientemente bien para hacer aquellas cosas. Al cabo de un tiempo todo lo que veía o hacía era gracias a mi insistencia. «¿Qué importancia tiene, Bronson?», preguntaba cuando yo insistía tercamente. No quería decírselo, pero mi intención era que disfrutase al máximo los pocos años de vida que le quedaban. Pero no era necesario explicitarlo: ella lo entendía.

»En cualquier caso, supongo que mi devoción por Alexandria desanimó a más de una muchacha. Se hacían comentarios desagradables y se extendieron rumores acerca de nuestra relación, ya que para la mayoría no resultaba normal que un hermano y una hermana fueran tan íntimos. Pero yo no estaba dispuesto a volverle la espalda a Alexandria sólo para complacer a los cotillas y salir en busca de alguna joven bella y engreída.

—Mi madre era una de aquellas jóvenes, ¿verdad? —pregunté con confianza.

Bronson se quedó con la mirada vacía durante unos segundos, tamborileando con los dedos sobre el brazo del sillón. Luego se puso de pie, se dirigió a los ventanales y se quedó observando los jardines y, más allá, el mar. Finalmente se volvió hacia mí; sus ojos denotaban una angustia interna profunda que me resultaba familiar, ya que reconocí en ellos el pesar que siente un hombre cuando desea a una mujer que parece estar para siempre fuera de su alcance. Había visto la misma mirada en los ojos de Jimmy cuando crecíamos juntos creyendo que éramos hermanos y sentíamos emociones y deseos que considerábamos indecentes.

—Tu madre —dijo Bronson por fin— era, y sigue siéndolo, una de las mujeres más bellas de Cutler's Cove, y como todas las mujeres guapas era algo vanidosa.

—Mamá —dije secamente— es *demasiado* vanidosa.

Empezó a sonreír pero se detuvo y sacudió la cabeza.

—No voy a negarlo, pero entiendo las razones. —Se detuvo un momento a pensar—. Por lo que veo no sabes gran cosa de la familia de tu madre ni de su infancia, ¿verdad?

—No. Nunca habla de ello, y si alguna vez le preguntaba algo, respondía con tanta rapidez e impaciencia que creía que le molestaba, de modo que dejé de hacerlo. Todo lo que realmente sé —dije— es que era hija única, y que sus padres están muertos.

—Sí, era hija única, y amaba, o mejor dicho, adoraba a su padre. Pero Simón Thomas era un mujeriego y no le prestaba la atención que tan desesperadamente necesitaba. Su fama de seductor era tema de conversación constante. Su pobre madre sufría, pero intentaba fingir que todo iba bien. Laura Sue —dijo con tono enfático— proviene de un mundo de ilusiones y mentiras, desconfianza y traición. En consecuencia, reclamaba atención, ansiaba amor, y era mucho más exigente que cualquier otra mujer que conocía. Pero me enamoré desesperadamente de ella desde

el primer día que la vi. Recuerdo —dijo, y se le iluminaron los ojos— que aparcaba el coche en una esquina de su calle y permanecía allí sentado durante horas sólo para verla entrar y salir.

Hizo una pausa y su mirada se perdió en la pared de enfrente, como si en ella estuviese reflejada la imagen de mi madre cuando joven.

—En cualquier caso —dijo al cabo de un momento— empecé a hacerle la corte, y durante un tiempo formamos una pareja llamativa. Pero cuando mi madre enfermó de leucemia y murió, sentí que Alexandria necesitaba mi compañía más que nunca. La repentina muerte de mi madre la había destrozado.

—Y tu querida Laura Sue, es decir, mi madre —dije, adelantándome a los acontecimientos— se sintió molesta por toda la atención que le prestabas a tu hermana.

—Laura Sue necesitaba un hombre para quien ella fuese el centro de su existencia —explicó—. Yo quería ser aquel hombre, lo quería desesperadamente, pero no podía abandonar a Alexandria.

—De modo que mamá te abandonó a ti —dije—. ¿Por qué sigues interesado en ella, si sabes lo egoísta que ha sido? —pregunté—. ¿Es tan ciego el amor? ¿Realmente sois tan imbéciles los hombres?

Se echó a reír.

—Quizá —dijo—. Pero para ser una mujer que sabe lo que es sufrir de amor, no muestras excesiva compasión o comprensión.

Me sonrojé. ¿Tenía razón? ¿Me estaba convirtiendo en la persona dura y fría que Jimmy temía?

—Lo siento —dije.

Regresó al sillón y dio otro trago a su jerez. A continuación volvió a reclinarsse y colocó las manos debajo de la barbilla.

—Laura Sue se fue a un colegio para señoritas, y yo puse todas mis energías en el trabajo. Intenté ocultarle todo mi dolor a Alexandria, pero ella era una mujer muy perceptiva, especialmente cuando se trataba de mí. Sé que se sentía terriblemente culpable pues pensaba que me estaba destruyendo la vida, e intentó que pasara menos tiempo con ella. Incluso le rogó a mi padre que la internara en un sanatorio para inválidos, pero a él le avergonzaba la enfermedad de su hija y se negaba a aceptarla. Poco después me enteré de que Laura Sue se había comprometido con Randolph Cutler. Fue extraño —dijo con una sonrisa melancólica— pero era como si se me hubiera quitado un peso de encima. Ahora que había perdido a Laura Sue, el tormento cesó durante un tiempo.

—¿Tuviste algún otro romance? —pregunté.

—Nada serio. Quizá desconfiaba del amor —dijo, y me dirigió una mirada picara—. Fue una época difícil de mi vida. Mi padre tuvo un ataque al corazón. Permaneció

semanas en el hospital hasta que finalmente murió. Tras su fallecimiento ocupé su lugar en el Banco. Sólo quedábamos Alexandria y yo. Pero su salud empeoraba por momentos. Contraté los servicios de una enfermera a jornada completa, comía con ella en su habitación, la paseaba en la silla de ruedas cuando podía; en resumen, pasaba a su lado todo el tiempo que podía, pues era consciente de que tenía los días contados. Nunca se quejó e hizo todo lo posible para no convertirse en una carga. Finalmente, una noche falleció mientras dormía. Incluso muerta tenía esa suave sonrisa en el rostro. —Se le llenaron los ojos de lágrimas que empezaron a caer por sus mejillas. No se las limpió; miraba el vacío como si no se diera cuenta de ello.

Yo tampoco pude impedir que se me llenaran los ojos de lágrimas. Cuando Bronson advirtió que intentaba secármelas con las manos, se incorporó. Ya no lloraba, pero la angustia permanecía en su mirada.

—Para entonces, claro, Laura Sue y Randolph ya se habían casado, y había nacido Philip. Dado que el Banco tenía una relación económica tan estrecha con el hotel, a menudo me invitaban a cenar, y compartía la mesa con la señora Cutler, Randolph y Laura Sue.

—Aquello debía de ser un tormento para ti —dije—. Estar tan cerca de la mujer que amabas.

—Sí —admitió—. En realidad, era un tormento exquisito. Anhelaba aquellos momentos, aquellas oportunidades de estar a su lado, verla, hablar con ella y sentir su mano en la mía cuando nos saludábamos. Pronto me convencí de que algo en su mirada demostraba el deseo que sentía por mí.

»Aquella fue una época particularmente difícil para Laura Sue. A la señora Cutler nunca le gustó que se casara con Randolph, y la señora Cutler no era una persona dada a esconder sus sentimientos. El ambiente era irrespirable en el hotel; el odio que se profesaban era tremendo. Pero el señor Cutler era otra cosa. El padre de Randolph tenía fama de mujeriego. Le encantaba seducir a las jóvenes huéspedes del hotel, y siempre se contaban historias acerca de sus romances. Claro, nadie se atrevía a hablar de ello delante de la señora Cutler. Era una mujer tremenda; físicamente podía ser pequeña, pero tenía un carácter terrible.

—Soy consciente de lo terrible que era —dije con desagrado.

—¿Qué? Ah, sí, sí. En cualquier caso, una noche, tarde, oí que tocaban el timbre de la puerta y que Livingston acudía a ver quién era. Me puse la bata y las zapatillas y bajé rápidamente las escaleras. Para mi sorpresa, me encontré con Laura Sue. Era obvio que estaba al borde de la histeria. Se había vestido descuidadamente, iba despeinada, no llevaba maquillaje y tenía los ojos inyectados en sangre. Livingston se quedó literalmente aterrorizado al verla. Vinimos a este mismo salón y le serví una copa de jerez. Se bebió el vaso de un trago y se derrumbó sobre el sofá, deshecha en llanto. Poco a poco la ayudé a que me dijese qué le ocurría. A pesar de que por

momentos hablaba de un modo incoherente, me di cuenta de que lo que pretendía decirme era que su suegro la había violado.

»Naturalmente, me quedé de una pieza. Mis emociones iban de la sorpresa a la pena pasando por la ira. En dos ocasiones estuve a punto de salir de casa para ir al hotel y descuartizar al hombre, pero las dos veces ella me imploró que no lo hiciera. Finalmente, los dos nos tranquilizamos. Yo la sostuve entre mis brazos durante horas. Le prometí que estaría a su lado para ayudarla como fuera y que contrataría los servicios del mejor abogado. Le ofrecí mi hogar, pero ella estaba asustada, y por mucho que le ofrecí mi ayuda, no pude convencerla de que emprendiera acciones legales.

—Apartó la mirada un instante y luego volvió a poner sus ojos sobre mí. Supimos que nos queríamos —continuó—, y lo admitimos abiertamente. Pasó la noche conmigo —confesó.

—¿Justo después de una violación? —pregunté, incrédula.

—Sólo nos abrazamos. A la mañana siguiente regresó al hotel, pero volvería a mi casa de vez en cuando. Pensamos que sería mejor que yo no apareciese por el hotel. En cualquier caso la señora Cutler dejó de invitarme. —Durante un momento se sonrojó de vergüenza y culpabilidad. A continuación se incorporó en el sillón y respiró profundamente—. Las cosas difícilmente pasaban inadvertidas para la señora Cutler, por muy furtivos y cuidadosos que fuéramos. Poco después, Laura Sue supo que estaba embarazada de ti, Dawn, y por los cálculos que hizo supo que eras la hija del señor Cutler. Cuando Laura Sue anunció su embarazo, la señora Cutler la acusó de haberse acostado conmigo y dio por sentado que yo era tu padre. Ella y Laura Sue se enfrentaron, y Laura Sue le contó lo que le había hecho su marido. Por supuesto, Lillian Cutler se negó a aceptarlo, pero Laura Sue y yo creemos que sabía que era verdad. Se amenazaron mutuamente. La señora Cutler juró montar un escándalo si Laura se atrevía a contar una sola palabra de esta historia. Dijo que encontraría testimonios que darían fe de que Laura Sue y yo manteníamos relaciones y tu eras mi hija. Laura Sue quedaría deshonrada por haber acusado falsamente al señor Cutler. Tu madre no era rival para la señora Cutler. Muchas veces intenté que abandonase a Randolph y se casara conmigo, pero ella tenía miedo.

»Poco después de aquello, el señor Cutler sufrió un ataque de apoplejía, y al cabo de una semana murió. Tras su fallecimiento, Laura Sue pensó que ya no tenía forma de demostrar lo que le había hecho. A medida que se acercaba la fecha de tu nacimiento, la señora Cutler estrechó aún más el cerco que mantenía sobre Laura Sue, hasta el punto de traer un abogado para que le explicase lo que le ocurriría si se atrevía a desobedecer sus órdenes. Tu pobre madre estaba tan aterrorizada que aceptó el montaje de tu secuestro, ideado para que tú desaparecieses de la escena. Los demás detalles ya los conoces —añadió.

—Sí —dije amargamente—. Desafortunadamente, así es.

—Pero no sabes el dolor y la pena que sintió Laura Sue. El sentimiento de culpa no la abandonaba ni por un instante —dijo.

—Me resulta difícil de creer —repliqué—. Creo que siempre será así.

—Lo sé —dijo Bronson, asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo puede un hijo llegar a comprender por qué su madre lo abandona? Sin embargo, quizá puedas perdonarla algún día con el corazón.

Me mordí el labio inferior y aparté la mirada. Aturdida, negué con la cabeza.

—Dices eso porque eres hombre y estás tan enamorado de ella que te resulta fácil perdonarle su egoísmo. Yo no puedo prometer nada—dije.

—Lo único que pido es que lo intentes —dijo—. ¿Te apetece un poco más de jerez? —preguntó, al tiempo que se ponía de pie para coger la botella.

—Sí, por favor —contesté. Me sirvió una copa y llenó también la suya.

Esperé hasta que volviera a sentarse.

—Dime —dije—. ¿Estaba Randolph al tanto de todo?

—Laura Sue se lo contó, pero él se negó a aceptarlo. Al principio, se refugió en su propio mundo, en gran medida obligado por su madre. Yo lo conocía lo suficiente como para saber que era un hombre inseguro que incluso se avergonzaba de no estar a la altura de las expectativas que su madre había puesto en él. Lo castigaba de diversas maneras por haberse casado con Laura Sue contraviniendo su voluntad. Fue la única vez que se atrevió a desafiarla, y ella no podía perdonárselo. Supongo que hizo todo lo posible para que se sintiese menos hombre, y ésa fue la razón que lo llevó a convertirse en lo que se convirtió. Creo que a la señora Cutler no le importaba. De hecho, estoy seguro de que se alegraba de sus males cuando se refería a Laura Sue.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, intuyendo que había que leer entre líneas.

—Randolph seguía queriendo a Laura Sue, y fingía que eran marido y mujer en todos los sentidos. Creo que a su manera seguía amándola, pero poco después de que Laura Sue fuese violada, dejaron de acostarse juntos.

—Dejaron de acostarse juntos —repetí. Dejé que el jerez me calentara el pecho, y a continuación me incorporé—. Pero eso no puede ser —dije, turbada—. Clara Sue...

—Es hija mía —confesó.

Bronson se recostó en el sillón, agotado tras la confesión. Estaba sofocado por aquello y por las copas de jerez que había bebido, una tras otra, para darse ánimos. Yo sentía que la cabeza me daba vueltas. El corazón me latía con fuerza. Sentía que me ahogaba en un mar de emociones conflictivas. Odiaba a mi madre, y al mismo me compadecía de ella; sentía lástima por Randolph pero aborrecía su debilidad. También despreciaba un poco a Bronson por permitir que mi madre lo atormentara

como lo hizo durante tantos años, pero al mismo tiempo lo admiraba por la lealtad que había mantenido hacia su hermana y el amor que le había dado.

Lo más importante y trágico era que me daba cuenta de que siempre había algo que impedía que la gente hiciera aquello que le dictaba el corazón. Si mi madre hubiera sido menos egoísta, pensé, tal vez se habría casado con Bronson consiguiendo de ese modo la felicidad. Habría evitado el horror de vivir dominada por la abuela Cutler.

Por fin, rompí el profundo silencio que se había hecho entre nosotros. Será mejor que vuelva a casa.

—Claro —dijo Bronson, y se puso de pie de un salto—. Deja que vaya a buscar al chófer.

Cuando Bronson se retiró, reflexioné acerca de sus confesiones. Clara Sue era hija suya. Ahora sabía por qué el retrato de su madre me había resultado familiar. Se parecía a Clara Sue. Su padre no era un Cutler, de modo que los lazos de sangre que nos unían no eran tan fuertes como yo había llegado a pensar. Agradecí que fuese así. Ella y yo teníamos personalidades muy distintas. Pensé que yo nunca podría ser tan odiosa, perversa o cruel como ella, y no es que Bronson me pareciera un padre del cual se pudiesen heredar semejantes rasgos.

Lo que resultaba irónico era que Clara Sue, acabaría viviendo con sus verdaderos padres, sin saberlo; en tanto que yo había pasado la mayor parte de mi vida sin saber que aquellos a quienes había considerado mis padres, no lo eran. Para las dos, la familia se había basado en la mentira.

Por eso estaba tan silenciosa cuando Bronson, al acompañarme al coche, se volvió para decirme:

—Espero que ahora todos podamos ser una familia.

Me quedé mirándolo como si estuviese hablando de castillos en el aire. Para mí el concepto de familia se había convertido en algo mítico. Era como un cuento de hadas. ¿Cómo debía de ser tener padres y hermanos y hermanas a los que amabas y te amaban? ¿Cómo debía de ser cuidar el uno del otro, recordar los cumpleaños y celebrar los logros, todas las cosas nuevas que uno hacía? ¿Cómo debía de ser estar en un hogar en un día como el de Acción de Gracias y tener una familia reunida alrededor de una mesa en la que todos reían y daban gracias por estar juntos?

—Dawn —dijo. Cuando estaba a punto de entrar en el coche, Bronson me cogió del brazo. Me volví hacia él, y me dirigió una mirada de súplica—. Espero que en tu corazón puedas perdonarnos a todas nuestras debilidades y pecados.

—No está en mis manos perdonar a nadie por nada —dije. Bajé los ojos y a continuación los levanté para volver a enfrentarme a su mirada angustiada—. Gracias por confiar en mí —dije—, y por importarte lo suficiente como para desear mi comprensión.

Sus ojos azules resplandecieron.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa.

—Buenas noches. La cena estaba estupenda —dije. El chofer puso en marcha el coche y me alejé de allí. Cuando miré hacia atrás, Bronson seguía de pie delante de la casa, observando cómo me marchaba.

Mientras descendíamos la sinuosa colina en la que se encontraba la bella casa de Bronson veía las ventanas iluminadas a mis pies. Tras ellas quizá hubiese familias reunidas, charlando, viendo la televisión o escuchando música. Todos los niños estaban seguros de que vivían con sus padres. Resultaba irónico que muchos quizá desearan ser propietarios de un elegante y famoso hotel llamado «Cutler's Cove». Pensaban que sus existencias eran aburridas y anhelaban el tren de vida que llevábamos nosotros.

Sí, vivíamos en castillos, pero los fosos que los rodeaban estaban llenos de mentiras y lágrimas. Los ricos y famosos vivían detrás de carteleras; sus hogares eran como decorados, fachadas resplandecientes, pero vacías. ¿Qué persona que considerase que su vida era mediocre estaría dispuesta a cambiar de lugar con Bronson Alcott si conociese la verdad acerca de los sufrimientos de aquel hombre?

De pronto, miré el mar y advertí que la luna en cuarto menguante aparecía entre dos nubes blancas; me sentí melancólica. Deseé retroceder en el tiempo y volver a ser una niña, aquella niña que creía que el hogar en que vivía era suyo, y que quien la consolaba cuando se cortaba el dedo y necesitaba cariño y atención, era su verdadera madre. Quería irrumpir en cualquier humilde apartamento en el que estuviéramos viviendo en aquel momento y abrazar a Mamá Longchamp y sentir sus brazos rodeándome y sus besos sobre mi cabello y mi rostro. Quería que todos los arañazos y cortes y golpes desaparecieran en segundos.

Pero ahora ya no desaparecen en segundos, pensé. Permanecen en nuestros corazones, porque sólo nos tenemos a nosotros mismos para consolarnos.

A medida que nos acercábamos al hotel algo de la tristeza que inundaba mi corazón, fue desapareciendo porque sabía que allí me esperaban Jimmy y Christie. Era importante —más importante que nunca, pensé— que nos aferráramos el uno al otro y nos amáramos.

El hotel estaba tranquilo. La mayoría de los huéspedes se habían retirado. Quedaban algunos en el vestíbulo, hablando en voz baja, y otros sentados fuera. Subí a toda prisa a nuestra *suite*, pero antes me detuve en la habitación de Christie. Estaba totalmente dormida. Seguía abrazada a su osito. Le arreglé las mantas y la besé en la mejilla y me fui a contarle a Jimmy las confesiones de Bronson.

Escuchó atentamente, y de vez en cuando movía la cabeza como si lo que oía le pareciese increíble. Cuando terminé le pedí que me abrazara con fuerza.

—¡Oh!, fue terrible, Jimmy, estar allí sentada y oír como describía lo crueles y

malos que han sido unas personas que se supone deben amarse —exclamé.

—Nuestras vidas no serán así —prometió.

—Quizá este lugar esté maldito, Jimmy. Quizá no podamos evitarlo —dije, temerosa.

—Las únicas maldiciones que han caído sobre este hotel son las que la gente se hace a sí misma —dijo.

—Jimmy —dije, apartándome— quiero que concibamos nuestro hijo ahora mismo.

No respondió, y en su rostro advertí las ojeras que siempre sugerían algo triste.

—¿Qué ocurre, Jimmy? ¿Por qué no te alegras? —pregunté.

—Me alegra. Sólo que... —Me miró fijamente un momento—. Ayer recibí carta de papá.

—¿Papá Longchamp? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Qué dice? ¿Viene a vernos?

Jimmy negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Edwina ha sufrido un aborto —respondió—. No quería contártelo por todo lo que estaba pasando aquí. Ya se encuentra bien, pero los dos se sienten muy tristes.

—¿Por eso tienes miedo de que quede embarazada ahora? —pregunté.

—No es eso. Últimamente estás tan ocupada que casi no tienes tiempo para Christie y para mí.

—Tener nuestro hijo es más importante que cualquier otra cosa.

Jimmy se recostó sobre la almohada y me observó mientras me desvestía. Una vez desnuda, me metí en la cama y me acurruqué. A pesar de que yo podía sentir que su deseo despertaba, me di cuenta de que seguía dubitativo.

—No lo hagas porque estás deprimida, Dawn —me aconsejó—. No tienes que lamentarlo nunca.

—Nunca lo lamentaré —juré, y a continuación posé mis labios sobre los suyos y lo besé apasionadamente. Lo abracé con fuerza para que todas las dudas que albergaba se evaporaran bajo el calor de mi pasión. Continuó acariciándome. A medida que me elevaba más y más, el desánimo que había invadido mi corazón empezó a retroceder. Me volví para mirar por la ventana y vi la luna pasar entre las nubes, resplandeciente sobre el oscuro cielo.

El pasado no puede hacernos daño, pensé, si construimos una fortaleza con nuestro amor.

A la mañana siguiente mamá no salió de su *suite*, tampoco bajó a comer ni fue a ningún lado. Jimmy me dijo que después de abandonar la casa de Bronson había llorado durante todo el trayecto de regreso al hotel. Bronson había intentado darme una imagen distinta de ella; me había pintado el retrato de una niña a la que su padre no hacía caso, una niña que se había convertido en una persona bella pero frágil e

insegura, atrapada en un matrimonio que había resultado horrible. Yo sabía que en gran medida la actitud de Bronson respondía al amor desesperado e inalterable que sentía por mi madre, y que ella no era la inocente víctima que él quería mostrar; pero también me perseguía el temor de que me estuviese convirtiendo en una mujer demasiado dura y fría.

Cansada de odiar y luchar, me obligué a ir a verla.

Estaba tendida sobre la cama, y se la veía débil y desanimada igual que antes de mi boda y de la muerte de Randolph. La bandeja de comida descansaba sobre la mesita de noche tal como se la había servido la señora Boston. Permanecía con los ojos cerrados; tenía la cabeza hundida entre los grandes almohadones y el cabello le cubría la cara. Lo que más me sorprendió fue que no se había maquillado.

—¿Qué te ocurre hoy, mamá? —pregunté.

Abrió los ojos, parpadeó y miró fijamente el techo durante un momento antes de responder.

—Estoy cansada de discusiones —contestó—. Cansada de palabras odiosas. Han acabado por enfermarme. Nunca fui muy fuerte, Dawn —añadió, mientras levantaba la cabeza y se incorporaba lentamente—, y tantos años de ajeteo tienen un precio. Tengo ganas de rendirme al Padre Tiempo y su odioso compañero, la Edad. Mejor dejar las cosas como están —dijo, y volvió a descansar la cabeza sobre las almohadas.

No pude por menos que sonreír ante semejante actuación, pero me giré para que no lo advirtiera.

—Pero mamá —dije—, ¿qué pasa con tu idea de casarte con Bronson y empezar una vida nueva y maravillosa? ¿Crees que Bronson querrá casarse con una vieja llena de arrugas? —bromeé.

—Bronson no se casará conmigo si tú te opones a ello y lo consideras otro escándalo —dijo, y me dirigió una mirada llena de tristeza—. Dice que todos debemos querernos o que de lo contrario no funcionará.

—Yo no me opongo —dije—. No soy rencorosa. Si los dos os queréis casar, pues adelante —dije, y mis palabras hicieron que su rostro se iluminase como un árbol de navidad.

—¿Lo dices en serio, Dawn? ¿De verdad? Eso es estupendo —exclamó, y volvió a incorporarse en el lecho.

—¿Piensas celebrar la boda aquí? —pregunté, al tiempo que intentaba imaginarme cómo podrían hacerse todos los preparativos en apenas una semana.

—¡Oh!, no, no. Ya no estamos para esas cosas. Iremos a Nueva York y nos casaremos en un juzgado y después asistiremos a cientos de producciones de Broadway —exclamó. Cogió la bandeja de la comida y se la acercó a la cama—. Ya me he comprado todo un ajuar nuevo para la ocasión —continuó, mientras

mordisqueaba una hoja de lechuga—. Eso es lo que he estado haciendo todas las tardes durante las últimas semanas.

—¿O sea que lo sabes hace tiempo? —pregunté.

—¿Qué? ¡Oh! Bueno, siempre pensé... Sí —confesó, incapaz de encontrar una excusa—, lo sabía. Supongo que no parece muy bonito, pero qué sentido tiene mentirnos y fingir que no iba a ocurrir. Sabíamos que queríamos hacerlo, y que algún día lo haríamos. Quería prepararme y estar lista.

—Entiendo. ¿Le has contado algo a Clara Sue? —dije, preguntándome si sería ése el motivo por el cual Clara Sue se había negado a pasar el verano en el hotel. Mamá volvió a mirar la comida.

—Todavía no.

—¿Qué le dirás, mamá? —pregunté.

—Sólo que nos casamos —respondió—. Por ahora es suficiente. ¿Por qué complicar aún más las cosas? —preguntó.

—Eso es algo que debéis decidir tú y Bronson —dije—. Puedo asegurarte que resulta muy doloroso enterarse de que alguien que creías tu madre y tu padre no lo son.

—Estoy de acuerdo —accedió mamá, sin captar la indirecta—. ¿Por qué causar más daño? Pobre Clara Sue, ya ha sufrido al perder al hombre que creía su padre. Sería... sería como hacer que muriera por segunda vez —dijo. Levantó la vista y sonrió. Sus ojos azules estaban resplandecientes de alegría—. Y no quiero que nada desagradable ocurra cuando Bronson y yo empecemos de nuevo. Espero que vengas a visitarnos a menudo, Dawn. Ofreceremos unas cenas estupendas e invitaremos a toda la gente importante de Cutler's Cove. Bronson conoce a todos los que valen.

—Veremos —dije—. ¿Cuándo tienes intención de marcharte?

—Pues, creo... —miró a su alrededor como si lo hubiera olvidado— creo que Bronson pasará hoy mismo, a última hora.

—¡Hoy! —exclamé, sorprendida. Si todo dependía de mi actitud ¿cómo sabía lo que diría y pensaría? Me reí en mi fuero interno y me pregunté si realmente era posible que Bronson no supiera lo tramposa que era mi madre. Claro, era posible que lo supiese y que estuviera dispuesto a vivir con ello, o incluso que pensara que podía cambiarla. El amor nos convierte a todos en soñadores, pensé. O en el caso de mamá, en maquinadores.

—Sí. De modo que me harías un favor si encontraras a la señora Boston. Quiero que me ayude a hacer las maletas, y quiero decirle cómo hay que disponer mis cosas para la mudanza.

—¿Qué pasa con Philip? ¿Se lo has contado? —pregunté. Ahora que ya estaba todo arreglado, me resultaba difícil hacerme cargo de la rapidez de los acontecimientos.

—¿Philip? Todavía está de viaje con su novia y la familia de ella —dijo—. Tendré que esperar a decírselo. Si llegase a llamar mientras estoy en Nueva York, podrías contárselo tú —añadió.

—¿No crees que deberías ser tú quien se lo dijera? —pregunté.

—Las noticias son las noticias —dijo y se quitó la bandeja del regazo—. Además —añadió— a Philip nunca le afecta nada de lo que pueda ocurrirme. En ese aspecto, se parece bastante a su abuela —concluyó.

—Muy bien, mamá —dije—, iré a buscar a la señora Boston.

—Gracias, Dawn. Y gracias por ser tan comprensiva —añadió—. Te has convertido en una verdadera dama.

—Espero que seas feliz, mamá —dije— en serio.

La dejé dando vueltas por la habitación, reanimada, por un momento pensé en ella como en un cadáver resucitado. No, pude evitar reírme.

A última hora de la tarde el coche de Bronson se detuvo frente al hotel. La señora Boston y algunos empleados habían ayudado a mi madre a preparar su partida, de modo que la noticia de ésta se había extendido por el hotel. Cuando Bronson entró en el vestíbulo, todos los que estaban ahí levantaron la vista. Se oyeron susurros en todos los rincones.

El equipaje de mi madre —media docena de maletas y dos grandes baúles negros — había sido bajado y estaba junto a la puerta de entrada. Los botones y el chofer de Bronson procedieron a cargarlo en la limusina. Cuando me di cuenta de que Bronson había llegado, salí a saludarlo. La señora Boston subió inmediatamente a avisar a mamá, tal como se le había ordenado.

—Bueno —dijo Bronson, un poco avergonzado por la atención que estaba recibiendo— parece que soy la noticia de la tarde.

—Primera plana —contesté—. ¿Cuándo vais a casaros?

—Mañana —contestó, desplazando el peso de una pierna a la otra y sonriendo nerviosamente.

—Quiero desearte suerte —dije, y le ofrecí la mano.

—Gracias. Hablaba en serio ayer por la noche. Espero que ahora podamos ser una familia —contestó.

Antes de que pudiera responder mi madre apareció precedida por una de sus típicas risitas. Su rostro irradiaba felicidad y alegría. Al cruzar el vestíbulo para unirse a Bronson vi la forma en que miraba a su alrededor, absorbiendo la curiosidad de los espectadores igual que lo haría una flor, ya que las atenciones la hacían florecer aún más. Bronson extendió los brazos, y ella los cogió para que él pudiera acercarla. Bronson le cubrió los hombros con un brazo y la besó en la mejilla.

—Tienes el aspecto de un día de primavera —dijo.

—¿De verdad? —preguntó mi madre con falsa modestia—. Pensé que después de

tanto ajeteo estaría horrible. —Se volvió hacia mí y me cogió la mano. Dejé que lo hiciera. Me dedicó una sonrisa—. Adiós, Dawn —dijo en un susurro. Tenía el rostro sonrojado y le resplandecían los ojos.

Al observar su rostro detenidamente, me di cuenta que mamá sentía que estaba escapando, liberándose de la sombra de la abuela Cutler y del peso de tantos recuerdos desagradables. Y durante unos segundos la envidié. ¿Por qué se me había ocurrido aceptar la herencia a costa de sacrificar mis sueños y ambiciones?

Mamá me abrazó y me besó en la mejilla.

—Adiós y buena suerte —le dije.

—Llamaremos cuando decidamos volver —prometió Bronson.

Los seguí hasta el exterior. Jimmy, que estaba supervisando un trabajo que se realizaba en una de las fuentes, vino corriendo a saludar a Bronson. Mamá lo besó en la mejilla y él se ruborizó, avergonzado. Después se colocó a mi lado y los miró mientras subían a la limusina.

Vi la forma en que mi madre miró el hotel. Advertí la extraña mezcla de tristeza y felicidad reflejada en su rostro. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. A continuación Bronson la abrazó, y ella hundió la cara en su cuello. Así, abrazados, partieron... dos amantes que hacía años habían perdido el tren y que de alguna manera tenían una segunda oportunidad.

La limusina dejó atrás las oscuras sombras proyectadas por el sol del atardecer y el hotel. Sin duda, mi madre debía de sentir que se había librado por fin del fantasma de la abuela Cutler. Los rayos de sol se reflejaban sobre la limusina al girar y desaparecer.

—Ya está —dijo Jimmy, pasándome un brazo por los H hombros—. Es extraño, la vieja Cutler ha desaparecido y el pobre Randolph ha seguido sus pasos. Ahora tu madre desaparece para casarse y vivir en aquella gran casa, y Clara Sue se irá a vivir con ellos.

—De eso puedes estar bien seguro —dije—. Me encargaré de que así sea.

—Sólo estaremos nosotros —añadió.

—Y Philip —le recordé.

—¡Ah!, sí, y Philip.

Unos días después —la víspera de que mi madre y su nuevo marido regresaran de su luna de miel en Nueva York— llegó Philip. Estaba moreno y descansado tras las vacaciones en las Bermudas. Lo primero que hizo fue ir a verme a mi despacho. Lo oí llamar y luego abrió la puerta.

—Hola —dijo.

—Philip. ¿Acabas de llegar?

—Sí —respondió, y entró—. Descansado y dispuesto a cumplir con mi deber —dijo a modo de saludo. Sus ojos me examinaron rápidamente—. ¿Ocurre algo? —

preguntó.

—Supongo que nadie te ha contado la noticia todavía —dije.

—¿Qué noticia? —Siguió sonriendo, pero sus ojos se llenaron de preocupación—. ¿Le ha ocurrido algo a mamá? —preguntó.

—Ciertamente ha ocurrido algo. Se ha vuelto a casar y está de luna de miel —contesté.

Su sonrisa era ahora de incredulidad.

—Hablas en broma —dijo.

—No. Ella y Bronson Alcott se marcharon hace unos seis días a Nueva York para casarse. Mamá ya ha trasladado la mayor parte de sus cosas a Beulla Woods —añadí.

—Bueno —dijo, mirando el suelo. Al cabo de unos instantes volvió a sonreír y me miró—. *C'est la vie*. Así es mamá. No puede decirse que pierda el tiempo. —Me pregunté cuánto sabía, o si sabía algo—. ¿Tú y Jimmy pensáis trasladaros a su *suite*?

—No —contesté—. Nos agrada donde estamos.

—De acuerdo. Entonces me trasladaré yo. Viviré ahí con Betty Ann —añadió.

—¿Qué?

—Hemos decidido comprometernos el próximo otoño y casarnos una semana después de la graduación —dijo.

—Me alegro mucho por ti, Philip. Enhorabuena —dije.

Se quedó mirándome de una manera tan intensa que no pude evitar apartar la vista.

—Imagínate —dijo, casi en un susurro— pronto estaremos durmiendo el uno al lado del otro.

—Quieres decir en habitaciones contiguas, Philip —le corregí.

—Sí —dijo, y su sonrisa se hizo más ancha—, por supuesto. En habitaciones separadas. Bueno —continuó— han ocurrido y están ocurriendo muchas cosas. Me pregunto si Clara Sue está al tanto de todo esto. ¿Lo sabe?

—Si no lo sabe, lo sabrá pronto —respondí con tono frío y severo.

—¿Qué quieres decir?

—Me he tomado la libertad de trasladar todas sus pertenencias a Beulla Woods —contesté.

Philip me dirigió una mirada de incredulidad. A continuación se echó a reír.

—Pues me parece decidida pero cruel —dijo. Sacudió la cabeza y añadió—: Realmente te has convertido en la abuela Cutler. Bueno, iré a recoger mis cosas —dijo antes de que pudiera contestar, lanzó una carcajada y salió.

Me puse de pie y me dirigí hacia la ventana para reflexionar en las palabras de Philip. No me importaba, me dije a mí misma. Esta es una de las ocasiones en las que no me importa que me comparen a ella. Tiene que haber un poco de abuela Cutler en todos nosotros si queremos sobrevivir, pensé.

Pero cuando me giré y miré el retrato de mi padre me pareció que su rostro y su mirada se habían ensombrecido.

UN ARCO IRIS ESCURRIDIZO

La mañana después de que mamá y Bronson regresaran a Beulla Woods, ella me telefoneó para contarme todo lo referente a su boda y su luna de miel en Nueva York. El entusiasmo con que describió las luces de Broadway, los elegantes empresarios teatrales, las multitudes, el tráfico y la música, hizo que recordase mis tiempos de estudiante de teatro; por supuesto, no pude evitar pensar en Michael.

Mamá no paraba de hablar. Describía minuciosamente cada detalle. Sin detenerse a tomar aliento pasó a hablar de los museos y las galerías de arte que habían visitado.

—Nunca me había dado cuenta de lo culto que es Bronson —dijo. Luego en un tono casi triste, añadió—: es extraño, puedes estar junto a alguien casi toda tu vida y sin embargo no conocerlo de verdad.

—Eso es absolutamente cierto, incluso con los parientes más cercanos, mamá —dije en cuanto conseguí que me dejase pronunciar una palabra—. ¿Has hablado con Philip desde tu regreso? —pregunté rápidamente antes de que siguiera describiéndome su luna de miel en Nueva York.

—¿Philip? No. Te he llamado a ti —dijo—. Puedes decirle que he regresado. Si quiere llamar, ya lo hará —dijo. A continuación, tras una pausa, preguntó—: ¿Cómo reaccionó al saber lo de mi nuevo matrimonio?

—No está molesto, si a eso te refieres. Le sorprendió, claro —respondí.

Emitió una de sus risitas nerviosas.

—Así es Philip. Por eso no me preocupo —canturreó.

—Habrás observado que he ordenado enviar las cosas de Clara Sue a Beulla Woods —dije. Supuse que Livingston la habría informado de ello en cuanto regresó de su luna de miel.

—Sí —contestó, alargando la palabra casi como si fuese un silbido—. ¿Fue ella quien lo exigió?

—No —contesté en tono despreocupado—. Decidí hacerlo yo.

—Quizá le moleste —murmuró.

—Bueno, pues será mejor que esté molesta allí y no aquí. No estoy dispuesta a seguir tolerando su comportamiento inmaduro. Debe estar con vosotros —insistí.

Mi madre estuvo de acuerdo.

—Bronson había dado por supuesto que viviría con nosotros. Así lo quería —afirmó, pero yo podía imaginarme su expresión de desagrado. Mamá esperaba que su nuevo matrimonio le devolviera mágicamente la juventud. No quería hijos ni ningún tipo de obligación familiar. Deseaba sentirse como una verdadera recién casada;

deseaba rejuvenecer.

—Me alegro —dije—. Bueno, tengo que volver al trabajo. Bienvenida, mamá.

—¡Oh!, Dawn —exclamó antes de que pudiera despedirme—. ¿Cuándo vendréis tú y James a cenar? Y Philip, por supuesto. A Bronson le gustaría que vinierais todos este sábado, si es posible. Ya lo tenemos casi planeado. Invitaré a los Steidman —dijo con tono arrogante. Casi podía verla levantando la nariz—. El señor Steidman está construyendo una urbanización en las afueras de Virginia Beach. Es un proyecto multimillonario.

—No puedo hablar en nombre de Philip, mamá, pero sabes que los sábados es cuando más trabajo hay en el hotel. Además, este fin de semana estamos llenos a rebosar. Por primera vez en mucho tiempo hemos tenido que rechazar huéspedes —dije con orgullo.

—¿De verdad? —dijo sin interés alguno—. Bueno, haz lo que quieras, pero te perderás una cena importante.

—Lo siento. No tiene solución —dije—. Es temporada alta, ya sabes.

—¡Oh!, no te conviertas en una mujer aburrida, Dawn. Y no dejes que ese lugar domine tu vida —me aconsejó con indisimulada impaciencia.

—Te avisaré en cuanto podamos tomarnos una noche libre, mamá —dije, demasiado cansada como para discutir con ella.

—Que sea pronto —exigió—. Quiero que una invitación a Beulla Woods signifique algo especial. Voy a ser muy selectiva con los invitados. Bronson realmente sabe quien tiene dinero y quien finge tenerlo.

—Eso no debería importarte —dije—. Si la gente es amable, no la juzgues por lo que tiene —dije.

—¡Oh!, Dawn, sigues sin darte cuenta de lo importantes que son las relaciones ¿verdad? Y eso a pesar de estar al frente de un hotel famoso —dijo, y dejó escapar una de sus estúpidas risitas.

—Los buenos amigos, los amigos de verdad, son mucho más valiosos —dije—. No importa lo importantes que sean sus empleos o lo grandes que sean sus casas. Para mí no.

—Ya aprenderás —insistió. Era como si yo no tuviera voz o ella no tuviese oídos. Guardó silencio un momento y al cabo procedió a detallar el menú que serviría el sábado por la noche. Al final pude despedirme.

Mi madre cumplió su promesa al pie de la letra. Casi inmediatamente después de su regreso a Beulla Woods empezamos a oír rumores acerca de sus extravagantes cenas. Parecía estar librando una furiosa batalla para recuperar la aceptación social que había perdido con los escándalos y revelaciones de los Cutler. Jimmy, Philip y yo finalmente cedimos y asistimos a una de sus cenas, pero continuó llamándonos una y otra vez.

Sin embargo, estábamos todos muy ocupados. Aquel verano era uno de los más cálidos de la historia. La situación económica era buena y el teléfono de reservas no dejaba de sonar. Philip demostró ser un ayudante valioso y pronto se hizo cargo de algunas de las responsabilidades de la dirección. Se mudó al viejo despacho de Randolph y yo empecé a agradecer la ayuda que me proporcionaba porque me permitía pasar más tiempo junto a mi esposo y mi hija.

A Jimmy empezaba a encantarle el trabajo que hacía en el hotel. No le daba miedo ensuciarse las manos; de hecho, deseaba poder hacerlo, y a pesar del título que tenía —supervisor de mantenimiento— era habitual encontrarlo junto a los obreros cavando una zanja o segando la hierba. No tenía sentido comprarle trajes elegantes, ya que acababan manchados de pintura, aceite o barniz. Necesitaba un contacto directo con las cosas. Cuando se estropeaba un calentador, él era el primero en ir a desmontarlo. Y cuando el filtro de la piscina se averió, fue él quien se encargó de arreglarlo.

Un verano por la tarde entró en mi despacho con las mejillas llenas de grasa. Tenía las manos sucias, se las limpió con un trapo que llevaba en el bolsillo trasero, abrió un sobre y extrajo el contenido delante de mí.

—¿Qué es, Jimmy? —pregunté, al tiempo que me retrepaba en mi asiento y le dirigía una sonrisa. A Jimmy le encantaban las sorpresas, especialmente cuando se trataba de mí.

—Es de papá —dijo, y sin decir palabra me extendió una de las fotografías que había sacado del sobre. Había también una carta. Las fotos eran de Edwina, la esposa de papá, y del hijo de ambos, Gavin. En algunas fotos sólo aparecía Gavin. Le habían puesto el nombre del abuelo de Papá Longchamp.

—Papá dice que en cuanto tengan oportunidad vendrán a vernos —declaró Jimmy, y me alargó la carta.

—Eso sería maravilloso. Gavin es idéntico a Papá Longchamp —dije. Ciertamente Gavin tenía el cabello y los ojos negros de su padre—. Y Edwina es muy guapa —añadí. Ella era una muchacha delgada y morena con ojos castaño claro. Por lo que se veía en la fotografía, supuse que debía de ser casi tan alta como papá.

—Sí —contestó Jimmy, pero nos miramos y estuvimos silenciosamente de acuerdo en que no era tan bonita como lo había sido mamá.

—Papá parece muy feliz ahora —dije sin apartar los ojos de la carta—. Y muy orgulloso de su nuevo hijo.

—Sí —dijo Jimmy—. Y supongo que yo tendría que alegrarme de tener un nuevo hermano. —Una sombra de tristeza cruzó por su rostro—. Claro que Fern también tiene un nuevo hermano —dijo— aunque ella no lo sepa, y quizá no lo sepa nunca. ¿Has hablado con el señor Updike acerca de que, en mi opinión, deberíamos contratar los servicios de un detective privado? —preguntó.

Sus ojos oscuros permanecían expectantes como si toda su vida dependiera de mi respuesta. No quería decirle que el señor Updike no estaba demasiado de acuerdo con la idea y que había intentado disuadirnos.

—Sí. Dijo que se ocuparía del asunto, y que el fin de semana hablaría con nosotros.

—Bien —dijo Jimmy—. Ahora será mejor que vuelva ahí fuera. Quédate con todo esto —concluyó, y me extendió el sobre y la carta.

Permanecí un rato contemplando la foto de Papá Longchamp y su nueva familia. Me pareció de más edad, y mucho más delgado. Era casi como el fantasma del hombre que había conocido como mi padre. Su sonrisa parecía forzada; tenía el aspecto de un hombre que intentara desesperadamente mantener alejada la melancolía y la tristeza; que quisiera cerrar de un portazo la puerta del pasado mientras los recuerdos intentaban apoderarse de él. Estaba segura de que le resultaría muy difícil venir a verme. Llevaba una tonelada de culpabilidad sobre sus hombros, y enfrentarse conmigo podía llegar a hundirlo. Sería mejor que permaneciese donde estaba, en su nuevo mundo, viviendo una vida nueva, sin sombras del pasado.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó sobre la fotografía. Y entonces, de pronto, la tristeza me afectó el estómago. Sentí una oleada de náuseas. El color desapareció de mi rostro, y mi corazón comenzó a latir con tal fuerza que me resultó difícil respirar. Me puse de pie y me dirigí rápidamente al cuarto de baño, donde vacié el estómago de todo lo que había comido. Acabé casi de rodillas. Volví a mi despacho y me recosté en uno de los sofás. Las náuseas fueron desapareciendo y finalmente pude incorporarme.

No tenía fiebre, pero los vómitos me habían dejado débil y cansada. Intenté concentrarme de nuevo en el trabajo pero volví a sentir náuseas. Tuve que regresar corriendo al cuarto de baño. Por la tarde decidí que sería mejor ir al médico. No quería preocupar a Jimmy, de modo que no le dije nada. Simplemente le pedí el coche a Julius.

Pero guardar un secreto en Cutler's Cove era algo casi imposible. Al pasar junto al escritorio de recepción tuve que decirle a la señora Bradley que salía. Ella vio que no me encontraba bien, y se lo contó a la señora Boston, quien se lo dijo a Robert Garwood. La noticia llegó a oídos de Jimmy con bastante rapidez, de modo que cuando salí del despacho del médico me lo encontré caminando de un extremo al otro de la sala de espera. Ni siquiera se había detenido a quitarse la grasa de las mejillas y la frente.

—¿Cómo te has enterado de donde estaba? —pregunté.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó dirigiéndose al doctor Lester, el médico que estaba al cuidado de Christie. Era un hombre muy cariñoso y metódico que sabía cómo tranquilizar a sus pacientes con una sonrisa.

—No ocurre nada, señor Longchamp —respondió, y a continuación sonrió—. A menos que no quisiera que su mujer quedase embarazada.

—¡Embarazada! —El rostro de Jimmy pasó de la preocupación a la sorpresa, y luego a la alegría. Sonrió y empezó a tartamudear. Pero yo... yo...

—Enhorabuena —dijo el doctor Lester, riendo.

—¿Está bien? Quiero decir...

—Todo está perfectamente, señor Longchamp —dijo el doctor Lester en tono tranquilizador.

—¿No te sientes ridículo al venir corriendo aquí, James Longchamp? —lo reprendí en broma con los brazos en jarras. Jimmy empezó a tartamudear de nuevo, de modo que lo cogí de la mano y dije—: Vamos, Jimmy. Tenemos mucho trabajo.

—¡Trabajo! No pienses que seguirás trabajando tanto como ahora. No, señor. Las cosas van a cambiar en ese hotel. Y no empieces a discutir conmigo, Dawn —dijo, y apoyó el extremo de su dedo índice sobre mis labios—. Me voy a convertir en papá, y tengo derecho a opinar.

—Bueno, no va a ser mañana, Jimmy —dije, y lancé una carcajada—. Estar embarazada no significa estar enferma. No voy a meterme en la cama como mamá y esperar que me sirvan. De modo que no empieces tú —concluí con firmeza.

—Eso ya lo veremos —replicó.

—Vaya, vaya, no quiero tener nada que ver con esto —dijo el doctor Lester, y volvió a su despacho.

Jimmy y yo regresamos al hotel, donde sabíamos que la noticia se extendería y que todos querían compartir nuestra felicidad. Todavía me resultaba difícil creérmelo. Estaba embarazada de Jimmy. Por fin parecía que nuestros sueños estaban convirtiéndose en realidad.

Al cabo de dos días mi madre se enteró y me llamó. Se lo había dicho Bronson. A veces Bronson se enteraba de cosas que ocurrían en el hotel incluso antes que yo. Contaba con informantes que lo mantenían al tanto de cómo nos iban las cosas. Sospeché que quizá el señor Dorfman fuera su fuente de información. No culpaba a Bronson; el «Hotel Cutler's Cove» era una inversión muy importante para su Banco e imaginé que quería estar al corriente de todo lo que ocurría en él. Quizá algunos de los miembros del consejo de administración lo presionaran para que estuviera informado del modo en que la joven propietaria del hotel se desempeñaba en su nuevo cargo.

—No me extraña que me ocultaras la información —dijo mi madre sin siquiera saludarme ni preguntar cómo estaba

No entiendo por qué te empeñas en que vuelva a ser abuela. Acabas de casarte y eres demasiado joven. Con todo lo que te queda por hacer en la vida, se te ocurre

tener otro hijo.

—Madre, quedar embarazada y tener hijos no es una sentencia de muerte —respondí rápidamente.

—Ahora piensas eso, pero espera —gimió, como si fuera ella la que iba a tener el niño—. Se necesitan años para recuperar la figura, y la mayoría de mujeres nunca lo consiguen.

—Eso no me preocupa, mamá. Después del nacimiento de Christie no tuve ningún problema en recuperar la figura, ¿verdad?

—Esto lo dices ahora porque eres joven e inocente, pero ya verás cómo cambias de opinión. Créeme. ¿Qué vas a hacer, tener media docena de niños?

—Mamá, tú tuviste tres hijos ¿verdad?

—No me lo recuerdes —dijo, y dejó escapar un profundo suspiro—. Supongo que nadie hablará de otra cosa —añadió, como si estar embarazada fuese un escándalo.

—Creo que tendrán temas más interesantes de conversación, mamá. Si no es así, deben de llevar una vida muy aburrida.

—No te das cuenta de lo que representamos en esta comunidad —dijo—. Todo lo que hacemos, todo lo que esté relacionado con nosotros es noticia aquí. Somos... somos su realeza, sus personajes famosos. Te guste o no —sentenció— vivimos en una pecera.

—No siempre has pensado así, mamá —repliqué—. A ti nunca te preocupó ser un personaje público —dijo con un tono más severo de lo que había deseado. No pude evitarlo, mamá me estaba haciendo enfadar. Yo no tenía ningún interés en ser un personaje público y que todas mis acciones y decisiones fueran estudiadas bajo un microscopio.

—En aquella época yo era joven y tonta —dijo—. Pensé que lo habías comprendido —añadió, y me di cuenta de que lloraba—. Haz lo que quieras. Nunca oyes mis consejos —se quejó—. En tu opinión siempre me equivoco, no importa lo que diga o haga.

—Sí que te escucho, mamá. Simplemente no estoy de acuerdo —dije.

—¿Por qué nuestras conversaciones tienen que acabar siempre en una discusión? —preguntó, con voz triste, como si se lo preguntara a alguna otra persona que estuviera con ella—. En cualquier caso —dijo cambiando de tema— este otoño Bronson y yo hemos decidido hacer un crucero... Italia, las islas griegas. Bronson sugirió que te preguntara si tú y Jimmy querríais acompañarnos, pero supongo que ahora, con la nueva maternidad a la vista...

—Agradécele a Bronson que haya pensado en nosotros, mamá —dije—. Ahora estoy cansada. Voy a echarme un rato.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —espetó—. Estás en plena temporada alta, y vas y te quedas embarazada. Ni siquiera tienes la fuerza y la energía para

hablar conmigo por teléfono. Honestamente, creo que ninguno de mis hijos tiene cerebro.

—Supongo que para ti debe de ser muy duro ser tan sabia y que nadie quiera escucharte —dije, pero no entendió mi sarcasmo.

—Así es. Así es —dijo.

Cuando por fin colgué, no pude evitar echarme a reír.

Aun cuando había imaginado el modo en que mi madre reaccionaría cuando se enterase de que estaba embarazada, no tenía forma de saber qué diría Philip. Cuando se lo dije, permaneció unos momentos con la mirada perdida. A continuación parpadeó, sonrió, y sus ojos resplandecieron. Me abrazó, me besó y me dio la enhorabuena, pero su actitud me resultaba extraña. Era como si el hijo que yo esperaba fuese suyo y no de Jimmy.

—Tendremos que reorganizarnos para que no estés sobrecargada de trabajo —dijo—. No podemos permitir que nuestra pequeña madre se canse. Se acabó lo de estar de pie durante horas junto a la puerta del comedor saludando a los huéspedes, y basta de ir de mesa en mesa a ver si están contentos. Yo me ocuparé de eso. Y llámame siempre que te pidan recorrer el hotel para comprobar cualquier cosa —me rogó—. Nuestro pequeño bebé tiene que recibir los mejores cuidados.

—Gracias, Philip —dije. Me quedé completamente aturdida cuando volvió a besarme en la mejilla y salió a encargarse de un problema en una de las habitaciones que yo estaba a punto de resolver. Primero Randolph, luego mamá y ahora Philip. ¿Había algo en el hotel que obligaba a la gente a vivir, de ilusiones? Esperé que nunca me ocurriera lo mismo.

Jimmy se pasaba el día pegado a mí para asegurarse de que no excedía en el trabajo, y Philip entraba y salía de mi despacho para comprobar mi estado de salud, de modo que empecé a sentirme dentro de la pecera que mi madre había mencionado. Tanto Philip como Jimmy habían ordenado a los empleados que me espieran y los mantuviesen informados cada vez que yo subía y bajaba al sótano a comprobar cualquier cosa. Cuando salía a pasear por los jardines advertía que los botones y las camareras no me quitaban el ojo de encima. Minutos después Jimmy o Philip aparecían a mi lado para preguntarme cuáles eran mis intenciones. Si me atrevía a levantar algo que pesara más de un kilo, quien se encontrase cerca dejaba lo que estaba haciendo y acudía en mi ayuda. Subir o bajar las escaleras con Christie en brazos era suficiente para que sonara la alarma de un ataque aéreo. Sissy se ocupaba de impedirme que hiciese cualquier cosa que pudiera ser interpretada como trabajo, y finalmente reconoció que Philip y Jimmy así se lo habían ordenado.

Al principio resultó divertido, pero después de semanas y semanas de lo mismo empecé a sentirme molesta, y se lo hice saber claramente a Jimmy y a Philip una noche que ambos aparecieron en mi despacho para acompañarme a cenar. Primero

llegó, y a continuación entró Philip.

—Venía a ver si había algo que pudiera hacer —dijo Philip—

—¿Hacer, Philip? —exclamé furiosa al tiempo que me ponía de pie—. ¿Puedes llevarme al comedor en brazos? ¿Puedes comer por mí? Y tú —dije volviéndome hacia Jimmy—, ¿por qué le prohibiste a Sissy que me dejara llevar a Christie en brazos o que la sacara de la cuna o el parque?

—Pensé... —Extendió los brazos—. El doctor Lester dijo...

—Dijo que no hiciera nada que saliese de lo habitual. Eso es lo que dijo, no que me convirtieras en una inválida —chillé.

A diferencia de mi embarazo anterior, éste me estaba causando depresiones y malhumor. Ya no tenía náuseas, pero mi temperamento había cambiado. ¿Se trataba sólo del embarazo?, me pregunté. ¿O tenía algo que ver con el trabajo, el hotel, la toma de decisiones? ¿Me estaría convirtiendo en el tipo de administradora que había sido la abuela Cutler?

—De acuerdo —dijo Jimmy, levantando los brazos en señal de rendición—. Lo siento.

—Sólo tratamos de cuidarte —insistió Philip.

—Pues no lo hagáis —espeté.

Ambos pusieron la misma cara de sorpresa.

—Iré... iré a ver cómo va la cena de esta noche —tartamudeó Philip, y salió corriendo. Yo volví a sentarme y me llevé las manos a la cabeza.

—Dawn —dijo Jimmy, posando su mano sobre mi hombro. Me eché a llorar. Últimamente me ocurría a menudo, pero había tratado de ocultarlo, especialmente a Jimmy. Sin razón aparente, de pronto sentía ganas de llorar. No había razón para ello; el hotel iba bien, Christie estaba cada día más guapa, Jimmy y yo nos amábamos y deseábamos nuestro hijo, pero bastaba que una nube ocultase el sol o que se rompiera la mina de mi lápiz y me echase a llorar como un bebé.

A veces me despertaba durante aquella hora triste y solitaria antes del amanecer, y yacía en la semioscuridad mirando a mi alrededor, sintiéndome extrañamente fuera de mi cuerpo. ¿Estaría volviéndome loca?

Apenas Jimmy me tocó, comencé a temblar.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó. Se puso en cuclillas a mi lado y me apartó el brazo para poder verme la cara.

—No lo sé —dije sin dejar de llorar—. No puedo evitarlo. Simplemente... no puedo evitarlo. Jimmy me puso de pie y me abrazó. Comenzó a acariciarme y besarme en la frente y las mejillas, y a limpiar las lágrimas a medida que brotaban.

—No pasa nada —susurró—. No pasa nada. Sólo estás cansada. Quizá no físicamente, pero sí emocionalmente cansada. Han ocurrido muchas cosas en muy poco tiempo, Dawn. Tienes que darte cuenta —me tranquilizó.

Respiré profundamente y reprimí los sollozos. A continuación me limpié las lágrimas y miré los ojos de Jimmy, oscuros y tiernos, ahora llenos de preocupación.

—Estoy asustada, Jimmy —le confesé.

—¿Asustada? ¿Por qué? ¿Por estar embarazada? —preguntó.

—No, eso no. Por eso estoy contenta. De verdad que sí. Sólo que a veces estoy asustada, tengo miedo de cambiar, de convertirme en alguien que no soy, en alguien que no quiero ser. Pero no estoy cambiando ¿verdad, Jimmy? Sigo siendo la misma persona. Sigo siendo Dawn Longchamp, la Dawn Longchamp de la que te enamoraste ¿verdad? —pregunté frenéticamente.

—Claro que sí —dijo él, sonriendo—. No te preocupes que cuando te conviertas en alguien horrible, te avisaré.

No se lo dije a Jimmy, pero sentía como si el despacho me tuviese prisionera, como si la abuela Cutler estuviese todavía entre esas cuatro paredes, a pesar de que había cambiado todo, hasta el color de las estilográficas. Un día, por ninguna razón aparente, solicité que tres camareras limpiaran a fondo el despacho, como si tuviese miedo de que quedase algún vestigio de la abuela Cutler que pudiera afectarme. Nunca se lo mencioné a Jimmy, pero sufría pesadillas. Si se había enterado de que había ordenado limpiar el despacho, nunca dijo nada.

—¡Oh!, Jimmy, no quiero convertirme en alguien horrible —exclamé, y lo abracé.

Él me sostuvo entre sus brazos.

—No te pasará —susurró. No dejaré que te pase. Te lo prometo.

—¿De verdad, Jimmy? ¿Me lo prometes?

—Absolutamente —contestó—. Ahora ve a lavarte la cara. Sissy ha bajado a Christie para que cene con nosotros esta noche. Ya saluda a los invitados como una pequeña princesa.

Me eché a reír.

—Apuesto a que sí. Cree que es una princesa —dije. Puse los dedos sobre la mejilla de Jimmy y lo miré fijamente a los ojos—. Gracias por quererme tanto.

—Oye —dijo, negando con la cabeza—. No podría dejar de quererte aunque quisiera.

Nos besamos, me lavé la cara y bajamos a hacer nuestro papel de anfitriones de Cutler's Cove.

El resto del verano pasó volando, quizá porque teníamos mucho trabajo y yo estaba ocupadísima con Christie y mi embarazo. Un día era mediados de julio, y al cabo de un tiempo que nos pareció cortísimo ya estábamos estudiando los planes para el fin de semana del Día del Trabajo. Tal como ocurriera durante todos los fines de semana de aquel verano, estaba todo reservado. En dos ocasiones durante la temporada alta

había dejado que el director de la orquesta del hotel me convenciera de que cantase a los huéspedes la noche del sábado. Me hizo prometer que haría lo mismo el fin de semana del Día del Trabajo, y me aseguró que algunos de los huéspedes habituales lo habían solicitado. Era cierto que más de uno me había parado para felicitarme y preguntarme cuándo volvería a cantar. Esto ocurría especialmente a la hora de la cena, cuando pasaba por las mesas para saludar a la gente.

A menudo echaba de menos mi música e intentaba mantenerme en forma tocando el piano. Un fin de semana Trisha pudo escaparse de su curso de verano de artes escénicas y vino a visitarme, lo cual me alegró mucho. Al escucharla hablar de sus clases de arte dramático y de música sentí ganas de volver a aquellos tiempos. Como ocurría siempre que hablábamos o nos veíamos, me informó sobre la vida de Michael Sutton.

—Su obra en Londres bajó de cartel antes de lo esperado —me dijo cuando vino al hotel—. He oído ciertos rumores acerca de él.

—¿Rumores? —Sabía cuán rápidamente se difundían las habladurías en el mundo del espectáculo, pero Trisha no pareció considerar esto un simple rumor.

—Acerca de su afición a la bebida —dijo—. Al parecer ha ido a Suiza a someterse a una cura de desintoxicación.

—Es muy triste —comenté.

—Espero que reciba lo merecido —respondió Trisha, pero a pesar de todo lo que me había hecho, no podía sentir rencor. Al fin y al cabo, siempre que miraba a Christie veía su cara. La pequeña se parecía cada vez más a él. Era como si Michael reapareciera a través de nuestra hija, de modo que me resultaba imposible odiarle. No podía evitar el preguntarme cómo reaccionaría Christie cuando tuviera edad de entender y yo me viese obligada a explicarle quién era su padre. Lo haría lo antes posible, porque sabía que su tía Clara Sue no dudaría en decírselo en cuanto tuviese oportunidad.

Yo casi no pensaba en Clara Sue, ya que ella había pasado todo el verano con su amiga en New Jersey y ni Philip ni mi madre la mencionaban para nada. Pero el jueves anterior al fin de semana del Día del Trabajo regresó al hotel. Yo estaba en mi habitación durmiendo la siesta. De mala gana había accedido a tomarme un día de descanso, y eso porque Jimmy y Philip me prometieron que no dudarían en despertarme si ocurría algo importante. En realidad no les creía, pero aunque mi embarazo no era todavía evidente y sólo había engordado dos kilos, me sentía bastante fatigada.

El estampido de los truenos me despertó; abrí los ojos, miré por la ventana y comprobé que una gran pared de nubes oscuras habían ocultado el sol por completo. Siguió tronando y relampagueando, de modo que no oí a Clara Sue cuando recorría a grandes zancadas al pasillo después de haber comprobado que su antiguo dormitorio

estaba totalmente vacío.

Por lo que pude entender en los primeros segundos de mi enfrentamiento con ella, mamá no le había dicho que yo había ordenado trasladar sus cosas a Beulla Woods. Me pregunté si mi madre habría hablado con ella más de una o dos veces en todo el verano.

Una vez que descubrió lo ocurrido, Clara Sue abrió de golpe la puerta de mi dormitorio y entró como un torbellino.

Después de pasarse el verano tirada en la playa, comiendo y festejando con sus amigos, la voluptuosa figura de Clara Sue tenía algunos kilos de más. Parecía haber engordado unos cinco kilos desde la última vez que la vi. Llevaba un ceñido vestido color violeta que era como una segunda piel y que dejaba sus senos bastante al descubierto. Había sometido su larga cabellera rubia a una permanente, y sus labios estaban pintados dos de rubí y sus ojos llevaban una espesa capa de rímel. Su aspecto me pareció bastante vulgar, pero estaba segura de que a Clara Sue mi opinión no le importaba en absoluto. Estaba muy morena, y sus fríos ojos azules echaban chispas.

Los golpes en la puerta me asustaron, y me incorporé rápidamente. Vi a Clara Sue bufando de cólera, en medio de la habitación, con los puños cerrados.

—¿Qué haces? —le pregunté. Me senté en la cama y me calcé los zapatos mientras ella me dirigía una mirada llena de odio. Sus ojos se entrecerraron peligrosamente y pensé que de un momento a otro comenzaría a salir humo de sus orejas.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a tocar mis cosas! —chilló—. ¿Qué has hecho con ellas? —exigió saber al tiempo que daba un paso hacia delante.

—¿No te lo ha dicho mamá? —pregunté con tono de indiferencia—. Todas tus cosas han sido trasladadas a Beulla Woods. Ahí es donde vas a vivir a partir de ahora.

—¿Quién lo ha decidido? —preguntó con los dientes apretados.

La miré fijamente.

—Lo he decidido yo —respondí con tranquilidad, a pesar del temor que crecía en mi interior.

De pronto dejó escapar un grito tan agudo como el de un animal atrapado en una trampa. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a tirarse de los pelos. Bajó la cabeza, las pupilas en blanco, y me embistió. Su acción me cogió tan de sorpresa que no me moví.

—¡Hija de puta! —exclamó—. ¡No puedes meterte en mi vida, también! ¡No te dejaré!

Sin aviso alguno levantó el puño y me golpeó con todas sus fuerzas en un lado de la cabeza. Lo inesperado del golpe me hizo tambalear. Caí sobre la silla del tocador y me desplomé en el suelo. Aturdida, traté de ponerme nuevamente de pie. Coloqué bien la silla y ya de rodillas intenté levantarme, pero Clara Sue volvió al ataque.

—¡Ya te enseñaré a tocar mis cosas! ¡Te enseñaré a darme órdenes! ¡Te va a costar caro, Dawn! ¡Voy a hacer que sientas el mismo dolor que he sentido yo desde el día que volviste a inmiscuirte en nuestras vidas! —chilló, y a continuación me dio una fuerte patada en el vientre. El golpe me produjo una tormenta de dolor que me subió desde el costado hasta el pecho quitándome la respiración. Me derrumbé, y Clara Sue comenzó a darme de patadas mientras chillaba como una loca. Cuando abrí los ojos la habitación empezó a dar vueltas. Tenía la sensación de estar cayendo en un pozo profundo y oscuro. Intenté gritar y agité mis manos y mis brazos desesperadamente para protegerme de sus golpes.

Antes de desmayarme me pareció oír las voces de Jimmy y Philip. Uno de ellos apartó a Clara Sue. Alguien—quizá Sissy, quizá la señora Boston— chillaba en el pasillo. Clara Sue continuaba gritando histéricamente. Jimmy, o tal vez fue Philip, empezó a levantarme, y después de todo fue oscuridad.

Recuperé el conocimiento en el asiento trasero de la limusina del hotel, pero las voces que oía eran débiles y lejanas. Intenté hablar, pero era como si mi voz estuviera atrapada en mi pecho. El dolor que había empezado en el estómago se convirtió en una mano de fuego con dedos como brasas ardientes que se extendió por todo mi cuerpo invadiendo las paredes de mi corazón, que alternativamente latía con fuerza y también débilmente. Era como si los pulmones se me hubieran llenado de un aire demasiado caliente para respirar. Advertí que tenía la cabeza sobre una almohada, y que ésta estaba sobre el regazo de Jimmy, quien me acariciaba y me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Intenté sonreír, pero mi cara parecía de plástico. Mis labios no se movían sentía la piel rígida.

—Tranquila —oí que me decía Jimmy—. Ya llegamos.

«Ya llegamos... ya llegamos...», las palabras se deslizaban por mi mente. No podía mantener los ojos abiertos.

Cuando conseguí volver a abrirlos estaba sobre una camilla recorriendo el pasillo de un hospital. Vi las luces del techo, y oí las voces de las enfermeras y otra, más clara, que reconocí como del doctor Lester.

Estoy con el doctor Lester, pensé, y me sentí segura. Ahora estaré bien. Todo irá bien.

—Tiene una hemorragia, doctor —oí que decía una enfermera.

—Aquí, rápido —respondió el doctor Lester. Algo cálido se deslizó por mis piernas. El pánico volvió a apoderarse de mi cuerpo, y mi corazón comenzó a latir con tal fuerza que podía sentir el flujo de la sangre en mi cabeza. Me di cuenta de que me levantaban y depositaban mi cuerpo sobre la cama; entonces volví a perder el conocimiento.

Cuando desperté estaba en una habitación de hospital, y Jimmy se encontraba a mi lado. Tenía la cabeza baja y los hombros hundidos. No sabía que estaba despierta,

de modo que no ocultó las lágrimas, ni impidió que se deslizaran por sus mejillas. Miré las paredes blancas de la habitación y vi una enorme ventana a mi izquierda. La sencilla cortina de algodón se movía a causa de la brisa. Percibí el olor a humedad que precede a una fuerte tormenta de verano.

—Jimmy —dije con una voz que me pareció sorprendentemente débil. Él levantó la cabeza y rápidamente se secó las lágrimas. A continuación cogió mi mano entre las suyas.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó.

¿Cómo me encontraba? No sentía nada. El dolor fuerte había desaparecido, y sólo sentía un incómodo malestar en las paredes del estómago.

—Jimmy —dije, con labios temblorosos.

—Lo sé, lo sé, Fue algo horrible, estaba fuera de sí. No podíamos apartarla de ti. Parecía poseída. La eché, y se paseó chillando por el hotel. Quiero denunciarla —dijo con ira—. Quiero verla en la cárcel. Merece ser tratada como lo que es: una... una criminal. —Jimmy se atragantó con las palabras.

¡Oh!, no, por favor, no, pensé. Por favor...

—Como una asesina —dijo, y era como si Clara Sue estuviera todavía allí, golpeándome una y otra vez.

—El bebé... ¿he abortado?

Jimmy asintió y se mordió el labio inferior.

Cerré los ojos y aparté la mirada. No tenía solución, pensé. Otra vez la nube negra que parecía perseguirnos desde que éramos jóvenes. Nunca sería feliz, y aquello significaba que Jimmy tampoco lo sería. Deseé no haber accedido a casarme con él, porque al hacerlo lo uní para siempre a la maldición que había caído sobre mí.

—El doctor Lester dice que te pondrás bien —dijo Jimmy tratando de tranquilizarme—. Asegura que con el tiempo podremos volver a intentarlo. Dice que no hay razón para...

Volví mi cabeza hacia él.

—¡Oh!, Jimmy, siempre habrá alguna razón —exclamé—. Siempre habrá algo que hará que la vida sea un infierno para nosotros, que convertirá todo lo dulce en agrio. ¿Por qué molestarse en tener esperanzas?

—No hables así, Dawn —me suplicó—. Por favor no lo hagas. En cualquier caso no es verdad. Nos han ocurrido cosas buenas y continuará siendo así. Tenemos el hotel y...

—El hotel —dije con odio, incapaz de reprimir mi amargura—. ¿No te das cuenta? La última venganza de la abuela Cutler fue dejármelo en herencia.

Jimmy negó con la cabeza.

—Sí, Jimmy —dije con firmeza. Intenté incorporarme, pero el dolor en el abdomen me lo impidió. A pesar de ello, continué—. El hotel no es una bendición

sino una carga. Al final nos destruirá. Quiero venderlo. Sí, eso es lo que haremos. Lo venderemos y cogeremos el dinero para empezar una nueva vida en algún sitio... tú, yo y Christie.

—Ya veremos —dijo Jimmy en un esfuerzo por calmarme—. Ya veremos.

—Sigue ahí, Jimmy —insistí—. Era ella que me golpeaba a través de Clara Sue ¿no lo entiendes? ¡Era ella!

Tranquila, Dawn. Lo único que estás consiguiendo es ponerte peor.

—Era ella la que me daba patadas. Ha matado a mi bebé —murmuré, cerrando los ojos—. Era ella.

Me dormí. Tuve una pesadilla en la que la abuela Cutler pateaba una y otra vez y sonreía mientras hundía en mi estómago su pie pequeño con un zapato puntiagudo. Me estremecí y desperté de golpe. Sabía que había dormido un rato porque fuera estaba oscuro. Jimmy se encontraba en la puerta hablando en voz baja con Philip.

—Está despierta —dijo Philip.

Los dos se acercaron a la cama.

—Hola, Dawn —dijo Philip—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada —contesté—. Muy cansada, y con sed.

Jimmy cogió un vaso de papel de la mesita de noche y de inmediato lo acercó a mis labios. El líquido fresco me reconfortó, fue como si aplacase las brasas que ardían en mi interior.

—Se ha convertido en un monstruo —dijo Philip—. Le dije que no pensaba considerarla mi hermana nunca más. Por lo que a mí respecta, puede tirarse por la ventana.

—He pensado en denunciarla —dijo Jimmy.

Yo negué con la cabeza.

—Deberías hacerlo —asintió Philip—. Tendrían que encerrarla y arrojar la llave al mar.

Alguien llamó a la puerta, y todos nos volvimos; eran Bronson y mamá.

Ella llevaba una capa de marta sobre un vestido color escarlata. Tenía el cabello recogido y llevaba tanto maquillaje y joyas que pensé que debían de venir del teatro.

—Hace tanto frío ahí fuera —dijo al entrar y se arropó con la capa—. ¿Por qué está abierta esa ventana?

—Está bien así —dije en voz baja.

—Bueno —dijo tras respirar profundamente y erguir la espalda— ¿cómo estás?

—Me pondré bien —contesté.

—Bueno, bueno. No soporto los hospitales. Huelen tanto a... a medicinas. Siento que en cualquier momento caeré desmayada. Ni siquiera fui al hospital a ver a mi propia madre hasta que no tuve más remedio —dijo, como si aquello fuera algo de lo que pudiera estar orgullosa.

Bronson se acercó a Philip y me dedicó una sonrisa.

—Siento lo que ha ocurrido —dijo, moviendo la cabeza tristemente—. Cuando vino a Beulla Woods le prohibí que saliera de la habitación.

—Seguramente ya se ha marchado —dijo Philip—. Siempre hace lo que le place. Es un animal salvaje.

—Eso cambiará —replicó Bronson secamente. Fijó la mirada sobre Philip con tanta firmeza que éste tuvo que apartar la vista—. Tu madre se enteró ayer de que había suspendido casi todas las asignaturas en el colegio.

Mamá, emitió un pequeño gritito semejante al chillido de una rata.

—Se las ingenió para interceptar todos los informes escolares y nos lo ocultó —continuó Bronson.

Miré a mamá y me pregunté si aquello sería cierto, o si sencillamente ella había preferido ignorarlo todo hasta que finalmente se vio obligada a enfrentarse a la realidad.

Bronson me acarició la mano y me sonrió.

—Si hay algo que podamos hacer...

—Gracias —dije. Empezaron a temblarme los labios.

—Bueno —dijo mamá de pronto con un estallido de energía— quizá cuando te den el alta tú y Jimmy consideréis la posibilidad de venir con nosotros en ese crucero.

—Claro que sí —intervino Philip—. Id, que yo me ocuparé de la marcha del hotel. No os preocupéis por eso.

—Creo que no estoy de humor para cruceros —dije.

—Tienes que tratar de olvidar —dijo mamá—, y un crucero es perfecto para eso ¿verdad Bronson?

—Creo que habrá que tomarse las cosas con paciencia —respondió Bronson con tono prudente.

—Bueno, ahora que ya sabemos que estás bien —dijo mamá como si no diese importancia al hecho de que yacía en la cama porque mi cuerpo estaba lleno de magulladuras, y que estaba pálida y débil porque había perdido mucha sangre y había sufrido un aborto— nos marcharemos. No me gusta pasarme mucho tiempo en los hospitales. Si alguna vez me pongo muy, muy enferma, tendrán que traerme las medicinas a casa. ¿Bronson?

—De acuerdo. Que te mejores, Dawn —dijo Bronson y se inclinó para besarme en la mejilla. Mi madre me tiró un beso, y los dos se marcharon.

Jimmy y yo nos miramos fijamente durante un momento.

—¿Qué le has dicho a Christie? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Pensaba que venías aquí a tener un nuevo bebé —respondió—. Esa niña es algo increíble —añadió, y se echó a reír.

—¡Oh!, Jimmy... —No pude evitar a echarme a llorar.

—No, Dawn. —Se puso inmediatamente a mi lado.

—Para eso es para lo que debería haber venido al hospital —exclamé.

—Ya lo sé. Y así será. Ya verás como pronto se cumple tu deseo —me prometió—. Tranquilízate, tú y yo hemos pasado momentos muy duros, y siempre hemos sobrevivido para ver el arco iris después de la tormenta. Volveremos a encontrarlo, siempre que estemos juntos.

Le sonreí. Era tan guapo y tan fuerte. Me sentí muy afortunada de tener un hombre como él.

—Así está mejor. Ésa es la Dawn que yo recuerdo —dijo.

Cerré los ojos.

—¿Estás cansada otra vez? —preguntó. Asentí.

—De acuerdo. Te dejaré dormir, pero permaneceré cerca —me aseguró.

—Vete a casa, Jimmy. Yo estaré bien. Descansa un poco tú.

—No empieces a dar órdenes otra vez —me reprendió—. No estás de servicio.

No tenía fuerzas para discutir. Cerré los ojos y sentí sus labios sobre mis párpados y después sobre mis labios. Abrí los ojos, él retrocedió y me saludó con la mano. Entonces volví a cerrarlos para conservar en mi interior su imagen, una imagen que me traía muchos recuerdos.

Estábamos en algún lugar, mucho tiempo antes. Nos habían arrastrado de un lugar a otro tantas veces que no podía recordar exactamente dónde nos encontrábamos, pero yo había estado corriendo, me había caído y me había rasguñado la rodilla. Volví a toda prisa a casa para enseñárselo mamá, pero ella estaba en el trabajo, y no había nadie que me reconfortara, de modo que me senté en el suelo a llorar. Al final se abrió una puerta, y entró Jimmy. Se acercó rápidamente a mí y me miró la rodilla. A continuación fue al cuarto de baño y volvió con una toalla húmeda para limpiarme la herida. Luego me la vendó. Por fin me ayudó a ponerme de pie y me condujo hasta el sofá cama para que me recostara en él.

Gran parte del tiempo vivíamos como dos huérfanos, y los huérfanos apenas si tienen ocasión de ser niños. Es como si algún adulto extraño, alguien con un rostro oscuro nos cogiese de la mano y nos hiciese correr más deprisa y de pronto nos soltara y nosotros perdiésemos el rumbo y buscásemos una identidad, deseosos de hallar un lugar al que poder llamar hogar. Me pregunté si llegaríamos a encontrarlo algún día.

Lo único que podía hacer era esperar que Jimmy tuviese razón. Habíamos pasado por muchas tormentas, y siempre habíamos logrado encontrar el arco iris. ¿Dónde nos esperaba ahora el arco iris?

SEGUNDA PARTE

LA VIDA SIGUE

A pesar de mis esperanzas y expectativas, tardé meses en recuperarme del aborto. Aunque el doctor Lester aseguraba que mi salud evolucionaba favorablemente, me sentía cansada y abúlica. Incluso después de quedar embarazada estaba acostumbrada a trabajar horas y horas sin tan siquiera detenerme para ir al lavabo, pero ahora pude comprobar que tan sólo una hora de trabajo me dejaba agotada. Tenía que retirarme frecuentemente a descansar. A veces yacía sobre la cama con los ojos abiertos, preguntándome por el bebé que había perdido y soñando con él.

Jimmy insistió en que me tomara unas vacaciones de invierno. Quería ir a los cayos de Florida a pescar, pero yo iba posponiéndolo hasta que finalmente desistió.

—Te comportas igual que un oso en hibernación —me reprendió.

En efecto, agradecía los días grises y fríos porque me incitaban a dormir, y las horas de sueño eran lo único que me proporcionaba alivio.

No me interesaba nada, ni siquiera los planes de Jimmy para nuestra casa nueva. Intenté mostrarme entusiasmada, pero al mirarme a la cara mientras me explicaba sus planes, Jimmy se dio cuenta de que no lo estaba escuchando. Yo sabía que se había metido de cabeza en ese proyecto con la esperanza de plantar nuevas semillas de felicidad y alegría en el jardín de nuestro matrimonio. Intentaba ayudarme a superar mi depresión con todas sus fuerzas y de todas las maneras posibles.

Finalmente explotó. Fue una tarde de primavera en que subió a nuestra habitación y me encontró mirando fijamente el techo. No lo había visto tan enfadado desde los días en que Papá Longchamp nos arrancaba bruscamente de un lugar para conducirnos a través de la noche a otro, obligándonos a abandonar amigos y posesiones queridas.

Jimmy levantó los brazos y casi me hizo saltar del susto con su ira.

—¡Esto no puede seguir así, Dawn! —exclamó. Iba y venía delante de mí, pisando el suelo con tanta fuerza que la habitación entera tembló—. Te estás dejando vencer. Todos se han dado cuenta y están preocupados. Incluso le está afectando a Christie.

—Lo siento, Jimmy —dije. Las lágrimas acudieron a mis ojos y amenazaron con bajar como cascadas por mis mejillas.

—No basta con pedir disculpas —dijo—. No puedes pasarte día y noche, mes tras mes, compadeciéndote de ti misma. Sé que lo que ha ocurrido ha sido terrible, pero no podemos cambiar las cosas. Tenemos que ser fuertes y reconstruir nuestras vidas. He hablado con el médico y me asegura que no existe ninguna razón física para que

estés así. Con tu actitud das a entender que Clara Sue ha vencido. Le estás dando la satisfacción de saber que ha conseguido destrozarte, y no sólo a ti, sino también a mí. —Se sentó en un sillón, apoyó la barbilla sobre el pecho y juntó las manos sobre el regazo, agotado.

No podía soportar ver a Jimmy tan triste y abatido. Me odiaba a mí misma por hacerlo sufrir de ese modo. Había sido paciente y comprensivo, pero incluso él tenía una tolerancia limitada. Por primera vez me di cuenta de que podía perderlo. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que sobreponerme.

—¡Oh!, Jimmy, lo siento —dije, y me incorporé—. No quiero estar así. De verdad que no quiero. Pero cada vez que intento animarme una nube gris se sitúa sobre mí y hace que me sienta como si fuese a vivir bajo un cielo tormentoso por el resto de mis días.

—Dawn, te comportas cada día más como tu madre —dijo—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres convertirte en una especie de inválida y pasarte el día y la noche gimiendo y quejándote de lo mal que te ha tratado la vida? Pues sí, ha sido duro, y quizá las cosas se pongan más duras antes de que acabemos, pero todavía somos jóvenes, y tenemos que ser fuertes y hacer todo lo posible por superar las derrotas. ¿Qué pasará con Christie? ¿Qué pasará con nuestro bebé cuando decida venir? ¿Qué pasará con nosotros? —me suplicó con lágrimas en los ojos.

Me mordí el labio inferior para no echarme a llorar. A continuación asentí.

—Tienes razón, Jimmy. Me estoy comportando como mamá, tan egoísta y autocompasiva. No estoy siendo justa contigo —confesé.

—No sólo conmigo —me corrigió rápidamente—. Tampoco lo estás siendo contigo misma. —Se puso de pie—. Insisto en que abandones esa cama y salgas fuera conmigo.

—¿Fuera?

—Estoy a punto de empezar la construcción de nuestro nuevo hogar —me anunció— y eso merece que lo celebremos.

—¿Nuestro nuevo hogar, ya? —pregunté, incrédula. Todo aquello estaba ocurriendo a mi alrededor y yo ni siquiera me había percatado. Antes del aborto era capaz de enterarme hasta de cuando se cambiaba el pomo de una puerta.

—Sí —dijo Jimmy—. Puse manos a la obra en cuanto me lo permitió el buen tiempo. Quiero que estemos viviendo en nuestra propia casa antes del próximo verano. He llegado a la conclusión de que tenías razón en lo referente a nuestra vida en el hotel. No es que crea en fantasmas y todo eso —añadió rápidamente, descartando la idea con el brazo—, pero sí opino que estar día y noche en el mismo ambiente puede tener sus problemas. La abuela Cutler dejó sus huellas en demasiadas cosas. No tenemos ocasión de alejarnos ni por un momento, y sé lo presentes que están esas cosas en tu cabeza. Aunque técnicamente sigamos en el mismo terreno, al

vivir en nuestra propia casa, lejos del hotel, nos sentiremos libres, como si estuviéramos en nuestro propio mundo, un mundo que estamos construyendo, y no uno que hemos heredado de otros.

»Además —continuó—, Philip va a casarse en cuanto se gradúe y quiere vivir aquí con su mujer. Creo —dijo, intuitiva y quizá proféticamente— que será mejor que estemos un poco apartados, de ese modo todos gozaremos de algo de intimidad.

Las palabras de Jimmy me animaron. Nunca olvidaría el aspecto que tenía mamá cuando abandonó el hotel para casarse con Bronson Alcott. Parecía que le hubieran quitado un peso de encima, como si escapara de la sombra de la abuela Cutler. Era más feliz, tenía más energía y vitalidad. ¿Por qué no podía pasar lo mismo conmigo?

—Tienes razón, Jimmy. Deja que me lave la cara y me refresque un poco. Quiero formar parte de todo esto y ver cómo comienzan a construir nuestra casa.

—Bueno, por eso subí a buscarte, y cuando te vi en la cama lamentándote, no pude aguantarlo más. Siento haberme enfadado tanto —dijo.

—No, Jimmy. Tenías todo el derecho a estarlo. En realidad, me alegro de que así fuera —dije, y lo besé. Me lavé la cara, me puse un jersey de punto azul, bajé y salí por la puerta trasera del hotel.

Jimmy había elegido un terreno aproximadamente un kilómetro al sur del edificio principal. Estaba sobre una suave colina y a pesar de contar con suficientes árboles y setos para proporcionar una sensación de intimidad, tenía una vista estupendo sobre el océano.

—He pensado que podíamos comprar un par de esos carritos de golf para ir y volver del hotel —dijo Jimmy mientras caminábamos hacia el terreno—. Aunque no es que esté tan lejos.

—No lo está, y sé que disfrutaré del paseo —dije. Y ya estaba disfrutando de éste. Era un día de principios de primavera claro y fresco con nubes dispersas que recorrían un hermoso cielo azul. Los arbustos iban llenándose de hojas de un verde intenso. El resplandor y el aire fresco hicieron que volviese el color a mis mejillas. Sentía un hormigueo en la piel al entrar en contacto con la grata luz del día, como si fuese una flor en el alféizar de una ventana importunada por los rayos de sol. Por fin volvía a estar fuera, floreciendo de nuevo.

Cuando llegamos encontramos a Buster Morris hablando con el operario de la excavadora. Los dos levantaron la vista, expectantes. A continuación Buster sacó una botella de champaña y cuatro vasos que había mantenido ocultos a la espera de mi llegada. Me eché a reír. Era una sensación muy agradable, como si no hubiera reído en siglos.

Jimmy sirvió el champaña y levantó el vaso para hacer un brindis.

—Por nuestro nuevo hogar. Para que sea un hogar lleno de amor y felicidad para siempre.

—Por nuestra casa —dije.

—Lo mismo digo —dijo Buster, y todos bebimos.

—De acuerdo —anunció Jimmy—. Adelante.

Buster, se apartó para mirar con nosotros cómo la excavadora empezaba a limpiar el terreno y agujerear el lugar para poner los cimientos. Jimmy me cogió de la mano.

—Enhorabuena y buena suerte, señora Longchamp —dijo Buster.

—Sí, señora Longchamp. Enhorabuena y buena suerte —repitió Jimmy, y me besó.

Después de aquello comencé a ir a la obra por lo menos una vez al día, bien con Christie o bien sola para observar con Jimmy la construcción de nuestro nuevo hogar. Jimmy había trabajado codo a codo con un arquitecto y había diseñado una casa clásica de dos plantas con un porche de entrada de dos gradas sostenido por cuatro sencillas columnas.

La casa tendría cinco habitaciones, un despacho, una sala de estar, un amplio comedor y una gran cocina detrás de la cual estarían las habitaciones para el servicio. A Jimmy le habían impresionado los suelos y la escalera de entrada de mármol de la casa de Bronson Alcott y había decidido que en ese aspecto la nuestra fuese igual. Una vez planeada la estructura, los detalles del interior dependían de mí. Bronson, y especialmente mamá, venían a menudo a ofrecer sus sugerencias. En cualquier caso, las segundas intenciones de Jimmy habían funcionado. Me impliqué mucho en la casa una vez iniciada la obra y consulté revistas de diseño y decoración. Resultó muy divertido, y a medida que la casa iba tomando forma empecé a imaginármela.

En cuanto Christie comprendió que aquello iba a ser nuestro nuevo hogar, quiso saber de inmediato dónde estaría su cuarto. Después de que Jimmy le señalara el lugar que ocuparía, se pasaba el día pidiendo que la lleváramos a ver su futura residencia. Poco a poco la casa fue convirtiéndose en una de las atracciones de los huéspedes del hotel, a quienes resultaba difícil mantener alejados de la obra. Jimmy decidió que más adelante, cuando estuviese acabada, construiríamos una bonita valla alrededor de ella para que todos entendieran que no formaba parte del hotel.

—Una de las habitaciones es para tu futuro hermanito, pequeña, cuando venga —le dijo Jimmy a Christie una tarde cuando los tres revisábamos el trabajo del día.

—¿Dónde está? —preguntó Christie—. No lo veo por ningún lado —dijo, al tiempo que levantaba las manos y se encogía de hombros. Era bastante precoz para sus tres años, y a todos les sorprendía las cosas que decía y hacía. Había empezado a explorar por sí misma las teclas del piano y a combinar las notas produciendo algo más que tonterías musicales. Sissy se quejaba de que sabía todos los cuentos infantiles de memoria y que contaba el final cuando ella estaba en la mitad de la lectura. Teníamos que comprarle libros y juguetes diseñados para niños del doble de su edad.

—No sé dónde está tu hermanito o hermanita, Christie —le respondió Jimmy, mientras me lanzaba una mirada—. Él o ella está escondido dentro de tu mamá.

Sabía lo que quería decir. Hacía meses que veníamos intentándolo, pero por alguna razón no quedaba embarazada. El doctor Lester nos había dicho en más de una ocasión que no existía motivo alguno para que no pudiese tener otro hijo. Sabía que Jimmy sospechaba que yo inconscientemente me oponía a ello.

—¿No temes volver a quedarte embarazada, Dawn? —me preguntó una noche al cabo de algunos días.

—No —respondí demasiado rápidamente. Supongo que en mi fuero interno estaba asustada. Había superado mi depresión y trabajaba activamente en el hotel y en nuestra casa, pero no podía librarme de ese pesado sentimiento de que una maldición pendía sobre mí. Me preocupaba traer a otro niño al mundo.

—No deberías estarlo —insistió Jimmy—. Sólo nos esperan cosas buenas.

—Lo intento, Jimmy. Lo intento —dije, pero en vez de pensarlo y desearlo, mi mente se centró en la siguiente temporada de verano en el hotel. Aquello y acabar la casa nos tenía a todos bastante ocupados.

Una semana después de que llegaran las invitaciones para la boda de Philip, mamá y Bronson decidieron dar una pequeña cena para la familia como forma de presentar a Betty Ann Monroe, la prometida de Philip. Le dije que no asistiría si también lo hacía Clara Sue, pero me garantizó que no estaría presente.

Habían mandado a Clara Sue a una escuela para señoras a la que Bronson había hecho un generoso donativo para asegurarse de que la aceptaran. Estaba bastante lejos, en Florida. Philip, según él mismo me dijo, no había vuelto a hablar con ella desde el desgraciado incidente.

Me sigue avergonzando —me explicó por teléfono— y no tengo intención de invitarla a mi boda. Aunque no creo que le importe.

—No sé cómo podrás hacer una cosa así, Philip —dije—. Pase lo que pase, sigue siendo tu hermana, y lo único que conseguirías es que los rumores por aquí aumentaran. Sabes cómo le sentaría a mamá —le recordé.

—Pero tú no vendrás a la boda si la invito, ¿verdad? —preguntó.

—No lo sé. Ha transcurrido casi un año. Supongo que podré ignorarla teniendo en cuenta lo importante de la ocasión —dije.

—No quiero arriesgarme —dijo—. Para mí es muy importante que asistas.

Finalmente le prometí que iría aunque también lo hiciese Clara Sue. Estaba tan agradecido que me sentí avergonzada y busqué una excusa para finalizar la conversación.

Todavía me costaba aceptar cumplidos de Philip. Intuía la pasión que sentía por mí, las intenciones que ocultaban sus palabras, los sentimientos que palpitaban apenas por debajo de la superficie dispuestos a liberarse en cualquier momento. Mi

único anhelo era que su matrimonio con Betty Ann pusiera fin a todo ello. Pero cuando la conocí, no abrigué demasiadas esperanzas.

Mamá dio una de sus elegantes cenas. Aunque la finalidad de la reunión había sido presentar a Betty Ann a la familia, decidió invitar a algunos de los ciudadanos más destacados de Cutler's Cove. Cuando me enteré de que en las invitaciones que envió decía que se trataba de «una cena de etiqueta», supe lo que se traía entre manos. Empezó con un cóctel mientras un trío de músicos amenizaba el ambiente. Al parecer, mi madre nunca perdía ocasión de restablecer su posición social en la comunidad.

De modo que cuando Jimmy y yo llegamos no nos sorprendió ver una fila de limusinas aparcadas frente a la casa. Era una noche cálida, el cielo estaba despejado y las estrellas resplandecían por todas partes, especialmente sobre el mar. Los chóferes charlaban en un pequeño círculo y Julius se unió a ellos. Bronson nos saludó en cuanto Livingston abrió la puerta.

—Su madre está en plena forma esta noche —nos informó. A mí me pareció más un aviso. Minutos después se apartó de unos de sus invitados en el pasillo de mármol para recibirnos. Llevaba un traje de terciopelo negro con el habitual escote bajo. Reconocí un deslumbrante collar nuevo de diamantes y pendientes haciendo juego. Estaba tan radiantemente bella como siempre, el cabello recogido en un elegante moño. Sus ojos resplandecían casi tanto como sus joyas.

—Dawn, cariño —exclamó—, y James. Qué alegría veros tan bien a los dos.

Me abrazó y a continuación le extendió el brazo a Jimmy para que le besara la mano.

—Te vi anteayer, mamá —dije secamente.

Antes de responder le dedicó una sonrisa a uno de sus invitados.

—¿Hace sólo dos días? Parece que hayan transcurrido siglos. ¡Oh!, Dawn, Jimmy, ya conocéis al señor Parkings, el presidente de Seaside Savings —dijo en el momento en que pasaba junto a nosotros un caballero mayor. Se detuvo para las presentaciones. En cuanto se alejó cogí la mano de mi madre y la acerqué a mí.

—Mamá, pensé que esto iba a ser una sencilla reunión familiar para presentar a la prometida de Philip y tener oportunidad de conocernos todos mejor. ¿Cómo quieres que ocurra eso con toda esta gente aquí?

—Fue mi primera intención —dijo, sin pestañear—. Pero después de pensarlo mejor, me di cuenta de que sería una tontería desperdiciar la oportunidad de presentarle a Betty Ann algunos de nuestros más destacados ciudadanos antes de la boda. Siempre tendremos tiempo de llegar a conocernos... una vida entera. Además —añadió—, creo que todos necesitamos un poco de extravagancia en nuestras vidas estos días. Hace que desaparezca la tristeza y el pesimismo.

—¿Dónde están Philip y Betty Ann? —preguntó Jimmy, mirando a su alrededor. Se acercó un camarero con una bandeja con copas de champaña y Jimmy cogió una para mí y otra para él.

—Todavía no han llegado —nos informó mamá en voz baja—. Les dije que no vinieran hasta que no estuviese segura de que todos los invitados estaban aquí. Así el efecto será mayor, ¿no os parece?

—¿Dónde los tienes esperando, fuera en las sombras? —pregunté.

Mamá se echó a reír y nos cogió a los dos por el brazo.

—Venid al salón. Quiero presentaros a otras personas —dijo. Yo miré a Bronson, quien me dedicó una sonrisa como si quisiese decirme «Ya te lo advertí».

Una buena media hora más tarde llegaron Philip y Betty Ann. Hacía tiempo que no veía a Philip. Su parecido con Randolph me sorprendió. Parecía más alto, y su rostro más maduro. Seguía siendo delgado, y su piel bronceada, su sonrisa picara y sus alegres ojos azules eran los de siempre. Estaba guapo, un hombre de éxito en su esmoquin negro.

La belleza y el aspecto distinguido de Philip contrastaban con el rostro ordinario de su prometida. Tenía una boca excesivamente pequeña y sus ojos marrones estaban demasiado juntos. Su cutis era tan pálido que le daba un aspecto enfermizo, especialmente si se lo comparaba con la tez bronceada de Philip. Su cabello castaño carecía de brillo y lo llevaba cepillado hacia atrás, dejando al descubierto una ancha frente. El traje negro de satén no conseguía realzar su figura, aunque era obvio que se trataba de un vestido caro. Me pregunté qué habría encontrado Philip de atractivo en ella.

Imagué que debía de tener una personalidad fuerte y que debía de ser inteligente. Pero cuando finalmente nos presentaron, advertí que ni siquiera poseía esos atributos.

Cada dos palabras dejaba escapar una risita tonta y pronunciaba mi nombre «Don» en vez de Dawn. Mientras hablábamos me sentí como una dentista, pues conseguir que dijera algo era como arrancar clientes. Respondía a todas las preguntas con un escueto «sí» o «no», pensé que seguramente se debía a que la cohibían tantas atenciones.

Mi madre la cogió por la muñeca y la arrastró por el gran salón presentándola a todos y cada uno de los invitados. Cuando la presentaba, hablaba de ella como si fuera un premio o algo que Philip hubiera adquirido en Tiffany's, y mientras describía las casas, el yate y el avión de su padre, Betty Ann permanecía de pie con aquella sonrisa idiota en el rostro.

Al principio me dio lástima, pero al cabo de un rato empecé a divertirme. Nada de lo que decía o hacía mamá parecía afectar a Betty Ann. Era como una muñeca de tamaño natural que sabía saludar correctamente, permanecer imperturbable, sonreír y recitar las mismas frases educadas. Tenía una postura perfecta, caminaba

mesuradamente, sorbía el champaña con puntual regularidad y asentía con una sonrisa a todo lo que le decían. Era como si Philip hubiera reclamado un trofeo humano que se concedía a un miembro destacado de alguna fraternidad universitaria.

—¿Qué te parece? —me preguntó en cuanto estuvimos solos un momento.

—Es demasiado pronto para juzgar, Philip —respondí diplomáticamente—. Pero si tú la quieres y ella te quiere no debe importarte lo que piensen los demás.

Me miró fijamente; en sus labios se dibujó una sonrisa temblorosa.

—Tú no eres los demás, Dawn. Para mí nunca lo serás —dijo. Había dolor en sus profundos ojos azules.

Aparté la vista de él.

—Ya sabes lo que quiero decir, Philip.

—Claro —dijo con una renovada nota de alegría en la voz—. Betty Ann me adora. No cesa de repetir que tiene mucha suerte de tenerme. Es muy cariñosa. Y muy, muy rica —añadió.

—Me alegro por ti, Philip, si eres feliz —dije.

Fijó su mirada en mí.

—A pesar de todo —dijo—, sabes que cualquier persona que elija siempre será la segunda. Y siempre que la mire te veré a ti —añadió con una sonrisa tímida en los labios—. Pero no te preocupes, Betty Ann no lo sabe. No sabe que hace muchos, muchos años, tú y yo éramos novios. Bueno, sabe tu historia, pero no esa parte. Esa parte está encerrada aquí —susurró, y se llevó la mano al pecho—. No puedo evitarlo. No me odies por confesarlo. Por favor.

Fui incapaz de responder. Me miraba con tanta intensidad que sentí su pasión y su deseo. Atontada, negué con la cabeza. Me he equivocado, pensé; el deseo de Philip persistirá siempre. Jimmy tenía razón al querer que tuviéramos un hogar apartado del hotel y lejos de Philip y Betty Ann, pero incluso eso, me temí, no sería suficiente.

Miré a Betty Ann y me di cuenta del motivo por el cual había elegido a una persona tan ordinaria. Había buscado a propósito una chica que físicamente destacara poco, porque de ese modo le resultaría más fácil verme a mí en sus ojos y sentir mis labios en vez de los suyos cuando se besaban. La idea me hizo temblar. Me alegré cuando mamá lo llamó para presentarle a otro de los invitados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jimmy, acercándose. Había estado hablando con Bronson—. Pareces preocupada. ¿No te encuentras bien?

—Estoy bien —dije—. Demasiado champaña.

—Demasiado champaña haría que tuvieras las mejillas encendidas, y tú estás pálida —insistió. Miró a Philip, que estaba al otro lado del salón—. ¿Tiene algo que ver con él? ¿Te dijo algo?

—No, no es nada, Jimmy. Por favor. Estoy bien —repetí enfáticamente. Jimmy arqueó las cejas—. Philip estaba hablando conmigo, y ni siquiera oí lo que dijo —

mentí—. Durante unos momentos me perdí y sentí náuseas. No es nada.

—¿Náuseas? Quizás... —Abrió los ojos, esperanzado.

—No, Jimmy —dije—. No estoy embarazada. Recuerda, acabo de tener la menstruación.

—¡Oh! —dijo desilusionado—. De acuerdo. Bueno, si vuelve a ocurrir, será mejor que vayas al médico —dijo.

Un poco más tarde nos llamaron a cenar. Había veinte invitados, y mamá había dispuesto que su hijo y la prometida de éste se sentaran a su lado, de modo que no tuve ocasión de charlar con Betty Ann. Después de cenar pude por fin mantener una verdadera conversación con ella. Salimos al jardín a tomar un poco de aire. Ella estaba más relajada.

—Qué casa y qué vistas tan maravillosas —exclamó—. Y tu madre es muy guapa. Es difícil creer que tenga hijos de tu edad y la de Philip.

—Mamá estaría encantada si te oyese decir eso, Betty Ann —comenté.

Ella dejó escapar una risita tonta.

—Me apetece tanto vivir en el hotel —dijo—. Por lo que me ha contado Philip, siempre hay cosas que hacer, siempre hay actividad. Nunca es aburrido.

—En eso tiene razón.

—Y estoy muy impresionada con lo que tú haces. Philip me ha dicho que ni siquiera has ido a la Universidad. Me ha contado tantas cosas de ti. Sé toda la historia de cómo te raptaron y cómo volviste después. Philip habla continuamente de ti —añadió, pero sin tono de envidia en la voz—. Lo inteligente que eres y tu don para la música.

—Exagera —dije, incapaz de ocultar mi vergüenza.

—¡Oh!, no. Philip no. Todos saben lo honesto y sincero que es. Además, siempre pone aquella cinta en la que tú cantas, y es verdad que tienes una voz preciosa.

—¿Una cinta? —Me pregunté cuándo había hecho Philip la grabación—. ¿Qué estoy cantando? —quise saber. Cuando me lo dijo, me di cuenta que Philip me había grabado una noche en que cantaba para los huéspedes en el hotel. Nunca me había informado de ello. Me hizo sentir rara, como si me hubieran espiado. ¿Por qué lo había mantenido en secreto?

—Está muy orgulloso de ti. Es maravilloso que un hermano y una hermana se entiendan como os entendéis vosotros, sobre todo teniendo en cuenta lo que te ha ocurrido —añadió.

—Sí. —Sonreí débilmente.

—Algún día espero que me lo cuentes todo. ¿Lo harás? Quiero saber los detalles, cómo eran las cosas para ti antes, cómo te encontraron, qué sentiste al volver...

—No es una historia tan interesante y divertida como puede parecer —contesté.

—¡Oh!, no, sé que lo es. A Philip siempre se le saltan las lágrimas cuando habla

de ello... especialmente cuando describe el primer día que llegaste al hotel y os dijeron que tú y él erais hermanos. Cuando lo oigo me entran ganas de llorar. Philip es muy romántico, y muy guapo también, y tiene un gran sentido del humor. Todas mis amigas se mueren de envidia. Y mis padres lo adoran, especialmente papá, porque le encanta que sepa tanto de inversiones. Soy muy afortunada, ¿no te parece? —me preguntó, y de pronto me apiadé terriblemente de ella. Sería horrible que algún día se enterase de que cada vez que Philip la miraba con cariño, era a mí a quien estaba mirando, y que cuando la besaba apasionadamente era a mí a quien besaba.

La pobre Betty Ann estaba siendo engañada y utilizada. Philip se había buscado una mujer inocente y joven que era ideal según los criterios sociales. Era incapaz de ver o comprender la mentira. Un hombre elegante y apuesto, que procedía de una familia famosa la había elegido a ella. Todas sus fantasías y sus sueños se habían hecho realidad.

Sentí deseos de decirle algo, de impedir que iniciara una vida de ilusiones, pero entonces pensé que si supiese la verdad era probable que lo aceptara sólo por estar con Philip. Evidentemente, él significaba mucho para ella.

Casi podía oír las palabras de mamá: «Todo el mundo acepta una cierta cantidad de mentiras y engaños, Dawn. Es el precio que pagamos por la poca felicidad que conseguimos».

Así era como había vivido ella su vida; Betty Ann y Philip harían lo mismo. Y mi vida sería igual por mucho que tratara de impedirlo, estaba segura de ello.

—Me alegro por los dos, Betty Ann —dije—. Me alegro por los dos.

De pronto, detrás de nosotras, apareció Philip.

—¿Qué hacen mis dos mujeres preferidas aquí fuera solas? —exclamó al tiempo que nos cogía a ambas por la cintura—. Espero que no estéis intercambiando opiniones acerca de mí —dijo, y me dirigió una mirada de sospecha.

—Qué ego. ¿Por qué íbamos a estar hablando de ti? —pregunté.

Los músculos alrededor de sus labios se movían espasmódicamente, como si estuviese a punto de sonreír o incluso de echarse a reír, no pude adivinar cuál de las dos cosas.

—Me lo dijo un pajarito —contestó, apretándonos con más fuerza la cintura—. Está bien. Quiero que las dos os conozcáis cuanto antes para que volvamos a ser una feliz familia.

—Espero ser de alguna ayuda en el hotel —dijo Betty Ann—. Quiero participar, aunque sea poco.

—Estoy seguro de que encontraremos algo apropiado para ti, querida —dijo Philip. Volvió a sonreírme—. Aunque sólo sea estar a la entrada del comedor saludando a nuestros huéspedes como solían hacer la abuela y mamá.

—¡Oh!, me encantaría —dijo Betty Ann.

Philip me miró y me guiñó un ojo.

—Seré un hombre muy afortunado al tener dos bellas mujeres a mi alrededor día y noche —dijo, y besó a Betty Ann en la mejilla. A continuación se volvió hacia mí, pero yo me liberé de su abrazo.

—Será mejor que volvamos a la fiesta antes de que mamá se ponga histérica —dije, y me alejé deprisa, como si huyera de un mal sueño.

Claudine Monroe, la madre de Betty Ann, se encargó de planificar la boda de Philip y Betty Ann. Mamá intentó en varias ocasiones expresar sus ideas y opiniones, pero sus intentos resultaron frustrados. A medida que se acercaba el día de la boda las quejas de mamá acerca de cómo la trataban fueron en aumento.

—Me siento como un invitado, más —me dijo una mañana por teléfono—. Aquella mujer (había cogido la manía de llamar a la madre de Betty Ann de ese modo) ni siquiera contesta mis llamadas. Sólo consigo hablar con su secretaria... ¡su secretaria! Tiene una secretaria que se ocupa de sus asuntos sociales, ¿te lo imaginas? Me dice secamente que le dará mi recado, pero nunca me llama. ¿No te parece de mala educación?

—Es su boda, mamá. Tú tuviste la mía —le recordé.

—¿Y quién lo hubiera hecho si no yo? Además, esa gente cree que están por encima de nosotros, Dawn. No soporto la condescendencia con la que me tratan. Creen que sólo porque viven en las afueras de la capital de la nación y se codean con congresistas y senadores, son mejores que nosotros —se quejó.

—Estoy segura de que será una boda preciosa, mamá. ¿Por qué no te relajas y disfrutas y por una vez en la vida dejas que sean los otros quienes hagan el trabajo? Si la madre de Betty Ann te trata como una invitada, entonces compórtate como tal —sugerí.

—Sí, tienes razón. No tengo por qué ofrecerle mi experiencia. Dejemos que aquella mujer se las arregle sola.

—Estoy segura de que cuenta con el asesoramiento de muchos profesionales —dije—, y que no debe de tener que hacer casi nada.

—Hum... ¿has elegido la moqueta para el dormitorio principal? —preguntó, mencionando un tema en el que pensaba que podía tener alguna influencia: mi nuevo hogar.

—Me decanto por el beige —dije.

—¡Oh!, eso es un gran error. No sabes lo difícil que es mantenerla limpia. Piensa...

Había llegado al punto que podía escuchar a mamá sin hacer caso de sus palabras. Normalmente me ocupaba del papeleo mientras ella parloteaba en el teléfono, y por mera intuición intercalaba aquí y allá un «sí» o un «bien». Sin embargo, en esta situación en concreto cambió de pronto a un tercer tema. Su actitud hizo que prestase

la máxima atención. Primero se puso a llorar.

—¿Qué ocurre ahora, mamá? —pregunté en tono de hastío.

—Clara Sue ha abandonado el colegio y se ha ido a vivir con un hombre —anunció con voz quebrada.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace más de un mes, pero no he tenido las fuerzas suficientes para hablar de ello. Todavía no las tengo, pero pienso que si me lo callo, acabaré por explotar. Todo ese dinero que nos hemos gastado en su educación no ha servido para nada. Bronson dice que no podemos inmiscuirnos. Ella ya es mayor de edad.

—Tiene razón, mamá. Aunque a decir verdad, nunca prestó demasiada atención a lo que tú y Randolph le decíais. ¿Con qué clase de hombre vive? —pregunté. Lo que realmente quería decir era ¿qué clase de hombre estaba dispuesto a vivir con semejante mujer?

—¡Un hombre quince años mayor que ella! Y divorciado, además —exclamó—. ¡Con dos hijos, un chico de diez y una niña de doce!

—¿Dónde lo conoció? —pregunté.

—Iba a la bolera —contestó mamá, suspirando—. Afortunadamente, aquí todavía no lo sabe nadie, pero, ¿te imaginas lo que va a ocurrir cuando se enteren? Y tiene la intención de traer a ese hombre a la graduación y a la boda de Philip. Será una deshonra para mí, me sentiré avergonzada. Pero a ella nada de eso le importa.

—Ahora le ha llegado a otro el turno de aguantarla —dije secamente—. Considéralo de este modo, mamá.

—No es momento de bromas, Dawn. El problema es serio. En este momento de mi vida no necesito cosas que adelanten mi proceso de envejecimiento. He leído acerca de unos tratamientos dermatológicos que obran milagros y he pensado en someterme a ellos.

—Mamá, te lo he dicho una y cien veces: para encontrar arrugas en tu cara se necesita una lupa —dije.

—Ya sé que intentas ser agradable, Dawn, pero no creas que no me miro al espejo. ¡Oh!, este asunto de Clara Sue será mi fin —gimió—. ¿Qué debo hacer?

—Alguien llama a mi puerta, mamá —dije.

—Estoy segura de que mientes, Dawn. Sólo quieres deshacerte de mí. Todo el mundo quiere deshacerse de mí estos días... Philip, aquella mujer, Clara Sue, y ahora tú —sollozó—. Gracias a Dios que tengo a Bronson.

—De verdad que alguien llama a la puerta, mamá. No olvides que estamos en temporada alta —le recordé.

—¡Oh!, ese hotel. Siempre competirá conmigo. Primero era Randolph, después Philip, y ahora tú.

—Las responsabilidades no se resuelven solas, mamá —dije.

—Hablas igual que lo habría hecho ella, Dawn. ¿Lo sabes? Igual que ella.

—Mamá...

—No, Dawn, sólo piensas en ese hotel. Francamente, no sé por qué es tan importante para ti. Bueno —dijo, y dejó escapar un profundo suspiro—, adiós, entonces. En cuanto empiecen a correr los rumores acerca de Clara Sue, avísame para que pueda prepararme para lo peor —añadió antes de colgar.

Jimmy encontró la historia la mar de divertida, pero yo no podía llegar a imaginarme por qué Philip no me había informado acerca de lo de Clara Sue. Todas las semanas telefoneaba al menos una vez. Me sorprendió descubrir que no lo sabía.

—Mamá no me ha dicho ni una palabra —afirmó— y hace meses que no hablo con Clara Sue. ¿Un hombre mayor? ¿Y divorciado? Pues vaya ¿qué te parece? Me he preguntado muchas veces qué llegaría a ser de ella. No sirve para gran cosa, nunca le ha importado el hotel, le ha ido mal en los estudios y no le interesa la Universidad, de modo que... —dijo— por lo menos nos dejará en paz a los demás.

De alguna manera dudaba que Philip tuviese razón.

ASUNTOS DE FAMILIA

Un gran número de personas asistieron a la graduación de Philip. Jimmy y yo fuimos con Bronson y mamá en la limusina de Bronson. Yo quería llevar a Christie, pero mi madre insistió en que no era lugar para niños. Sin embargo, cuando llegamos y nos acomodamos, vimos una docena de niños mucho menores que mi hija. Estaba segura de que habría disfrutado con la ceremonia.

Era un bello y cálido día de primavera, de modo que la ceremonia se celebró en el exterior. Mamá era un manojo de nervios y miraba a uno y otro lado cada cinco minutos, ansiosa por ver llegar a Clara Sue con su «amigo», como ahora lo llamaba.

Los padres de Betty Ann no se sentaron con nosotros. Tenían su propio grupo de amigos y parientes, y sólo nos detuvimos un momento para saludarlos. Decidí que mamá tenía razón al referirse a Claudine Monroe como «aquella mujer», ya que mostró poco interés en conocernos a mí y a Jimmy y se comportó de forma brusca. Tras las presentaciones se alejó para saludar a otras personas. Stuart Monroe era mucho más cariñoso y simpático. En mi opinión, Betty Ann había heredado la fealdad de su madre, quien, a pesar de ser alta y tener un porte majestuoso, poseía rasgos poco destacados y la misma tez pálida y el cabello sin brillo de su hija.

Ocupamos nuestros lugares momentos antes de que el director de escena hiciera señas a la banda para que iniciara la marcha.

—¿Dónde está? —murmuró mamá, al tiempo que giraba la cabeza en todas direcciones como una veleta en un día ventoso.

—Quizá en el último momento decidió no venir —dijo Bronson.

—Eso espero —acotó mamá.

Sonó la música, y la audiencia se puso en pie cuando los graduados iniciaron su paseo hasta el estrado. Philip nos dedicó una sonrisa en cuanto nos vio. Los mechones de su cabello y sus ojos azules reflejaban el resplandor del sol. Bronson había llevado una máquina y empezó a sacar fotos. En cuanto los graduados llegaron al estrado nos sentamos, y comenzó el acto. Casi me había olvidado de Clara Sue hasta que el orador principal promedió su discurso. Se trataba de un senador del Estado y todos lo escuchábamos atentamente cuando, de pronto, oímos un murmullo detrás de nosotros; nos volvimos. Clara Sue y su «amigo» avanzaban por el pasillo central, ella aparentemente muy divertida por haber interrumpido la ceremonia. Cogía al hombre de la mano y siguió adelante como si lo arrastrara hasta un asiento. Pero eso no fue lo que dejó atónito al público, sino su vestimenta: una minifalda de cuero negra y una ligera blusa de seda blanca sin tirantes que dejaba al descubierto algo

más que la parte superior de sus senos. De hecho, mientras recorría el pasillo sobre sus zapatos de tacones altos parecía como si los pechos estuvieran a punto de salirse por encima de la blusa en cualquier momento.

Lucía una permanente que hacía que el cabello cayese sobre sus hombros en forma de melena salvaje. Se había puesto toneladas de maquillaje: rímel de color azul fuerte, pintalabios rojo y capas y capas de colorete. Sus largos pendientes de oro se balanceaban cuando deliberadamente se volvía a un lado y a otro para sonreír a los hombres, que la miraban estupefactos.

Su «amigo» era alto y delgado y tenía el cabello prematuramente canoso. Su nariz era delgada, sus ojos redondos, su boca grande y su mandíbula cuadrada. Vestía un traje gris y una corbata del mismo tono, y en conjunto parecía un hombre de negocios al que Clara Sue hubiera recogido en la calle para que la acompañase.

Finalmente, cuando Clara Sue dio con nosotros, se detuvieron. Bronson había reservado dos asientos a su lado, lo cual mantenía a Clara Sue alejada de Jimmy y de mí. Al ir a ocupar su asiento molestó a todo el mundo, y tropezó con un hombre mayor al que los ojos se le salieron de las órbitas cuando vio los pechos de Clara Sue sobre su rostro. Avergonzado, lo único que pudo hacer fue esperar a que el «amigo» la ayudara a levantarse y la condujera hacia delante con las manos sobre las caderas. Clara Sue se dejó caer sobre el asiento al lado de Bronson, riendo. Todos nos miraban furiosos. La conmoción había llegado hasta el senador, quien hizo una pausa en su discurso. Afortunadamente continuó enseguida, con lo cual dejamos de ser el centro de atención.

Si mi madre hubiera podido esconderse bajo el asiento lo habría hecho. Se había hundido en la silla todo lo posible y miraba fijamente hacia delante como si lo que estaba ocurriendo no tuviera nada que ver con ella.

—Siento que nos hayamos retrasado —le dijo Clara Sue a Bronson con una risita lo suficientemente alta como para que los ocupantes de las cinco filas contiguas la oyeran—, pero perdí las invitaciones y me olvidé de la hora.

—Shhh —protestó alguien.

—Tengo que presentaros a Charlie —dijo Clara Sue, sin inmutarse.

—Después del discurso —le aconsejó Bronson, al tiempo que se llevaba el dedo índice a la boca.

Clara Sue puso mala cara, y entonces me vio. Puso sobre mí sus ojos fríos y llenos de odio, y a continuación se cruzó de brazos bajo el escasamente cubierto pecho y se enfurruñó como una niña pequeña.

Cuando el discurso hubo terminado se procedió a la entrega de diplomas. Clara Sue, a quien nada de aquello le interesaba, hizo un nuevo intento de presentar a su «amigo». Advertí que Bronson pensó que sería mejor acabar con el asunto.

—Éste es Charlie Goodwin —dijo Clara Sue—. Es propietario de una bolera en

Tampa. Mi padrastro y mi madre —dijo Clara Sue, señalando a Bronson y a mamá.

Bronson le dio la mano, pero mi madre permaneció imperturbable y le dirigió una fugaz sonrisa. Obviamente, Clara Sue no hizo ningún esfuerzo por presentarnos a Jimmy y a mí. Quien lo hizo fue Bronson, pero sólo después de que los graduados abandonaran el estrado. Cuando nos presentaron, Charlie Goodwin me miró de arriba abajo como si tuviera el poder de desvestirme con la mirada. No me gustaba nada el modo en que sonreía.

—Encantado —dijo. Su mano, delgada y huesuda, pareció resbalar sobre la mía. No pude esperar a que apartara los dedos. A Jimmy le dedicó una mirada pasajera y volvió a posar sus ojos en mí. De inmediato, Clara Sue lo abrazó y le susurró algo al oído. Él abrió los ojos como platos y se echó a reír. Pude comprobar que le encantaba todo lo que Clara Sue hacía y que le excitaban las atenciones que tan voluptuosa joven le concedía.

Justo antes de que llegara Philip mamá llevó a Clara Sue aparte. No pude evitar oír la conversación.

—¿No te das cuenta de lo que me estás haciendo? ¿Cómo se te ocurre venir vestida de este modo y armar tanto escándalo? —exclamó—. Y acompañada de... de ese hombre.

—¡Oh!, por favor, mamá —respondió Clara Sue—. No empieces. Soy muy feliz con Charlie.

—¿Feliz? ¿Cómo puedes ser feliz con un hombre que te dobla la edad?

—No me dobla la edad, y me gusta su pelo canoso —dijo Clara Sue—. Hace que parezca más distinguido.

—¡Distinguido! Ese hombre no tiene nada de distinguido —le espetó mi madre.

—Aquí viene Philip. Tengo que presentárselo —dijo Clara Sue, y se alejó corriendo antes de que mamá pudiera añadir una palabra. Pensé que mi madre desfallecería de vergüenza, y tuvimos que abandonar la ceremonia de graduación tras felicitar a Philip y Betty Ann.

En el camino de regreso a casa mamá se lamentó y lloró ante lo bochornoso del comportamiento de Clara Sue.

—¿Te imaginas lo que deben de pensar de nosotros los Monroe? ¿Y lo que dirán sus amistades? Pobre Philip. Me dio tanta pena, especialmente cuando Clara Sue le presentó a ese hombre delante de todos sus amigos. ¿Qué pretende de un hombre así? ¿Alguien puede decírmelo?

Como Bronson y yo permanecimos en silencio, se volvió hacia Jimmy.

—¿Qué piensas tú, James? —le preguntó—. Tú estuviste en el Ejército; deberías saber de estas cosas.

Ninguno de nosotros entendía qué podía tener que ver el hecho de que mi esposo hubiera estado en el Ejército, pero Jimmy tenía una respuesta preparada.

—Sólo lo hace por llevar la contraria —dijo. Mamá asintió. A continuación Jimmy se inclinó hacia mí, y en un susurro añadió—: Y no será la última vez que lo haga.

Philip insistió en regresar al hotel y ponerse a trabajar, aunque sólo faltara una semana para su boda. Jimmy opinaba que tendría demasiadas cosas en la cabeza como para prestar atención a lo que hacía, pero Philip replicó que a menos que se mantuviese ocupado, se volvería loco. Faltaban dos semanas para que nos mudáramos a nuestra nueva casa y Philip se pasaba la mayor parte del tiempo en la obra comprobando los detalles finales con Jimmy.

—Creo que la expectación de casarse está enloqueciendo a Philip —me dijo Jimmy una noche mientras nos preparábamos para ir a dormir.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—No me importa que me siga por toda la casa ni que esté encima de mí cada vez que compruebo algo, pero las preguntas... —Jimmy sacudió la cabeza.

—¿Qué, por ejemplo? —quise saber.

—Dónde pondremos la cama —respondió Jimmy—. En qué lado de la cama duermes tú. Cuál es tu armario y cuál es el mío. ¿Por qué iban a importarle cosas así? Hoy se sentó delante del tocador y se miró en el espejo durante todo el tiempo que estuve en nuestra *suite*. Me fui, y cuando regresé pensé que se había marchado, pero lo encontré en el cuarto de baño principal, de pie junto a la bañera, mirándola fijamente. Estaba medio ido, porque tuve que llamarlo tres veces para conseguir que me prestara atención.

»He oído hablar de hombres que se comportan de forma extraña cuando están enamorados, pero... ¿Qué ocurre, Dawn? —preguntó de pronto—. Has puesto una cara extrañísima. —Se echó a reír—. De hecho, es como si hubieses visto un fantasma. ¿Te pasa algo?

—No —contesté al instante con una sonrisa. Rápidamente inventé una respuesta—. Estaba recordando cómo me sentía el día que viniste a Nueva York a visitarme. Tenía la piel de gallina, y además llegaste tarde...

—Lo recuerdo —dijo—. Estaba muy nervioso, pero en cuanto te vi dejé de preocuparme. Supe que debíamos estar juntos; tenía que ocurrir.

—¿Crees que Philip y Betty Ann comparten ese tipo de amor? —preguntó Jimmy. Me di la vuelta.

—No lo sé. Ella parece quererlo mucho.

—Bueno, me hace feliz que las cosas hayan acabado de este modo; quiero decir que tú fueras su hermana y no la mía. No sé si hubiera llegado a encontrar otra persona —dijo.

—¡Oh!, Jimmy. —Estaba en la cama medio desvestida.

—Oye... estás llorando. ¿Por qué lloras? —preguntó Jimmy. Y se sentó a mi lado y me pasó un brazo por mis hombros.

—Soy feliz de que estés conmigo —dije—. De verdad que lo soy.

Me sonrió y me besó.

Aquella noche intentamos una vez más engendrar nuestro bebé. Mientras hacíamos el amor lo deseé con toda mi alma, pero cuando terminamos, después de besarnos y darnos la vuelta para dormir, tenía una sensación de vacío en mi interior, como si nuestro momento mágico aún no hubiese llegado. Empecé a preguntarme si llegaría alguna vez. Ese pensamiento me asustaba. ¿Qué pasaría si el único hijo que iba a tener en la vida era el que había concebido con Michael? A Jimmy se le rompería el corazón. Ansiaba una familia y constantemente preguntaba si el detective del señor Updike había hecho algún progreso en la búsqueda de Fern. No podía decirle que habíamos dejado de buscar porque más de una vez habíamos llegado a un punto muerto. No tenía el coraje de informarle que los datos eran totalmente inaccesibles para nosotros; se trataba de la ley, y el señor Updike me había advertido que continuar con ello rozaba la ilegalidad.

Mi mente era un torbellino; no podía conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos y lo intentaba, veía a Philip de pie en mi nuevo dormitorio mirando con expresión de lujuria mi tocador y bañera. En mi imaginación me veía a mí misma en la bañera, tomando un baño. Levantaba la cabeza, y ahí estaba Philip, sonriéndome. Intentaba que se marchara, pero él daba un paso más hacia delante y se ofrecía a lavarme la espalda. Sin poder evitarlo, me imaginé que me pasaba la esponja por los hombros y que luego descendía lentamente hasta mis pechos.

Gemí, asustada de mis propios pensamientos. Pero no era mi culpa, me dije, sino de Philip. De alguna manera furtiva y maliciosa, se deslizaba con la misma astucia de un zorro en un gallinero por entre las sombras y entraba en mi mundo, al principio sutilmente, para caer después sobre mí y mis pensamientos.

No pude evitar revivir su ataque sexual en la ducha. Me había sentido frustrada, atrapada; no había podido gritar por temor a llamar la atención. Traté de defenderme, pero me resultó imposible.

Y ahora me volvía a sentir amordazada. Tenía miedo de contárselo a Jimmy, pues no sabía cómo reaccionaría. En mi corazón intuía que sospechaba algo, pero que aún no había encontrado el modo de expresarlo en palabras. Pero algún día lo haría, y cuando ese día llegase... Gemí imaginándome la crisis.

—¿Dawn? —preguntó Jimmy—. ¿Estás bien?

—¿Qué? ¡Ah!, sí. He tenido una pesadilla —dije.

—¿Qué pasaba?

—No quiero hablar de ello. Estoy bien. De verdad —insistí.

Me besó para tranquilizarme, y entonces sí que me dormí, con la esperanza de

que pudiese librarme de mis temores.

Pero una tarde de esa misma semana Philip entró en mi despacho y se sentó. Cuando le pregunté qué quería, respondió que nada en particular; sólo mirarme mientras trabajaba. Me apoyé en el respaldo de la silla, incapaz de ocultar mi irritación.

—No puedo concentrarme cuando me observan —dije—. De verdad, Philip, si no tienes nada que hacer ¿por qué no vas a visitar a mamá? Está muy nerviosa estos días y le iría bien tu compañía.

A mi madre le aterrizzaba la idea de asistir a la boda de Philip ahora que sabía que Clara Sue y Charlie también irían. Estaba segura de que Clara Sue volvería a comportarse de un modo bochornoso, igual que lo había hecho en la graduación de Philip, mancillando el buen nombre de la familia. Pero a pesar de su reticencia, no podía evitar sentirse intrigada por el acontecimiento. Se esmeró en encontrar el traje más caro y llamativo. Hizo que su peluquera personal experimentara con media docena de peinados hasta que encontró el deseado. Durante toda la semana anterior a la boda, se sometió a tratamientos faciales a diario. Hizo un régimen estricto porque pensaba que su cintura se estaba ensanchando y que tenía los brazos regordetes. Un día se puso histérica porque creía haber visto el principio de una papada. Vino al hotel para que yo confirmara que no era cierto.

—¿Hablas en broma? —exclamó Philip, y se echó a reír—. Mamá no haría más que quejarse y darme recomendaciones acerca de mi boda. Nos volveríamos locos el uno al otro. No, gracias.

—Pues yo no puedo trabajar si te quedas sentado delante de mí, Philip —insistí. Él asintió y se puso de pie.

—Tu casa está cada vez más preciosa —dijo, con poco entusiasmo.

—Gracias.

—Estoy un poco triste. Ahora que Clara Sue se ha marchado y mamá se ha vuelto a casar y tú te trasladas, no quedará nadie en el ala de la familia excepto yo —se quejó.

—Tú y Betty Ann —le recordé—. Estoy segura de que tendréis hijos. Deberías alegrarte de poder gozar de tanta intimidad.

—Sí —contestó, mirando el suelo. A continuación levantó la vista y sonrió, pero era una sonrisa extraña y oscura.

—No me lo has preguntado, de modo que supongo que no sabes dónde vamos a pasar la luna de miel, ¿verdad? —preguntó.

—No. —Me apoyé en el respaldo de la silla; sentí que se me ponía la piel de gallina—. ¿Dónde iréis?

—Al mismo lugar al que fuisteis tú y Jimmy: Provincetown, en Cape Cod —contestó—. Jimmy me pasó la información. Me sorprende que no te lo haya dicho.

¿O lo hizo?

—No —respondí, negando con la cabeza. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Jimmy no me lo había dicho porque sabía que me molestaría—. ¿Nunca has estado en Cape Cod?

—Claro que sí, y Betty Ann también, docenas de veces. De hecho —añadió— sus padres tienen una casa en Hyannis Port.

—Entonces, ¿por qué vais allá? ¿Por qué no elegís algún lugar que no conozcáis para poder ver cosas nuevas? —pregunté, pero temía la respuesta.

—Cuando estás de luna de miel —dijo, los ojos chispeantes— no te importa el paisaje, ¿verdad? No me digas que tú y Jimmy hicisteis mucho turismo —dijo, con una sonrisa maliciosa.

—No tuvimos tiempo de hacer gran cosa. Randolph murió a los pocos días —le recordé.

—Ya, ya —dijo, imperturbable. Mantenía la mirada fija en mí; en su rostro había una sonrisa torcida—. ¿Qué tal es Jimmy como amante? —preguntó.

—No me interesa hablar de eso contigo, Philip —repliqué. Mi tono de voz se hizo frío y cortante como una navaja, pero él sonrió aún más.

—Apuesto a que fue difícil para vosotros. Imagino que pensaríais continuamente que erais hermanos. ¿Cómo lo habéis superado? ¿O no lo habéis superado? —preguntó ladeando ligeramente la cabeza y entrecerrando los ojos.

—Te repito que no me interesa hablar de eso contigo, Philip —dije a viva voz.

Me miró fijamente durante un momento y asintió.

—De acuerdo —dijo—. Lo siento. Supongo que estoy nervioso. Quizá siga tu consejo y vaya a ver a mamá. Necesito divertirme. Siento haberte molestado. —Se dirigió a la puerta. Cuando la hubo abierto se detuvo—. Hablaba en serio cuando dije que me sentiría solo en el ala de la familia. Te echaré de menos, echaré de menos oír tus pasos en la *suite* contigua a la mía. —Arqueó una ceja—. Se puede oír casi todo, ¿sabes?

Me ruboricé.

—No es que intente escuchar. No pongo la oreja contra la pared ni nada de eso. Sólo es que al cabo de un tiempo uno se acostumbra a ciertos sonidos. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Quizás algún día Betty Ann y yo estemos en nuestra propia casa, no lejos de la vuestra. Entonces el único habitante del ala de la familia será el fantasma de la abuela Cutler —añadió riendo.

Lo miré a los ojos y en mi garganta sentí un grito que pugnaba por salir. Philip sacudió la cabeza y se marchó, cerrando la puerta suavemente a sus espaldas. El silencio que se hizo a mi alrededor me produjo un escalofrío de terror. Me abracé y me recosté en la silla. Era como si el frío saliera de mi interior, como si un trozo de hielo fuera creciendo en mi estómago. Finalmente tuve que levantarme y salir a la

calidez del sol. Di la vuelta al hotel y encontré a Jimmy hablando con uno de los empleados de mantenimiento que estaba a punto de limpiar las ventanas.

—Hola —dijo, cuando advirtió mi presencia. Al ver la expresión de mi cara se puso serio—. ¿Ocurre algo?

—¡Oh!, Jimmy —dije—. Quiero que nos traslademos a la casa nueva cuanto antes, mañana, si puede ser.

—¿Mañana? —Se echó a reír.

—Sí, mañana —insistí.

—Pero si la fontanería no está del todo acabada, y ni siquiera tenemos conectado el teléfono, y...

—Entonces ¿cuándo podremos trasladarnos? —quise saber.

—Todo marcha según lo previsto, pero supongo que podría acelerar algunas cosas de modo de instalarnos cómodamente dentro de, digamos, una semana. ¿Por qué tanta prisa? —preguntó.

—Nada. Tenías razón en lo de vivir en el hotel —dije—. Necesito tener mi propia casa.

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer para ir más de prisa. Mientras tanto, quizá deberías empezar a pensar en preparar las cosas para el traslado; encárgate de eso.

—Lo haré. Iré a ver a la señora Boston y a Sissy ahora mismo. Gracias —dije, y lo besé en la mejilla—. No es mi intención ser una carga.

—No eres una carga, nunca lo serás. A veces eres un poco latosa, pero una carga...

—De acuerdo, James Gary Longchamp —le recriminé en broma. Él se echó a reír, y en aquel momento sentí que el frío y el temor desaparecían de mi cuerpo. Era estupendo tener a Jimmy. Él era mi fuerza, el arco iris al final de todas las tormentas, los rayos de sol que traspasaban todas las nubes.

Regresé al hotel para retomar mi trabajo y enterrar todas mis preocupaciones en el fondo del baúl de los recuerdos, que era donde debían estar.

Pero los malos pensamientos y los problemas encontraban el modo de llegar hasta mi puerta. Dos días antes de la boda de Philip recibí la inesperada visita de Clara Sue y Charlie Goodwin. Estaba en mi despacho leyendo el informe económico y las recomendaciones semanales del señor Dorfman cuando mi puerta se abrió de golpe y apareció Clara Sue como la reina de las pesadillas, vistiendo el mismo ajustado vestido de seda violeta que llevaba la última vez que habíamos estado a solas. Durante el resto de mi vida nunca olvidaría los detalles de aquel día terrible en el que Clara Sue me había robado mi posesión más preciosa: mi bebé. El horror me perseguiría hasta el día de mi muerte.

Clara Sue permanecía ante mí con las manos en las caderas, de modo que al

principio no vi a Charlie Goodwin, que estaba detrás de ella, pero cuando dio un paso al frente apareció él, sombrero en mano, con aquella sonrisa maliciosa dibujando una línea torcida desde las comisuras de la boca hasta los extremos de sus enjutas mejillas.

—Vaya, vaya. Mira cómo has cambiado el despacho de la abuela Cutler — exclamó Clara Sue—. Apuesto a que ha costado un dineral y ¿para qué? Sólo para que tú seas feliz, supongo.

—Es mi despacho ahora, Clara Sue —dije, devolviéndole la mirada—. ¿Qué es lo que quieres? Date prisa. Tengo trabajo.

—Yo y Charlie queremos hablar contigo, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia él.

—Sí, sí —respondió Charlie sin dejar de sonreír.

—Charlie es un hombre de negocios —se jactó Clara Sue—. Conoce bien todo esto —añadió al tiempo que señalaba las paredes del despacho como si estuvieran cubiertas de cinta perforada de Wall Street.

—¿Hablarme de qué, Clara Sue?

—Del hotel, ¿qué pensabas? —Se dejó caer sobre uno de los sillones de cuero rojo y cruzó las piernas—. Siéntate, Charlie —le ordenó. Charlie se acomodó en el otro sillón.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Clara Sue con tono perentorio.

—Bien —respondí—. Si tienes algo que...

—¿Sabes? —dijo rápidamente inclinándose hacia mí—, yo era a quien la abuela Cutler más quería. Su intención era que fuese la verdadera dueña de este hotel.

Me apoyé en el respaldo de mi asiento y sonreí.

—Me parece que no, Clara Sue. Me oirás decir muchas cosas de la abuela Cutler, pero nunca que era tonta. —Mi comentario tuvo el mismo efecto que una bofetada, y disfruté de la mirada de susto que puso. Retrocedió en el sillón, la sonrisa desapareció de sus labios.

—Eso lo dices tú, pero yo tuve muchas conversaciones con ella antes de que tú aparecieras para arruinarlos la vida —insistió.

—No quiero volver a repetir lo mismo, Clara Sue. Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Ahora te pido que te marches. Estoy ocupada.

—No voy a marcharme tan deprisa. Todavía tenemos algunos asuntos pendientes. Y ya te lo he dicho, Dawn —sus ojos resplandecían con malicia—, especialmente la última vez que hablamos, no intentes darme órdenes. —Una horrible sonrisa se dibujó en sus labios—. Te acuerdas de nuestra última conversación, ¿verdad, Dawn? Seguro que no te has olvidado de los detalles. —Se echó a reír cruelmente—. Yo estaba en tu dormitorio, y llevaba exactamente el mismo vestido.

La interrumpí antes de que pudiera continuar.

—¡Nunca, nunca me hables de ese día, asesina! —Perdí el control a medida que

la ira que sentía hacia Clara Sue por lo que me había hecho se apoderaba de mí—. Mientras viva jamás olvidaré ese día y lo que me hiciste. La única razón por la que tolero tu presencia aquí es que sé que todo fue un trágico accidente. Tú no sabías que estaba embarazada, sin embargo lo que ocurrió aquel día podría haberse evitado si pusieses fin al odio que sientes por mí. Yo nunca he intentado hacerte daño, Clara Sue.

—Los accidentes ocurren —se mofó—. Se me rompió el corazón cuando me enteré. Pensar que perdí la oportunidad de ser tía otra vez. Por cierto ¿cómo está la malcriada de tu hija? ¿Echa de menos a su tía Clara Sue? Me encantaría verla. Tengo algunas historias que me gustaría contarle. Una es acerca de una princesa llamada Dawn y un enorme lobo malo llamado Michael. —Clara Sue lanzó una carcajada llena de maldad.

—¡Fuera de aquí! —chillé, escandalizada ante sus amenazas de contarle a Christie la verdad sobre sus padres antes de que tuviese edad de entenderlo—. Márchate de aquí antes de que te eche. Ni siquiera puedo entender cómo somos parientes.

—No me voy a marchar —dijo Clara Sue en un gélido susurro—. No hasta que no escuches lo que Charlie tiene que decirte, ¿de acuerdo, Charlie? —Se volvió secamente hacia él. Aquel hombre parecía una marioneta. Se enderezó rápidamente y asintió.

—Tiene razón, señora Longchamp —dijo.

—Llámala Dawn, o mejor, Eugenia —dijo Clara Sue, sonriendo con malicia—. Así es como quería la abuela Cutler que se llamara.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, señor Goodwin? —pregunté. Ahora era yo quien se ponía exigente.

—Bueno, Clara Sue me ha estado hablando de la situación del hotel, los testamentos y todo eso. Bien, para ser más claros, señora Longchamp, me parece a mí que no ha recibido lo que en justicia le correspondía. Estoy familiarizado con testamentos y herencias y...

—Clara Sue sabe muy bien que contamos con los servicios de un abogado, el señor Updike, y si tiene alguna queja legal que hacer, debe dirigirse a él —dije secamente.

—El siempre va a hacer lo que tú quieres que haga —dijo Clara Sue—. Has conseguido engañarlo de la misma forma que has engañado a los demás.

—No se me ocurriría hacer nada distinto de lo que me recomienda mi abogado, señor Goodwin —dije, ignorando a Clara Sue por completo—. De modo que si quiere presentar alguna queja en nombre de ella, él es con quien debe hablar. Será un placer darle su número de teléfono dije, y abrí un cajón del escritorio para sacar una de las tarjetas del señor Updike.

—No queremos su número de teléfono —dijo Clara Sue—. Díselo, Charlie.

—¿Decirme qué, señor Goodwin?

—Verá, he discutido la situación de Clara Sue con mi propio abogado, y él considera que existen causas suficientes para impugnar los testamentos, especialmente aquel en que el abuelo le deja una mayoría a usted. No pretendo ser irrespetuoso, pero los hechos son los hechos, y la realidad es que usted es una hija nacida fuera del matrimonio, mientras que Clara Sue es una hija legítima. Nos parece que ella debería recibir un trozo mayor del pastel —concluyó.

—¿Eso piensa? —pregunté.

—Sí, así es —respondió Clara Sue, y me dirigió una mirada arrogante.

La miré a ella y después a Charlie Goodwin, y de pronto me di cuenta del motivo por el cual ese hombre se interesaba por Clara Sue. Seguro que ella le había contado su situación familiar, y él pensó que había encontrado una mina de oro. Charlie Goodwin creía estar cerca del dinero y era como si lo saborease. Se pasó la punta de la lengua por los labios a la espera de que yo cediera a Clara Sue un porcentaje lucrativo del «Cutler's Cove».

—Me temo que no es así, Clara Sue —dije. Me levanté de la silla, dispuesta a divulgar mi pequeña sorpresa.

Mientras daba la vuelta al escritorio no pude evitar recordar la forma en que la abuela Cutler me había despreciado cuando nos conocimos. Erguida como una reina, comenzó a impartir órdenes con un torrente de autoridad y poder que hizo que mis rodillas empezasen a temblar. A pesar de su cuerpo frágil, tenía una tremenda aura de autoridad y todo el aspecto de ser capaz de limpiar el cielo de nubes u ordenar una tormenta. Lucía su confianza como una vara de acero en la espalda y su voz estaba cargada de fuerza y superioridad. Intentar que cambiase parecía inútil, incluso peligroso.

—¿Que no es así? —exclamó Clara Sue.

Me recliné sobre el escritorio y crucé los brazos cómodamente.

—Que yo sea ilegítima y tú legítima.

Clara Sue se echó a reír.

—No hablo en broma —dije. Dejé de reír—. Durante años me has llamado bastarda, y durante todo ese tiempo tú has sido exactamente lo mismo.

—¿A qué demonios te refieres? —exigió saber. Se irguió en la silla, dispuesta a enfrentarse a mí—. ¿A qué demonios te refieres? —chilló a medida que empezaba a comprender el significado de mis palabras.

—Lo que estoy diciendo, hermana querida, es que el hombre al que tú considerabas tu padre, no lo era —dije, disfrutando de la expresión de asombro de su rostro—. De hecho no llevas sangre Cutler en absoluto. —Me volví hacia Charlie, cuya cara parecía haberse hundido. Sólo sus ojos permanecían abiertos, saltones.

—¿Que no tengo sangre Cutler? ¡Eso es ridículo! —chilló Clara Sue, y dirigió una rápida mirada a Charlie—. No te creas ni una palabra de lo que dice. Son mentiras.

—No tienes por qué creer lo que digo; no tienes por qué escucharme. Lo único que tienes que hacer es hablar con mamá y preguntarle quién es tu verdadero padre. Aún mejor —dije con ironía mientras me apartaba del escritorio— pregúntaselo a Bronson Alcott.

Clara Sue me miró fijamente; a medida que aquella posibilidad iba tomando cuerpo la confianza desaparecía de su rostro. Charlie se revolvió en su sillón. Volví a tornar aliento.

—Bronson —continué— te contará la verdad.

—Estás mintiendo. ¡Eres una sucia mentirosa! —espetó Clara Sue.

—Sólo tienes una forma de enterarte. Como ya te he dicho ve...

—¡Vete al infierno! —exclamó Clara Sue—. Nada de todo esto es verdad.

—Un momento, Clara Sue —dijo Charlie—. Tranquila. Cálmate.

—¿Tranquila? ¿Que me calme? Se está inventando todo esto para impedir que obtenga lo que en justicia me pertenece.

—¿No sabías que mamá y Bronson fueron amantes antes de que ella se casara con Randolph? —le pregunté. Por la forma en que le resplandeció la mirada advertí que algún rumor había oído.

—Eso no significa nada —contestó.

—No. En sí mismo no significa nada. Pero tras mi nacimiento y consiguiente desaparición mamá fue a ver a Bronson, y su amor volvió a renacer. Como resultado de todo ello, naciste tú. Hasta ahora la verdad no tenía importancia, pero si tú y Charlie pensáis seguir adelante con esta *vendetta* legal, supongo que será mejor que lo sepas todo.

—Putas —dijo Clara Sue, y se puso de pie—. Eres una puta amargada. Eres exactamente igual que ella. Igual de odiosa y... cruel. Vamos, Charlie. Iremos a contarle a mamá lo que ha dicho. Ya verás que miente. ¡Vamos! —chilló al ver que Charlie aún no se había puesto de pie. Apenas lo hubo hecho, Clara Sue lo cogió de la mano y lo arrastró hasta la puerta.

—No has acabado conmigo y yo no he acabado contigo —dijo con tono de amenaza.

La miré fríamente.

—Creo que en eso te equivocas, Clara Sue. Creo que sí hemos acabado —dije tranquilamente. Mi autocontrol pareció abrumarla. Se dio la vuelta y salió del despacho con Charlie, dando un portazo.

Me recosté en el sillón, el corazón me latía con fuerza. Me sentía bien; no podía negarlo. Destrozar de aquella manera a Clara Sue había resultado agradable. Las

cosas habían cambiado. Ahora le tocaba a ella descubrir que su vida había sido una mentira. Resultaba triste pensar que le molestaría mucho más saber que no podía sacarme más dinero que haber descubierto que su identidad familiar había sido alterada. Claro, eso seguramente pondría fin a su romance con Charlie Goodwin quien, una vez viera confirmado que Clara Sue no era la mina de oro que esperaba, la dejaría como si de una patata caliente se tratase. La tristeza y las dificultades, la desilusión y el dolor serían los nuevos pilares de su mundo, pensé.

Unas horas más tarde me llamó mamá. Esperaba que lo hiciera.

—Clara Sue y su amigo acaban de marcharse —dijo—. ¿Cómo has podido decírselo? —preguntó.

Le expliqué que habían venido a presionarme para que les diera dinero, y la autocompasión de mamá llegó bruscamente a su fin.

—Lo sabía —dijo—. En cuanto vi a ese hombre supe exactamente el tipo de persona que era. De todas formas, era difícil decírselo. Me tenía en un pedestal —gimió mamá—. Supongo que ya no me estima como antes.

—Nunca te respetó ni te estimó, mamá. No te engañes. Y en lo referente a querer a Randolph, creo que sólo se quiere a sí misma.

—Quizás —admitió mamá. Suspiró y a continuación pasó a explicar la escena que montó Clara Sue. Disfruté con aquello—. Por fin Bronson le dio dinero —concluyó.

—No será la última vez que venga por dinero —dije, asqueada por la actuación de Clara Sue.

—Ya lo sé, pero nos sentíamos... culpables. La llevé aparte y le dije con toda claridad que si persistía en vivir con un hombre que tenía el doble de su edad, no recibirá más dinero.

—No tienes por qué preocuparte, mamá. Para Charlie Goodwin ella ya es una causa perdida —dije.

—Seguramente tienes razón. En lo que se refiere a estos asuntos eres mucho más sabia de lo que yo lo he sido nunca —dijo—. Bien, algo bueno ha salido de todo esto, supongo.

—¿Qué? —pregunté.

—Dice que ya que Philip no es del todo su hermano y que Randolph no era verdaderamente su padre, ella y Charlie no vendrán a la boda. Por lo menos no estará allí para avergonzarme.

No pude evitar reírme de la forma en que mamá siempre conseguía encontrar su arco iris.

El día de la boda volamos todos a Washington D.C. La ceremonia se celebró en una iglesia muy bella, y la recepción tuvo lugar en el salón de baile de, uno de los hoteles más lujosos que jamás había visto. Nosotros habíamos invitado a casi

trescientas personas, y los Monroe a unas quinientas. Fue una fiesta impresionante.

Pero lo más sorprendente para muchos, yo incluida, fue la propia Betty Ann. Me quedé atónita al verla recorrer el pasillo de la iglesia. Se había teñido de rubio.

—Lo hice por Philip —me dijo cuando tuvimos oportunidad de estar a solas durante el banquete—. Hacía semanas que me lo pedía, y pensé que le daría una sorpresa. ¿Me queda bien? —preguntó.

A mí me parecía que no, especialmente porque sus cejas eran morenas, pero podía entender lo importante que era para ella complacer a Philip.

—Sí; sólo que es una gran sorpresa —dije—. Tendré que acostumbrarme.

—Philip ya lo ha hecho. Deberías ver qué expresión de alegría puso cuando me vio. Nunca había visto una mirada tan resplandeciente y una sonrisa tan profunda. Vamos a ser muy felices juntos ¿no te parece? —preguntó, con la esperanza de que le respondiera que sí.

—Estoy segura de que lo seréis —contesté.

Mamá estaba demasiado deslumbrada como para darle importancia al hecho de que Betty Ann se hubiera teñido el pelo. Todo la aturdía: la riqueza del salón de baile, el número de invitados, el ejército de camareros, y la abundancia de comida y champaña. Sólo el cóctel superaba a la mayor parte de banquetes nupciales a los que había asistido. Los chefs cortaban rodajas de rosbif y servían gambas gigantes. Había bandejas y bandejas de *hors d'oeuvres* y dos orquestas.

La cena estaba compuesta por siete platos y duró hasta bien entrada la medianoche. Se sucedían los brindis solicitados por senadores y congresistas. Incluso había asistido un gobernador. Claro que nosotros nos ocupábamos de nuestros convidados, pero Stuart Monroe se tomó la molestia de presentarnos a muchos de sus invitados importantes.

Philip estaba muy ocupado con sus amigos de la Universidad y con todos los invitados que le presentaban los Monroe, pero antes de que finalizara la velada consiguió sacarme a bailar.

—¿Verdad que está guapa Betty Ann?

—¿Por qué le pediste que se tiñera el pelo, Philip?

—¿No lo sabes? —respondió, y el corazón me empezó a latir con fuerza. Claro que lo sabía, pensé—. Si no puedo tenerte a ti —susurró— al menos te puedo imaginar.

No me había dado cuenta de lo serio que era el asunto hasta que regresamos al «Cutler's Cove» y me encontré a la señora Boston en el pasillo, delante de mi *suite*.

—¿Fue todo bien? —preguntó.

—Ha sido una boda impresionante, señora Boston. Mamá todavía está en las nubes —añadí, sonriendo.

—El señor Philip estaba nerviosísimo —dijo la señora Boston—. Casi se puso

histórico cuando usted no apareció para darle lo que le había prometido. Habíamos empacutado muchas de sus cosas en aquellas cajas para el traslado.

—¿Lo que le había prometido? —pregunté, extrañada.

—Sí. Le ayudé a encontrar lo que quería. Revisamos las cajas hasta que dimos con ello.

—¿Encontrar qué, señora Boston?

—Pues... uno de sus camisones, y su perfume.

La miré fijamente.

—¿No quería dárselo? —preguntó—. Dijo que lo necesitaba para su luna de miel.

—La señora Boston percibió la sorpresa en mi rostro—. ¿He hecho algo mal?

—Oh, no —dije, tranquilizándola—. No tiene nada que ver con usted, señora Boston. No le dé importancia.

Ella sonrió.

—Bueno, entonces, buenas noches —dijo.

Entré lentamente en la *suite*.

Philip estaba disfrutando de su luna de miel. Había reservado habitación en el mismo hotel en el que habíamos estado Jimmy y yo en Cape Cod; había conseguido que Betty Ann se tiñera el pelo del mismo color que el mío y ahora le iba a pedir que se pusiera mi camisón y que utilizara el mismo perfume que yo. Cuando la sostuviera entre sus brazos y cerrara los ojos me vería y sentiría a mí.

Me sentí sucia e infiel sólo de pensarlo. Era como si Philip me estuviera violando otra vez, aunque ahora sólo fuera con el pensamiento.

DÍAS DE FELICIDAD, DÍAS DE TRISTEZA

Dos días más tarde nos trasladamos a nuestra nueva casa. Christie estuvo adorable, e insistió en que le permitiésemos llevar su pequeña maleta. En ella guardaba su cepillo para el pelo, dos muñecas de trapo, un par de calcetines azules de algodón, uno de sus vestidos de verano y un libro de versos infantiles. Había decidido por sí misma qué cosas meter. Me recordaba a mí de pequeña, cuando llenaba mi maleta con todas mis pertenencias. Lo hice desde que tuve la edad de Christie hasta el día en que me llevaron al hotel. Aquella maleta todavía estaba en algún lugar del ático del hotel junto con otras cosas viejas.

—Estoy lista —anunció en cuanto hubo cerrado la maleta. Jimmy la cogió en brazos y se la llevó con él para supervisar el traslado. En el hotel también había mucho que hacer, de modo que permanecí en mi despacho toda la mañana. La señora Boston me sorprendió al venir a preguntarme si podía ser nuestra ama de llaves. Sissy y su novio habían ahorrado suficiente dinero para fijar la fecha de su boda, así es que la señora Boston sabía que Sissy no estaría con nosotros mucho más tiempo.

Me halagó su propuesta de trabajar para Jimmy y para mí en vez de quedarse en el hotel, cuidando el ala de la familia, que ahora ocuparía Philip. Hacía muchos años que estaba con nosotros. Le di las gracias y le dije que preparara sus cosas y se trasladara de inmediato a la zona de servicio de la nueva casa. Por la forma en que se le iluminó el rostro imaginé que quizá sintiese lo mismo que yo: que se estaba librando de los viejos fantasmas y los tristes recuerdos que parecían resurgir en cuanto finalizábamos el trabajo del día y nos retirábamos a nuestras habitaciones.

—Paredes nuevas es lo que necesito —dijo la señora Boston—. Estoy cansada de las mismas sombras siempre a mi alrededor.

Paredes nuevas es lo que conseguí, ya que nuestra casa era alegre, aireada y fresca. Había decidido pintar todas las habitaciones de colores claros. Gracias a los amplios ventanales que dejaban entrar el sol a raudales, los suelos de mármol, la escalinata blanca y las cortinas malvas resplandecían incluso en los días nublados. Todo el mundo hacía comentarios favorables acerca de mi decoración. Aquellos que se pasearon por los pasillos y habitaciones durante más o menos la primera semana hablaban de los «preciosos candelabros» los «colores radiantes» y la «sensación de calidez y alegría» que experimentaban al estar allí.

La primera noche que pasamos en nuestra casa, Philip me sorprendió con una llamada desde Provincetown.

—Quería hablar contigo para desearte buena suerte —dijo.

—Eres muy amable al pensar en nosotros durante tu luna de miel, Philip — respondí con el tono de voz más tranquilo que fui capaz.

—El tiempo no es tan bueno como nos gustaría —dijo cambiando de tema—. Me siento tentado de acortar la luna de miel y regresar a Cutler's Cove.

A continuación pasó a quejarse de los restaurantes y la playa. Nada estaba a la altura de lo que habían esperado. Jimmy quedó sorprendido cuando le mencioné que Philip había llamado.

—¿Por qué querría alguien acortar su luna de miel a menos que fuera estrictamente necesario? —se preguntó en voz alta—. Seguramente hablaba por hablar —dijo.

En efecto, Philip acortó su luna de miel. Regresó al hotel un día antes de lo previsto, por la noche, después de que Jimmy y yo nos hubiéramos retirado a nuestra casa. Oímos el timbre, y Jimmy fue a abrir. Eran Philip y Betty Ann. El sostenía una botella de champaña en la mano.

—Como no estábamos aquí para celebrar la mudanza, pensé que podíamos brindar ahora —dijo—, si no os parece mal.

—¡Oh, no, no! —dijo Jimmy incapaz de ocultar el tono de sorpresa en su voz—. Adelante.

Yo me fui con Betty Ann a enseñarle la casa mientras Jimmy y Philip se quedaban charlando en el salón. La señora Boston acababa de acostar a Christie, pero la pequeña aún seguía despierta.

—¿Sabes quién es, Christie? —pregunté cuando entreabrimos la puerta de su dormitorio.

—Sí, sí —dijo Christie, al tiempo que se incorporaba rápidamente. El cabello dorado le llegaba ya hasta los hombros—. Es tía Bet —dijo, y así fue como llamó a Betty Ann desde aquel día. Las dos nos echamos a reír.

—Tienes una casa preciosa —dijo Betty Ann—. Espero que seáis muy felices en ella.

—Gracias. Siento que hayáis tenido tan mal tiempo en Provincetown —dije.

—¿Mal tiempo? No del todo; disfrutamos de unos días espléndidos. El cielo era límpido y me sorprendió lo caliente que estaba el agua.

—¿Y el hotel? —pregunté, para confirmar mis sospechas.

—Magnífico. No quería marcharme, pero Philip empezó a ponerse nervioso y dijo que odiaba pasarse el día sin hacer nada. Está muy interesado en la marcha del «Cutler's Cove». Entendí que lamentaba no estar aquí ahora que hay tanto trabajo, de modo que no me quejé cuando me pidió que adelantáramos un día nuestro regreso. Creo que también tenía muchas ganas de ver tu casa acabada, y a ti y a Jimmy ya instalados —agregó.

Volvimos al salón, donde Jimmy y Philip se disponían a servir el champaña.

Cuando todos tuvimos llena nuestra copa, Philip propuso un brindis:

—Por el nuevo hogar de Jimmy y Dawn. Que sea un lugar en donde los sueños se hagan realidad. —Entrecerró los ojos, me miró fijamente y esperó hasta que la copa rozara mis labios. A continuación bebió.

—¿Sabéis? —dijo Philip luego de un rato, mirando a su alrededor y asintiendo—, vivir fuera del hotel me parece una idea excelente. Uno se siente más persona al poder disfrutar de una mayor privacidad. Incluso cuando vivía la abuela Cutler los huéspedes se acercaban al ala de la familia. Quizás algún día Jimmy pueda acompañarme a escoger un solar cerca de aquí —añadió, y volvió a fijar sus ojos en mí. Me dedicó una sonrisa divertida. Está jugando conmigo y con sus propias pasiones, pensé.

—Siento tener que decirlo, pero se está haciendo tarde —dije— y mañana llegan un montón de huéspedes. Debo estar en el hotel a primera hora.

—Entonces yo también —repitió Philip. Se levantó con rapidez y saludó—. De alguna manera —agregó, mirándome con aquellos picaros y profundos ojos azules— creo que Betty tiene razón: estamos todos a punto de iniciar una nueva vida.

—¿Qué te parece? —me preguntó Jimmy después de acompañarlos a la puerta y mientras nos dirigíamos a nuestro dormitorio—. ¿Te parecen una feliz pareja de recién casados?

—Supongo que sí —respondí.

—Deberías haber oído lo que decía de Betty Ann cuando tú te fuiste con ella a enseñarle la casa —dijo—. A punto estuve de sentir vergüenza.

—¿Qué quieres decir?

—Le pregunté por qué habían acortado la luna de miel, y me respondió que simplemente estaba agotado.

—¿Agotado? —Me detuve en la escalera. Jimmy abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—Explicó con gran lujo de detalles su vida amorosa. Me dijo lo mucho que Betty Ann deseaba sexo y pasión. No sé por qué quería contarme todos esos detalles íntimos.

—No —contesté—. Y no me parece muy bonito de su parte.

—Era como si...

—¿Qué? —pregunté rápidamente.

—Como si quisiese que yo hiciera lo mismo que él... comparar y cosas así. Charla de hombres —dijo Jimmy sacudiendo la cabeza—. No pensé nunca que Philip fuera de ese modo.

—¿Dijiste... algo?

Jimmy sonrió.

—Por lo que él sabe —comentó Jimmy— tú eres una monja y yo un monje. —

Me abrazó y me besó en el cuello.

Me eché a reír, pero mi risa era más de alivio que de diversión.

Después de que Betty Ann y Philip se trasladaran al ala familiar del hotel, las cosas se tranquilizaron. El trabajo nos mantenía ocupados. El hotel estaba disfrutando de una de las mejores temporadas de su historia reciente. La abuela Cutler nunca había llegado a poner anuncios en revistas o periódicos. Su filosofía era que el hotel tenía su propia reputación y que sólo se daría a conocer por el boca a boca. Durante mucho tiempo aquello fue suficiente, pero a medida que las generaciones de veraneantes se renovaban, consideré que era necesario llegar a ellos, de modo que hablé con el señor Dorfman acerca de la conveniencia de hacer publicidad del «Cutler's Cove» en algunas revistas de viajes y periódicos. Los resultados fueron inmediatos: obtuvimos nuevas reservas, interés por parte de nuevas agencias de viajes y un aumento de los beneficios. Por primera vez en mucho tiempo el señor Dorfman sugería la posibilidad de ampliar las instalaciones: añadir más cuartos y nuevos servicios. Le conté que a menudo recibía llamadas de diversos organismos y sociedades que buscaban hoteles para convenciones.

—Eso es algo que la señora Cutler nunca hubiera hecho —me recordó el señor Dorfman—. Creía que le restaba identidad al «Cutler's Cove».

—Lo sé —dije—. Pero los tiempos están cambiando, y quizá tengamos que cambiar nosotros también si queremos sobrevivir.

El señor Dorfman asintió y me miró con tal intensidad que tuve que preguntarle si ocurría algo.

—No, no ocurre nada —contestó—. Simplemente estaba recordando el día en que te conocí y lo mucho que has madurado desde entonces —dijo, y se ruborizó de inmediato—. ¡Oh!, lo siento, no era mi intención...

—No pasa nada —dije—. No me importa. De hecho se lo agradezco. Gracias, señor Dorfman.

Philip estaba excitado ante la posibilidad de todos estos cambios. Consideraba que era necesario arriesgarse, pero decidí que debíamos ser muy cautelosos. De todos modos le encargué algunos estudios que, con gran alegría por mi parte, lo mantuvieron muy ocupado.

Una de las cosas que me sorprendió fue lo rápidamente que Betty Ann se adaptó a la vida del hotel y lo feliz que parecía. Demostró ser una gran anfitriona, aunque en ocasiones excesivamente formal para algunos de los clientes mayores. Nunca faltó a una cena e incluso estaba en la puerta del comedor para saludar a los huéspedes a la hora del desayuno. Empezó a vestir mejor y fue al salón de belleza del hotel para que le aconsejaran sobre el peinado que debía usar. También le ayudaron con el maquillaje. Con un peinado más favorecedor y unas prendas que resaltaban los atractivos de su figura, su apariencia mejoró mucho.

Poco a poco todos caímos en nuestras propias rutinas. Mamá continuaba dando sus ahora famosas cenas y se alegraba mucho cuando los cuatro —Jimmy y yo, y Philip y Betty— podíamos asistir a ellas. El verano dio paso al otoño y al invierno sin ningún problema o incidente a destacar.

Y entonces, una tarde, a última hora, la señora Boston me llamó al despacho.

—Sólo quería asegurarme —comenzó diciendo.

—¿Asegurarse? ¿Asegurarse de qué, señora Boston?

—Que le había dado permiso a Clara Sue para llevarse a Christie a pasear en el camión —dijo.

—¿Qué camión? —pregunté, inclinándome hacia delante.

—Cielos —dijo—. Quería llamarla de inmediato, pero la señorita Clara Sue insistió en que había pasado por el hotel y usted le había dado permiso.

—¿De qué me está hablando, señora Boston? Hace tiempo que no veo a Clara Sue. ¿Qué camión? —El pánico empezó a apoderarse de mí, pero intenté reprimirlo. No llegaría a conclusiones precipitadas. No perdería el control. Todavía no.

—Estaba con un hombre, un camionero. Vinieron a la casa en uno de aquellos camiones grandes, y la señorita Clara Sue se paseó por aquí mirando la casa. Al salir, preguntó si Christie quería salir a dar un paseo en el camión de su amigo. Creo que lo llamó Skipper. Tenía los brazos completamente tatuados. Christie parecía remisa hasta que la señorita Clara Sue dijo que tenía su permiso. La cogió en brazos y se la llevó.

—Dios mío —dije casi sin poder respirar—, iré en seguida. Colgué y le pedí a uno de los botones que fuera en busca de Jimmy. Se reunió conmigo en casa donde una vez le pedí a la señora Boston que repitiese la historia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jimmy cuando llegó, y yo se lo conté.

—No puedo creerme que tuviera la osadía de hacer una cosa así. Esta vez ha ido demasiado lejos. ¿Quién demonios cree que es?

Le pidió a la señora Boston una descripción del camión.

—¿Un camión remolque? —dijo Jimmy, sorprendido—. No resultará difícil dar con él. Cuando les ponga las manos encima... —dijo en tono amenazador, y salió corriendo.

—¡Jimmy, espera! —exclamé, pero él no tenía tiempo que perder.

—Lo siento, Dawn. Pensé...

—No es culpa suya, señora Boston. Le mintió. Menos mal que dudó y me llamó en seguida —dije, no sólo para tranquilizarla sino porque de ese modo evitaba ponerme histérica yo misma.

¿Por qué iba Clara Sue a llevarse a Christie? ¿Qué razones podía tener? ¿Dónde habían ido? ¿Era ésa su forma de vengarse por haberle dicho quién era su verdadero padre?

Telefoneé a Buella Woods para ver si Clara Sue había ido por allí.

—Ni siquiera sabía que estuviera en la zona —dijo Bronson—. Ella y Laura Sue discutieron la semana pasada a causa de un nuevo novio. Laura está descansando. En cuanto despierte le contaré lo ocurrido. Llámanos apenas tengas noticias, y si se pone en contacto con nosotros te llamaré.

—Gracias, Bronson —dije.

—Lo siento. Está empezando en convertirse en un problema serio —añadió antes de colgar.

Después de aquello me senté con la señora Boston a esperar noticias. Pasó más de una hora, y seguíamos sin saber nada. La señora Boston preparó té para las dos, y permanecimos sentadas, mirando por la ventana.

—Quizá debería llamar a la Policía —dijo la señora Boston—. Y contarles... lo que ha ocurrido.

Me di cuenta de que no quería utilizar la palabra «secuestro». Yo ni siquiera quería pensar en ello, pero a medida que pasaba el tiempo y seguía sin tener noticias de Jimmy, comencé a considerarlo como una posibilidad. Christie no quería en exceso a Clara Sue. Ni siquiera le gustaba llamarla «tía». Yo sabía que la niña se sentía incómoda en su presencia, y no hacía falta tener demasiada imaginación para suponer lo asustada e infeliz que se sentiría en esos momentos. La mera idea de que estuviese atrapada en aquel camión con Clara Sue y uno de sus asquerosos novios me ponía la piel de gallina. Era como si una pequeña mano con uñas afiladas estuviera arañando el interior de mi estómago. Hice lo imposible por no explotar y ponerme a chillar.

Finalmente, veinte minutos más tarde, vimos llegar el coche de Jimmy y las dos salimos a su encuentro.

—No los he visto por ninguna parte —declaró—. Es como si se hubieran esfumado. Señora Boston, ¿está segura de la descripción que me ha dado del camión?

—Sí —respondió ella, y se echó a llorar. Tuve que abrazarla y volver a tranquilizarla.

—Jimmy —dije—, será mejor que llamemos a la Policía.

Asintió y entró en la casa para hacerlo.

—Por favor, señora Boston, no llore —le rogué—. Nadie la culpa. Vamos, entremos a sentarnos.

La Policía llegó al cabo de diez minutos, y le contamos lo ocurrido. De inmediato dieron por radio una descripción del camión a las otras patrullas. Una vez más el tiempo transcurrió lentamente. Cuando oscureció no pude evitar apartarme del grupo y llorar. Por fin, poco después de las siete y media, oímos el rugido del motor de un camión. Salimos a toda prisa y vimos un coche patrulla con su luz intermitente escoltando un camión. En cuanto éste se detuvo frente a nuestra casa, se abrió la

puerta y apareció Clara Sue, quien depositó a Christie en el suelo.

—¡Mamá! —exclamó, la pequeña, y se echó a correr hacia mis brazos. La abracé y la sostuve con fuerza, besándola en la cara y la cabeza.

Jimmy se acercó. Estaba furioso.

—¿Cómo te atreves a llevártela sin nuestro permiso? —le preguntó a Clara Sue.

—¿Por qué está todo el mundo tan excitado? —dijo ella sin inmutarse, con una sonrisa sardónica dibujada en el rostro. No se bajó del camión—. Yo y Skipper nos la llevamos a hacer un recado y después a tomar una hamburguesa. ¿Verdad, Skipper, cariño?

—Así es —contestó el hombre alto y delgado que estaba sentado a su lado.

—No tenías derecho a hacer una cosa así —exclamé, apretando a Christie contra mi cuerpo posesivamente.

Clara Sue sonrió fríamente y hundió la mano en el bolso para buscar un cepillo para el pelo. Les dedicó una sonrisa a los policías.

—Sólo quería ser una buena tía —dijo ladeando la cabeza—. Todo el mundo se queja de que no me ocupo lo suficiente de mi familia, y cuando intento hacer algo agradable me gritan. ¿Ves, Skipper, ves cómo no vale la pena ser simpática? —dijo, y empezó a cepillarse el cabello como si estuviese a punto de salir a escena.

—Bruja —chilló Jimmy.

—Oye —dijo el hombre que acompañaba a Clara Sue, inclinándose hacia nosotros—. Cuidado con lo que dices. —Agitó un puño.

—Sal de ahí si te atreves —dijo Jimmy en tono amenazante.

El novio de Clara Sue empezó a abrir la puerta, pero los dos policías se lo impidieron.

—Un momento —dijo el más alto. Luego se volvió hacia mí—. Señora Longchamp, ¿quiere formular alguna acusación contra esta gente?

—¿Acusaciones contra esta gente? —exclamó Clara Sue—. Yo soy su tía. No puede acusarnos de nada. Me llevé a mi sobrina a dar un paseo y a cenar. Se lo pasó bien, ¿verdad, cariño? —canturreó.

Christie hundió la cara en mi hombro.

—Eres tan irresponsable y odiosa —le espeté—. Aterrorizar a una niña para satisfacerte a ti misma. Eres despreciable. No haré acusación alguna —dije, deseosa de que aquel horror terminase de una vez—. Pero nunca jamás en tu vida vuelvas a poner los pies en esta casa.

—Éste es el agradecimiento que recibo por ser una buena tía —dijo Clara Sue—. Vamos, Skipper. Estas personas son unas desagradecidas. —Se echó a reír—. Que disfrutéis de la vida. Una vida construida con un dinero que debería haber sido mío —agregó, y dio un portazo.

Jimmy bufaba de cólera, pero el policía lo mantuvo alejado. El camión se puso en

marcha y poco después lo vimos alejarse. Todo el tiempo Christie mantuvo su carita hundida en mi hombro.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté.

Asintió. A continuación levantó la cabeza.

—La tía Clara Sue me ordenó que me quedase sentada mientras ella y Skipper bailaban en el restaurante. Huele muy mal y le falta un diente aquí —dijo, y se llevó el dedo a la boca.

—Pobre niña —dijo la señora Boston—. ¿Tienes hambre, Christie?

—La llevaremos arriba y le daremos un buen baño caliente, señora Boston —dije.

—Claro. Ven con la señora Boston —dijo al tiempo que extendía los brazos. Christie se acercó a ella alegremente.

—Nos aseguraremos que salgan de la ciudad, señora Longchamp —dijo el policía.

—Gracias.

—¿Dónde los encontró? —preguntó Jimmy.

—En «Hoagie's Diner» —contestó el policía.

—No se me ocurrió mirar allí —murmuró Jimmy—. Tuvieron suerte de que no lo hiciera.

Lo cogí del brazo y seguimos a la señora Boston y a Christie al interior de casa. Otra crisis provocada por Clara Sue había llegado a su fin. Era como una nube negra llena de lluvia, siempre dispuesta a estropear un bonito día.

A finales de la primavera, Betty Ann anunció que estaba embarazada. Yo me alegré por ella, claro, y Jimmy también, pero aquello pareció acentuar mi incapacidad para concebir un niño. Acepté las sugerencias de Jimmy y nos sometimos a nuevos exámenes. Tras completar las pruebas nos reunimos con el doctor Lester en su despacho.

—Los resultados no me sorprenden —dijo, reclinándose en su sillón y colocando los dedos bajo la barbilla—. No ha cambiado nada. Los dos disfrutáis de una salud excelente y sois fértiles.

—Entonces, ¿qué ocurre? —quiso saber Jimmy—. Le puedo asegurar que no es por no intentarlo —dijo sin advertir el énfasis que ponía en sus palabras hasta que me miró—. Quiero decir...

—Ya, ya, lo entiendo —dijo el doctor Lester. Se inclinó sobre el escritorio y me miró fijamente—. Dawn, ¿cómo te encuentras emocionalmente ahora? No quisiera ser entrometido pero, ¿eres feliz?

—¿Feliz? —miré a Jimmy, que esperaba mi respuesta con casi tanta ansiedad como el médico—. Pues, claro. Las cosas nos van muy bien. Tenemos un nuevo hogar. Christie, gracias a Dios, es una niña sana y alegre. El hotel está funcionando perfectamente, y todos nos entendemos... Soy feliz —insistí, pero parecía enfadada.

El doctor Lester arqueó las cejas.

—Bueno, bueno —dijo—. Emocionalmente estás bien... ya no sufres aquellos cambios de humor de los que habíamos hablado, cuando te sentías triste sin motivo aparente.

—Pues... no —dije.

El asintió sin dejar de observarme. A continuación se retrepó en el sillón y encogió los hombros.

—La naturaleza tiene sus cosas —dijo—. La medicina puede resolver los problemas hasta un cierto punto, pero después depende de fuerzas que escapan a nuestro control.

—He oído hablar de ciertas drogas para aumentar la fertilidad —dijo Jimmy. Yo me sorprendí. Nunca antes lo había mencionado.

—Bueno, existen algunas que puedo daros, pero eso no me preocupa, considerando vuestra fertilidad, y además existen algunos efectos secundarios y resultados inesperados. ¿Por qué arriesgarse y poner en peligro a vuestros hijos?

—No, no, claro que no —respondió Jimmy de inmediato—. Pensaba...

—Creo —dijo el doctor Lester, asintiendo— que todo se resolverá a su debido tiempo. Cuando exista la combinación correcta de factores, tanto físicos como mentales y emocionales, entonces quedarás embarazada. No olvides que has pasado por una experiencia muy traumática. En ocasiones el cuerpo se comporta de forma misteriosa, y puede que todavía tenga cierta timidez. —Sonrió—. Creo que me entendéis. Daros un poco más de tiempo —dijo, y se puso de pie.

—Lo siento, Jimmy —dije cuando estábamos en el coche—. Sé que es culpa mía. El doctor Lester lo ha dejado muy claro.

—Oh, no. No puedes culparte. Tú no buscaste sufrir ninguna experiencia traumática. Oye —dijo—, haremos exactamente lo que nos ha dicho... lo seguiremos intentando. —Sonrió y me besó en la mejilla.

A primeros de enero, Betty Ann dio a luz una pareja de preciosos gemelos, un chico y una chica. Ambos eran tan rubios como lo habíamos sido Philip y yo, pero sus ojos eran castaños como los de Betty Ann, sólo que parecían más vivos. Sus rasgos eran idénticos; tenían una nariz bonita y diminuta y labios llenos y suaves. Allí en la sala de maternidad parecían seguir compartiendo el mismo útero, ya que cuando uno empezaba a llorar, de inmediato lo seguía el otro. Agitaban los brazos y cerraban los puños casi al mismo tiempo, como si sincronizaran sus movimientos.

Jimmy levantó a Christie para que pudiera ver a sus nuevos primos. La pequeña abrió los ojos como platos al observar a los dos bebés.

—Al chico le hemos puesto el nombre de Richard Stanley Cutler, y la chica se llamará Melanie Rose —anunció Philip, orgulloso. A continuación miró a Christie y preguntó: ¿Sabes decir Richard y Melanie?

Christie asintió, todavía demasiado aturdida para responder.

—Adelante, entonces —insistió Philip—. Dilo. Primero Richard.

—Richard —pronunció Christie perfectamente.

—Y Melanie Rose.

—Mell... —Christie hizo una pausa y me miró. Yo asentí para animarla, pero con los nervios se había olvidado del resto—. Mellon —dijo y todos nos echamos a reír.

—Estoy seguro de que ése será su sobrenombre —dijo Philip—. Me gusta.

Podría haberme imaginado la reacción de mamá ante el nacimiento de los gemelos. Bronson se alegraba por Philip y Betty Ann, pero mamá parecía atontada. La presencia de dos nietos más —dos razones más para sentirse abuela— le deprimía. Sonrió y besó a Philip. Incluso se comportó de forma maternal con Betty Ann, pero no quiso perder tiempo con los bebés. Al día siguiente, como si tuviera que huir de la realidad, reservó plazas para ella y Bronson en un crucero y estuvo fuera durante dos semanas.

Philip contrató a una enfermera para que ayudara a Betty Ann después de que ella y los niños volvieran a casa. La llegada de los rubios gemelos fue todo un acontecimiento en el hotel. Cuando empezaron a pasear en cochecito se convirtieron en un auténtico fenómeno; los huéspedes dejaban lo que estuvieran haciendo y se acercaban a ellos formando pequeñas aglomeraciones. Los dos parecían comprender el poder que tenían. Sonreían, canturreaban y extendían los bracitos. Todos hablaban del buen humor de los niños.

Christie nunca se sentía más contenta que cuando Betty Ann o Philip la dejaban empujar el cochecito doble por los pasillos del edificio principal o por los senderos del jardín. En cuanto se despertaba por la mañana pedía permiso para ir a visitar a Richard y Mellon. Con casi cinco años tenía edad suficiente para ir sola hasta el hotel. Betty Ann comentó, y yo misma lo comprobé, la seriedad y madurez con que trataba a sus pequeños primos. La señora Caldwell, la enfermera, una agradable mujer de mediana edad, me dijo que no sentía ningún temor al dejar que Christie sostuviera los pequeños en brazos o incluso que les diera de comer.

—Parecen quererla tanto como ella los quiere —dijo la señora Caldwell—. En cuanto Christie coge a uno en brazos los dos dejan de llorar. Es sorprendente. He visto muchos gemelos, pero nunca una pareja cuyos deseos y necesidades estén tan en sintonía.

Aquel otoño, a Christie le llegó la hora de ir a la escuela, lo cual hizo que estuviese completamente alborotada. Tenía muchas ganas de que comenzaran las clases, pero no le gustaba nada la idea de estar lejos de los gemelos durante todo el día. Tanto Sissy como la señora Boston le habían empezado a enseñar a leer y ella se mostraba interesada por todo. Sus ganas de aprender obligaban a todos los que la rodeaban a responder una y otra vez a sus preguntas. Era capaz de agotar a

cualquiera. Yo no podía evitar recordar a Randolph hablando con ella horas y horas cuando la niña sólo era capaz de emitir sonidos apenas inteligibles. Pero tenía paciencia y gran capacidad de concentración y era muy persistente. Cuando quería hacer algo insistía en ello con terquedad hasta que quedaba satisfecha.

Esto era especialmente así en todo lo que tuviese que ver con la música. Milt Jacobs, nuestro pianista, estaba tan impresionado con sus habilidades que me preguntó si podía enseñarle algunas cosas. Quería hacerlo durante su tiempo libre, sólo por el placer de verla aprender, pero yo insistí en pagarle las lecciones. Como resultado de todo ello Christie tenía un día lleno de actividades para tratarse de una niña de cinco años. Asistía a la escuela hasta las dos y media. Julius la recogía con la limusina del hotel. A las tres y media iba al salón de baile para la lección de piano. A continuación salía corriendo para ayudar a la señora Caldwell con la cena de los gemelos.

A estas alturas Christie era una niña querida por todos. En ocasiones yo acudía a la recepción y la encontraba detrás del mostrador, de pie sobre un taburete, saludando a la gente. Incluso le enseñaron a contestar el teléfono y responder adecuadamente algunas de las preguntas que le hacían los clientes. A los huéspedes que llamaban les divertía oír su vocecita informando sobre el precio de una habitación doble o sencilla. Por supuesto, si seguían preguntando Christie le pasaba el teléfono a la recepcionista.

En resumen, el hotel se había convertido en su campo de recreo. Sabía el nombre de pila de todos los botones y de muchos de los camareros. Había llegado el punto de recordar los nombres de algunos huéspedes habituales, la mayoría de los cuales le trataban con grandes muestras de cariño. Nunca olvidaré la primera vez que le dieron una propina. Entró corriendo en mi despacho, casi sin aliento, las doradas coletas balanceándose por encima de los hombros y me enseñó el dólar.

—¡Mira, mamá! —exclamó.

—Un dólar. ¿Dónde lo has conseguido?

—El señor Quarters me lo dio por haberle llevado un vaso de leche caliente a la sala de juego —dijo—. Y no vertí ni una gota.

—¿Quarters? —Pensé un momento—. Ah, quieres decir el señor Cauthers. Qué bien. Tendrás que ir a enseñárselo a papá —dije.

—Y a tía Bet, también. Voy ahora mismo —dijo y salió corriendo sosteniendo el dólar con orgullo en el puño.

Qué diferente era la infancia de Christie de la que habíamos tenido Jimmy y yo, pensé. Nosotros siempre habíamos sido como huéspedes, viviendo en un lugar u otro durante un corto período, haciendo amigos y después partiendo. Las caras y los nombres se difuminaban en nuestra mente al cabo de un tiempo. No conseguía recordar ni una sola de las amigas que había tenido en la escuela. Christie, por el contrario, había desarrollado una enorme y extensa familia: la familia del hotel. Tenía

docenas de personas que la cuidaban y mimaban.

Y ella quería a todos. Sin lugar a dudas había heredado de Michael ese deseo de ser siempre el centro de atención. Le encantaba estar rodeada de gente, quería actuar siempre que le fuese posible, tanto tocando el piano o cantando como recitando algo que acababa de aprender. No se hacía rogar, bastaba con una petición y un aplauso.

El hotel realmente se había convertido en un lugar alegre para todos nosotros. Afortunadamente, mis temores acerca de Philip habían disminuido con el correr del tiempo. Con su interés por el hotel y el nacimiento de los gemelos, Philip pareció aceptar la vida que había elegido y, como yo, estaba dispuesto a asumir las cartas que el destino le había dado. Siempre que él, Betty Ann, Jimmy y yo hacíamos algo juntos, se mostraba atento con su esposa, y aunque en ocasiones me dirigía una mirada llena de deseo, no me molestaba ni asustaba con sus referencias al amor eterno que sentía por mí y al continuo sufrimiento que padecía a causa de ello.

Sin embargo, un cálido día de verano, cuando estaba en el jardín hablando con la señora Caldwell, quien había sacado a pasear a los gemelos, Philip se situó a mi lado y me susurró algo al oído.

—¿Sabes por qué me alegro de haber tenido gemelos? —preguntó.

—¿Por qué? —pregunté, esperando que hiciera algún tipo de broma. Tenía una amplia y suave sonrisa en los labios.

—Porque es como si hubiera uno para ti y otro para Betty Ann. Ya sé que tú y Jimmy habéis estado intentando tener otro hijo —añadió rápidamente, antes de que pudiera responder—. Conmigo lo habrías conseguido —dijo. Sentí que me ruborizaba—. ¿Cuál de los dos crees que sería el nuestro? —preguntó con gran seriedad.

Durante un momento me quedé sin habla, de modo que él continuó hablando mientras observaba a uno de los gemelos.

—A menudo me imagino que Richard es nuestro hijo. Me recuerda mucho a ti. No sé por qué, pero así es.

Lo aparté de la señora Caldwell para que ésta no oyera sus palabras.

—Philip, decir eso es terrible. Esos niños son tuyos y de Betty Ann. Le rompería el corazón saber que tienes fantasías de que uno de ellos es mío.

—No puedo evitar los sueños —contestó.

—Pues deberías intentarlo —repliqué y me alejé de él, agitada.

Creo que lo que más me aterrorizaba era la forma en que mi incapacidad para quedar embarazada se había convertido en el comentario de todos. Por supuesto era normal que la gente se preguntara por qué Jimmy y yo no habíamos tenido un hijo después de mi aborto. En una comunidad tan pequeña como Cutler's Cove no era difícil imaginar que prácticamente todo el mundo sabía que no existía ninguna razón física para ello. En esta vieja ciudad costera abundaba el cotilleo, como en cualquier

otra parte. En más de una ocasión, especialmente durante nuestras conversaciones telefónicas, mamá me confirmaba que aquello era un tema de conversación habitual.

—Catherine Peabody me ha preguntado por qué tú y James no habéis intentado tener otro hijo —dijo—. ¿Has visto qué atrevimiento? Estuve a punto de decirle que no era asunto suyo, pero en vez de eso contesté que tú y James os comportabais con sensatez. Dije que los dos erais muy jóvenes y que estabais demasiado ocupados como para tener un montón de hijos.

—Diles lo que quieras, mamá —dije secamente. El tema me agotaba. Me sentía hundida, derrotada y hastiada de tanto preocuparme por ello. Estaba a punto de rendirme y aceptar el hecho de que nunca ocurriría.

Creo que también Jimmy empezaba a sentir lo mismo. No es que dejáramos de hacer el amor y de pensar en ello, pero él ya no me preguntaba cómo estaba y si tenía síntomas de embarazo. De hecho, el nacimiento de los gemelos y mi incapacidad para concebir un hijo hicieron que Jimmy volviera a pensar en Fern. Sabía que él y Papá Longchamp mencionaban el tema en sus cartas. Continuamente invitábamos al hotel a Papá Longchamp y a su nueva esposa, Edwina, pero él siempre tenía una excusa u otra para no venir. Finalmente, un día Jimmy decidió que debíamos ir a visitarlo.

Yo había salido temprano del hotel para ir a pasar un rato en nuestro recién construido mirador. El sol del atardecer proyectaba frescas sombras sobre el césped y los setos del jardín. En la distancia el tranquilo y plateado océano resplandecía. Me sentía algo melancólica. Durante todo el día había estado recordando cosas de Mamá Longchamp y de mi infancia, una época que concebía más como un sueño que como algo real.

—De modo que estás aquí —dijo Jimmy, acercándose—. Te he estado buscando.

—Sentí pereza —dije— y decidí regresar pronto.

—Deberías tomarte más tiempo libre. Este hotel puede funcionar solo. En cualquier caso, por eso te buscaba —dijo—. Hoy he recibido un nuevo paquete de fotos de Papá Longchamp. Mira lo grande que está Gavin —dijo, y me pasó una fotografía.

—Se está poniendo guapo —dije, mirando al chico de cabello moreno y ojos oscuros. Era enjuto y delgado como Papá Longchamp, y tenía una sonrisa muy bonita.

—Debería ir a ver a mi hermano —dijo—. No está bien que no nos conozcamos.

—Por supuesto, Jimmy. Pero quizá deberías ir solo —dije.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé... quizá Papá Longchamp siga sintiéndose incómodo al verme —dije—. Seguramente por eso no quiere venir aquí. Puedes decirle que estaba demasiado ocupada con el hotel para marcharme en este momento.

—¿Estás segura de que no es al revés? —preguntó Jimmy.

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás segura de que no eres tú la que se siente incómoda? —insistió, y me dirigió una mirada cargada de sospecha.

—Jimmy, ¿cómo puedes decir una cosa así? Quería que viniera al hotel, ¿verdad?

—Sí, pero a lo mejor sabías que nunca lo haría —contestó—. Y nunca te molestó mucho que no apareciera por aquí. —Me miró fijamente, y yo tuve que apartar la mirada. Era como si Jimmy pudiera ver mi corazón y descubrir mis temores—. Tú fuiste la que me convenció de que lo perdonara y fuese a verlo —me recordó—. Y ahora resulta que lo odias.

—¡Oh!, Jimmy, no lo odio. Es que... es que...

—¿Qué? —preguntó con tono perentorio.

—Tengo miedo —respondí—. No puedo evitarlo. No sé por qué tengo miedo, pero lo tengo.

Se quedó mirándome, evidentemente confundido.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que salga a relucir el pasado?

—¡Oh!, Jimmy —dije, decidida a soltarlo todo—, nos educó como hermanos, y ahora estamos casados. Tengo miedo de mirarlo a la cara.

—Pero... pero él sabía la verdad —exclamó.

—Jimmy, durante todo el tiempo que estuve con él y Mamá Longchamp no se me ocurrió pensar ni por un instante que no era su hija. Yo creo que ellos llegaron a pensar lo mismo. La verdad a veces cambia igual que un camaleón se transforma para ajustarse a cualquier hora del día. Papá Longchamp no puede mirarnos sin recordar que compartíamos una habitación, nuestras pobres cenas, incluso algunas prendas de vestir. Y cuando me mire y recuerde el pasado lo más probable es que se sienta mal, aunque yo no quiera que ocurra.

—Pero...

—Jimmy, ve tú solo. Esta primera vez —le rogué—. Te prometo que la próxima visita que hagas iré contigo —dije.

Me miró fijamente un momento y a continuación asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo por fin—. Quiero hablar con papá de Fern. El también la ha estado buscando. No entiendo por qué el señor Updike no ha podido averiguar nada en todo este tiempo, especialmente si se considera que cuenta con los servicios de un detective profesional.

—El detective ya no se ocupa del asunto —dije después de respirar profundamente.

Jimmy se puso rojo como un tomate.

—¿Qué? ¿Por qué no? —exigió saber.

—Ya te lo dije, Jimmy. Hay leyes que protegen la intimidad, y nosotros no podemos saltárnoslas. El señor Updike me recomendó que lo dejáramos.

—Por lo que yo sé, las personas ricas se saltan las leyes cuando les conviene, y después contratan a grandes abogados como el señor Updike para arreglar el asunto. Quizá necesitemos un abogado distinto para esto —sugirió—. Uno que sea menos escrupuloso. En cualquier caso, ¿por qué no me dijiste que el detective había abandonado la búsqueda?

—No quería entristecerte, Jimmy.

—Eso no está bien, Dawn. Deberías habérmelo dicho. Papá también pensaba que teníamos contratado a un detective. —Sacudió la cabeza—. No está bien.

—Jimmy, aunque la encontrásemos, resultaría muy extraño para ella. Tiene casi diez años —le recordé—. Y ha estado viviendo con otra familia y utilizando otro nombre. Lo más probable es que nunca le hayan dicho que es adoptada. Puede que le hagamos más mal que bien.

—Me sorprendes, Dawn —dijo con los ojos llenos de dolor e ira—. Si realmente volviera a ser tu hermana, pensarías de forma diferente, estoy seguro. —Se dio la vuelta y me dejó allí sentada en el mirador.

Mi corazón era como un trozo de plomo, y me sentí palidecer. Jimmy nunca me había mirado con ira, ni yo jamás lo había herido tan profundamente. Me había quedado sin habla, sorprendida de mis actos. ¿Por qué había esperado tanto tiempo a decírselo y cómo podía haberlo hecho con tanta frialdad? Era como si la abuela Cutler hubiera puesto las palabras en mi boca.

Fui corriendo tras él y descubrí que se había ido al otro lado de la casa y que contemplaba el horizonte con la mirada ausente.

—¡Oh!, Jimmy —dije, abrazándolo—, lo siento. No era mi intención ocultarte nada, y tampoco quería decir lo que he dicho. Claro que debemos encontrar a Fern. Yo, más que nadie en el mundo, debería recordar lo importante que es saber quién es uno en realidad. No sé qué me ocurrió. Supongo que me siento frustrada e infeliz por no poder quedar embarazada. Sé lo mucho que deseas tener un niño.

—¿Lo deseas tú, Dawn? —preguntó, al tiempo que me miraba con ojos encantadores.

—Sí, lo deseo. De verdad —dije con todo mi corazón—. Oh, Jimmy, si realmente quieres que vaya contigo...

—No —dijo—. Quizás estuvieras en lo cierto. En cualquier caso, no me quedaré mucho tiempo.

—Te echaré de menos por poco tiempo que estés fuera —dije.

Me besó, pero era como si una pequeña grieta se hubiera abierto en el resplandeciente barniz de nuestro amor. Su beso no fue ni tan largo ni tan profundo como de costumbre, y en cuanto me lo hubo dado se alejó apresuradamente a hacer las maletas.

Permanecí inmóvil. Me sentía como un pequeño pájaro abandonado ante la

inminente llegada del invierno.

REVIVIENDO UNA VIEJA PESADILLA

Jimmy partió a la mañana siguiente, temprano. Era un día completamente encapotado, con grandes capas de sucias nubes grises que amenazaban lluvia. Incluso el océano lucía triste y ceniciento; la marea matinal golpeaba la costa con aburrida monotonía. El viento era fuerte y agitaba los árboles sin piedad. Yo me arropé mientras esperábamos en el porche a que Julius viniera a recoger a Jimmy para llevarlo al aeropuerto. Christie ya se había ido a la escuela, y Jimmy se había despedido de ella. Sólo restaba que nosotros nos dijésemos adiós. Los dos lo estábamos dejando para el último momento.

Durante el desayuno nuestra conversación se había centrado en la lista de cosas que Jimmy quería que hiciera en su ausencia.

—No me gusta marcharme de esta manera —dijo—, pero si no lo hago, sé que lo aplazaré una y otra vez.

—No te preocupes, Jimmy —le aseguré—, me ocuparé de que se haga todo lo que quieres.

Asintió. Durante toda la mañana habíamos evitado mirarnos. Yo había pasado la noche muy inquieta, pues lamentaba algunas de las cosas que le había dicho así como no querer acompañarlo a visitar a Papá Longchamp y su familia. Quería despertar a Jimmy y pedirle que me perdonase, pero él dormía profundamente. Por fin, antes de que amaneciera, me quedé dormida y ni siquiera advertí cuando se levantaba y se vestía. Desperté al oír a la señora Boston preparando a Christie para ir a la escuela.

Ahora estábamos allí, observando cómo se acercaba la limusina.

—Bueno —dijo Jimmy, al tiempo que cogía la maleta—. Te llamaré esta noche.

Se inclinó para besarme. Intenté aferrarme a sus hombros. Yo quería que sus labios siguieran unidos a los míos, pero él se apartó cuando el coche se detuvo delante de nosotros.

—¡Jimmy! —exclamé, extendiendo la mano.

Se volvió cuando Julius cogió su maleta para meterla en la limusina.

—¿Qué pasa? —Me miró y vi lágrimas en sus ojos.

—Ten cuidado —dije.

—Lo intentaré. Te llamaré —repitió, y subió al coche. Me quedé allí de pie sintiéndome paralizada y pequeña mientras Julius ponía el coche en marcha y se alejó. No volví a entrar en la casa hasta que la limusina desapareció de mi vista. Sentí que mi corazón estaba hueco, y el eco de cada uno de sus latidos reverberaba en las cámaras vacías de mi pecho.

Subí corriendo a mi cuarto y me arrojé sobre la cama, donde empecé a llorar y llorar como una colegiala histérica. La señora Boston me oyó y acudió de inmediato.

—¿Se encuentra bien, Dawn? —preguntó.

—Sí, señora Boston —dije, incorporándome—. No pasa nada. —Me limpié las mejillas—. No se preocupe.

—Si necesita algo, llámeme —dijo con un tono de preocupación en la voz.

Pensé que ella no podría darme lo que yo necesitaba. Ansiaba que de una vez por todas cicatrizaran las heridas de tantos años de sufrimientos. Quería enterrar los tristes y amargos recuerdos que se aferraban tenazmente a las paredes de mi mente como murciélagos vengativos, deseosos de aprovecharse de todos los malos momentos para atormentarme. Quería encontrar el coraje suficiente para enfrentarme a todos aquellos fantasmas y enterrarlos en las sombras donde pertenecían.

Jimmy era un hombre fuerte, y su amor por mí era tan grande que podría superar mis viejos sentimientos y temores. Antes de que él partiese yo había visto la desilusión en sus ojos, y en mi corazón sentía el profundo dolor que se había apoderado de él; sabía que estaba disgustado, pero me resultaba difícil librarme de las cadenas que me ataban a mis propios temores y debilidades. Necesitaba un poco más de tiempo, sólo un poco más, pensé.

Decidí que lo único que podía hacer era concentrarme en el trabajo para no pensar en la tristeza que sentía por la ausencia de Jimmy. Llené mis ojos de palabras y números para de ese modo no ver los tristes y oscuros ojos de Jimmy. Cada vez que terminaba algo, buscaba en seguida otra cosa que hacer, por poco importante que fuera. En algunos momentos pensé que me estaba pareciendo a Randolph, que se había obsesionado por los detalles insignificantes. De pronto entendí al pobre hombre; lo único que intentaba era no tener que enfrentarse a una desagradable realidad.

Pero por desgracia, antes de que finalizara la mañana dejó de ser necesario que buscara en qué ocuparme. Ocurrió algo grave y Philip estaba en Virginia Beach en viaje de negocios, de modo que no podía ayudarme. El señor Stanley, el encargado de las camareras, llamó a la puerta de mi despacho. Cuando entró, parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, señor Stanley? —le pregunté de inmediato.

—Algo horrible, señora Longchamp —respondió—. Mary White, una de nuestras camareras, me ha informado de que uno de nuestros huéspedes ha fallecido en su habitación. Se trata del señor Parker.

—¿El señor Parker? —Lo conocía bien, ya que hacía no menos de veinte años que era cliente de nuestro hotel. Era un hombre ya mayor, viudo, amable y distinguido. El año anterior le había regalado cien dólares a Christie por su cumpleaños—. Está seguro de que...

—Yo mismo subí a la habitación. Lo encontré desplomado en la silla, junto a la

ventana. Me temo que es verdad —dijo el señor Stanley, y se llevó la mano a la frente.

—De acuerdo. Bien. Mantenga la habitación cerrada, claro está. Iré a hablar con el señor Dorfman para preguntarle cómo se resolvían estos casos en el pasado.

—Lo siento —dijo el señor Stanley, como si todo aquello fuese culpa suya—. Le he dicho a Mary que no se lo cuente a nadie —añadió.

—Bien. —Me levanté de la silla y salí con él.

—Estaré en mi despacho —me dijo.

Fui directamente a ver al señor Dorfman.

—Qué mala suerte —dijo cuando le conté el descubrimiento del señor Stanley—. Pero no es la primera vez que ocurre. Cuando en un hotel hay gente mayor...

—¿Qué se hace en situaciones como ésta? —pregunté rápidamente.

—En primer lugar llamaré una ambulancia. Es mejor que los otros huéspedes no se enteren. Hablaré con los encargados de la ambulancia cuando lleguen. Lo entenderán y cooperarán con nosotros. Esta es una ciudad de veraneo.

—¿Comprender? ¿Cooperar? —sacudí la cabeza, confundida—. ¿Qué quiere decir?

—Lo sacarán con una máscara de oxígeno en la cara, y nosotros diremos que tiene problemas respiratorios y que van a ingresarlo en el hospital —me explicó el señor Dorfman.

—¿Por qué actuar de ese modo?

—Así es como la señora Cutler solía resolver situaciones similares —respondió—. De esa forma... el impacto de la muerte no se cierne como una sombra sobre el hotel y sus huéspedes.

—No sé —dije—. Parece un gran engaño.

—Sólo puedo decirle lo que hacía la señora Cutler en el pasado —dijo el señor Dorfman en voz baja—. Creo que si estuviera aquí diría que al pobre señor Parker le daría lo mismo. Considere que el hotel está lleno de huéspedes, muchos de ellos mayores, y que una cosa como ésta les puede llevar a pensar, erróneamente, claro, que deberían examinar cada bocado de comida, ver dónde están situadas sus habitaciones, qué tipo de ventilación tienen... Créame, puede traerle un montón de problemas. De pronto cualquier pequeño dolor, cada latido irregular del corazón se convertirá en una enfermedad grave, y los médicos no darán abasto, sin mencionar a Julius yendo y viniendo del hospital.

»No me gusta decirlo con tanta frialdad —concluyó— pero no es bueno para la imagen del hotel. Éste es un lugar donde la gente se relaja, disfruta, se lo pasa bien y sólo piensa en cosas buenas. —Se detuvo para respirar—. Creo que estoy haciendo un discurso como los de la señora Cutler —añadió sorprendido de sí mismo—. Naturalmente llamaré al señor Updike y le informaré de la situación. Siempre existen

consideraciones legales.

Se quedó allí sentado mirándome, esperando que le autorizara a seguir adelante. Una parte de mí quería negarse a seguir los consejos del señor Updike sencillamente porque las cosas se estaban haciendo al modo de la abuela Cutler. Quería ordenarle que llamara a la funeraria y que un coche fúnebre aparcara frente al hotel. De alguna manera sería como darle a la abuela Cutler una bofetada en su arrogante rostro.

Pero otra parte de mí —la parte que había ido madurando y creciendo— se percató de lo infantil que sería tomar tal actitud, pues lo único que conseguiría sería herirme a mí misma y a mis seres queridos.

—De acuerdo, señor Dorfman —dije—. Haga las cosas como de costumbre.

Asintió y levantó el auricular del teléfono. Le pidió a la ambulancia que aparcara frente a la entrada lateral del hotel. Algunos de los clientes verían salir al señor Parker, por supuesto, pero no llamaría tanto la atención como si sacasen el cadáver por la puerta principal después de haber cruzado por el vestíbulo. El señor Updike se encargó de que todo marchase según lo acordado.

De alguna forma pareció apropiado que continuara siendo un día gris con chubascos intermitentes. Sin embargo, no pude evitar sentirme deshonesto cuando sacaron al viejo en la camilla con una máscara de oxígeno en la cara. Me sentía especialmente así cuando los huéspedes me preguntaban qué había ocurrido y yo les contestaba que el señor Parker no se encontraba bien y que nos había parecido mejor trasladarlo al hospital.

—Volverán a preguntar por él —le dije al señor Updike—. Y claro, se enterarán de que ha muerto.

—Sí —respondió— pero no es lo mismo morir aquí que en el hospital. En este último caso el impacto es menor. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Lo ha hecho muy bien. —Advertí que estaba a punto de decir: «La señora Cutler habría estado muy orgullosa de usted», pero vio la cólera en mis ojos y simplemente murmuró—: Muy bien.

Los acontecimientos que rodearon la muerte del señor Parker impidieron que pensara en Jimmy, pero cuando por fin estuve de regreso en mi despacho lamenté no haberlo tenido a mi lado durante la crisis. Me di cuenta de lo mucho que me apoyaba en él, y de cuánto necesitaba su fuerza y seguridad. Me sentí tentada a llamarlo a Texas para decirle lo que había ocurrido, pero pensé que no sería justo. Consulté el reloj y caí en la cuenta de que seguramente acababa de llegar y estaría ocupado conociendo a su nuevo hermano. Mis problemas podían esperar.

A última hora de la tarde me recliné en el sillón. Me sentía exhausta. El caos mental que experimentaba había acabado por agotarme. A pesar de todo lo ocurrido, estaba segura de que esa noche dormiría bien. Christie había vuelto de la escuela, había asistido a su clase de piano y después había ido a ver a los gemelos. Me pidió

permiso para cenar con ellos, y accedí. Yo no tenía mucha hambre y decidí que más tarde tomaría un té y unas tostadas. Empecé a guardar los libros y los informes para marcharme a casa a cambiarme para saludar a los huéspedes a la hora de cenar. Después de todo lo ocurrido, hacer esto último me parecía más importante que de costumbre.

Pero cuando me puse de pie oí que llamaban a la puerta. Dije a quien fuera que entrase. Era Betty Ann.

Betty Ann había engordado con el embarazo y no había perdido mucho peso desde el parto, pero esos kilos de más le sentaban muy bien. Pensé que le agradaba vivir en el hotel. A menudo recibía la visita de viejos amigos de la Universidad y gracias a las cenas de mamá había trabado amistad con algunas de las personas más acaudaladas de Cutler's Cove. En cualquier caso, con el cuidado de los gemelos, el trabajo que desempeñaba en el hotel y su vida social, supuse que se sentiría ocupada y feliz. De modo que me sorprendió que viniera a mi despacho, cerrara la puerta suavemente y procediera a echarse a llorar.

Hoy todo el mundo parece triste, pensé. Era como si el cielo encapotado, la lluvia y el mundo gris del exterior hubiesen conseguido penetrar en nuestras vidas a través de las grietas de nuestras paredes de felicidad. Todos los momentos tristes e infelices de nuestro pasado resurgían para florecer en esa tierra de depresión. Era un día lleno de melancolía.

—¿Qué ocurre, Betty Ann? —le pregunté, y me acerqué a ella. Sus sollozos fueron en aumento. La conduje hasta el sofá y la ayudé a sentarse. Tenía la cara hinchada de tanto llorar.

—¡Oh!, Dawn —gimió—, ya no lo aguanto más. Tengo que contárselo a alguien. Lo siento.

—No te preocupes. No tienes por qué disculparte. Somos hermanas —dije—. No me importa que me cuentes tus problemas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Tiene algo que ver con los gemelos? —pregunté.

—¡Oh, no!, ellos están bien, gracias a Dios.

—¿Ocurre algo con tu familia? —inquirí suponiendo que tal vez su madre, siempre tan mundana, le reprochaba el tipo de vida que llevaba en el hotel. En más de una ocasión Betty Ann me había comentado que a su madre le parecía denigrante que tuviese que saludar a los huéspedes y trabajar de anfitriona.

—No —contestó. Respiró profundamente y a continuación dijo—: Se trata de Philip.

—¿Philip? ¿Qué le ocurre? —Me eché hacia atrás en mi asiento. Le ha estado contando cosas de mí, pensé con temor.

—Durante toda la semana ha insistido en dormir en otra habitación. No sé por qué. Yo no le he hecho nada. No hemos discutido; simplemente... se levanta y se

marcha.

—¿Se levanta y se marcha? Quieres decir que se mete en la cama contigo y después...

—Sí —contestó, frotándose los ojos y respirando hondamente—. Se levanta y desaparece. Al principio pensé... que estaba saliendo con alguien, que iba a algún lugar a encontrarse con alguna camarera o alguien así. Estaba tan asustada que no podía moverme, ni hacer nada, ni siquiera preguntarle dónde había ido.

—No me imagino a Philip liado con una camarera —dije.

—No, no está haciendo nada de eso. —Acercó la nariz al pañuelo que tenía fuertemente cogido entre las manos y se sonó—. Anoche me levanté y lo seguí. Simplemente... va a otra habitación.

—¿Otra habitación? ¿Qué otra habitación? —pregunté.

—A tu antigua *suite* —contestó.

De pronto sentí como si alguien me hubiera echado un cubo de agua fría sobre la cabeza. Se me puso la carne de gallina y sentí que un escalofrío me recorría la espalda hasta el cuello y los hombros.

—¿Mi antigua *suite*?

—Sí. ¡Oh!, Dawn. ¿Significa eso que no puede soportar estar a mi lado? ¿Es así como empiezan los divorcios? —preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—No, no lo creo... ¿Le has preguntado por qué lo hace?

—Sí. Esta mañana. Me dijo que simplemente estaba inquieto y que tenía que moverse. Me dijo que no hiciera un problema de ello y me prohibió contárselo a nadie, pero no puedo quitármelo de la cabeza, y sé que tú no se lo dirías. ¿Qué debo hacer? No es normal, ¿verdad? ¿Ha ocurrido algo así alguna vez entre tú y Jimmy?

Negué con la cabeza.

—No tendrás más remedio que decirle lo mucho que te molesta —dije—. Háblalo tranquilamente y haz que lo comprenda.

¿Qué otra cosa podría decirle?, me pregunté.

—¿Crees...?

—Por supuesto. Si dejas bien claro lo mucho que te molesta, estoy segura de que cambiará —le aseguré, aunque en mi corazón tenía serias dudas.

Ella sonrió.

—Es muy agradable tener a alguien como tú para hablar —dijo—. Al principio me pareció mal venir a verte después de todos los problemas que has tenido hoy —añadió—. Pero no he podido evitarlo.

—No te preocupes. —Le di unas palmaditas en la mano, y ella pareció tranquilizarse.

—Esta noche estaré contigo para saludar a los huéspedes —prometió—. Philip no ha regresado todavía y no sabe nada del pobre señor Parker.

—Pronto se enterará —dije, y me puse de pie. Ella hizo lo mismo. Nos dirigimos a la puerta.

—Iré al comedor de los niños para ver como va la cena —dijo, y me besó en la mejilla—. Gracias otra vez.

Sonreí y abrí la puerta. La vi alejarse, y entonces, cuando hubo doblado la esquina, no pude contenerme. Recorrí el pasillo a toda prisa y pasé por el vestíbulo hasta el ala de la familia. Rápidamente, antes de que nadie pudiera darse cuenta, subí las escaleras y fui a mi antigua *suite*. La puerta estaba cerrada, pero no con llave.

La abrí y entré. Los muebles seguían allí ya que habíamos comprado otros nuevos para la casa, además de sábanas, fundas y mantas. Me quedé en medio de la habitación con los brazos cruzados y las manos sobre los hombros.

Durante un momento el ambiente pareció irrespirable. El rostro me ardía.

La manta estaba corrida. Sobre el lado que yo dormía estaba mi camisón el mismo que Philip había cogido para Betty Ann la noche de bodas. Me acerqué lentamente.

Cuando llegué hasta la cama lo percibí; tal como había sospechado, se trataba de mi perfume. La funda de la almohada y la sábana parecían saturadas de él. La otra almohada aún tenía la huella de la cabeza de Philip.

Me quedé allí de pie, incapaz de moverme, asustada y a la vez fascinada por lo extraño de todo aquello. De pronto me pareció oír pasos en el pasillo, y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Me acerqué a la puerta y escuché. Si Philip había regresado, no me gustaría nada que me encontrase allí. No sabía cómo reaccionaría; con toda seguridad se daría cuenta de que Betty Ann me lo había contado todo. Las pisadas se detuvieron ante su puerta. Espié por la mirilla y vi que era Philip. Entró en su *suite*.

En el momento en que desapareció salí y bajé corriendo las escaleras. Ni siquiera me giré. Tenía la sensación de estar huyendo de una pesadilla. Recorrí a toda prisa el ala de la familia hasta que llegué al vestíbulo; nunca me había sentido tan agradecida por el ruido, la gente y la actividad. Una vez que me hube calmado un poco, abandoné el hotel y me dirigí a mi casa a cambiarme para la cena.

Casi en el mismo momento en el que crucé el umbral de la puerta me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a Jimmy. Quizá se debía a que era la primera vez que estaba sin él en nuestro hogar. Todo me lo recordaba. Su sillón preferido me pareció infinitamente vacío, al igual que su lugar en la mesa del comedor. Sus prendas colgadas en el armario me obsesionaban, al igual que el aroma de su loción para después del afeitado que impregnaba el dormitorio principal.

Me vestí lo más rápidamente que pude y regresé al hotel para saludar a los huéspedes en el comedor. Betty Ann se unió a mí; de nuevo parecía tranquila y feliz. Considerando lo que le estaba ocurriendo con Philip, me impresionó su estilo, su

pose, el modo tan gentil con que se dirigía a todos y hacía que se sintiesen cómodos.

—Le pedí a Philip que se reuniera conmigo después —me dijo—. Vamos a ir a algún lugar íntimo a tomarnos un cóctel y a charlar. Todo saldrá bien —añadió, con una mirada de esperanza en los ojos.

—Claro que sí —dije, pero en el fondo de mi corazón pensé que la pobre no tenía ni idea de lo serio que era el problema de Philip.

Él se unió a nosotros minutos después.

—Me han dicho que me he perdido un gran jaleo —dijo, y procedió a contarme lo ocurrido en otra ocasión en que un huésped había muerto en el hotel—. No creo que tuviera más de cinco o seis años, pero llegué a ver la habitación y a la mujer echada sobre la cama; tenía la piel más blanca que la leche. Pero lo que más recuerdo es la cantidad de maquillaje que llevaba. Apparently se lo había puesto justo antes de morir.

—No hablemos de esas cosas, Philip —le rogó Betty Ann—. Es muy desagradable y me pone nerviosa.

Tanto Philip como yo nos volvimos hacia ella porque nos pareció que hablaba igual que mamá.

—De acuerdo. ¿A cenar? —Extendió los dos brazos dispuestos a conducirnos hasta la mesa—. Ya que Jimmy está ausente, hoy tendré el doble de trabajo.

—No, Philip, gracias —dije—. Iré a casa con Christie y tomaré algo allí. Que os divirtáis —añadí, y me marché antes de que él pudiera reaccionar.

No fue hasta la noche que Christie y yo nos dimos verdadera cuenta de la ausencia de Jimmy. Era la primera vez que uno de los tres se marchaba dejando a los otros dos atrás. Christie pronto se aburrió de lo novedoso de la situación y su mente precoz la llevó a hacer una pregunta tras otra.

—¿Por qué tenía que irse papá? ¿Por qué no viene su papá a vernos a nosotros? ¿Por qué no podíamos ir con él?

Ninguna de mis explicaciones le satisfizo. Al final puso mala cara. Cuando las cosas no marchaban del modo que ella quería era tan intolerante como Michael.

De pronto, sonó el teléfono. Di un respingo. Deseé fervientemente que fuera Jimmy. Nunca me alegré tanto de oír su voz. Después de decirle cuánto lo echaba de menos, le conté lo que le había ocurrido al pobre señor Parker y cómo habíamos resuelto la situación.

—Parece espantoso —dijo—. Siento no haber estado a tu lado para ayudarte.

—No puedes imaginarte cuánto lo deseaba. Pero me alegra que por fin hayas podido conocer a tu hermano. ¿Cómo está papá?

—Estupendamente. Le apena que no hayas podido venir —dijo— pero me ha prometido que pronto nos hará una visita. Te lo paso —dijo Jimmy— deja que te lo

diga él mismo.

Se me cortó la respiración. Hacía muchísimo tiempo que no hablaba con Papá Longchamp.

—¿Cómo te va, cariño? —preguntó.

Yo sentía un nudo en la garganta que me impedía hablar. Era como si el corazón se me cayese a pedazos: Me invadió el recuerdo del amor y el cariño que papá me había profesado. Olvidé todas las veces que se había enfadado o había bebido demasiado whisky.

—Estoy bien, papá —dije por fin—. ¿Y tú?

—Hago lo que puedo. Lamento que no pudieras venir —dijo—. Me acuerdo mucho de ti.

—Yo también me acuerdo de ti, papá.

—Te agradezco todo lo que hiciste para que saliera tan pronto de la cárcel. Siempre he pensado que eres una muchacha muy lista, Dawn. Sabía que llegarías lejos —se jactó.

—Exageras, papá. Cuento con la ayuda de mucha gente y, además, antes de que llegara aquí las cosas ya estaban en funcionamiento —dije.

—No necesitas ser modesta conmigo, Dawn, cariño. Te conozco demasiado bien. No puedes engañar a un viejo tonto —dijo, y se echó a reír. Recordé que decía aquella frase muy a menudo. Ahora que hablaba con él, lamenté aún más no haber ido con Jimmy—. Jimmy me está contando todo lo del hotel. Parece muy bonito. Iremos a veros este año. Es una promesa... y media —dijo y lanzó una carcajada.

—Así lo espero, papá.

—Ahora se pone Jimmy.

—Dawn.

—¡Oh!, Jimmy, te echo tanto de menos, y Christie se está comportando como una niña mimada sólo porque te has marchado y nosotros no hemos ido contigo. Lo siento.

—Yo también te echo de menos, Dawn, pero puede que tenga buenas noticias para ti dentro de un par de días. Papá y yo hemos estado trabajando en una cosa, y creo que va a dar resultado.

—¿Qué es, Jimmy?

—No quiero adelantar nada hasta que esté seguro —dijo.

Christie comenzó a tirar de mi falda.

—Déjame hablar —me pidió.

—Se pone Christie —dije, y le di el auricular a la niña, quien lo abrazó como si además de hablar con Jimmy pudiese sentir su presencia.

—¡Hola!, papá —dijo—. ¿Cuándo vuelves a casa? —Escuchó, y al cabo de un momento me dirigió una de sus furiosas miradas y le prometió a Jimmy que se

portaría bien. Después él dijo algo que le iluminó la cara.

—Papá me va a traer algo especial cuando vuelva —me dijo al devolverme el auricular.

—Si eres buena —añadí.

—Seré buena —dijo.

—Soy yo otra vez —dije dirigiéndome a Jimmy.

—Hola. Date un beso de mi parte esta noche —dijo él.

—¡Oh, Jimmy!

—Llamaré pronto. Te quiero.

—Yo también te quiero, Jimmy. Vuelve pronto.

Sostuve el auricular incluso después de que él hubiera colgado y se oyera la señal. Estaba intentando retener su voz el máximo tiempo posible.

—¿Por qué estás llorando, mamá? —preguntó Christie. Ni siquiera me había dado cuenta. Sentí las lágrimas caer por mis mejillas y me eché a reír.

—Es que me alegro de hablar con papá —respondí.

—Si estas contenta, ¿por qué lloras? —preguntó.

—A veces pasa. Ya verás. Vamos. Ya es hora de que te pongas el pijama. —La cogí de la mano y la conduje hasta la planta superior. Era el día libre de la señora Boston, y se había ido a la ciudad a visitar a su hermana. Cuando supo que la niña y yo estaríamos solas se negó a marcharse, pero yo insistí.

—He estado sola muchas veces, señora Boston —le dije con valentía. Deseé no haberlo hecho. Nunca hasta ese momento me había sentido tan necesitada de compañía.

—Quiero que papá me dé un beso de buenas noches —se quejó Christie cuando la metí en la cama.

—Sabes que no está, Christie.

—Igualmente quiero que me bese. No voy a dormir hasta que no vuelva y me dé un beso —insistió.

—De acuerdo. Puedes estar toda la noche con los ojos abiertos —dije.

Cruzó los brazos encima del pecho y me lanzó una mirada desafiante. Sabía que debería ser un poco más comprensiva con ella, pero su tristeza no hacía más que agudizar la mía.

Me marché pero fui a visitarla cada quince minutos. Sorprendentemente, se mantuvo despierta durante casi una hora antes de que sintiese los párpados demasiado pesados y se durmiera.

Cuando me hube asegurado que Christie dormía me retiré a mi habitación y me puse el pijama. Decidí que leería hasta que estuviese lo bastante cansada para conciliar el sueño. Pero mis ojos se deslizaban por la página sin captar el sentido de las palabras. Estaba a punto de rendirme y apagar la luz cuando oí el timbre de la

puerta.

¿Quién podía ser?, me pregunté. Si hubiesen requerido mi presencia en el hotel me habrían llamado. Con curiosidad y no poco temor, me puse la bata de seda y empecé a bajar las escaleras mientras me anudaba el cinturón. Abrí la puerta y me encontré a Philip. Se tambaleó y sonrió.

—Nochees —murmuró, y se cogió a la jamba de la puerta para mantener el equilibrio.

—¿Estás borracho, Philip Cutler? —pregunté.

—¿Borracho? Nooo. Oh... quizás un poco —dijo, al tiempo que juntaba el índice y el pulgar—. ¿Puedo entrar? —preguntó, irguiéndose.

—Es tarde, Philip. ¿Qué quieres? —pregunté, dispuesta a no ceder un milímetro de terreno.

—Solo para... para... hablar —dijo, y se tambaleó hacia delante; pensé que caería de bruces, pero adelantó un pie y recobró el equilibrio. No tuve más remedio que dejarlo entrar.

—¿Cómo puedes hacer una cosa así, Philip? ¿No te importa lo que dirán los huéspedes si te ven? ¿Qué te ha pasado?

Se tapó los oídos con las manos.

—Dios mío, es como si se hubiera levantado de la tumba —gimió—. ¿Cómo puedes hacer una cosa así? —imitó—. ¿Qué pensarán los huéspedes si te ven?

—¡Philip!

—Necesito una copa —murmuró, y a trompicones se dirigió directamente al despacho, pues sabía que era allí donde Jimmy guardaba el whisky.

—Ya has bebido suficiente, Philip —dije y cogiéndolo por el brazo derecho, lo obligué a darse la vuelta.

—Dawn —dijo con una sonrisa en los labios—, esta noche estás preciosa. Siempre te imagino así, con el pelo suelto. Llevas uno de tus camisones transparentes debajo, ¿verdad? —preguntó, y se pasó la lengua por los labios.

—Philip, regresa de inmediato al hotel y a tu mujer, ¿me oyes? —le ordené.

Asintió pero no se movió.

—Mi esposa —dijo, y me miró fijamente; en su rostro se dibujó una grotesca sonrisa—. Tú podrías haber sido mi mujer si aquel guardia de seguridad no hubiera reconocido a tu padre. —Me cogió por los hombros y apoyó la frente sobre mi cabello—. Nos habríamos escapado antes de que la abuela Cutler hubiera podido decir nada —susurró. Por la forma en que hablaba, supe que aquella era una fantasía que lo obsesionaba.

—Philip, es ridículo pensar y soñar cosas así.

—No, no lo es —contestó.

No podía soportar su aliento a whisky e intenté separarme de él, pero me presionó

la espalda con la mano derecha y con sus dedos comenzó a recorrer mi columna. Sus labios rozaron mis ojos. Yo hice otro esfuerzo hasta que conseguí librarme de sus brazos. Se tambaleó. Tenía los ojos vidriosos.

—Espera, Dawn —dijo casi en un susurro—, no es demasiado tarde para nosotros.

—¿De qué estás hablando, Philip? ¿Cómo puedes pensar en una cosa así? —dije retrocediendo un paso. El negó vigorosamente con la cabeza.

—No lo entiendes. Escucha... escucha —me rogó. Se acercó a mí—. Sé que tú y Jimmy habéis intentado tener un niño y habéis fracasado. Pero tú y yo no fracasaríamos —dijo elevando el tono de voz—. Nosotros no.

—¿Qué? —Instintivamente me tapé los pechos con las manos.

—No fracasaríamos, y nadie tiene por qué saberlo, ni siquiera Jimmy. Pensaría que el hijo es suyo, ¿no lo entiendes? Sería nuestro pequeño secreto, nuestro preciado secreto. —Su sonrisa se hizo más ancha al pensar en la posibilidad de que su fantasía se convirtiese en realidad—. Mira qué guapos son mis hijos. El nuestro no sería diferente, y si el niño es rubio, nadie le daría mucha importancia, ya que tú también lo eres. Quiero hacer esto por ti... por nosotros... por la familia —me rogó.

—Philip, estás más loco de lo que me había imaginado. Sé que dices todo esto porque estás borracho, pero incluso tener ese tipo de pensamientos es terrible. Soy tu hermana. Llevamos la misma sangre.

—No importará. —Cerró los ojos y sacudió enérgicamente la cabeza—. No importará. Tenemos padres diferentes.

—Philip —espeté—. Incluso si no fuésemos parientes, jamás traicionaría a Jimmy. Nunca le sería infiel.

—Claro que sí —insistió, con una sonrisa lujuriosa—. Tú eres como yo. Y has heredado algo de mamá, también.

—¡No! —grité—. Quiero que salgas de aquí inmediatamente. Insisto en que te marches. Vete a casa con tu mujer y quítate de encima todas esas terribles ideas. ¡Vete! —le ordené, señalando la puerta. La desesperación hizo que mi voz fuera más aguda.

Philip se tambaleó un momento, y a continuación reapareció la sonrisa lujuriosa.

—Dawn... nuestro hijo... —Se abalanzó sobre mí. Intenté escapar, pero incluso borracho tuvo los reflejos suficientes para cogerme por el brazo izquierdo y arrastrarme hasta el sofá.

—¡Philip! ¡Basta! —chillé. Se apoyó sobre mis brazos, inmovilizándome. A continuación empezó a cubrirme la cara de húmedos besos—. ¡Philip, otra vez estás haciendo algo horrible! —Intenté liberarme a patadas, pero perdí el equilibrio y caí sobre el sofá con Philip encima. De nuevo chillé; incluso intenté morderle la oreja, pero él no aflojó la fuerza de su abrazo.

—Dawn, oh, Dawn —gimió. Comenzó a besarme los pechos. Yo estaba mareada por el esfuerzo. No podía creer lo que me estaba ocurriendo. Cuando colocó la mano derecha sobre mi muslo, lo golpeé en la cabeza y el hombro con mi puño libre, pero era como una mosca intentando atacar un elefante; estaba tan borracho que no sentía dolor alguno. Se ahogaba en su propia fantasía. Era casi demasiado tarde.

Y entonces oí la voz de Christie, me quedé quieta un momento y volví a escuchar. Llamaba desde la puerta, detrás de nosotros. Milagrosamente Philip también la oyó, y aquello puso fin a su ataque. Se quedó helado.

—¡Mamá! —gritó Christie.

Aparté a Philip y me incorporé. Rápidamente me arreglé la bata y el cabello; no podía dejar que viera lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué sucede, cariño? —pregunté, forzando una sonrisa. Saqué las piernas de debajo de Philip, quien se reclinó en el sofá con los ojos cerrados.

—Pensé que había oído a papa —dijo—. ¿Ha vuelto papá?

—¡Oh, no, Christie! —me levanté del sofá, fui hacia ella y la cogí en brazos—. No es papá. Es el tío Philip.

—¿Tío Philip? —Miró en dirección al sofá con expresión somnolienta. Philip abrió los ojos; estaba lo suficientemente sereno como para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Hola!, Christie —dijo, y la saludó con la mano.

—¿Ha venido también tía Bet? —preguntó Christie.

—No. El tío Philip ha pasado un momento para contarme algo del hotel. Pero estaba a punto de marcharse —añadí sin rodeos.

—Sí, así es. —Philip se puso de pie con dificultad y se arregló la ropa—. Es tarde —declaró—, de modo que me iré a casa. —Se encaminó hacia la puerta—. A casa, a mi lecho de sueños —añadió. Antes de salir se detuvo, se volvió e hizo una reverencia—. Buenas noches, señoras.

Christie se echó a reír. Yo permanecí en silencio hasta que Philip se hubo marchado.

—El tío Philip es gracioso —dijo Christie.

—No mucho —contesté, pero ella no pareció comprender—. Volvamos a la cama —le dije, y la cogí en brazos. Después de meterla en la cama volví a bajar para asegurarme que la puerta estaba bien cerrada. A continuación apagué todas las luces y me fui a la cama. Me sentía agitada. Cogí la almohada de Jimmy y hundí en ella la cara para que Christie no oyera mis sollozos. Así es como me quedé dormida.

Por la mañana los acontecimientos de la noche anterior me parecieron una pesadilla. Desperté y preparé a Christie para ir a la escuela; a continuación me vestí y desayunamos juntas. Cuando se hubo marchado salí para el hotel. No hacía una hora que estaba en mi despacho cuando llamaron a la puerta. Era Philip. Parecía agotado;

tenía la ropa arrugada, el pelo revuelto y bajo sus ojos se advertían unas profundas ojeras.

—Dawn —empezó. Lo miré fijamente—. Sólo vengo a disculparme por mi comportamiento de anoche. Bebí demasiado y... y perdí el sentido de la realidad —confesó.

—No te atrevas a venir nunca más a mi casa sin invitación, Philip —rugí. No estaba de humor para perdonar—. Pensar que Christie a punto estuvo de vernos...

—Lo sé, lo sé. Lo siento, y me odio por ello —dijo. Bajó la cabeza en actitud de arrepentimiento mirando fijamente el suelo.

Intenté relajarme y mi ira poco a poco desapareció.

—Debes consultar a alguien, Philip. Estás mal. Me temo que si no lo haces, acabarás como Randolph. —Levantó la cabeza y me miró—. Ya estás haciendo cosas extrañas.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —preguntó rápidamente.

—Nadie ha tenido que decirme nada, Philip. Lo he visto con mis propios ojos. Asintió.

—¿Se lo vas a contar a Jimmy? Lo de anoche, quiero decir.

—No —contesté—. Si lo hiciera te mataría.

Philip volvió a asentir.

—Lo siento —repitió—. No volverá a ocurrir, te lo prometo, y intentaré... consultar a alguien —prometió.

—Bien.

Me miró con deseo durante un momento y a continuación se marchó a toda prisa. En cuanto salió dejé escapar un suspiro. Sólo me cabía esperar que cumpliera con su promesa. Hablaba en serio cuando le dije que no se lo contaría a Jimmy. Si lo hacía, sabía que las sospechas que él siempre había tenido acerca de Philip se verían confirmadas.

Al cabo de aproximadamente una hora sonó el teléfono; cuando oí la voz de Jimmy tuve la terrible sensación de que, a pesar de la distancia que nos separaba, intuía que había ocurrido algo. Sin embargo, me llamaba por otra razón, una razón que hacía que estuviese ciego para todo lo demás.

—Dawn —empezó—, te dije que quizá pronto te diese buenas noticias. Pues, así es.

—¿De qué se trata, Jimmy? Nunca te he visto tan excitado —dije, sin poder evitar sentirme nerviosa.

—¿Preparada? Le he estado dando dinero a papá para que invirtiera en un proyecto común.

—¿Qué proyecto?

—Espera. Escucha. Cuando papá estuvo en la cárcel conoció a un hombre que

trabajaba de vez en cuando como investigador. Por eso acabó en la cárcel: descubrió el oscuro pasado de alguien e intentó hacerle chantaje. En cualquier caso, cuando papá salió de la prisión contrató a esta persona para nuestro caso, y adivina lo que ha hecho.

—No puedo imaginármelo, Jimmy. ¿Qué?

—Ha encontrado a Fern —respondió.

Durante un momento no pude articular palabra. Mi corazón empezó a latir de alegría. Vino a mi cabeza la imagen de Fern cuando no era más que un bebé. Recordé la primera vez que la vi en la maternidad y cómo me desilusioné al advertir que no se parecía en nada a mí; pero también recordé las horas y horas que me pasé cuidándola, y cómo lloraba para que la cogiera en brazos y le cantara. Mamá Longchamp a menudo me pedía disculpas por el tiempo que tenía que pasarme cuidando a la pequeña.

—No te queda tiempo para ser una niña —solía decir—. Siempre tienes que volver corriendo de la escuela para ayudarme a cuidar un bebé.

Pero a mí no me importaba. Era fascinante ver que Fern crecía y descubría el mundo a su alrededor. Para mí, era como una muñeca de tamaño natural, el juguete preferido de cualquier niña.

—¿Estás seguro, Jimmy, absolutamente seguro de que ha localizado a *nuestra* Fern?

—Absolutamente —contestó Jimmy.

—¿La has visto?

—Claro que no —dijo Jimmy—. No está en Texas, sino en Nueva York. Allí es a donde se trasladaron sus padres adoptivos. Vive en Manhattan, no muy lejos de donde tú estudiabas y vivías. Imagínate, Dawn, todo el tiempo que estuviste allí, tan cerca de ella. Es posible incluso que te cruzaras con ella por la calle sin siquiera darte cuenta —dijo.

La posibilidad me dejó casi sin respiración.

—¡Oh, Jimmy!, ¿qué debemos hacer? —pregunté; el corazón me latía cada vez con mayor fuerza.

—En primer lugar regresaré a casa, y después los dos iremos a verla. Estoy seguro de que las cosas son tal como sospechas; ni siquiera sabe que existimos. Pero lo sabrá —juró—. Lo sabrá muy pronto.

REENCONTRAR A FERN

Jimmy estaba sentado en el sofá de mi despacho contándome animadamente los detalles proporcionados por el hombre que él y Papá Longchamp habían contratado. Justo después de la llamada de Jimmy había emprendido el viaje de regreso, en cuanto llegó fue directamente a mi despacho. Ni siquiera se detuvo a saludar a Christie, y muy poca gente en el hotel sabía que estaba de vuelta.

—La pareja se llama Clayton y Leslie Osborne. El trabaja en Wall Street como agente de Bolsa. Su mujer ha empezado a tener cierto éxito como artista; ha conseguido ubicar algunos de sus cuadros en galerías de la ciudad. Posee un estudio en Greenwich Village.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tantos.

—¿Tienen algún otro hijo, adoptado o no? —pregunté.

—No. Hace nueve años que viven en Manhattan, en la Primera Avenida. Antes vivían en Richmond. Fern asiste a un caro colegio privado —concluyó Jimmy, obviamente orgulloso de haber conseguido lo que el señor Updike y su cotizado detective no habían podido hacer.

Sin embargo, al escuchar todos esos detalles acerca de personas que no teman ni idea que las estábamos investigando, hizo que me sintiese como una fisgona. ¿Me gustaría a mí que alguien me observara, me siguiera, tomase notas? Después de tantos años seguramente no sospechaban de nadie, ni debían de sentir temor alguno.

—Por lo que dices es una pareja bien situada —comenté—. Especialmente si son propietarios de una casa en esa zona de la ciudad.

—¿Y eso qué tiene que ver? —saltó Jimmy. Advertí que estaba de un humor explosivo.

—Nada —contesté rápidamente—. Sólo que me alegro de que haya podido tener cosas bonitas y vivir cómodamente.

—Sí, supongo que debemos alegrarnos por eso —admitió.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora, Jimmy? —pregunté.

—Voy a coger el teléfono que tienes sobre el escritorio, marcar el número de esas personas y decirles directamente quiénes somos y lo que queremos —respondió con firmeza.

—¿Qué queremos, Jimmy? —pregunté porque no estaba segura de lo que íbamos a hacer al llegar a Nueva York.

Pareció sorprendido.

—Bueno, queremos... conocer a Fern, claro, y ver cómo está, cómo ha crecido, cómo es. Se trata de mi hermana —declaró como alguien que exige sus derechos.

Pero yo no podía evitar sentirme nerviosa. Jimmy no parecía dispuesto a desistir, y cualquier objeción haría que explotase igual que un cohete. En ese caso las consecuencias serían imprevisibles. Estaba segura de que eso mismo le diría a Clayton Osborne. Sin embargo, yo intuía que habría problemas. Su llamada sin aviso previo sería como una bomba.

Se puso de pie.

—Es hora de que llame a esa gente —anunció.

Me levanté del sillón para que pudiera ubicarse detrás del escritorio. Se acercó al teléfono y empezó a marcar el número que le había dado. Comencé a caminar arriba y abajo por el despacho como un tigre enjaulado; intentando con todas mis fuerzas reprimir mis emociones.

—¿Hablo con el señor Clayton Osborne? —comenzó a decir Jimmy. Yo contuve la respiración y escuché—. Me llamo James Gary Longchamp —dijo, pronunciando cada palabra lentamente, con determinación, como si se tratase de un juramento. Por el modo en que me miró advertí que se había producido un silencio absoluto al otro lado de la línea—. ¿Señor Osborne? ¿Sabe quién soy? —insistió Jimmy—. Fern es mi hermana.

Pensé que Clayton Osborne debía de sentirse como Papá Longchamp el día en que apareció la Policía en nuestra puerta para arrestarlo. Hablaba en serio cuando le dije a Jimmy que Papá y Mamá Longchamp nunca habían hecho nada que me hiciese sospechar que yo no era hija suya, y eso porque con el transcurso del tiempo seguramente habían llegado a convencerse de que, en efecto, lo era. Cuando uno convive mucho tiempo con sus propias ilusiones, acaba por creer en ellas. Me imaginé que Clayton y Leslie Osborne debían de haber enterrado la verdad en su mente convirtiendo a Fern en su verdadera hija. Y ahora aparecía Jimmy, sacaba a relucir el pasado y echaba un cubo de agua fría sobre sus cálidas fantasías, todo a la vez.

Los silencios se sucedieron a medida que Jimmy exigía saber más cosas. La conversación continuó durante un rato, y antes de colgar Jimmy concertó una cita para el día siguiente entre las cinco y las seis de la tarde, en su casa. Cuando por fin colgó Jimmy parecía totalmente agotado. Permaneció en silencio durante un largo rato. A continuación se pasó los dedos por el cabello.

—Todo arreglado —dijo—. Podemos verla, pero sólo si no nos identificamos. Insistió en ese punto, y no tuve más remedio que acceder. Nos haremos pasar por amigos suyos y él promete que Fern estará presente. Claro que ya no se llama Fern. En cuanto la adoptaron le cambiaron el nombre.

—¿Como se llama ahora? —pregunté

—Kelly, Kelly Ann Osborne —espetó con desdén Jimmy. A mí me sonaba bien, pero tenía miedo de decirlo.

—¿Qué más te ha contado de ella?

—Dice que es muy precoz para tener sólo diez años. Esa es la palabra que usó: «precoz». Por la manera en que se refirió a ella, supongo que eso significa que es muy adelantada para su edad.

—Sí, como Christie.

—Hummm. —Se quedó pensativo.

—¿Qué ocurre? —pregunté al advertir una expresión de inquietud en su rostro. Su mirada era tan profunda e intensa que el habitual resplandor de sus ojos negros desapareció por completo.

—No lo sé. No parecía estar orgulloso de ella. A decir verdad —añadió, levantando la vista— parece un tipo bastante esnob con esa voz nasal que tiene. —Se encogió de hombros—. Quizás estuviese resfriado.

—O conmocionado —acoté.

—Sí. No hacía más que preguntarme cómo habíamos conseguido su número, cómo sabíamos su nombre. Lo ignoré; era yo quien debía preguntar. —Sus ojos se iluminaron—. Imagínate, Dawn. Después de casi nueve años vamos a volver a ver a Fern.

La expresión de alegría en su rostro hizo que el corazón volviese a latirme con fuerza. ¿Cómo sería? ¿Nos reconocería de inmediato, especialmente a Jimmy? A estas alturas sus rasgos ya estarían definidos, pensé, pero ¿no existiría alguna intuición, algún sentimiento mágico que haría que nos reconociese? Recordé la primera vez que vi a Philip y experimenté por él un sentimiento que erróneamente consideré amor. Había algo en sus ojos que me decía que estábamos unidos, que teníamos la misma sangre, la misma herencia. Simplemente no lo sabía, no lo comprendía. Quizás, al igual que yo, Fern era demasiado joven para comprender estos sentimientos y los confundiría con otra cosa. Se sentiría azorada, y nosotros entraríamos y saldríamos de su vida como barcos deslizándose silenciosamente al atardecer, vagamente conscientes el uno del otro en la semipenumbra, pero sordos a las voces interiores que nos decían quiénes éramos en realidad.

—Sí, Jimmy —dije—. No puedo esperar, pero no te mentiré. Estoy un poco asustada.

Se detuvo y me miró de aquella manera tan especial que hacía que mi amor por él estuviera siempre vivo.

—Yo también, Dawn —confesó—. Yo también.

De inmediato hicimos los preparativos para el viaje. Christie estaba desconcertada, incluso enfadada por el hecho de que Jimmy llegara y se marchase de nuevo en menos de un día. Cuando se enteró de que yo iría con él, exigió

acompañarnos, y cuando supo a continuación que eso era imposible se echó a llorar. Afortunadamente, Jimmy no se había olvidado de llevarle un regalo: un rancho de Texas en miniatura con pequeñas vacas y caballos y figuras de vaqueros, mujeres y niños. Las mujeres estaban dedicadas a las tareas domésticas; una de ellas batía la mantequilla. Había incluso un pequeño porche con muebles en miniatura y una abuela sentada en una mecedora haciendo ganchillo. Se trataba de un modelo para armar, de modo que Jimmy no salió del cuarto de Christie hasta que el pequeño rancho estuvo totalmente acabado. Pensé que le ayudaría a olvidar el viaje a Nueva York.

—Bueno, eso la mantendrá ocupada hasta que volvamos —dijo, mientras se tendía a mi lado y se acurrucaba—. Te eché mucho de menos, allá en Texas —dijo.

—Yo también te eché de menos y lamenté no haberte acompañado —admití.

—Papá está cambiado. Es un hombre completamente distinto —dijo Jimmy.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Está mucho más... asentado. Edwina dice que ya no sale por ahí a beber, y que adora a su nuevo hijo. Me habría gustado —añadió con tristeza— que hubiera sido ese tipo de padre conmigo.

Casi se me rompió el corazón cuando le oí pronunciar aquellas palabras. Las lágrimas me escocían en los ojos. Lo único que pude hacer fue besarlo tiernamente en la frente.

Se volvió hacia mí y me sonrió. A continuación me acarició ligeramente la mejilla.

—Te quiero tanto —dijo, y me abrazó—. No volvamos a enfadarnos nunca más —susurró.

—Nunca —prometí, pero nunca era una palabra difícil de creer. Nunca más volver a estar triste o preocupada o sola parecía un sueño imposible, algo demasiado mágico para el mundo en que vivíamos.

Yacimos en silencio, los dos esperando y agradeciendo el sueño que borraría las tristes memorias del ayer.

A la mañana siguiente me levanté pronto y fui al hotel a encargarme de algunos asuntos que debían quedar solucionados antes de nuestra partida. No comentamos con nadie el verdadero propósito de nuestro viaje. Philip y Betty Ann simplemente pensaban que íbamos de compras. Se sorprendieron, pero no sospecharon nada. Reservamos una habitación en el «Waldorf», a donde llegamos a primera hora de la tarde. Un cielo encapotado dio paso a una tarde limpia y brillante. Almorzamos, los dos nerviosos y preocupados. Yo hice algunas compras en el mismo hotel, más que nada por mantenerme ocupada. Finalmente Jimmy dijo que era hora de coger un taxi y dirigirnos a la casa de los Osborne.

Su casa estaba situada en una de esas pulcras y ordenadas zonas de Nueva York que parecen inmunes a ruidos y problemas. No había vagabundos; ni suciedad en las cunetas. Las aceras estaban bien barridas, y la gente que se paseaba por ellas no parecía tener prisa como la mayoría de personas que uno podía ver en otras zonas de Manhattan. Por supuesto, yo recordaba aquel barrio, pues estaba cerca de la Escuela Sarah Bernhardt y la residencia de Agnes Morris donde había vivido en mis tiempos de estudiante.

El taxi nos dejó ante la casa, y nos bajamos. Jimmy pagó al conductor y nos volvimos a contemplar la oscura puerta de roble con su vidriera. Estábamos tan nerviosos que tuvimos que apoyarnos el uno en el otro mientras subíamos los escalones. Advertí la tensión en la mirada de Jimmy, la forma en que la piel del rostro se le ponía tirante. Se irguió militarmente y apretó el timbre. Oímos el sonido de las campanas y de inmediato un pequeño perro comenzó a ladrar.

Minutos después Clayton Osborne abrió la puerta y comenzó a rogarle al caniche que estaba a sus pies que se estuviera quieto, pero el perro no dejó de ladrar hasta que Clayton no lo cogió en brazos. El animal gimió y se retorció entre los largos y elegantes dedos de su dueño, pero dejó de ladrar.

Clayton todavía vestía traje y corbata. Era alto y bien parecido, tenía el pelo castaño y los ojos marrones. Era un hombre delgado que se movía con lo que me pareció excesiva confianza, tal vez debido a la tensión del momento.

—Buenas tardes —dijo. Jimmy había tenido razón en lo referente a su voz nasal y arrogante. No estaba resfriado. Hablaba con la cabeza echada hacia atrás y adelantando la mandíbula, como si anticipara una discusión después de cada palabra.

—Buenas tardes —contestó Jimmy—. Soy James Longchamp, y ésta es mi esposa, Dawn.

—Encantado de conocerlos. —Me ofreció la mano después de pasarse el perro al otro brazo. A continuación saludó rápidamente a Jimmy—. Pasen, por favor —dijo, y retrocedió un paso. Después de cerrar la puerta se detuvo—. Me gustaría aclarar ciertos puntos —dijo—. Kelly no sabe nada de su sórdido pasado. En lo que se refiere a ella, ustedes dos son amigos míos, amigos de trabajo. Pasaban por aquí y decidieron hacernos una visita. Pero no cuentan con mucho tiempo. Si Kelly les pregunta algo, esta noche van a ver un espectáculo en Broadway y tienen que pasar por su casa para vestirse.

Sentí que Jimmy se ponía rígido. A mí tampoco me gustaba el tono perentorio de Clayton Osborne. Hablaba con aire de suficiencia, como si tuviéramos que sentimos eternamente agradecidos por el favor que nos estaba haciendo.

Cuando ninguno de los dos dijo nada, añadió:

—He hablado con mi abogado, y no le ha gustado nada todo esto. El método que han utilizado para localizarnos ha sido totalmente inapropiado, si no ilegal. Existen

leyes que protegen tanto a los niños adoptados como a sus nuevos padres, leyes que castigan severamente este tipo de comportamiento.

—No hemos venido a causarle problemas, señor Osborne —respondí rápidamente, antes de que Jimmy pudiera decir nada—. Estoy segura de que puede comprender nuestros sentimientos y el motivo por el cual queremos ver a Fern.

—Kelly —me corrigió—. Se llama Kelly —repitió con firmeza—. No debe llamarla Fern.

—Kelly —dije. Su mirada cayó más pesadamente sobre mí mientras se cambiaba el perro de brazo—. ¿Están ustedes casados?

—Sí —respondió Jimmy. Un estremecimiento de confusión pasó por el rostro de Clayton Osborne, pero se recuperó rápidamente.

—Otra cosa —dijo—. No me llamen señor Osborne. Mi nombre es Clayton, y el de mi esposa, Leslie. Kelly es una niña muy perspicaz y —se volvió hacia Jimmy— muy precoz, como ya le dije por teléfono. Entendería enseguida una cosa así y empezaría a sospechar.

—¿Clayton? —llamó una voz femenina.

Todos nos volvimos. Leslie Osborne estaba en el pasillo. Llevaba una blusa de color verde jade y tejanos. Pensé que tenía un cuerpo de bailarina —pechos pequeños, una cintura estrecha y largas piernas—. Llevaba el cabello castaño claro recogido en una cola de caballo atado con un lazo de color turquesa. Advertí que no llevaba maquillaje pero tenía una de aquellas caras que realmente no lo necesitan. Sus labios eran rojos por naturaleza, sus ojos de un azul cristalino y su cutis perfecto, tan suave y claro como el alabastro.

—¿Qué hacéis tanto rato en la puerta? —preguntó.

—Nos estábamos saludando —dijo Clayton—. Esta es mi esposa, Leslie. —Ella avanzó hacia nosotros con la mano extendida. Vi que en las orejas llevaba unos pequeños pendientes de diamantes.

—¿Qué tal? —preguntó.

Le di la mano. Tenía unos dedos largos y delgados, pero las palmas eran musculosas. Manos de artista, pensé. Me pareció una persona bastante más cálida y menos amenazadora que su marido, y a pesar de que me observó de arriba abajo, su mirada era agradable.

—Perdone que la mire así —dijo sonriendo—. A veces no me doy cuenta que lo estoy haciendo. Es una consecuencia del oficio. Soy artista.

—Lo comprendo —respondí. A punto estuve de decir «lo sé», pero no lo hice porque no quería que se enterase de lo mucho que la habíamos espiado.

—¿Bien, Clayton? —dijo, dirigiéndose a su marido.

—Acompáñalos al salón. Yo iré a buscar a Kelly —dijo Osborne.

—Por aquí —nos indicó Leslie, al tiempo que señalaba la habitación a nuestra

derecha.

La casa de los Osborne parecía ser una construcción de dos plantas; los suelos estaban cubiertos con gruesas alfombras y los muebles eran elegantes y estaban en perfecto estado de conservación. Por lo que veía, cada habitación era una vitrina llena de objetos bonitos y caros. Había cuadros por todas partes, y al acercarme para ver por quién estaban firmados, me di cuenta de que en su mayor parte habían sido pintados por Leslie. Pero había también cuadros de otros artistas. Fern se había educado en un mundo de elegancia y arte, un mundo lleno de cosas buenas, pensé. Me pregunté cómo sería ella.

—Siéntense, por favor —dijo Leslie, al tiempo que señalaba un sofá de madera de castaño—. Cuéntenme rápidamente algo de ustedes antes de que mi esposo venga con Kelly. ¿Dónde viven? —preguntó, y tomó asiento en un sillón que hacía juego con el sofá.

En Cutler's Cove, Virginia, donde me encargo del «Hotel Cutler's Cove», que es de mi familia.

—He oído hablar de él —respondió Leslie—. Debe de ser un lugar precioso.

—Lo es.

—¿Y ustedes dos cómo...?

—¿Nos conocimos?

—Sí —dijo sonriendo.

Miré a Jimmy. Los dos comprendimos lo difícil que sería contar nuestra historia con rapidez.

—Supongo que siempre supimos que estábamos enamorados. Después de que Jimmy ingresara en el Ejército nos comprometimos —dije sin apartar la vista de Jimmy—. Cuando se licenció nos casamos. Para entonces yo ya vivía en Cutler's Cove.

—Qué bonito —dijo. Jimmy todavía no había abierto la boca. Ella lo miró fijamente, pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Clayton Osborne y Fern aparecieron en el vano de la puerta.

A pesar de que habíamos prometido fingir, ni Jimmy ni yo pudimos evitar mirar fijamente, casi con desespero a Fern. De inmediato advertí que ella intuyó que la mirábamos de una forma muy distinta de como lo hacían los otros amigos de sus padres. Arqueó las oscuras cejas en un gesto interrogativo.

Era alta para su edad y aparentaba dos o tres años más de los diez que tenía, lo cual me recordó lo alta que había sido Mamá Longchamp. Su cabello, cortado al estilo paje, era oscuro y brillaba como el ónice negro. El pelo de Mamá Longchamp, pensé. Tenía los mismos ojos negros de Jimmy, pero algo más pequeños.

Clayton tenía razón al afirmar que era una niña precoz; a pesar de su corta edad, empezaba a tener cuerpo de mujer. El contorno de su sujetador era visible bajo la

blusa verde de algodón. Sus brazos eran largos y sus hombros pequeños, y todo su cuerpo era tan esbelto como el de un gato. De hecho, sus ojos me parecieron felinos, pues eran rasgados, penetrantes, curiosos. En conjunto era una niña muy bonita. Su tez era suave y morena, y tenía la boca y la nariz de mamá y la barbilla y la mandíbula de papa. Sena difícil ver a Jimmy a su lado y no darse cuenta de que estaban emparentados, pensé.

—Te presento al señor y la señora Longchamp —dijo Clayton—. Nuestra hija Kelly.

—Hola —dije. Durante un momento pensé que Jimmy no iba a decir nada.

—Hola —dijo finalmente.

Fern nos observó como si intentase decidir si hablaba o se limitaba a mirar. Abrió la boca ligeramente, pero no emitió sonido. Sus ojos fueron de Jimmy a mí para posarse nuevamente en Jimmy.

—Es de buena educación contestar a un saludo, Kelly —sermoneó Clayton.

—Hola —dijo ella.

—Siéntate, Kelly —le ordenó Clayton.

De mala gana, la niña se dirigió a un sillón y se dejó caer en él sin apartar la vista de nosotros.

—Kelly —dijo Clayton con tono severo—, ¿desde cuándo tratas así los muebles? ¿Y delante de los invitados?

—Déjalo, Clayton —intervino Leslie—. Hoy Kelly está un poco deprimida. —Se volvió hacia nosotros—. Ha tenido un mal día en la escuela.

—¡No ha sido culpa mía!

—No es momento para discusiones —dijo Clayton, mirando firmemente a Fern. Ella nos lanzó una mirada y apartó la vista—. El señor y la señora Longchamp son viejos amigos que han venido desde muy lejos y sólo pueden quedarse unos minutos.

La forma en que, limitaba nuestra visita llamó la atención a Fern, quien volvió a mirarnos con renovado interés.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—De Virginia —contesté.

—¿Habéis venido en coche o en avión? —continuó preguntando.

—En avión —respondió Jimmy, sonriendo.

La cálida expresión de Jimmy hizo que la niña lo observase con mayor atención y durante un instante fugaz, estuve segura de ver algo en sus ojos, una nota de reconocimiento, o al menos una profunda curiosidad.

—¿No es en Virginia donde nací? —preguntó Fern.

Leslie le sonrió.

—Te lo he dicho mil veces, Kelly —le explicó—. Naciste en una sala de urgencias de un hospital a las afueras de Richmond, Virginia. A tu padre y a mí se nos

ocurrió hacer un viaje demasiado largo cuando yo ya estaba de nueve meses.

Nacida en la carretera, pensé; el mismo tipo de mentira que me habían contado Mamá y Papá Longchamp. Sin embargo, cuando miré a Fern para ver cómo reaccionaba, la sorprendí observándome, como si estuviese más interesada en mis reacciones que yo en las de ella. Jimmy me lanzó una mirada cargada de desdén. Evidentemente no le parecía muy brillante la mentira.

—¿Y qué hacéis? —preguntó Fern—. ¿Os dedicáis a comprar miles de acciones como los otros amigos de papá?

—Somos los propietarios de uno de los mayores hoteles, de Virginia Beach —respondí. Se llama «Cutler's Cove».

—Nunca he estado en Virginia Beach —se quejó Fern.

—Oh, pobre niña desgraciada—intervino Clayton sarcásticamente—. Sólo has estado en las playas de España y Francia y en todas las islas del Caribe.

—¿Tenéis hijos? —me preguntó Fern, haciendo caso omiso de Clayton.

—Una niña, Christie.

—¿Cuántos años tiene? —quiso saber.

—Kelly —dijo Leslie—, no es de buena educación interrogar a la gente de ese modo. —Se volvió hacia nosotros—. Es una niña muy curiosa; mi esposo piensa que acabará siendo periodista.

—O inspector de Hacienda —dijo Clayton.

—Está bien. A mí no me importa que me pregunte —dije, y volví a mirar a Fern—. Christie tiene cinco años, perdón, cinco y medio.

—¿Cómo es que sólo tenéis una hija? —inquirió.

—¡Kelly! —Clayton nos miró y a continuación se dirigió a la niña—. ¿No te acaba de decir tu madre que no está bien interrogar? Debes aprender a mantener una conversación civilizada.

—Sólo estoy preguntando —dijo la pequeña.

—Intenté tener otro niño —le contesté—, pero lo perdí. Los ojos de Fern se iluminaron.

—Vaya —murmuró.

Vi el esbozo de una sonrisa en el rostro de Jimmy.

—¿Cuál es tu asignatura preferida en la escuela? —le preguntó. Por la forma en que lo hizo, sentí su frustración. Seguramente le gustaría dar un brinco y abrazarla, pensé. Era obvio que también él la encontraba parecidísima a Mamá Longchamp.

—Inglés —contestó—, porque puedo inventarme cosas y a veces escribirlas.

—¿Por qué, entonces, tienes tan malas notas? —intervino Clayton.

—La profesora me tiene manía.

—Por lo visto todos los profesores te tienen manía —comentó Clayton.

—Este año Kelly tiene ciertas dificultades para adaptarse a la escuela —explicó

Leslie.

—¿Este año? —dijo Clayton, arqueando las cejas.

Leslie ignoró el comentario de su esposo.

—Da la casualidad de que es una chica muy inteligente —dijo mirando a la niña—. Cuando quiere puede ser la primera de la clase; pero como los otros alumnos son un poco más lentos, se aburre, y cuando se aburre, se mete en líos.

—Parece que últimamente está muy aburrída —dijo Clayton con tono irónico.

—Odio la escuela Marión Lewis. Todos los chicos son unos esnobs. Me gustaría volver a la escuela pública —se quejó Fern.

—Me parece que tu expediente en la escuela pública no es mucho mejor, Kelly —dijo Clayton. Nos miró—. Teníamos la esperanza de que si mandábamos a Kelly a esta escuela privada, cambiaría, se beneficiaría de la atención individualizada, pero evidentemente debe partir de ella.

Fern comenzó a hacer pucheros tal como me había imaginado que lo haría. Se cruzó de brazos, apretó los labios y volvió la cara.

—¿Han tenido una buena temporada en Cutler's Cove? —preguntó Leslie, cambiando de tema.

—Las últimas han sido muy buenas. El próximo año vamos a ampliar el hotel. Hemos pensado construir nuevas pistas de tenis y comprar algunos barcos más para los huéspedes; Cada vez viene más gente joven —expliqué.

—¿Vuestros propios barcos? —preguntó Fern, de nuevo interesada en la conversación.

—Así es —dijo Jimmy—. Veleros y lanchas motoras.

—¿Qué otras cosas tiene el hotel? —quiso saber.

—Una piscina grande, campos de deportes, jardines, un salón de baile, una sala de juegos...

—Qué chulada —exclamó Fern.

—Kelly, te he pedido que no utilices esa jerga juvenil en casa —le reprendió Clayton—. Uno de los problemas de Kelly —continuó— es que se pasa mucho tiempo con niños mayores que ella. Sin duda son una mala influencia.

—No son niños —chilló Fern.

—Perdona —dijo Clayton—. Adolescentes.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse en Nueva York? —preguntó Leslie, más por poner fin a la discusión que verdaderamente interesada en nuestra respuesta.

—Nos vamos mañana —respondí.

—¿En qué hotel estáis? —preguntó Fern.

—En el «Waldorf» —contestó Jimmy.

—Chul... qué bonito —dijo, mirando a Clayton, quien todavía permanecía de pie, lo cual no hacía más que subrayar lo breve que quería que fuese nuestra visita.

Consultó su reloj de pulsera de oro.

—Creo —dijo lentamente, al tiempo que asentía con la cabeza— que Kelly debería subir a hacer los deberes, ¿verdad, Leslie?

—Tengo mucho tiempo —dijo Fern—. No voy a ir a la escuela durante dos días.

—¿Qué? ¿Dos días? —preguntó Clayton, y se volvió hacia Leslie.

—Habla de esto más tarde, cariño —dijo Leslie tranquilamente.

—¿La han vuelto a echar de la escuela? —exclamó él enfadado.

—Más tarde, Clayton —repitió Leslie, señalando en nuestra dirección. Su pálida piel enrojeció de furia mientras se mordía los labios.

—Kelly —dijo Clayton—, despídete del señor y la señora Longchamp, quiero que subas a tu habitación.

De mala gana, Fern se levantó del sillón.

—Adiós —dijo. Se detuvo delante de Jimmy, que no podía quitarle los ojos de encima, y le dio la mano—. ¿Por qué tienes los ojos tan acuosos, como si estuvieras a punto de llorar? —preguntó.

—¿Están así? —Jimmy forzó una sonrisa—. Quizás es porque yo tuve una hermana que ahora tendría tu misma edad —contestó— y cuando te miro me acuerdo de ella.

De pronto, fue como si el ambiente se llenara de electricidad estática. Clayton Osborne se quedó boquiabierto; la cara se le puso roja y yo pensé que explotaría en cualquier momento. Una mirada de terror se apoderó de Leslie Osborne. Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que parecía querer escapar de mi pecho, y se me entrecortó la respiración.

Sin embargo, Fern no apartó la mirada de Jimmy. Una extraña sonrisa apareció en su rostro.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó.

—Murió.

—¿Cómo?

—Kelly, ya basta —dijo Clayton con voz amenazante—. No puedes continuar haciendo preguntas personales, y mucho menos dolorosas. No sólo es de mala educación, es..., es —miro a Jimmy— cruel. Sube a tu habitación y ponte a hacer los deberes, no importa el tiempo que tengas —ordenó.

Fern bajó la cabeza y empezó a salir de la habitación. Cuando llegó a la puerta se volvió para mirarnos. A continuación salió corriendo y subió las escaleras a grandes zancadas.

Apenas la niña hubo desaparecido, Clayton se acercó a Jimmy.

—Habíamos llegado a un acuerdo —dijo—. Era la única forma en que estaba dispuesto a acceder a esto y usted lo sabía.

—No dije nada que pusiera en peligro la farsa —contestó Jimmy con desdén.

Clayton miró a Leslie, pero ella tenía la vista clavada en el suelo.

—Creo que será mejor que se marchen —dijo Clayton—. Y los aviso, si intentan ponerse en contacto con Kelly...

—Nada de amenazas, Osborne —dijo Jimmy, y se puso bruscamente de pie. Tenía el rostro hinchado de furia, y los negros ojos le brillaban como dos brasas encendidas. Vi que tenía los puños crispados y los músculos del cuello en tensión.

Clayton Osborne retrocedió un paso. Sintió el calor de la ira de Jimmy, y durante un momento no pudo responder.

—Simplemente le estoy diciendo que está pisando un terreno peligroso. Fui lo suficientemente amable como para permitir esta visita, pero no queremos hacer nada que trastorne nuestra relación con Kelly. Si para ello es necesario tomar medidas legales, no dudaremos en hacerlo —añadió, recuperando la compostura.

Jimmy se lo quedó mirando.

—Gracias, señor Osborne —dije, levantándome—. Siento haberle causado algún problema. Señora Osborne, gracias —añadí, y me volví.

Ella sonrió y se puso de pie.

—Es una situación difícil para todos, lo sé —dijo—, pero los acontecimientos han tomado su curso y nosotros debemos seguir adelante por nuestro bien y el de Kelly. Supongo que estarán de acuerdo en que es lo mejor —añadió suavemente.

Su tono apaciguador tranquilizó a Jimmy. Se relajó, y su rostro recuperó su color normal. Asintió, y nos dispusimos a abandonar la casa. Cuando llegamos a la puerta principal me giré y miré las escaleras. Estaba segurísima de haber visto a Fern arrodillada arriba de todo, observándonos desde la balaustrada. Sin despedirse, Clayton Osborne cerró la puerta a nuestras espaldas.

—Odio a esta clase de personas; siempre las he odiado —murmuró Jimmy mientras descendíamos los escalones de piedra—. De alguna manera...

—Tranquilízate, Jimmy. No sé si se puede hacer algo a estas alturas. Tal como ha dicho, la ley está de su parte, no de la nuestra.

—Eso no está bien, Dawn. Es injusto no poder decirle quiénes somos, ni siquiera ahora —se quejó—. Maldita sea. —Se volvió y echó una mirada a la puerta de la casa—. Aunque es obvio que son gente rica, no me parecen adecuados para Fern —añadió.

Me cogió de la mano, caminamos hasta la esquina y cogimos un taxi de vuelta al hotel. Poco después de llegar llamé a casa para asegurarme que Christie se encontraba bien. La señora Boston la puso al teléfono, y Jimmy y yo hablamos con ella. No paró de contarnos cosas acerca de su rancho de juguete, y tampoco olvidó preguntar si le habíamos comprado algún regalo.

—Vamos, Christie Longchamp, ya sabes que no está bien pedir cosas —dije—. Especialmente después de haber recibido un regalo tan estupendo.

—Hablas igual que Clayton Osborne —se quejó Jimmy—. Podemos llevarle alguna cosa.

—Tu padre te está mimando —le dije mientras dirigía a Jimmy una mirada de desaprobación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, al tiempo que levantaba las manos y retrocedía—. Lo que tú digas.

Después de hablar con Christie y la señora Boston decidimos ducharnos y vestirnos para la cena. Las emociones del día nos habían dejado exhaustos, y los dos teníamos ganas de disfrutar de una buena cena y relajarnos un poco. Yo había considerado la posibilidad de llamar y quizá visitar a la señora Liddy y a Agnes Morris, pero había decidido que seguramente no era el mejor momento. Jimmy estaba demasiado ocupado pensando en Fern. Ni siquiera llamé a Trisha, porque sabía que querría cenar con nosotros y pensé que Jimmy no estaba de humor, aunque el buen humor de mi amiga habría sido el antídoto perfecto para la melancolía.

Mientras nos vestíamos, Jimmy no paraba de hablar de Fern.

—¿Verdad que se parece mucho a mamá? —preguntó.

—Sí. Me recuerda la única foto que tengo de ella, la que está debajo del árbol —respondí.

—Sí —dijo animado, pero de inmediato volvió a ponerse triste.

—Por lo menos hemos visto a Fern y sabemos que está sana y bien —dije.

—Sana, sí. ¿Bien? No estoy tan seguro de su salud emocional y psicológica —contestó Jimmy—. No hago más que darle vueltas a la forma en que Clayton Osborne le hablaba en nuestra presencia. Ya sé que es un tipo arrogante, pero era como si se dirigiera a un sirviente o algún huérfano que se había visto obligado a adoptar. No me pareció que existiera amor entre ellos, ¿y a ti?

—No lo sé, Jimmy. No sé si es justo juzgarlo tras un solo encuentro. Estaba preocupado por el comportamiento de Fern en la escuela. Al parecer ha tenido bastantes problemas. Quizá necesite un poco de disciplina. Leslie Osborne me pareció una mujer agradable ¿no lo crees?

—Sí —admitió de mala gana—, pero Clayton es el que manda en aquella casa.

—Fern tiene muchas cosas bonitas de que disfrutar, y dispondrá de un sinfín de oportunidades —dije.

—A veces eso no basta, Dawn. Clara Sue tuvo muchas cosas bonitas y dispuso de grandes oportunidades, y mira cómo ha acabado. No, en aquella casa falta algo, algo cálido y necesario. Demonios, por muy malo y cruel que papá fuese en ocasiones, nos miraba de un modo que hacía que nos sintiésemos importantes para él.

—Jimmy —dije suavemente—, me temo que estás buscando excusas para encontrar algo que no funciona bien. No podemos hacer nada, nada —dije.

Asintió y bajó la cabeza, apesadumbrado. No me gustaba tener que decirlo con

tanta firmeza, pero no había otra forma. Continuamos vistiéndonos en silencio. Sin embargo, cuando nos dirigíamos a la puerta dispuestos a salir, oímos que alguien llamaba. Nos miramos, preguntándonos quién podría ser. No habíamos llamado a nadie en Nueva York, y acabábamos de hablar con Christie, de modo que no esperábamos ningún mensaje. Jimmy fue a abrir la puerta.

Allí estaba Fern. Llevaba una chaqueta de lana azul marino, tejanos y una boina. Jimmy se quedó boquiabierto, y durante unos instantes no pudo decir nada.

—Kelly, querida —dije—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me escapé —afirmó con orgullo.

—¿Te escapaste? ¿Por qué? ¿Y por qué vienes corriendo a nosotros? —pregunté.

—Porque sé quiénes sois —contestó.

DE NUEVO JUNTOS

El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que me faltaba el aire, y durante unos momentos no pude más que hablar en un susurro.

—Entra y siéntate —dije.

Fern miró a Jimmy, que estaba absolutamente atónito, y a continuación se dirigió rápidamente al sofá del salón de nuestra *suite*. Se desabrochó la chaqueta, se quitó la boina de lana, y dejó que el cabello le cayera suelto sobre los hombros. Me senté, pero Jimmy permaneció de pie, con los ojos fijos en Fern. Por la forma en que la miraba, supe que en cada gesto de la niña veía a mamá. Muchos recuerdos volvieron a mi mente. Pensé que me echaría a llorar.

—Esto es bonito —dijo Fern, mirando a su alrededor—. Una amiga mía, Melissa Holt, se hospedó aquí una vez con su padre, y yo vine a visitarla. Su padre nos llevó a las dos a cenar y después al circo. Sus padres están divorciados, pero su madre tiene un nuevo marido —continuó—. Melissa lo odia. Quiere escaparse de casa para irse a vivir con su verdadero padre —concluyó.

Su falta de timidez y la serenidad con que hablaba hicieron que Jimmy sonriera. Finalmente se sentó y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Cómo te enteraste de la verdad? —preguntó Jimmy.

—Un día miré a escondidas los papeles importantes de Clayton y encontré mi certificado de nacimiento y los documentos de adopción —contestó, y se encogió de hombros—. No sabía que iba a encontrarlos. No soy una fisgona —dijo, volviéndose más hacia mí—, pero estaba aburrida haciendo toneladas y toneladas de estúpidos deberes y decidí ponerme a explorar.

—¿No te preocupaba que tus padres te descubrieran mirando sus cosas? —pregunté.

—Leslie estaba en su estudio, como de costumbre, y Clayton asistía a una cena con unos clientes.

—¿Te dejaron sola en casa? —preguntó Jimmy.

—Sí. Lo hacen muchas veces, porque Clayton tiene que ir a algún sitio y Leslie dice que volverá directamente de su estudio, pero se enfrasca tanto con sus cuadros, que se le olvida la hora. A veces hasta se olvida de comer. Se olvidó también del cumpleaños de Clayton, y del mío, y la semana pasada se olvidó de que se había dejado a *Snoogles* en el dormitorio, y se hizo pipí en la moqueta en tres lugares distintos.

—¿*Snoogles*? —pregunté.

—El perro —adivinó Jimmy.

—Leslie le puso el nombre a *Snoogles*, pero Clayton me dio el nombre de Kelly Ann en memoria de su madre —dijo Fern—. Había muerto antes de que Clayton y Leslie me adoptaran.

—¿Siempre llamas a tus padres por el nombre de pila? —pregunté.

—No son mis verdaderos padres —contestó, y en sus ojos oscuros advertí un brillo de cólera—. De modo que no me importa.

—¿Quieres decir que empezaste a llamarlos por el nombre de pila después de lo que descubriste? —pregunté.

—¡Oh, no!, siempre los he llamado así. Es lo que ellos querían. Son... —Se detuvo para buscar el término exacto. Al hacerlo, se pasó la lengua por los labios. Jimmy no pudo evitar sonreír: era un gesto típico de Mamá Longchamp cuando estaba pensativa—. Padres progres —concluyó finalmente—. Tienen montones y montones de libros acerca de cómo educar a los hijos. Aunque Clayton es el único que los ha leído. Leslie se limita a escuchar lo que dice él. Clayton siempre se queja de Leslie porque se olvida de sus citas o llega tarde a todas partes o no se ocupa de la casa ni de mí.

Hizo una pausa y abrió los ojos como platos.

—Esa es una de sus quejas preferidas —añadió—. Justamente hoy, después de que os marchaseis, riñeron por ello.

—¿Dices que riñeron? —preguntó Jimmy.

—Sí, él la culpó por lo que me había ocurrido en la escuela y le dijo que no se interesaba por mi educación.

—¿Qué ocurrió en la escuela? —pregunté.

—El proyecto científico de Jason Malamud se quemó en el laboratorio.

—¿Qué? —Dirigí a Jimmy una mirada de preocupación.

—Bueno, era una cosa eléctrica, y se produjo un cortocircuito o algo así, sólo que él dijo que había sido culpa mía, y la profesora le creyó porque es él mimado de la clase.

—¿Fue culpa tuya? —pregunté.

Me devolvió la mirada con gran tranquilidad.

—En absoluto. Y estoy cansada de que me culpen de cosas que han hecho otros —se quejó—. Odio esa escuela. Está llena de... niños ricos y mimados.

—Se parece a una queja que oí una vez del colegio Emerson Peadboby —dijo Jimmy, y me guiñó un ojo. Le agradaba la similitud; era como si creyese que lo llevaban en la sangre.

—¿Por qué querría Jason echarte la culpa a ti? —pregunté.

—Porque me odia desde el día en que les conté a todos cómo se había hecho pipí en los pantalones. Intentó ocultarlo diciendo que estaba enfermo y que iba a la

enfermería.

Jimmy se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes la verdad acerca de nosotros y tú? —pregunté.

—Un par de años, supongo —dijo, y volvió a encoger los hombros—. No recuerdo la fecha exacta. Fue antes de Navidad, creo. Sí, antes de Navidad aquel año —confirmó, asintiendo—, Clayton me compró una enciclopedia, pero yo quería una casa de muñecas que había visto en el escaparate de «Macys».

—¿Tanto tiempo? ¿Se te ocurrió alguna vez preguntarles algo?

—¡Oh, no! Clayton se pondría furioso si llegara a enterarse de que he visto sus papeles privados. Los tiene bajo llave, pero un día vi dónde guardaba la llave. Nunca dije nada —afirmó.

—Bueno, legalmente ellos siguen siendo tus padres —señalé—. Te han educado y alimentado y...

—¡Los odio! —exclamó—. Especialmente a Clayton.

Jimmy dejó de sonreír, se inclinó hacia delante, me dirigió una mirada fugaz y luego sus ojos se posaron en Fern.

—El sólo quiere lo que cree que es mejor para ti —le expliqué a la niña—. Parece un hombre muy inteligente y de éxito, de modo que...

—Es malo y cruel —exclamó—. Todas mis amigas están de acuerdo. No les gusta nada venir a mi casa. Les hace miles de preguntas y se sienten incómodas. Después me dice que no valen para nada y que son demasiado mayores, y me prohíbe que vaya a sus casas o al cine con ellas...

—Estoy segura de que lo hace con buena intención, pensando en ti, cariño —dije—. Normalmente, cuando una niña de tu edad se junta con chicas mayores, se mete en líos. Estoy segura de que está preocupado por ti y quiere que hagas lo correcto.

Fern nos miró y a continuación se tapó la cara con las manos.

—¡Me hace cosas feas! —dijo bruscamente.

—¿Qué? —Jimmy dio un respingo—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de cosas feas?

Fern sacudió la cabeza y se echó a llorar. Me levanté y me acerqué a ella.

—No llores, cariño —le dije, intentando tranquilizarla—. Explícanos qué quieres decir. No podemos ayudarte si no nos lo explicas. —La abracé. Ella hundió la cara en mi hombro.

—No puedo —murmuró—. Es demasiado... feo.

Jimmy se puso de pie.

—¡Dawn! —dijo.

Asentí y con la mirada le pedí que se calmase y me dejara interrogarla con más detalle.

—Ahora sabes que Jimmy es tu hermano, cariño —le dije a Fern—. Yo soy su

esposa, pero crecimos juntos, y yo te cuidé desde el día que naciste hasta que todos nos separamos.

—¿De verdad? —dijo ella, incorporándose.

—Sí. Te gustaba mucho que te cantase. Mamá se puso muy enferma, y yo tuve que ayudarla. Te lo contaré todo; cómo Jimmy y yo creímos durante años que éramos hermanos y cómo descubrimos que no era así, y que estábamos enamorados. Te contaremos todo acerca de tus verdaderos padres.

—¿Qué les pasó? —preguntó rápidamente.

—Mamá ha muerto —respondió Jimmy—. Papá está bien, pero se ha vuelto a casar y tiene otro hijo, de modo que tienes otro hermano. Se llama Gavin.

—¿Y por qué no me quedé a vivir con mi verdadero padre? ¿Por qué me abandonó? —exclamó mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Saqué el pañuelo y le sequé las tiernas mejillas.

—No te abandonó —le expliqué—. Fueron los de Protección de Menores. Te lo vamos a contar todo, cariño, pero tienes que confiar en nosotros y decirnos a qué te refieres cuando dices que Clayton te hace cosas feas. ¿Qué tipo de cosas feas? ¿Cuánto tiempo hace que está ocurriendo esto?

Tragó saliva con dificultad, cerró los ojos y se recostó. Jimmy volvió a sentarse a escuchar.

—Desde que recuerdo, supongo —empezó, sin abrir los ojos. Se secó las lágrimas y continuó—: Clayton era el que me cuidaba la mayor parte del tiempo porque Leslie estaba siempre ocupada con sus cuadros. Clayton solía vestirme y bañarme. —Abrió los ojos y miró a Jimmy—. Todavía lo hace —dijo.

El rostro de Jimmy enrojeció tanto que pensé que le empezaría a arder la cabeza.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Todavía lo hace?

—Eres suficientemente mayor como para bañarte sola —dije casi en un susurro.

—Ya sé que puedo hacerlo sola, pero él siempre viene y me dice que no me lavo bien. Dice que me salto lugares importantes —afirmó—. Y una vez que intenté cerrar la puerta con llave, se puso furioso y empezó a golpearla hasta que tuve que salir de la bañera y abrirla.

Miré a Jimmy. Estaba sentado al borde de la silla y parecía a punto de pegar un brinco y salir corriendo de la habitación del hotel. Quizás incluso atravesar la puerta de un golpe. Tenía los músculos del cuello tensos, y los ojos fijos en Fern.

—Lo supe desde el momento en que lo vi —dijo.

—Jimmy, no saques conclusiones precipitadas —le aconsejé.

—¿Conclusiones precipitadas? Escúchala a ella —dijo.

Yo asentí y me volví a la niña.

—¿Sabes lo que nos estás diciendo, cariño? —Asintió—. Tu padre..., Clayton..., ¿entra cuando te estás bañando y te toca?

Volvió a asentir.

—Me obliga a ponerme de pie y darme la vuelta —dijo—. Yo cierro los ojos porque no lo puedo aguantar. Coge la esponja y empieza por la espalda, pero pronto me está tocando por delante y...

Se cubrió de nuevo la cara con las manos y sollozó. La abracé y comencé a acariciarle la cabeza.

—No pasa nada. No pasa nada —le aseguré.

—¿Que no pasa nada? —estalló Jimmy—. Ya he oído bastante. —Se puso de pie—. Quiero ir a ver a ese hombre de inmediato —declaró.

Espera, Jimmy —le rogué—. Hagamos las cosas bien para que no acaben peor. Deja que llame al señor Updike y le pida consejo acerca de lo que debemos hacer. Puede que lo estropees todo si te precipitas.

Su rostro se relajó, pero su cuerpo siguió rígido y sus puños crispados.

—Ven a llamarlo, entonces —dijo.

—¿Por qué no vas al cuarto de baño, cariño, y te lavas la cara? —le dije a Fern.

—De acuerdo —contestó—. Pero estoy asustada. Se va a enfadar mucho cuando se entere que os lo he dicho. Me hizo jurar que nunca se lo contaría a nadie. No me obligaréis a volver allí, ¿verdad? Por favor no me obliguéis —rogó, con una expresión de miedo en el rostro. Parecía estar verdaderamente aterrorizada.

—No vas a volver. Ni ahora, ni nunca —le prometió Jimmy—. No te preocupes por nada —añadió, asintiendo.

Ella sonrió a través de las lágrimas. La ayudé a ponerse de pie y la conduje hasta el cuarto de baño. A continuación, fui al teléfono. Jimmy se quedó a mi lado mientras llamaba al señor Updike.

En cuanto le hube explicado dónde estábamos y de lo que nos habíamos enterado, el señor Updike nos recomendó un abogado de Nueva York al que conocía desde hacía años, llamado Simington, quien a su vez nos dijo que tendríamos que ponernos en contacto con las agencias de bienestar social y pedir una investigación. También dijo que la gravedad de los hechos haría del todo imposible pretender una solución rápida.

—Por lo que me ha dicho —continuó—, el señor Osborne ya se ha puesto en contacto con su propio abogado. Él y su mujer tienen derechos que querrán ver protegidos. Habrá acciones legales.

—¿Qué pasa con la hermana de mi marido mientras tanto? —pregunté.

—La Agencia de Protección de la Infancia la alojará en uno de sus hogares hasta que el caso se resuelva. Puedo decirle por experiencia propia que es un asunto muy desagradable para todos los involucrados, especialmente el niño. Es muy probable que tenga que testificar en un juicio público. Asegúrese de que lo entiende, y de que está diciendo la verdad. Los niños dicen las cosas más increíbles cuando no están de

acuerdo con un castigo o se sienten frustrados porque no se les ha permitido hacer algo.

—Lo dice en serio —le aseguré—. Está muy, muy, afectada. Si sólo la viera... No me gustaría que tuviese que pasar por cosas aún peores. Ya ha sufrido demasiado, y durante muchos años, por lo que parece.

—Bueno —dijo—. En ocasiones estos casos pueden resolverse con rapidez si los hechos son tal como el niño los describe. Por supuesto, el padre que ha abusado de su hijo no quiere que el asunto llegue a los tribunales. Quizá fuese una buena idea investigar esa posibilidad.

El señor Simington me proporcionó los números de teléfono de las agencias apropiadas.

—Si necesitan algo más, llámeme mañana a mi despacho —dijo.

Le di las gracias y colgué. A continuación le transmití a Jimmy todo lo que me había dicho el señor Simington.

Después de lavarse la cara y beber un vaso de agua, Fern se sentó de nuevo en el sofá y empezó a hojear algunas de mis revistas de modas mientras Jimmy y yo hablamos. Me pareció que estaba sorprendentemente relajada para una niña que había sufrido tanto. Se lo dije a Jimmy.

—Ya sabes cómo son los niños —me contestó—. Piensa en todo lo que sufrimos nosotros cuando teníamos su edad y cómo pudimos aguantarlo. Los niños son de goma; puedes retorcerlos de cualquier manera y nunca se rompen.

—Por fuera, Jimmy. Por dentro quedan hechos trizas —dije.

—Ya lo sé. Por eso quiero que esto acabe esta misma noche, no mañana, y de ningún modo dentro de meses y meses de maniobras legales en Nueva York.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Se quedó pensativo. A continuación, Jimmy se volvió hacia Fern, quien en ese momento levantó la mirada de la revista. El se dirigió al sofá y se sentó a su lado.

—¿Crees —le preguntó— que serías capaz de volver con nosotros y enfrentarte a Clayton una vez más?

—¿Qué quieres decir? —preguntó. Lo miró y después volvió sus ojos a mí—. ¿Por qué?

—Para decirle a la cara lo que acabas de contarnos —explicó Jimmy.

Fern se mordió el labio inferior y bajó los ojos a la revista.

—En algún momento tendrás que hacerlo, cariño —le dije.

—¿Por qué no podemos irnos de Nueva York a vivir al hotel? —exclamó.

—Te repito, Fern —dije suavemente—, que ellos son tus padres legales.

—Pero Jimmy es mi hermano de verdad. Y tú eres su esposa —exclamó.

—Eso no significa que estemos legalmente autorizados a llevarte con nosotros, Kelly —le expliqué.

—No quiero que me llamen Kelly nunca más. Quiero utilizar mi nombre de verdad: Fern. ¡Fern! —subrayó, los ojos llenos de cólera y determinación.

Jimmy se volvió hacia mí, su rostro estaba iluminado de satisfacción.

—Y quiero irme a casa con vosotros —continuó Fern—. Quiero estar con mi familia, mi familia de verdad, y no con ellos. Los odio —repitió, al tiempo que se golpeaba las rodillas con los puños—. Lo odio por lo que me ha hecho.

—Por eso tenemos que ir a verlo y decirle lo que sabemos y hacerle comprender que tiene que dejarte marchar con nosotros... o de lo contrario acabará en la cárcel —dijo Jimmy—. No tienes por qué sentir miedo. —La cogió de la mano—. Estaré a tu lado, y si te amenaza yo...

—¿Y no puede obligarme a que me quede?

No, no después de lo que nos has dicho —afirmó Jimmy—. Eso seguro.

Fern me miró par ver si yo estaba de acuerdo en lo que Jimmy decía.

—Muy bien —asintió—. Mientras pueda marcharme con vosotros en cuanto acabe.

—Bien —dijo Jimmy.

—Jimmy...

—¿Qué?

—No podemos garantizarle que volverá a casa con nosotros de inmediato —dije.

—Claro que podemos —replicó él—. No te preocupes, Fern —continuó, mesándose el cabello—. De ahora en adelante vas a estar a salvo. Nadie más te hará cosas feas mientras yo esté a tu lado.

Fern sonrió y se echó en sus brazos.

—Oh, Jimmy —exclamó—. Estoy tan contenta, tan contenta de que me encontraseis.

Jimmy irradiaba felicidad. Me miró por encima del hombro de Fern, los ojos tan llenos de alegría y orgullo que no pude evitar devolverle la sonrisa. Pero en mi fuero interno tenía la sensación de que en todo aquello había más..., mucho, mucho más, y sólo el tiempo diría si habíamos obrado correctamente.

—Vamos —dijo Jimmy, poniéndose de pie—. Acabemos con este asunto.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta el hotel? —le pregunté a Fern mientras el botones llamaba un taxi.

—Me escapé de casa, caminé hasta la esquina y paré un taxi. Lo he hecho antes, sola y con Melissa —dijo con orgullo—. Tengo mi propio dinero. Me lo llevé todo cuando me fui —añadió, y abrió un pequeño bolso para enseñármelo. En el interior se veía un montón de billetes arrugados.

—Parece mucho dinero, Fern. ¿Cuánto tienes?

—Más de quinientos dólares.

—¿Quinientos dólares? ¿Cómo has conseguido tanto dinero? —pregunté.

—Lo fui ahorrando de mi semanada —me explicó—. Sabía que tarde o temprano lo necesitaría.

—Clayton debía de ser muy generoso —comenté.

—¡Oh, no! He ido ahorrando durante mucho tiempo. A veces me castiga y se pasa semanas y semanas sin darme nada. Dice que no me lo merezco. Dice que soy yo quien debería pagarle a él, por mantenerme..., por aguantarme —añadió.

—¿Aguantarte, eh? Ese hijo de... —dijo Jimmy.

—¡Jimmy! —exclamé, apartando la vista de Fern—. Por favor. Cuidado con lo que dices.

—De acuerdo.

Los tres subimos al taxi y Jimmy le dio al conductor la dirección de los Osborne. Fern estaba sentada entre los dos. Pensé que su temor crecería a medida que nos acercásemos a casa de Clayton y Leslie, pero no fue así, y no cesó de hacernos preguntas acerca de Cutler's Cove y Christie y los demás miembros de lo que quizá pronto fuese su nueva familia. Qué niña tan valiente, pensé.

Cuando nos bajamos del coche me aferré al brazo de Jimmy.

—Tienes que prometerme que no perderás los estribos ni harás ninguna tontería, Jimmy. Sólo conseguirás empeorar la situación —le advertí.

—No te preocupes —me aseguró—. Sabré controlarme. —Miró fijamente la puerta—. ¿Preparada, Fern? —le preguntó a la niña al tiempo que la cogía de la mano. Ella levantó la vista y asintió—. Recuerda —dijo—, di la verdad y no tengas miedo.

—De acuerdo. —Fern asintió y avanzó con paso decidido, aunque en mi opinión estaba aterrorizada.

—Todo saldrá bien, cariño —dije acercándome por detrás. Posé una mano sobre su hombro. Los tres subimos los escalones. Jimmy tocó el timbre, y al igual que antes, *Snoogles* empezó a ladrar. La cara de sorpresa de Clayton Osborne cuando abrió la puerta se convirtió de inmediato en una mirada de ira al ver a Fern de pie entre nosotros.

¿Que significa esto? —exigió saber—. ¿Dónde has estado, Kelly Ann? ¿Cómo te atreves a salir de casa sin permiso? —Alargó el brazo para cogerla por el hombro, pero Jimmy lo asió por la muñeca.

—Un momento —le espetó—. Tenemos unas cuantas cosas que discutir y Fern —dijo, pronunciando el verdadero nombre de la niña— debe estar presente.

Clayton se libró de la mano de Jimmy.

—De modo que han incumplido el acuerdo —dijo, frotándose la muñeca—. Tendría que haberlo sabido. Bueno, pues los dos pueden dar media vuelta y marcharse de aquí antes de que llame a la Policía.

—Eso mismo es lo que quiero que haga —dijo Jimmy—. Si no lo hace usted, lo haremos nosotros.

—¿Qué? —dijo Clayton frunciendo el entrecejo.

—Clayton ¿qué ocurre? —preguntó Leslie, acercándose por detrás—. ¿Kelly? ¿Qué estás...?

—Se escapó de casa y fue a verlos —explicó apresuradamente Clayton—. Obviamente se han identificado y le han dicho quiénes son.

—¡Oh, no! —dijo Leslie haciendo una mueca—. Kelly, querida, no debes disgustarte. Hay muchos niños adoptados, y eso no significa que sus padres no los quieran.

—Desde luego que está disgustada —dijo Jimmy—. Y no sólo porque se ha enterado de que es adoptada. —Se volvió y le dedicó una mirada asesina a Clayton—. Creo que deberíamos discutir lo que realmente le ha disgustado.

Clayton retrocedió ante aquellas palabras.

—Vamos a ver —comenzó a decir—. Si creen que pueden venir y empezar a amenazarme...

—Deja que entren, Clayton —dijo Leslie—. Es una tontería discutir estas cosas en la puerta, y Kelly debería prepararse para ir a la cama. ¿Ha comido algo? —preguntó dirigiéndose a mí.

—La comida no es nuestra principal preocupación, señora Osborne —dije, manteniéndome firme.

—Entiendo —dijo Leslie—. Clayton, que entren todos, por favor. No hay razón alguna para no comportarse de forma civilizada y arreglar las cosas.

De mala gana, Clayton se apartó, y entramos todos.

—¿Quieren sentarse?, preguntó Leslie cuando llegamos al salón.

—Creo que nos quedaremos de pie —respondí.

Clayton pasó por delante de nosotros en actitud desafiante y se sentó. Nos miraba con furia, especialmente a Fern, quien seguía aferrada a la mano de Jimmy como si la vida le fuera en ello y apoyaba su cuerpo contra el mío.

—De acuerdo —dijo Clayton, las manos apoyadas sobre las piernas—. ¿De qué va todo esto?

—Se trata de los abusos de los que mi hermana ha sido víctima —dijo Jimmy con firmeza.

—¿Abusos? —Los labios de Clayton dibujaron una grotesca sonrisa de burla, el tipo de sonrisa fría que siempre me pone la piel de gallina—. Sin lugar a dudas hemos abusado de ella, especialmente si consideran un abuso gastarnos cientos de dólares en clases de piano, sólo para enterarnos de que nunca ha practicado. O gastarnos cientos de dólares en profesores particulares para que hiciera por lo menos lo básico, solo para enterarnos de que ni siquiera hacía los deberes. ¿Abusos? —espeto, abriendo los

ojos, furioso—. Sí, especialmente si consideran todos los lujosos campamentos de verano a los que ha ido y de los que educadamente le han pedido que se marche. Especialmente si suben y abren los armarios y armarios repletos de ropa cara que en su mayor parte ni siquiera se ha puesto. Vayan a ver las montañas de discos, las cajas de muñecas, el estéreo, la radio..., vayan a ver todos los abusos.

Durante un momento se hizo un gran silencio en la habitación. Incluso Leslie parecía asombrada por el arrebató de ira de Clayton. Este suspiró profundamente y apartó la mirada; estaba rojo de rabia.

—No nos estamos refiriendo a ese tipo de cosas —dijo Jimmy tranquilamente—. Sabemos que le han proporcionado de todo.

—Entonces, ¿a qué demonios se refieren? —chilló Clayton.

—Nos referimos a abusos sexuales —respondió Jimmy, impávido. Durante un momento fue como si hubiera explotado una bomba en la sala. Las palabras de acusación de Jimmy reverberaron en mis oídos. Clayton Osborne abrió y cerró la boca, pero no emitió sonido alguno. Leslie se llevó la mano al cuello como si se hubiese quedado sin respiración.

—¿Qué..., qué ha dicho? —preguntó finalmente Clayton.

—Ya me ha oído, y Fern está aquí para repetirle lo que nos ha contado a nosotros.

Clayton miró a Fern. Yo observé sus reacciones. No se acobardó; conservó la mirada fija, sin siquiera parpadear.

—¿Qué le has contado a esta gente, Kelly? —exigió saber Clayton.

—Les conté lo que me haces en la bañera —dijo Fern sin dudar.

—¿La bañera?

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Leslie—. ¿Qué estás diciendo, Kelly? ¿Qué bañera? ¿Cuándo?

—Dice que su marido ha abusado sexualmente de mi hermana cuando se baña.

—Eso no es cierto; no puede ser cierto —dijo Leslie, horrorizada—. ¿Por qué ibas a decir una cosa tan terrible, Kelly? —Se acercó a la niña. Fern no se inmutó.

—Lo dije porque es verdad —contestó Fern. Se volvió hacia Clayton y entrecerró los ojos. La confusión hizo que el hombre frunciera el entrecejo. A continuación movió la cabeza de un lado a otro, desconcertado.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Es todo esto idea de ustedes dos? —preguntó, levantando la vista hacia Jimmy y hacia mí.

—Claro que no —contesté apresuradamente—. Vino a vernos, y sólo después de mucha persuasión conseguí que nos contara lo que le ocurría. Estaba bastante histérica y aterrorizada. —Me volví hacia Leslie—. Usted, obviamente, no sabía que Fern conoce la verdad de su procedencia desde hace años.

—¿Que lo sabe? —Leslie sacudió la cabeza y miró a Fern—. ¿Cómo lo sabe?

—Un día encontró su partida de nacimiento y los documentos de adopción —

respondí. Fern parecía más asustada por la revelación de su descubrimiento que por acusar a su padre adoptivo de abusos sexuales—. Pero temía que su marido la castigara por mirar sus papeles privados, de modo que no abrió la boca.

—¿Es eso verdad, Kelly? —preguntó suavemente Leslie.

—No me llamo Kelly. Mi nombre es Fern —contestó, desafiante.

Por primera vez aparecieron unas lágrimas en los ojos de Leslie Osborne. Se cubrió la boca con la mano y agitó la cabeza. Clayton Osborne se puso de pie lentamente y se dirigió hacia nosotros con los ojos fijos en la niña. Tenía los hombros levantados y parecía un buitre a punto de atacar.

—¿O sea que descubriste que tu nombre es Fern y que no llevas nuestra sangre? ¿Te gusta eso? ¿Te gusta ser Fern Longchamp y no Kelly Ann Osborne? ¿Te gusta tener por padres a unos secuestradores?

Fern nos miró, sorprendida.

—No es cierto —dije en voz baja.

—Es cierto; es cierto —dijo Clayton—. Y después de que aparecieran, te escapaste de casa para ir a verlos y contarles esta ridícula mentira para que se compadecieran de ti. ¿Quieres vivir con ellos y abandonarnos? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —contestó Fern—. Eso es lo que quiero.

Clayton asintió, los ojos le resplandecía de frustración y furia.

—De acuerdo, entonces. Vete. Vete a vivir con ellos, a ver si te gusta.

—¡Nooooooo! —exclamó Leslie.

—Sí —respondió Clayton—. Deja que se marche. —Se volvió hacia Fern—. Quizás así te des cuenta de lo que tienes aquí y llegues por fin a apreciarlo. Sólo que posiblemente no te deje volver —añadió—. No después de haber contado esta terrible mentira acerca de mí. Éstas son las consecuencias de estar siempre con niñas mayores que tú. Te meten ideas en la cabeza. Tienes razón: ya no eres mi hija.

—¡Clayton! —gritó Leslie—. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que no la quiero en esta casa, no hasta que no se disculpe por decir estas mentiras —dijo. Se volvió hacia Jimmy—. Llévesela de aquí. Recoja las cosas que necesite y llévesela. Cuando se dé cuenta de su error y de lo cruel que puede ser la niña, no vuelva a pedirme ayuda. Para eso uno se gasta dinero en psiquiatras y profesores especiales. Sí —dijo, regodeándose en sus palabras—, es su hermana. Sufra con ella. Yo me voy al despacho. Y tú, Leslie, asegúrate que esta gente está fuera de aquí en menos de una hora—añadió, y se marchó dando un portazo.

—¡Clayton! —exclamó Leslie, pero él no se volvió—. Kelly —dijo dirigiéndose a Fern—. Discúlpate con tu padre ahora mismo.

—No pienso hacerlo —replicó Fern, desafiante.

—Sabes que él nunca te haría una cosa así —dijo, sonriendo a través de las lágrimas—. Lo sabes.

—¡Lo hizo! Lo hizo, y no me importa si está enfadado conmigo. ¡Hizo esas cosas! ¿Quieres que te enseñe dónde me tocaba? —le espetó Fern a la mujer que había intentado ser su madre.

Leslie se cubrió los oídos con las manos y negó con la cabeza.

—Fern, sube a tu cuarto y prepara algunas cosas, cariño —dijo suavemente—. No necesitas demasiado. Te compraremos lo que haga falta.

—De acuerdo —canturreó, y subió corriendo las escaleras. Leslie Osborne sacudió la cabeza y se dirigió al sofá. Se sentó y empezó a llorar. Me acerqué a ella.

—Lo siento, señora Osborne —dijo—. Pero si se ha abusado y se continúa abusando de Fern...

—No es cierto. Clayton es incapaz de algo así. Puede que en ocasiones sea algo severo con ella, pero nunca haría nada que pudiese dañarla —dijo.

—Quizás usted no se enteró —dijo Jimmy.

—Me habría enterado de una cosa así —replicó.

Jimmy negó con la cabeza.

—No si se encierra en su estudio e incluso se olvida de hacer la cena o celebrar los cumpleaños —dijo.

—¿Qué? Yo nunca... ¿Ha dicho eso? —Miró hacia la puerta y volvió a negar con la cabeza.

—El lugar de mi hermana está con nosotros —dijo Jimmy—. Es hora de que vuelva con su verdadera familia.

Leslie giró la cabeza y lo miró fijamente. Sus lágrimas parecían estar congeladas.

—*Nosotros* somos su verdadera familia. *Nosotros* le hemos dado un hogar —dijo lentamente—. Le ofrecimos todo lo que podía necesitar.

—A excepción de un verdadero amor —contestó Jimmy. No perdonaba. Incluso yo me compadecí de Leslie Osborne. Se quedó allí, paralizada, las lágrimas rodaban sin cesar por sus mejillas.

Minutos después oímos que Fern bajaba corriendo las escaleras.

—Estoy preparada —anunció, sosteniendo en la mano una pequeña maleta. Había vuelto tan deprisa que pensé que la tendría preparada.

—Entonces, vámonos —dijo Jimmy con una sonrisa. Cogió a Fern de la mano y se dispusieron a salir.

—Fern —dije.

—¿Qué?

—¿No quieres por lo menos despedirte de Leslie?

Volvió a mirar a la mujer que había sido su madre. Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de la niña.

—Claro. Adiós, Leslie —dijo, y se dirigió corriendo hacia la puerta.

Leslie Osborne agitó la cabeza con fuerza como si intentase negar lo que estaba viendo y oyendo.

—Lo siento, señora Osborne —dije—. De verdad que lo siento, pero es posible que esto sea lo mejor para todos.

La mujer sollozó en silencio pero no respondió.

—Dawn —me llamó Jimmy desde la puerta.

Miré a Leslie por última vez y me uní a ellos. Fern estaba ya al pie de las escaleras.

—Jimmy—dije—, espero que no nos estemos equivocando.

—No nos equivocamos. ¿Cómo podríamos? Vuelve con su verdadera familia. Eso es lo que querría mamá, ¿no te parece?

—Supongo que sí —respondí—. Eso espero —añadí.

—Escucha —dijo en voz baja—. Si Clayton Osborne no fuera culpable, ¿estaría tan dispuesto a que nos lleváramos a Fern sin oponerse a ello? Obviamente quedó aturdido cuando advirtió que nos atreveríamos a enfrentarnos a la verdad. Toda esa ira es su forma de encubrir las cosas.

Asentí. Lo que decía Jimmy tenía sentido. ¿Cómo podía Clayton, si no, desprenderse de Fern con tanta rapidez y facilidad? Al fin y al cabo ella había sido su hija, para bien o para mal, durante todos esos años.

Nos dirigimos a la esquina en busca de un taxi. Fern estaba tan ansiosa por alejarse que casi corría por la acera, la maleta balanceándose en la mano. Ahora que lo peor había pasado, todos admitimos tener hambre. En cuanto llegamos al hotel y dejamos las cosas de la niña en nuestra *suite*, bajamos al comedor. Durante toda la cena Fern habló sin parar, y cuando por alguna razón hacía una pausa, Jimmy aprovechaba para hacerle una pregunta. Era como si los dos quisieran recuperar en un par de minutos todo el tiempo perdido. Yo la observaba a la espera de que se diese cuenta de lo que realmente había ocurrido. Esperé que rompiera a llorar cuando fuera consciente de que abandonaba el único hogar que podía recordar y a las únicas personas a las que podía considerar sus padres. Pero realmente debía de haber sufrido mucho a causa de los abusos a que la sometía Clayton Osborne, porque apenas habló del tema.

No podía evitar sentirme nerviosa. Miraba continuamente la entrada, y cada vez que aparecía alguna persona esperaba que fuera Clayton en busca de Fern, o un oficial de Policía; afortunadamente no apareció nadie. Cuando regresamos a nuestra *suite* pensé que encontraríamos un mensaje, pero no fue así.

El sofá de nuestra *suite* se convertía en cama. Pedimos a la camarera que lo preparase. Estaba segura de que Fern sentiría ansiedad y miedo ahora que tenía que dormir en un lugar extraño con gente que casi no conocía, pero ni lloró ni mostró

preocupación alguna. Lo único que le molestó fue haberse olvidado el cepillo de dientes. Llamé a recepción para que le subieran uno.

Mientras Jimmy estaba en la otra habitación preparándose para acostarse, ayudé a Fern a ponerse el camisón. Me mostró las cosas que había metido en la maleta.

Tenía una docena de panties, un sujetador, sus zapatillas deportivas preferidas y algunas blusas y faldas. Bajo las prendas guardaba revistas románticas, el cepillo para el pelo y un tubo de pintalabios. Me confesó que en su casa nunca lo usaba. Clayton se lo había prohibido.

Me vino a la mente una imagen de mí misma a su edad sosteniendo la pequeña y desgastada maleta, y recordé lo importante que era para mí viajar con mi muñeca preferida. Era una muñeca de trapo, tan raída que ya casi no tenía mejillas y en muchas partes podía verse el relleno de algodón. Fern no tenía muñecas, ningún recuerdo. Su maleta era más extravagante que cualquier cosa que yo hubiera podido soñar tener, pero no llevaba nada que le recordara los momentos queridos, las horas de cariño. Realmente me compadecí de ella.

Apareció en el cuarto de baño mientras yo estaba cepillándome el cabello.

—Ahora voy a dejar que me crezca el pelo hasta que me llegue a la mitad de la espalda —dijo—. Clayton odia el cabello largo.

—Tendrás que cuidarlo mucho si quieres llevarlo largo —señalé.

—Lo haré. En el hotel hay una peluquería, ¿verdad? Jimmy me lo dijo.

—Así es.

—Bien. Y en la casa hay servicio, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero todos nos ocupamos de nuestras cosas —dije—. La doncella ayuda, pero no es la esclava de nadie —le aclaré.

—¡Oh!, no seré descuidada, pero también quiero trabajar en el hotel. Como dijo Jimmy. —Su ansia me hizo sonreír. Qué distinta iba a ser su llegada a Cutler's Cove de la mía, pensé. Llegaría a una casa llena de amor, a un lugar donde todos la deseaban—. Y me muero de ganas de conocer a Christie y los gemelos —exclamó.

No pude evitarlo. Tenía que preguntárselo.

—¿No te lamentas de nada, no sientes tristeza al abandonar a los Osborne, Fern?

—Bueno...

Aquí viene, pensé. Por fin.

—Echaré de menos a mis amigos —dijo, asintiendo—, especialmente a Melissa. Pero —añadió, nuevamente animada— haré nuevos amigos, ¿verdad?

La miré fijamente y recordé todas las veces que me habían arrancado de mi mundo para trasladarme a otro totalmente desconocido para mí. Ni una sola vez fui capaz de consolarme pensando en los nuevos amigos que haría ni en los nuevos lugares que conocería. Siempre me pareció trágico dejar atrás a la gente. Una verdadera amistad no era algo que pudiese sustituirse fácilmente. Cada vez que nos

trasladábamos, tenía la sensación de dejar atrás una parte de mí. Empecé a temer que llegaría un momento en que no me quedaría nada que trasladar. Las personas sólo tienen una determinada cantidad de lealtad y amor.

Al parecer, Fern no había dado mucho de sí misma a nadie, ni siquiera a aquellos que durante mucho tiempo creyó que eran sus padres. Por otra parte, pensé en lo horrible que debía haber sido crecer en un hogar en el que el hombre al que consideras tu padre abusa sexualmente de ti. Cualquiera querría huir en esas circunstancias. Volví a sonreír. Jimmy tenía razón. Me alegraba de que volviese a casa. La arrojé en el sofá cama.

—¿Quieres que deje encendida la lámpara, cariño? —pregunté.

—No, no importa. He dormido en hoteles muchas veces —contestó.

—De acuerdo. Estamos aquí al lado si nos necesitas. Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Cómo está? —preguntó Jimmy cuando me metí en la cama a su lado.

—Muy bien, pero no sé si ha asumido todo lo que le está ocurriendo —contesté.

Jimmy asintió y sonrió.

—¿No te parece increíble, Dawn? Volvemos a cuidar de la pequeña Fern. Mamá estaría tan contenta, y a papá le encantará —dijo—. Supongo que si uno reza lo suficiente y no pierde la esperanza, entonces ocurren las cosas buenas. ¿No te parece, Dawn? —preguntó.

—Quisiera pensarlo, Jimmy —dije.

Pero tenía miedo, todavía tenía miedo a ser feliz. Disimulé mis temores lo mejor que pude y cerré los ojos, esperando que de un momento a otro alguien llamase a la puerta. Incluso tuve pesadillas, pero no vino nadie.

Sin embargo, sabía que aquello no quería decir que nunca ocurriría.

ADAPTARSE

Era como si el sueño hubiera interrumpido a Fern en medio de una frase. Desde el momento en que despertó, no dejó de hablar. Su humor no cambió en absoluto. Seguía sin lamentarse de nada, ajena a la tristeza. A Jimmy y a mí, por el contrario, nos sorprendió su gran energía. Antes de que nos levantáramos ya se había lavado y vestido. Charlando tan alegremente como un pajarito se pegó a mí y me siguió por la *suite* mientras me preparaba para bajar a desayunar. Sin descanso iba de un tema a otro: la ropa que llevaban sus amigas, los peinados, sus películas y cantantes preferidos. Cuando comencé a hablarle de nuestro hogar, me describió las casas de sus acaudaladas amigas, casas en las que había dormido siempre que Clayton se lo permitía.

Al escuchar sus historias, Jimmy y yo comprendimos que Clayton y Leslie Osborne realmente la habían llevado a muchos sitios. Había estado en Inglaterra, Francia, España e Italia. Cada invierno disfrutaba de dos vacaciones en el Caribe. Cuando llegamos al aeropuerto para regresar a casa comprobamos que Fern era realmente una viajera, consumada. Se colocó el cinturón de seguridad y se acomodó en el asiento demostrando gran experiencia y sin temor alguno.

Mientras el avión se adentraba en las nubes miré a Fern para ver si lamentaba algo, pero la niña tenía los ojos resplandecientes y estaba pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor. Se giró y me dedicó una sonrisa. Jimmy le guiñó un ojo; se sentía inmensamente feliz.

El tiempo era perfecto. Aunque estábamos a mediados de otoño, hacía un calor veraniego. Los turistas continuaban abarrotando las playas y las ciudades costeras, de modo que el aeropuerto de Virginia Beach estaba lleno de gente y el tráfico era abundante.

Julius nos esperaba en la entrada. Puso cara de sorpresa cuando vio a Fern entre los dos, cogida de la mano, y arqueó las cejas cuando Jimmy se la presentó como su hermana. Fern le dio la mano con firmeza y educadamente dijo:

—Encantada.

Seducido por la sonrisa y la actitud de Fern, Julius le abrió la puerta rápidamente, y ella subió a la limusina.

—¿Lo ves? —susurró Jimmy, pensando en la forma que la había tratado Clayton Osborne en nuestra presencia—, no es necesario amenazarla para que se comporte.

Fern estaba entusiasmada con el paisaje que veía camino de Cutler's Cove, y cuando llegamos a la ciudad aplaudió, divertida.

—¡Me encanta! —exclamó—. Es como un pueblo sacado de un cuento con pequeños barcos de vela y pescadores y tiendas. ¡Estoy impaciente por explorarlo todo!

Jimmy estaba exultante. Sus ojos habían brillado con tanto amor y felicidad durante toda la mañana que mi corazón se llenó de alegría. Cada vez que Fern decía algo simpático o nos sorprendía con sus conocimientos mundanos, Jimmy se enorgullecía. Y yo no salía de mi asombro por la celeridad y facilidad con la que lo había aceptado como hermano. Era como si todos esos años de separación sólo hubiesen sido unos minutos. Lo cogía de la mano todo el tiempo y lo abrazaba y besaba cada vez que tenía oportunidad. Ante semejante demostración de afecto Jimmy se sentía en el séptimo cielo. En circunstancias normales, se habría ruborizado al recibir en público los besos y abrazos de una precoz niña de diez años, pero ahora agradecía tal alarde de emociones y me lo hacía saber dirigiéndome miradas significativas.

Cuando vio por primera vez el hotel, Fern agarró la mano de Jimmy.

—¡Oh!, Jimmy, es tal como lo había soñado —exclamó entusiasmada.

—¿Soñado? —le pregunté.

—Sí. Anoche me dormí pensando en esto, y soñé que estaba sobre una colina y que desde el porche se podía ver el mar —explicó.

Jimmy me miró como si las fantasías de una niña tuvieran algún significado espiritual, como si aquello viniese a demostrar que toda la vida había estado con nosotros aun sin saberlo.

—¡Oh!, cómo me habría gustado que vinieses por mí muchos años antes —dijo Fern en tono melancólico.

Casi nos echamos a llorar.

—Te lo compensaremos, Fern —dijo Jimmy—. Te lo prometo —añadió con firmeza.

—Ya sé que lo harás, Jimmy —contestó ella, y volvió a abrazarlo.

Yo no podía evitar sentir una punzada de dolor cada vez que Jimmy le prometía algo. Prometer cosas a una niña pequeña era poner estrellas en su cielo de sueños. Si no se cumplían, dejaban un mundo oscuro y solitario y llevaban a desconfiar de todo lo que los adultos decían. Tenía miedo de que Jimmy le prometiera demasiadas cosas, ya que cada vez que lo hacía, los ojos de Fern se volvían más y más cariñosos.

No nos detuvimos frente al hotel, sino que le pedimos a Julius que nos llevara directamente a nuestra casa. Christie ya habría regresado de la escuela. Cuando llegamos salió corriendo al porche con la señora Boston detrás de ella y bajó de un salto las escaleras, las dos coletas doradas rebotando sobre los hombros. Fue directamente a los brazos abiertos de Jimmy. Yo miré a Fern y vi que entrecerraba los ojos y que con los labios formaba una sonrisa leve y dura. Jimmy alzó a Christie y se

volvió hacia Fern.

—Christie, quiero que conozcas a mi hermana Fern. Ha venido a vivir con nosotros —añadió.

La señora Boston abrió los ojos como platos e inclinó a un lado la cabeza.

—Hola, Christie —dijo Fern.

Christie la miró con desconfianza, sin duda insegura de sus propias emociones. Le gustaba la idea de que hubiera otra niña en la casa, pero también se sentía amenazada por la posibilidad de tener que compartir el cariño de Jimmy con alguien.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó Fern.

Christie se volvió hacia mí para comprobar cuál era mi reacción. Yo asentí con la cabeza. Fern se inclinó hacia delante y besó a Christie en la mejilla. Christie jugueteó con una de sus coletas y continuó mirando, sorprendida.

—Ésta es la señora Boston, Fern —dije—. Nuestra ama de llaves y nuestra querida amiga —subrayé.

—Hola —dijo Fern rápidamente.

—Bienvenida, cariño —dijo a su vez la señora Boston. Ella y Julius intercambiaron miradas de sorpresa cuando éste subió las maletas.

—Fern dormirá en la habitación contigua a la de Christie —dije.

La señora Boston asintió.

—Me aseguraré que la cama esté hecha y la habitación aireada —dijo, y se dispuso a poner manos a la obra.

—¿Por qué no le enseñas la casa a Fern, Christie? —sugerí cuando Jimmy la dejó en el suelo. Christie miró a Fern a ver si quería, y ella asintió más animada.

—¿No te parece maravilloso? ¿No te parece estupendo? —preguntó Jimmy. Lo cogí de la mano, y entramos en la casa detrás de las niñas.

Christie estaba verdaderamente fascinada con su joven tía. Se mostraba impaciente por enseñarle todos sus juguetes y bonitos vestidos. Después de que Fern lo hubiera visto todo, incluidos el mirador, el columpio y el tobogán del jardín, y de que se acomodara en su habitación, fuimos al hotel. Jimmy deseaba que todos la conocieran, Philip y Betty Ann fueron los primeros a quienes les presentó y a continuación Christie la cogió de la mano para llevársela a ver a los gemelos. Yo me dirigí a mi despacho para informarme de lo que había ocurrido en nuestra ausencia. Por los recados advertí que mamá había estado llamando durante todo el día.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a Nueva York de compras? —quiso saber cuando la llamé—. Podría haberte acompañado. O ¿no querías que fuera contigo? —gimió.

Cuando le expliqué cuál había sido el verdadero motivo y lo que había ocurrido, se quedó atónita. Sin embargo, me sorprendió lo bien dispuesta que se mostró con Fern, pues supuse que se pondría a hablar de lo difícil que me resultaría tener otra

criatura en casa.

—Pobre niña —dijo suavemente. A continuación añadió—: Entiendo lo que significan los abusos sexuales. ¿Es introvertida? —preguntó.

—No, mamá, es una niña muy extravertida, casi eufórica, diría.

—¿De verdad? Recuerdo bien cómo me sentí después de que tu... mi suegro... abusara de mí —dijo.

—Quizá se deba a que todavía es una niña —sugerí—. Como dice Jimmy, los niños son más resistentes. Cuando pienso en todo lo que hemos aguantado él y yo, me doy cuenta que tiene razón —añadí.

Mamá no quería saber nada de todo aquello.

—Sí —contestó—. Bueno, ahora tendré que dar una cena para celebrar todo esto. Te llamaré en cuanto lo tenga todo planeado.

—Mamá —la avisé—, que sea una cena sencilla. Nada de multitudes.

—¡Oh!, Dawn, yo nunca invito multitudes —protestó.

—Ya sabes lo que quiero decir. No queremos que Fern se sienta aturdida.

—Creo que soy capaz de dar una buena cena familiar —alardeó.

—De acuerdo, mamá. Gracias —dije, y no hice más comentarios.

Durante los días que siguieron estuve bastante ocupada con Fern. Fuimos de compras; le compré ropa nueva y todo lo necesario para que empezara la escuela. Su partida de la casa de los Osborne había sido tan precipitada que casi no había llevado nada con ella. Jimmy me aseguró que Clayton Osborne no mandaría absolutamente nada.

—No está dispuesto a soltar un centavo más —dijo Jimmy.

Sin embargo, vi por las prendas que Fern elegía y los zapatos que le gustaban que estaba acostumbrada a comprar los objetos más caros. Conocía todas las marcas e incluso los nombres de los diseñadores. Era evidente que Clayton Osborne no había sido ningún tacaño cuando se trataba de las cosas que Fern quería y necesitaba, pensé. Al preguntárselo contestó rápidamente:

—Me compraba lo que quería para que no le contase a nadie lo que me estaba haciendo.

—Entonces, ¿por qué no te compró aquella casa de muñecas que querías para Navidad? —pregunté cuando salimos de los grandes almacenes de Virginia Beach.

Tardó unos instantes en contestar.

—Finalmente me la compró —dijo al cabo—, después de entrar otra vez en el cuarto de baño. ¿Tengo que hablar de eso? —preguntó, malhumorada.

—Claro que no, cariño —dije—. Sólo era curiosidad.

Pareció satisfecha.

Al día siguiente la matriculé en la escuela de Cutler's Cove. Su director, el señor Youngman, dijo que tendría que ponerse en contacto con el colegio Marión Lewis

para pedir los informes.

—Tenemos que saber cuáles son sus puntos fuertes y débiles para situarla correctamente. ¿Tocas algún instrumento, Fern? —le preguntó.

—No —respondió ella enseguida. Me miró y a continuación añadió—: Quería tocar la flauta, pero mi padrastro pensaba que era una pérdida de tiempo.

—Entiendo. Bien, quizá puedas empezar con la flauta aquí, si quieres. Tu sobrina Christie es ya una buena pianista —añadió, sonriendo.

Pensé que a Fern le agradaría aprender a tocar un instrumento, pero la idea no pareció entusiasmarle. De hecho, cuando nos marchamos la vi taciturna por primera vez desde su llegada. Me imaginé que se sentiría nerviosa al tener que ir a una nueva escuela; yo, que había estado en un colegio tras otro, podía entenderla muy bien. Cada cambio implicaba una crisis emocional, ya que los alumnos nuevos siempre son mirados con curiosidad por sus compañeros. Cada vez que yo llegaba a una escuela ya iniciado el curso, me miraban con lupa. Sabía que las otras chicas examinaban mi ropa y decían cosas acerca de mi cabello. Sabía que los chicos miraban mi figura y mi cara, y que los profesores se preguntaban qué tipo de estudiante sería.

De acuerdo a lo que la propia Fern nos había dicho, la habían cambiado de colegio numerosas veces y había tenido experiencias similares a las mías.

—Esta es una buena escuela, Fern —intenté tranquilizarla—. Te gustará. Todos son simpáticos y se preocupan de que las cosas vayan bien. Los profesores conocen bien a los alumnos, y como es una comunidad pequeña, también conocen a sus familias. —Advertí que mis palabras no surtían el efecto esperado—. Irás al colegio todos los días en la limusina con Christie —dije, con la esperanza de que eso la alegrara un poco, pero reaccionó de forma completamente opuesta.

—Los otros alumnos me odiarán por ser una niña rica —se quejó. Tenía una forma rara de bajar las comisuras de la boca y apretar los dientes cuando algo no le agradaba.

—¿Es eso lo que te ha ocurrido hasta ahora?

—A veces —contestó—. A los profesores tampoco les gusta que tu familia sea adinerada, porque eso significa que tienes muchas más cosas que ellos.

—¡Oh!, no, Fern. Eso aquí no ocurrirá. Christie adora a sus profesores, y ellos a ella. Estoy segura de que te acostumbraras y todo irá bien —dije, pero no parecía convencida.

Al cabo de un rato se animó y preguntó:

—¿Cuándo puedo empezar a trabajar en el hotel?

No pude impedir echarme a reír. Me habría gustado ser siempre como los niños y considerar el trabajo una diversión.

—Enseguida, si quieres. ¿Qué te gustaría hacer?

—Quiero trabajar en la recepción —contestó, animada.

—De acuerdo. Te presentaré a la señora Bradley. Ella es la encargada de la recepción —le expliqué.

—Pensé que tú te encargabas de todo —dijo, bajando las comisuras de la boca.

—Lo hago, pero cada departamento del hotel tiene su propio director —dije.

—Pero tú puedes decirle lo que tiene que hacer, ¿verdad? —insistió.

—Sí, Fern, pero la señora Bradley lleva mucho más tiempo aquí que yo, y sabe perfectamente lo que hay que hacer. No tengo que decirle nada —respondí con una sonrisa.

La señora Bradley era una mujer muy agradable y elegante de unos sesenta años que siempre llevaba el cabello canoso recogido con unas bonitas horquillas. Tenía unos cariñosos ojos verdes que sonreían perpetuamente. Llevaba el departamento con eficacia y era tan parte del hotel como cualquiera. A los huéspedes les gustaba que la señora Bradley les diese la bienvenida.

Era viuda y vivía sola en la ciudad en una pequeña casa estilo Cape Cod. Sus dos hijas estaban casadas y vivían lejos, una en Washington D.C., y la otra en Richmond. No conocía a nadie a quien le costara entenderse con la señora Bradley, y eso incluía a niños de todas las edades. De modo que cuando le presenté a Fern y le dije que quería ayudar en la recepción, sonrió complacida y la acogió con los brazos abiertos.

—Hace tiempo que busco una ayudante —dijo. Fern sonrió, pero a mí me pareció más una mueca que una sonrisa. Semejaba una niña que sabía que Papá Noel no existía y a la que no le gustaba que le contasen cuentos.

—De acuerdo, entonces —dije—. Te dejaré aquí con la señora Bradley y ella te lo explicará todo, ¿de acuerdo?

Fern asintió. Sin entrar en detalles, llevé aparte a la señora Bradley y le dije que Fern había estado pasando una época muy difícil y necesitaba mucho amor y cuidado.

—Déjelo de mi parte, Dawn —dijo—. No tengo muchas oportunidades de ejercer de abuela.

—Gracias, señora Bradley —contesté, y volví a mi trabajo.

Fern volvió a sorprenderme. Era muy extravertida y se aseguraba que todos supieran que era la hermana de Jimmy. Estaba a su lado siempre que podía y se pasaba horas con él incluso cuando supervisaba algún trabajo en el exterior. Le encantaba cenar en el comedor del hotel y se sentaba con orgullo —casi con arrogancia, pensé— junto a mi esposo. No pasó mucho tiempo antes de que conociera a todos los camareros y botones. De hecho, se acostumbró rápidamente a la rutina del hotel y se adaptó a su nueva vivienda con tanta facilidad que era como si hiciera años que estaba con nosotros. Una noche, después de cenar, se lo mencioné a Jimmy. Asintió.

—Me he dado cuenta —dijo, y se encogió de hombros—. Supongo que se debe a que ha pasado mucho tiempo sola. ¿Sabes? Leslie Osborne nunca hizo por ella lo que

se puede esperar de una madre, y... vivir con aquel perverso. Supongo que más de una vez buscó la oportunidad de alejarse de él.

—Supongo que sí —dije. A continuación me eché a reír.

—¿Por qué ríes?

—Me estaba acordando de cuando Fern era un bebé. ¿Recuerdas lo exigente que podía llegar a ser y lo histérica que se ponía hasta que uno la cogía en brazos y le cantaba, o cómo se echaba a llorar si cuando papá entraba en la habitación no se dirigía directamente a ella? Nunca fue tímida —concluí—. No hay razón para que ahora lo sea.

Jimmy sonrió.

—Papá está planeando hacernos una visita con Edwina y Gavin —dijo—. Cuando le conté que Fern estaba aquí se quedó sin voz. Llamará dentro de unos días y me dirá exactamente cuándo vendrán. ¿No te parece maravilloso? —añadió—. Todos juntos otra vez.

—Todos a excepción de mamá —dije tristemente. No quería tirarle un cubo de agua fría, pero no podía evitar pensar en ella y desear que pudiese estar entre nosotros.

Los ojos de Jimmy se llenaron de lágrimas, pero las reprimió. La tristeza, como la leche agria, siempre repite.

Por las noches, cuando todos regresábamos del hotel, Christie inmediatamente le suplicaba a Fern que fuese con ella a su habitación a jugar, pero yo me negué, pues quería que Fern empezara con buen pie la escuela.

—Fern tiene que hacer los deberes —dije—. Una vez que termine podrá jugar contigo.

Christie hizo una mueca y se marchó. Normalmente Fern se iba con ella y se sentaba a colorear cuadernos o a jugar con las muñecas y juguetes de Christie. Una noche, cuando pasaba por delante de la habitación de Christie, oí que Fern le decía con tono firme que debía llamarla «tía». Me detuve un momento para escuchar.

—Yo soy la verdadera hermana de Jimmy, lo cual me convierte en tu tía, de modo que de ahora en adelante debes llamarme tía, o si no fingiré no oírte. ¿Lo comprendes?

—Sí —contestó Christie, obedientemente.

—En realidad soy mucho mayor que tú, pero no me importa jugar contigo y enseñarte cosas —continuó Fern haciéndose la adulta. El tono de su voz me sorprendió. De hecho, pensé que estaba haciendo una buena imitación de Clayton Osborne.

—Ahora —continuó— puedes hacerme la pregunta que quieras, sobre cualquier tema. Incluso —dijo, bajando un poco el tono de voz— preguntas acerca de los

chicos. Sabes por qué los chicos son diferentes, ¿verdad? No, no lo sabes —añadió Fern rápidamente—. Asientes, pero por la expresión de tu cara veo que no lo sabes. Bueno, yo te lo diré.

Entré en la habitación y me aclaré la garganta para llamar la atención, pero cuando Fern levantó la mirada vi en sus ojos un extraño resplandor. Brillaban de frustración e ira. Parecía un adulto que se siente furioso porque lo han interrumpido. Al cabo de unos momentos la ira desapareció de sus ojos y una sonrisa le suavizó el rostro.

—Hola, Dawn —dijo.

—Fern, querida, ¿puedo hablar un momento contigo? —dije. Salí con ella al pasillo. Levantó la cabeza y me dirigió una mirada de inocencia y confusión—. No pude evitar oír algunas cosas que le decías a Christie —comenté. A continuación moví la cabeza de un lado a otro—. Ella es demasiado pequeña para que le cuentes esas cosas. Todavía no ha cumplido seis años.

—Yo ya lo sabía cuando tenía su edad —replicó Fern—. Clayton se aseguró que lo supiera.

—Bien, pues aquí las cosas son distintas. No hay ningún Clayton. Christie ya tendrá tiempo de aprender lo que es el sexo. Primero tenemos que dejar que sea una niña pequeña, ¿no te parece? Sé que quieres ser una tía simpática, pero...

—Clayton también solía hacerme esto —se apresuró a decir, con los ojos fijos en mí.

—¿Hacer qué, cariño?

—Espiar me cuando venían mis amigos —dijo en tono acusador.

—No te estaba espiando, Fern. Pasaba por delante de la habitación y...

—Es lo mismo —dijo—. Si dos personas están manteniendo una conversación privada en una habitación, otra persona no debe detenerse ante la puerta y escuchar —me sermoneó.

Enrojecí.

—Lamento que sintieras que te espiaba, Fern, pero Christie es mi hija, y me preocupa todo lo que pueda hacer, ver y oír. Por favor no vuelvas a mencionar ese tema delante de ella, ¿de acuerdo? Cuando llegue el momento podrás ayudarla. Eres una niña muy madura, y...

—De acuerdo —dijo—. Mantendremos una conversación de bebés. De todas formas estoy cansada —añadió—. Me voy a la cama a leer y a dormir. ¿Puedo marcharme?

—Sí, cariño. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó, y se marchó.

—¿Dónde está tía Fern? —preguntó Christie cuando volví a entrar en la habitación.

—Estaba cansada y se ha ido a la cama, cariño. Deberías imitarla; ya es tarde.

—Pero si estábamos jugando... a la escuela. Ella era la profesora y yo la alumna —protestó.

—Mañana seguiréis jugando.

Christie me miró furiosa y de mala gana fue al cuarto de baño a cepillarse los dientes. Cuando bajé encontré a Jimmy sentado en un cómodo sillón leyendo una de sus revistas de coches; le conté todo lo ocurrido.

—No le gustó nada que la reprendiera —añadí.

Jimmy sacudió la cabeza y dejó a un lado la revista.

—Pobre niña —dijo—. Todos esos años de abusos deben de haberle hecho mucho daño.

—Tal vez debería verla alguien, un psicólogo, quizá —sugerí.

—Creo que no —contestó—. Creo que lo que le hace falta es vivir una vida normal entre gente que la quiere y se preocupa por ella. Dentro de un tiempo habré olvidado todas esas cosas, estoy seguro.

—No lo sé, Jimmy. Según lo que nos cuenta, han sido muchos años de sufrimientos. Eso no se olvida de la noche al día ni incluso después de muchos meses. Y me temo que Christie...

—¿Qué? —dijo, y cerró la revista de golpe—. No me digas que piensas que mi hermana va a corromper a Christie. —Los ojos de Jimmy eran del mismo color carbón que los de Fern.

—No he dicho eso, Jimmy. Claro que no, pero Fern no ha convivido nunca con una niña tan pequeña, y menos con una tan inteligente y perspicaz. Si pudieras hablar con ella... —sugerí suavemente.

Jimmy se recostó en el sillón, el rostro más relajado.

—Claro —dijo—. Hablaré con ella, pero tenemos que ser comprensivos. Ha sufrido mucho. No quiero que piense que ha salido de una situación horrorosa para caer en otra.

—No me parece que vivir aquí con nosotros signifique ningún tipo de sufrimiento, Jimmy —dije.

—No, no, por supuesto que no. De acuerdo —dijo, respirando profundamente—. Yo me ocuparé. Tal vez he sido algo brusco, y lo siento. Simplemente no puedo evitar ponerme furioso cuando pienso en lo que le ha ocurrido.

—Lo entiendo, Jimmy —dije. Me acerqué a él para darle un beso en la mejilla. Sonrió y volvió a su revista, pero yo no pude evitar pensar que la pequeña fisura en nuestro matrimonio se había agrandado.

Y por razones que yo no llegaba a entender.

Si a Fern le había sentado mal que la noche anterior le sermoneara, a la mañana

siguiente no dio muestras de ello. De hecho, mientras la limusina esperaba por las niñas para llevarlas a la escuela, por vez primera Fern esperó mientras Christie me daba un beso de despedida. A continuación se acercó.

—Adiós, Dawn. Nos veremos en el hotel después de la escuela —dijo, y me abrazó y me besó en la mejilla de la misma forma que lo hacía con Jimmy. Antes de que yo pudiera responder, cogió a Christie de la mano y se marcharon. Me llevé la mano a la mejilla y al girarme advertí que Jimmy me miraba con una amplia sonrisa en el rostro.

—Es como una flor que ha estado prisionera en un sótano húmedo y oscuro y que por fin ve la luz del sol —dijo—. Ahora está floreciendo. Es una niña estupenda.

—Supongo que sí —contesté, todavía sorprendida.

Aquella tarde, sin embargo, parte de mi optimismo desapareció cuando recibí la llamada del director de la escuela, el señor Youngman.

—Sé que está muy ocupada, señora Longchamp —dijo—, de modo que pensé que sería mejor llamarla que pedirle que nos visitara. ¿Tiene un momento?

—Sí, señor Youngman. ¿Qué ocurre? —pregunté, y comencé a sentirme agitada.

—El colegio Marión Lewis nos ha enviado el informe escolar de Fern, mejor dicho, de Kelly Ann. Me temo que sus notas dejan mucho que desear. ¿Era usted consciente de lo mal que iba en los estudios?

—Sabíamos que se sentía muy a disgusto allí —dije.

—Estaba suspendida en todas las asignaturas —dijo. A continuación, con tono enfático, repitió—: En todas. Pero no sólo eso. Sus profesores se quejan de su comportamiento.

—Creo que todo eso tiene que ver con la triste vida que llevaba en su casa, señor Youngman —expliqué—. Quizá mi marido y yo deberíamos hacerle una visita. Existen ciertas circunstancias especiales.

—Bueno, sí, supongo que podría ser de ayuda —dijo—. Siento que tengan que molestarse.

—No, estoy segura de que Jimmy querrá que vayamos. ¿A qué hora le iría bien? —pregunté, y concerté una cita para el día siguiente.

Cuando se lo conté a Jimmy, estuvo completamente de acuerdo.

—Tendremos que contárselo todo —dijo—. En cualquier caso, será mejor que los profesores lo sepan. Les ayudará a ser más comprensivos y tolerantes.

Cuando nos reunimos con el señor Youngman y le contamos toda la historia, éste movió la cabeza tristemente y dijo que se alegraba de que hubiéramos confiado en él.

—Eso lo explica todo —asintió—. Estoy seguro de que su comportamiento rebelde en la escuela era una forma de pedir ayuda. Evidentemente, la decisión de abandonar el nombre de Kelly Ann y usar el verdadero es prueba de las ganas que tiene de olvidar. Pobre niña. Estén tranquilos señor y señora Longchamp, resolveré

este asunto discretamente. Haremos todo lo posible para que las cosas cambien.

—Por favor no dude en llamarnos si surge algún problema —le dije.

—¿Lo ves? —comentó Jimmy al salir—. He aquí un hombre inteligente y comprensivo. Así es como debemos comportarnos nosotros.

Asentí, pero seguía pensando que quizá los problemas fueran mayores de lo que Jimmy se imaginaba. Y entonces, como si fuera una gitana capaz de adivinar el futuro, ocurrió algo que avivó las llamas de mi ansiedad y preocupación.

Dos días después la señora Bradley vino a verme. Estaba muy nerviosa y le corrían lágrimas por las mejillas. Me levanté inmediatamente de la silla y me acerqué a ella.

—¿Qué ocurre, señora Bradley? ¿Le ha pasado algo a su familia? —me apresuré a preguntar. Negó con la cabeza. La ayudé a sentarse en el sofá de piel y le serví un vaso de agua.

—Gracias —dijo, y procedió a beber un sorbo. A continuación se recostó, respiró hondo y me contó la causa de su agitación—. Nos faltan casi trescientos dólares de la caja —dijo—. Es la primera vez que ocurre una cosa así desde que trabajo en el hotel, y sabe, Dawn, de eso hace ya muchos años.

—¡Oh!, señora Bradley, ¿está segura de que faltan?

—Florence Eltz y yo hemos repasado las cuentas una y otra vez. Todos nuestros recibos cuadran, y no hay duda alguna de que el dinero ha desaparecido.

Me senté a su lado. El corazón me empezó a latir con fuerza. La señora Bradley era demasiado educada como para decir lo que me temía. Esperaría a que yo se lo preguntara.

—¿Qué cree que puede haber ocurrido, señora Bradley? ¿Puede que se desviara a otra cuenta? ¿Un ingreso equivocado, quizá? —pregunté esperanzada.

—Florence y yo hemos comprobado todas las posibilidades a fondo antes de decidir que era necesario venir a verla. Hemos obligado a la pobre señora Avery a que repasara los ingresos de la semana una y otra vez. Es decir, las cuentas del bar además de las habitaciones, pero no se ha quejado. Deseaba que encontráramos el error. Pero no ha habido ningún error. No, Dawn —añadió, moviendo la cabeza—. No albergamos dudas: el dinero ha sido robado. La gente de mi departamento hace años que trabaja conmigo y pondría la mano en el fuego por cualquiera de ellos... por todos excepto uno —añadió. Sus palabras finales cayeron como bolsas de plomo.

Atontada, bajé la cabeza.

—¿Le ha preguntado algo? —quise saber.

—Estaba allí cuando empezamos a buscar frenéticamente el dinero. Sabía que habíamos descubierto la desaparición, pero no abrió la boca.

—¿Y ella tenía acceso al dinero? —pregunté, levantando la cabeza, que también parecía de plomo. La señora Bradley se mordió el labio inferior y asintió. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Me temo que no hay otra explicación —dijo—. En cuanto se percató de lo que ocurría, dijo que tenía que irse. Se excusó diciendo que debía ir a casa a hacer los deberes. Le pregunté si sabía algo de todo esto y me contestó con un breve no y se marchó corriendo. Siento tener que decirle todo esto —añadió.

—Vamos, vamos, señora Bradley, ha hecho lo correcto —dije, dándole unos golpecitos en la mano—. Mi marido no sabe nada de lo ocurrido, ¿verdad? —me apresuré a preguntar.

—¡Oh!, no, no se lo he contado a nadie, y le he pedido a mi gente que no abra la boca. Nadie dirá ni una palabra. Se lo puedo asegurar.

—Muy bien. Deje que lo investigue —dije. La mujer parecía a punto de echarse a llorar de nuevo, de modo que la abracé y la ayudé a ponerse de pie—. Vuelva al trabajo y no se preocupe, señora Bradley. Su imagen permanece intacta.

—Gracias, Dawn. Lo siento —repitió y se marchó.

Se me puso la carne de gallina y me abracé. Recordé aquella primera noche en Nueva York en que al mirar el bolso de Fern vi que llevaba un montón de dinero. ¿Estaba mintiendo en lo que se refería a sus ingresos? ¿Había estado robándole dinero a los Osborne?

Pensé que lo mejor sería llegar al fondo de la cuestión sin decirle nada a Jimmy, de modo que salí del despacho y me dirigí apresuradamente a la casa. La señora Boston me saludó en la entrada y me informó de que Fern estaba en su habitación. Subí las escaleras y me dirigí al cuarto. La puerta estaba entreabierta, de modo que entré y la vi estirada boca abajo sobre la cama, leyendo una revista de historias románticas.

—Pensé que habías vuelto a casa para hacer los deberes, Fern —dije.

Se volvió y me miró con ojos llenos de furia.

—No es bonito entrar a hurtadillas en el cuarto de alguien —respondió.

—No he entrado a hurtadillas. He venido a ver qué estabas haciendo. Le dijiste a la señora Bradley que regresabas a casa a hacer los deberes. ¿Por qué no los estás haciendo?

Se incorporó y cerró la revista.

—Le dije eso porque estaba aburrida de estar allí. Es aburrido, mucho más aburrido de lo que me había imaginado. Quiero hacer un trabajo distinto en el hotel. Quizá pueda ayudar a los camareros o a los botones —sugirió.

Seguí con mis ojos fijos en ella sin decir una palabra, entonces apartó la vista en un gesto que interpreté como de culpabilidad. Me adentré un poco más en la habitación.

—El que quieras dejar la recepción no tendrá nada que ver con el dinero que falta, ¿verdad? —pregunté.

—No sé dónde está. ¿Qué te ha dicho la señora Bradley? —quiso saber, y la ira

volvió a sus ojos.

—Nada, pero tenía la esperanza de que tú pudieras ayudarnos a encontrarlo.

—Pues no puedo. No sé nada de todo esto. Lo habrán perdido. Quizá lo cogiera una de aquellas mujeres. Parecen pobres y seguramente no habrán podido resistir la tentación —dijo.

—Hace años que aquellas mujeres, como tú las llamas, trabajan aquí y para tu información son gente muy honrada.

—Pues yo también —chilló—. Yo no robo.

—Nadie te está acusando de robar, Fern. Lo único que quiero saber es si tienes idea de dónde puede estar el dinero. Quizás haya acabado en el cajón o en el sobre equivocado —dije.

—Yo no lo he visto —insistió.

Permanecí de pie, observándola. Ella tenía la mirada sobre la cama.

—Si no te gusta trabajar en recepción ¿por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—Iba a hacerlo... esta noche —se apresuró a decir.

—Bueno, eso sería mucho mejor que decir mentiras. Ya no tienes que decir mentiras, Fern. No hay razón alguna para ello, y si alguna vez necesitas algo...

—No he robado el dinero —repitió, y comenzó a golpearse las rodillas con tal fuerza que me estremecí pensando en el dolor.

—De acuerdo. No hablemos del dinero. ¿No tienes deberes? —pregunté.

—Tengo mucho tiempo —gimió.

—¿Cuánto tiempo hace que lees ese tipo de cosas? —pregunté, mirando la revista que había sobre la cama. Recordé que las había puesto en la maleta al marcharse de Nueva York.

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. No son sucias, si te refieres a eso.

—No he dicho que lo fueran. Simplemente no me parece que sean para tu edad —contesté.

—Pues no lo son. Me gustan. No me las vas a quitar, ¿verdad? Eso es lo que hacía Clayton.

—No, no te las voy a quitar, pero...

—Me estás tratando mal como él —exclamó, y hundió la cara en la almohada y se echó a llorar.

Me acerqué a ella.

—Fern —dije—, no he dicho que te vaya a quitar las revistas. —Me senté en la cama y puse la mano sobre su hombro, pero ella se apartó y de un salto se levantó de la cama como si mi mano quemara.

—No he robado el dinero. ¡No lo he hecho! —gritó, y nuevamente empezó a golpearse las piernas con los puños—. La señora Bradley es una vieja bruja por

acusarme. Es una vieja bruja, y tú eres terrible al creerle —chilló, y salió corriendo de la habitación.

—¡Fern!

Me puse de pie y fui tras ella, pero ya se había marchado. La señora Boston se acercó al pie de las escaleras y levantó la vista.

—Me temo que no he manejado muy bien la situación, señora Boston —dije.

Sacudió la cabeza.

—A nadie le resultará fácil manejar a esta niña —dijo proféticamente, y a continuación volvió al trabajo.

Regresé al hotel. Poco después Jimmy vino a verme a mi despacho, los ojos llenos de dolor e ira. Se sentó y se me quedó mirando.

—¿Qué ha ocurrido con Fern? —preguntó con voz tensa. Percibí la sensación de malestar entre nosotros.

—Jimmy —dije suavemente al tiempo que me inclinaba hacia él—, creo que Fern ha cogido el dinero de la caja.

Antes de que pudiera responder, le conté todo lo que la señora Bradley me había dicho. Me escuchó atentamente y negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a robar, Dawn, y mucho menos a nosotros? Le damos cuanto quiere. No necesita dinero —dijo.

Le conté lo de los quinientos dólares que había visto en su bolso cuando estábamos en Nueva York.

—¿Y qué? —dijo—. Eso viene a demostrar que no pudo haberlo robado. Tiene más dinero del que necesita.

—Pero Jimmy, a veces la gente roba por otras razones —continué.

—Ella no nos robaría a nosotros —insistió con firmeza—. Y me sorprende que fueses capaz de acusarla.

—No la acusé, Jimmy. Le pregunté si sabía algo y se puso histérica —me defendí.

—A eso es a lo que voy —dijo—. Sabes lo sensible y frágil que es a causa de todo lo que ha ocurrido. De todas las personas, tú deberías ser la más comprensiva. Dawn. Vino corriendo a mi, y lloraba tanto que pensé que nunca podría calmarla. Tengo la camisa empapada de sus lágrimas —añadió.

—Lo siento, Jimmy. Sólo intentaba evitar un problema mayor. Pensé...

—Le prometí que hablaría contigo y que después tú te disculparías —dijo.

Lo miré durante un momento. Sus palabras e ira me dejaron paralizada. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimí.

—No he hecho nada malo, Jimmy —dije en voz baja.

—No es lo que has hecho, Dawn, sino cómo se siente Fern. Pensé que entendías su necesidad de que la entiendan y quieran, y su deseo de tener una familia.

—De acuerdo, Jimmy —dije, tragándome el orgullo—. Me disculparé si piensas

que eso es lo más correcto.

—Lo es —insistió—. Y Dawn —dijo, poniéndose de pie—, la próxima vez que haya algún problema con Fern, dímelo primero a mí.

Mi corazón era como una bola de plomo en el pecho. No podía tragar, una lágrima comenzó a deslizarse por mi mejilla, pero Jimmy ya estaba saliendo y no lo advirtió.

—¡Jimmy! —le llamé cuando llegó a la puerta.

Se volvió.

—¿Qué?

—¿Dónde crees que está el dinero? —le pregunte claramente.

—No lo sé, Dawn. La señora Bradley ya es mayor. No me sorprendería que lo encontrara debajo de un montón de papeles —dijo, y se marchó.

De pronto me di cuenta de que el amor también podía ser malo; nos podía engañar como si se tratase de brujería y transformar el día en noche, el negro en blanco y la culpabilidad en inocencia.

LA VERDADERA FERN

No quería disculparme con Fern porque pensaba que si lo hacía ella se sentiría peor que yo. A pesar de las cosas terribles que le habían ocurrido, me daba cuenta de que era una niña mimada en muchos aspectos. Si cedíamos en momentos como ése, no la ayudaríamos a madurar y cambiar, pensé, pero Jimmy estaba tan trastornado que yo no tenía elección. Cuando regresé a casa la encontré en su dormitorio. En esta ocasión llamé a la puerta, pero hube de hacerlo dos veces más antes de que respondiera.

—Adelante —dijo. Y en cuanto entré, agregó—: Estoy haciendo los deberes.

—No he venido por eso, Fern —dije suavemente. Estaba sentada en la cama, los libros extendidos sobre su regazo, pero advertí que debajo del cuaderno escondía una de sus revistas. Bajó la mirada y jugueteó con el lápiz—. Fuiste a contarle a Jimmy que te había acusado de robar dinero —dije.

—Me has acusado —espetó.

Tragué saliva. Nunca me habían gustado las injusticias, pero esa vez tuve que hacer un esfuerzo.

—No fue mi intención acusarte, Fern. Si te pareció así, lo siento. Jimmy y yo te queremos mucho, y sólo deseamos tu felicidad —le dije.

—No me quieres —replicó, y me lanzó una mirada tan intensa que se me cortó la respiración. Tenía el mal genio de Papá Longchamp. Había visto anteriormente ese fuego en aquellos ojos negros, especialmente cuando él había bebido demasiado, y cada vez se me estremecía el corazón.

—Claro que sí —dije.

—No es verdad —me acusó—. En cuanto supiste que no era tu verdadera hermana, dejaste de quererme.

—Eso no es cierto, Fern. Siempre te he querido, me he preocupado por ti y te he echado mucho de menos, especialmente cuando tuvimos que separarnos. Ya te he dicho que yo era la que te cuidaba la mayor parte del tiempo. —Sonreí—. ¿Sabías que el primer nombre que pronunciaste fue el mío? De hecho, prácticamente fue la primera palabra que dijiste.

—No me acuerdo —dijo, pero pareció tranquilizarse un poco y la expresión de su rostro se suavizó.

—Eras demasiado pequeña para acordarte. Es cierto que no somos hermanas, pero somos cuñadas. ¿Por qué no piensas en eso? —pregunté.

—¿Cuñadas? —Aquella idea la intrigaba.

—Sí. Estoy casada con tu hermano, de modo que eres mi cuñada. Pero prefiero pensar en ti como una hermana. De verdad.

—A las esposas no siempre les gusta que sus maridos presten mucha atención a sus hermanas pequeñas —declaró.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso? —pregunté, esbozando una sonrisa.

—Lo leí —respondió con tono severo.

—¿Lo has leído? ¡Oh! —dije, y asentí—. ¿En una de esas revistas?

—Eso no significa que no sea cierto —contestó.

—En mi caso no lo es —dije con firmeza—. Jimmy tiene suficiente amor para todas nosotras, tú, yo y Christie, para todas. Y además, no soy egoísta. Me doy cuenta de que le hace muy feliz que te hayamos encontrado.

—Sí que se siente feliz —afirmó—. Y no le gusta que esté triste —añadió, y por la forma en que me miró, pensé que sus palabras eran casi una amenaza.

—Bueno, yo tampoco quiero que estés triste, Fern.

—Estupendo —dijo rápidamente—. ¿Puedo trabajar con los camareros y los botones ahora? —preguntó.

—Creo que es más importante que te dediques a los deberes que a trabajar en el hotel, cariño —respondí.

Su rostro se ensombreció.

—Jimmy dijo que podría —se quejó—. Me lo prometió.

Negué con la cabeza.

—Sabía que dirías que no —espetó con frustración—. ¡Lo sabía!

—De acuerdo —cedí—. Hablaré con Robert Garwood. Es el jefe de botones. Quizá puedas hacer recados para los invitados. Pero si te van mal los estudios...

—Estudiaré, lo juro.

—¿Te gusta la escuela a la que vas? —pregunté.

—No está mal. ¿Puedo empezar mañana? ¿Puedo?

—Mañana. ¡Oh!, mañana llega Papá Longchamp —recordé de pronto. En cuanto Jimmy supo que papá estaba en condiciones de hacer el viaje, le había mandado el dinero para los pasajes—. Supongo que querrás pasar todo tu tiempo libre con él y tu nuevo hermano.

Hizo una mueca y apretó los dientes.

—No tengo que pasarme *todo* el tiempo libre con ellos, ¿verdad? —gimió.

—¿No quieres? —pregunté, sorprendida—. Papá Longchamp está muy contento de volver a verte. ¿No tienes ganas de verlo? Al fin y al cabo, es tu verdadero padre.

—Él dejó que los Osborne me adoptaran, ¿verdad? —dijo.

—Ya te lo hemos explicado, Fern. Pensé que lo habías entendido.

Una noche Jimmy y yo habíamos con ella y le contamos todo, pero en vez de hacerme preguntas acerca de papá había insistido en saber cosas acerca de Christie y

de la vida que yo había llevado en Nueva York. Sus preguntas delante de Jimmy habían empezado a ser embarazosas, de modo que puse punto final a la discusión. Pero ella sabía lo bastante sobre su pasado como para apreciar lo que significaba la llegada de Papá Longchamp.

—¿Puedo por lo menos trabajar hasta que lleguen? —preguntó.

—De acuerdo —dije, cediendo—. En cuanto vuelvas de la escuela ve a ver a Robert Garwood. Hablaré con él por la mañana. Pero todos llegan poco antes de la cena. Tendremos que cenar aquí en vez de en el comedor.

—¿Por qué? A mí me gusta cenar en el comedor —exclamó—. Es más divertido.

—¿No quieres estar en privado con tu verdadero padre y tu nuevo hermano? —pregunté.

—Supongo que sí —contestó de mala gana—. ¿Cuánto tiempo van a quedarse? —se apresuró a preguntar.

—Sólo unos días. Papá no puede ausentarse mucho tiempo de su trabajo.

—Bien —dijo, y bajó la vista a los libros.

¿Bien?, pensé, mirándola. Qué diferente habría sido para mí si después de llevar un tiempo en el hotel me hubieran dicho que venía Papá Longchamp. Cuánto había deseado verlo, oír su voz, abrazarlo y aferrarme a él. Había sido difícil separarnos.

—¿Puedo pasar? —preguntó Christie. Estaba en el umbral de la puerta, sosteniendo una de sus muñecas más grandes.

—Fern está haciendo los deberes, cariño —dije.

—Que entre —concedió Fern—, si no hace ruido. Puedes sentarte allí y esperar —dijo señalando una silla junto a un pequeño tocador.

Christie sonrió y se dirigió obedientemente a la silla antes de que yo pudiera intervenir. Se sentó con las muñecas sobre el regazo y cruzó los brazos para demostrar que se comportaría y que tendría paciencia.

Cuando volví a mirar a Fern su rostro denotaba una gran autocomplacencia. Una sensación de ira me oprimió el estómago. El calor me subió del cuello a la cara. Para que Fern no advirtiera lo mucho que su actitud me había trastornado, salí rápidamente de la habitación.

Jimmy estaba abajo, esperándome. Le conté que Fern recibió la noticia de la llegada de papá con mucha ligereza, pero no pareció preocuparle.

—Lo entiendo —dijo—. Hace muy poco que sabe que es su verdadero padre. Para ella él sigue tratándose de un extraño.

—Pero Jimmy, ¿no debería sentirse más interesada y animada? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Una niña así, no —dijo—. Ha sufrido mucho a manos de personas que supuestamente la querían. Ahora se mueve con cautela. Por eso tengo tanto interés en conseguir que me quiera; es la única manera.

—También es una forma de malcriarla, Jimmy —insistí.

—Dawn, ¿cómo se te ocurre una cosa así después de todo lo que ha sufrido? ¿Te imaginas cómo se sentía cada noche, al irse a dormir, después de que su padre le hiciera esas cosas? A la pobre se le ponía la carne de gallina cada vez que se acercaba a ella —dijo, e hizo una mueca—. Ni siquiera le daba el beso de buenas noches sin antes toquetearla debajo de la manta.

—¿Cómo sabes todo eso, Jimmy? —pregunté, atónita.

—Me lo ha contado —respondió—. Ha aprendido a confiar en mí y sabe que me preocupo por ella.

—A mí nunca me ha dicho nada —dije—. Cuando menciono cualquier cosa mínimamente relacionada con ello, se niega a discutirlo.

—Dawn —dijo—, ella piensa que tú no la quieres. Es más, cree que la odias.

—¿Por qué? —pregunté, extendiendo los brazos—. Le he comprado todo lo que quería, la matriculé en la escuela, le permití que hiciera lo que quisiera en el hotel.

—Forma parte de su estado mental y emocional, y este asunto del dinero no hizo más que empeorar las cosas.

Por eso insistí tanto en que te disculparas. Es como un pajarito que ha estado tanto tiempo metido en un puño que no sabe utilizar las alas. Cada vez que alguien se acerca a ella e intenta demostrarle su afecto, se asusta. Seguramente ésa es otra razón por la cual no se muestra muy animada ante la visita de papá —dijo Jimmy—. ¿No crees que tengo razón? —preguntó. Vi que esperaba ansiosamente que asintiera.

—Supongo que sí —dije finalmente.

El sonrió.

—Papá viene mañana. Imagínatelo —dijo.

Pasé la noche sin dormir, pensando en ello. La última vez que había visto a Papá Longchamp había sido en una comisaría de Policía. Me estaban sacando de allí para llevarme a Cutler's Cove. La Policía me dijo que papá me había secuestrado y que se había confesado culpable. No podía creerme lo que estaba ocurriendo. No sabía dónde estaba Jimmy o dónde habían llevado a Fern, y me aterrorizaba la idea de que me entregaran a una familia que ni siquiera conocía. Papá lo arreglaría, pensé. Continué deseándolo hasta el momento en que llegó el coche, y entonces se abrió la puerta y lo vi sentado con la cabeza hundida entre los hombros.

—¡Papá! —grité, y me abalancé sobre la puerta abierta. Papá levantó la cabeza y me miró con ojos inexpresivos. Era como si estuviese hipnotizado y no me viera allí de pie—. Papá, diles que esto no es verdad. Diles que se trata de un error —le rogué. Empezó a hablar y a continuación negó con la cabeza y bajó la mirada, derrotado.

Recuerdo que continué gritando hasta que alguien me puso las manos sobre los hombros e intentó apartarme. No podía imaginarme por qué papá no estaba haciendo nada, por qué no mostraba su fuerza. Me arrastraron hasta la puerta, y finalmente

papá levantó la vista y dijo:

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho.

Durante mucho tiempo tuve que vivir con aquellos recuerdos. Y entonces descubrí la verdad: cómo él y mamá habían hecho lo que creían correcto, y cómo la abuela Cutler había manipulado y engañado a todos.

Pero aquella pesadilla había llegado a su fin, y por la mañana volvería a ver a Papá Longchamp. Me había tanta ilusión que no dejé de dar vueltas toda la noche. Al día siguiente, desde el momento en que me levanté, me mantuve ocupada para no pensar en la llegada de papá. Cada vez que pensaba en ello se me hacía un nudo en el estómago y sentía miles de mariposas revoloteando alrededor de mi corazón.

A última hora de la mañana vi a Robert Garwood y le dije lo de Fern. No pareció complacido con la idea.

—Hace tiempo ya que se pega a los botones y a los camareros, señora Longchamp. No es asunto mío, pero...

—¿Pero qué, Robert? —pregunté.

—Verá..., fuma —declaró—. Sigue a los chicos hasta el sótano y allí, junto a la lavandería les pide cigarrillos.

—¿Hace *qué*? —exclamé aturdida.

—Ya sé que se comporta como si fuera mayor, pero yo tengo una hermana no mucho menor que ella, y no me la imagino haciendo una cosa así. Si me perdona, señora Longchamp, no creo que sea muy buena idea que trabaje con nosotros, aunque sólo sea haciendo pequeños recados. —Por la forma en que hablaba supe que tenía mucho más que decir. Lamenté que Jimmy le hubiera hecho otra promesa a Fern.

—No me gusta pedirle esto, Robert, pero deje que lo haga unos días, y vigüela. En cuanto la vea hacer algo incorrecto, por favor dígamelo —le pedí. Asintió, pero advertí que no le hacía ninguna gracia.

Iba a discutir el asunto con Jimmy, pero antes de tener la oportunidad de verlo a solas, llegó Papá Longchamp con su nueva esposa Edwina y el hijo de ambos, Gavin. Julius los había recogido en el aeropuerto y los había llevado al hotel. Jimmy me encontró en el salón de té y me anunció la llegada. El corazón comenzó a latirme con tal fuerza que pensé que se me saldría del pecho, cogí a Jimmy de la mano y nos dirigimos al porche justo en el momento en que papá bajaba de la limusina. Edwina estaba a su lado, sosteniendo la mano de Gavin.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, los años desaparecieron de la misma forma que en otoño las hojas muertas desaparecen de las ramas de los árboles. Papá seguía siendo alto, pero estaba mucho más delgado y sus mejillas y su barbilla me parecieron más huesudas. Sus ojos eran tan oscuros como los recordaba, y aunque las canas habían invadido sus sienes y buena parte de su cabellera, ésta seguía siendo abundante. Vestía un traje azul marino y calzaba botas negras, y vi que lucía un ancho

y grueso cinturón con una hebilla de plata en forma de cabeza de caballo. Al fin y al cabo, papá era ahora un tejano, pensé.

Gavin miraba todo sin salir de su asombro. Tenía seis años pero era alto para su edad. Vestía un adorable traje azul con pajarita. Su cabello era tan oscuro como lo había sido el de papá, pero su rostro era más redondo y su tez más clara. Tenía los mismos ojos marrones y la boca pequeña de Edwina, y había heredado la nariz larga y fuerte de papá.

El aspecto de Edwina era más juvenil de lo que mostraban las fotos. Su sonrisa era cálida y afectuosa —muy similar a la de Mamá Longchamp, pensé—, e imaginé que aquello debía de ser una de las razones por las que papá se había sentido tan rápidamente atraído por ella. Era casi tan alta como él y tenía una figura firme con unos brazos y piernas largos y una cintura estrecha. Llevaba el cabello moreno peinado hacia atrás y cogido con peinetas, y por todo maquillaje un poco de colorete y pintalabios.

Jimmy bajó corriendo las escaleras para saludar a papá y abrazar a Edwina. Pude comprobar que ella lo quería mucho. A continuación levantó en brazos a Gavin y se volvió mientras me acercaba.

Papá estaba allí, de pie, sonriendo y moviendo la cabeza. Absorbí la especial belleza viril y animal que lo caracterizaba.

—Te has convertido en una mujer muy bella, Dawn. Muy bella —dijo.

—Gracias, papá. —Las lágrimas corrían por mi cara, pero no me importó en absoluto. Él extendió los brazos, y yo corrí a abrazarlo. Me sostuvo con fuerza durante un momento. Entre sus brazos pude sentir la frustración y la tristeza que él había tenido que soportar, y comprendí que su dolor había sido tan agudo como el mío, si no peor. Me besó en la frente y me secó las lágrimas con el dorso de su mano larga y delgada.

—Vamos, vamos, nada de llanto. Vamos a tener una bonita reunión. Nada de tristeza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá —dije, sonriendo.

—Quiero que conozcas a Edwina —dijo, y se volvió.

Edwina extendió una mano suave y cálida. Vi que era una mujer tierna cuya sonrisa surgía directamente del corazón.

—¿Cómo estás? —preguntó—. Me alegro de que finalmente podamos conocernos.

—Yo también. Bienvenida —dije.

—Este lugar es precioso —comentó—. Jimmy no exageraba. —La resplandeciente y cálida tarde de finales de otoño aumentaba el encanto de Cutler's Cove. El césped seguía verde y los árboles estaban muy coloridos con sus tonos amarillos, marrones y rojos. El cielo se había vuelto de un azul oscuro, y las nubes

eran blancas y grandes.

—Gracias. —Mi corazón latía como un tambor y me resultaba imposible respirar.

—Y ahora te presento a Gavin —anunció papá.

—Hola, Gavin. Yo soy Dawn. Espera a conocer a Christie —le dije al niño de grandes ojos que estaba en los brazos de Jimmy.

—Y a Fern —subrayó Jimmy.

—¿Dónde está? —preguntó papá, mirando a su alrededor.

—En el hotel, ayudando a los botones, papá —respondí.

—Ya la tenéis trabajando —comentó.

—Le encanta, papá —dijo Jimmy—. Cuando vuelve de la escuela lo primero que hace es ir al hotel. Vamos. Vamos dentro. Julius llevará las maletas a la casa, pero primero queremos que veáis el hotel. ¿Tenéis hambre? —pregunto dirigiéndose a Edwina.

—No, comimos en el avión —contestó.

—Yo tengo hambre —dijo rápidamente Gavin. Todos nos echamos a reír.

—Siempre está hambriento —dijo papá—. Debe de tener un agujero en el estómago.

Entramos en el hotel y al verlo papá y Edwina se quedaron boquiabiertos.

—Más grande de lo que recordaba —comentó papá, las manos en jarras.

—Allí está el comedor —le dijo Jimmy a Edwina, señalando—, y a la izquierda lo que llamamos salón de té o sala de juego. A la derecha hay un salón de baile donde por las noches los huéspedes pueden disfrutar de un espectáculo o bailar. Os llevaremos a la piscina y a las pistas de tenis y...

Jimmy se detuvo cuando Fern bajó por el pasillo para ir al mostrador de los botones. Ni siquiera advirtió que la observábamos.

—Es ella, papá, la pequeña Fern —dijo Jimmy.

Papá entrecerró los ojos. Finalmente Fern se volvió hacia nosotros, y Jimmy la saludó con la mano. Ella le dijo algo a Robert Garwood y lentamente cruzó el vestíbulo.

—Es idéntica a Sally Jean —murmuró papá.

—Fern —dijo Jimmy—, éste es tu padre.

Fern lo estudió fríamente con la mirada mientras papá le dedicaba una sonrisa.

—¿No quieres abrazar a tu padre, cariño? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Necesitará tiempo —dijo papá en tono resignado—. Pero supongo que podemos darnos la mano, ¿verdad? —dijo, y extendió la suya. Fern la miró como si tuviera una enfermedad y de mala gana se la estrechó. La retiró enseguida.

—Eh —dijo—. No nos parecemos.

Papá echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír. Fern apartó la mirada, pero vi que

hacía una mueca.

—No —dijo papá—, te pareces más a tu madre.

—Éste es Gavin —dijo Jimmy.

Fern se volvió hacia él demostrando mayor interés. Gavin, tímido, le devolvió la mirada, y sus ojos marrones la estudiaron de arriba abajo.

—Hola, Gavin —dijo Fern. A continuación y de forma sorprendente se inclinó hacia delante y para sorpresa de todos, especialmente de Gavin, le plantó un beso en la mejilla. Luego preguntó—: ¿Puedo llevármelo y enseñarle la casa? Puedo llevarlo a la sala de baile donde Christie está tomando su lección de piano.

—Gavin, ¿quieres ir con tu hermana? —preguntó Jimmy.

El niño miró a Jimmy y después a papá que no dejaba de sonreír. Asintió, y Jimmy lo puso en el suelo. Fern lo cogió de la mano y se marcharon. Gavin al trote para no quedar rezagado.

—Espera, Fern —dije. Se volvió impaciente—. No has saludado a Edwina —le recordé.

—Hola —dijo Fern secamente.

—Hola, Fern —dijo Edwina, sonriendo. Fern volvió a apartar la mirada.

—Nos encontraremos aquí dentro de diez minutos más o menos —dijo Jimmy.

—Vaya por Dios —dijo papá, sacudiendo la cabeza—. Esta niña va a ser todo un rompecorazones —añadió.

—Creo que tienes razón, papá —asintió Jimmy—. Vamos. Quiero enseñaros la casa. ¿Seguro que no queréis comer o beber algo primero?

—Estoy demasiado nerviosa —respondió Edwina, y cogió a papá por el brazo. Decidí que hacían una buena pareja, y por la forma en que él la miraba me di cuenta de que la quería mucho.

Nunca había pensado en lo orgullosa que me sentía del «Cutler's Cove» hasta que se lo enseñamos a papá y a Edwina. Se quedaron muy impresionados con todo y papá no dejaba de hacer comentarios tales como:

—No puedo creerme que todo esto sea tuyo, cariño. Mamá rebosaría de alegría.

Después de mostrarles el hotel y de que papá hubiera visto todos los cambios introducidos, recogimos a Fern, Gavin y Christie y nos dirigimos a pie hasta la casa. Cuando la vieron papá y Edwina volvieron a hacer comentarios de admiración. Jimmy se llevó a papá para enseñarle algunos de los detalles de la construcción mientras yo le mostraba a Edwina el comedor, el salón, los muebles nuevos y nuestra colección de arte. La señora Boston preparó el té y nos sentamos a charlar un rato. Los niños subieron a la habitación de Christie para que ésta pudiera enseñarle a Gavin todos sus juguetes. Fern había adoptado el papel de hermana mayor con bastante rapidez.

—Es increíble lo madura que es Fern para su edad —comentó Edwina, ladeando

la cabeza.

Sabía que Jimmy le había contado a papá toda la historia, de modo que no tuve que referirme al trágico pasado de Fern. En vez de eso, Edwina me contó su vida. Había estado casada con anterioridad pero a los dos años de matrimonio su marido había muerto en un accidente de tráfico en Texas. Al cabo de un año aproximadamente conoció a papá y se enamoraron de inmediato. Tuvimos una buena conversación mientras Jimmy y papá inspeccionaban la casa y el terreno. Decidí que Edwina me caía muy bien, y me di cuenta de que era un elemento estabilizador en la vida de mi padre. El y Jimmy entraron justo en el momento en que me contaba lo mucho que el jefe de papá lo apreciaba.

—Nadie me halaga más que ella —comentó papá.

Edwina le sonrió, y se besaron. Jimmy y yo intercambiamos una mirada, complacidos de ver a papá tan contento con su nueva vida. Pensé que Jimmy había estado en lo cierto al afirmar que era un hombre diferente, más asentado, más cariñoso, más sabio.

Cuando fuimos a buscar a los niños encontramos a Gavin y a Christie tranquilamente sentados en el suelo; Fern estaba de pie junto a ellos, los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía una severa maestra de escuela. Christie y Gavin estaban rodeados de juegos y juguetes.

—Todo va bien —nos dijo Fern—. Se comportan como buenos chicos —añadió.

—Una verdadera damita —comentó papá.

—Deberíamos aprender de los niños y entendernos como ellos lo hacen —dijo Edwina.

—Amén —añadió papá.

Llevamos a papá y a Edwina a su habitación para que pudieran ducharse y vestirse para la cena. La señora Boston había preparado pavo. Iba a ser un verdadero día de Acción de Gracias.

Jimmy me había convencido de que permitiese que al día siguiente Christie y Fern faltasen a la escuela para que pudieran pasar más tiempo con Gavin.

—De lo contrario el pobre chico estará aburrido todo el día —añadió.

Por la mañana, después del desayuno, Jimmy se llevó a Papá Longchamp a enseñarle el tipo de trabajo que supervisaba. Yo sabía que los dos serían felices discutiendo sobre calderas y motores. Había presentado a Edwina a Betty Ann y a Philip. Edwina se entendió muy bien con Betty Ann, quien se la llevó para que conociese a los gemelos y el ala de la parte vieja del hotel mientras yo atendía algunos asuntos.

Al mediodía almorzamos todos en el comedor. Para mi sorpresa y alegría, Philip se ofreció a llevar a Edwina y a Betty Ann de compras a la ciudad. Papá prefirió pasarse la tarde con Jimmy en el hotel. Fern, interpretando todavía el papel de

hermana mayor, se llevó a Christie y a Gavin a la casa. Regresé a mi despacho para reunirme con el señor Dorfman. La reunión duró más de lo esperado y cuando levanté la vista advertí que eran más de las cuatro.

Me pregunté qué estarían haciendo los niños y decidí pasar por casa. La señora Boston estaba en la cocina preparando un rosbif. Philip, Betty Ann y los gemelos cenarían con nosotros ya que papá tenía que marcharse temprano por la mañana.

—Espero que los niños no hayan causado problemas, señora Boston —dije al pasar por la cocina.

—¿Los niños? —Se quedó pensativa—. ¿Sabe, Dawn?, me olvidé por completo de que estaban aquí. Han estado tan callados.

—Bueno. Eso está bien —dije. Pensé que la señora Boston estaba tan enzarzada en la cocina que de todos modos no los había oído. Subí rápidamente las escaleras y quedé sorprendida al descubrir que no se hallaban en el dormitorio de Christie sino en el de Fern. La puerta estaba cerrada. Empecé a abrirla y oí que Fern decía:

—Puedes tocarlo, Christie. No va a morderte.

Esperé que no hubieran raído una pequeña serpiente a casa. La señora Boston se desmayaría si la viese, pensé, riéndome por dentro. Pero cuando abrí la puerta me quedé atónita al ver a Christie y a Gavin uno frente al otro totalmente desnudos. Fern estaba de pie de espaldas a mí y aparentemente no me había oído entrar.

—Mamá —chilló Christie. Fern se dio la vuelta, la cara roja como un tomate.

—¿Qué demonios..., desnudos qué está ocurriendo aquí, Fern? —exigí saber.

—Nada —dijo, turbada—. Quiero decir..., no lo sé —farfulló. Se apartó de los niños.

—¿No lo sabes? ¿Por qué están desnudos?

—Han sido ellos —respondió rápidamente—. Yo estaba abajo, y cuando subí los encontré así. Fue idea de Gavin —dijo, y lo señaló con un dedo acusador—. Le dijo a Christie que le enseñaría sus partes si ella hacía lo mismo.

Miré a Gavin. Estaba aterrorizado, los ojos vidriosos de miedo.

—¿Es eso verdad, Christie? —pregunté.

Ella empezó a negar con la cabeza, pero advirtió que Fern la miraba con expresión amenazante y se echó a llorar.

—Vístelos enseguida —ordené—. Inmediatamente.

—Vamos, Gavin —dijo Fern, arrastrándolo a la cama, donde estaba la mayor parte de su ropa. Lo levantó y empezó a vestirlo mientras yo ayudaba a Christie.

—No lo entiendo, Christie. ¿Por qué has hecho una cosa así? ¿No sabes que no está bien desnudarse delante de los chicos? —Ella seguía llorando, pero yo estaba furiosa. Sabía que Fern mentía y quería que Christie me lo dijera.

—Lo siento mamá. Lo siento —dijo entre sollozos.

—Y los padres de Gavin también estarán muy enfadados.

—Quizá sea mejor que no se lo digas —comentó Fern—. Papá Longchamp tiene pinta de ser lo suficientemente cruel como para darle una buena paliza.

—¡Fern! —Me giré hacia ella—. Harás que el pobre chico sienta terror de su padre.

Ella se encogió de hombros.

—No ha pasado nada. Sólo se han mirado. No tienes por qué decir nada —insistió.

—Eso lo discutiremos después —dije—. Acaba de vestirlo.

En cuanto estuvieron los dos vestidos les dije que fueran abajo a esperarme mientras hablaba con Fern. Ella se sentó en el borde de la cama con la vista fija en el suelo.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así con niños tan pequeños? —pregunté, olvidándome que estaba hablando con una niña que tenía poco más de diez años.

—Ya te lo he dicho —insistió, mirándome con odio—. No he hecho nada.

—Deja de mentir. Te oí antes de abrir la puerta.

Me miró fijamente durante un momento, y a continuación rompió a llorar.

—Oh, se lo vas a decir a Jimmy ahora, y a Papá Longchamp, y todos me odiarán. Eso es lo que quieres, ¿verdad? —exclamó.

—No es verdad, Fern. No quiero que nadie te odie —dije, pero ella siguió llorando cada vez con más fuerza—. No se lo voy a contar a nadie —dije por fin—. No lo haré.

Dejó de llorar al instante.

—¿De verdad? —preguntó al tiempo que se frotaba los ojos.

—Sí. Pero has hecho una cosa muy fea. ¿Por qué lo has hecho? —exigí saber.

Se quedó pensativa un momento y a continuación dijo:

—Estaban jugando con muñecos, y Gavin se preguntó por qué los muñecos no tenían lo que él tenía —explicó—. Después Christie preguntó qué era eso, de modo que pensé que deberían saber cuál era la diferencia. Fue educativo. Como en la clase de ciencias —dijo.

—Ésa no es la forma de enseñar, Fern, y te pedí con anterioridad que no le hablaras a Christie de esas cosas. Es demasiado pequeña —dije con firmeza.

—De acuerdo —asintió—. ¿De verdad no se lo contarás a nadie?

—Dije que no lo haría, pero eso no significa que no esté enfadada. Esto no debe ocurrir nunca más —subrayé.

Asintió. Luego entrecerró los ojos y añadió:

—Si se lo cuentas a Jimmy después de decir que no lo vas a hacer, te odiaré siempre.

Me quedé boquiabierta. La fuerza de su amenaza me dejó muda. Sentí que me faltaba el aire.

—No es bonito amenazar, Fern —respondí por fin, pero ella no apartó la mirada. Sus ojos se quedaron en blanco y se negó a hablar. Agitada, me di la vuelta y salí de la habitación.

Quizá fue un error, pero no le conté nada a Jimmy acerca del incidente. Todos disfrutaban tanto con la visita de papá y Edwina que no quise echarlo todo a perder. La cena estaba estupenda. Incluso Philip, quien yo temía que fuese a comportarse con papá de forma altiva, estuvo encantador y simpático. Supuse que era su forma de resarcirme del comportamiento tan horrible que había tenido conmigo en ausencia de Jimmy. Me miraba continuamente para ver si estaba complacida.

Antes de que acabara la velada interpreté algunas canciones al piano. Vi que a papá se le saltaban las lágrimas. Cuando terminé se levantó rápidamente y vino a abrazarme. Apoyó su cabeza en la mía y sentí que mi pelo se movía con su aliento.

—Si sólo estuviera mamá para ver todo esto —dijo. Los dos nos pusimos a llorar, y entonces Betty Ann convenció a Christie de que también tocara el piano. El pequeño Gavin quedó absolutamente fascinado. Permanecía quieto, los ojos fijos sobre ella. Después, cuando todos aplaudimos, pensé que su aplauso fue el más entusiasta de todos.

Betty Ann les pidió a los gemelos que bailaran un poco mientras yo los acompañaba al piano. A todos les encantó la manera en que los dos rubitos se abrazaban y giraban y aplaudían. Todos nos reímos.

Sólo Fern tenía cara de desgraciada. Estaba sentada en un rincón; lejos de todos, con expresión amarga en el rostro si Jimmy no le hablaba o miraba. Cuando lo hacía, ella sonreía cariñosamente. Al final de la velada papá intentó hablar con Fern, pero lo ignoró de manera impertinente. Finalmente papá se rindió y se echó a reír.

Ya era hora de que los niños se fueran a la cama. Betty Ann y Philip se marcharon con los gemelos, no sin antes prometer a papá y Edwina que se reunirían con ellos por la mañana para desayunar juntos en el comedor del hotel. Cuando se hubieron marchado, papá, Edwina, Jimmy y yo nos quedamos en el salón hablando de Fern.

—Opino que hicisteis algo estupendo al rescatarla de aquella vida terrible y traerla a vivir aquí. Realmente tiene mucha suerte de poder educarse en un lugar como éste.

—¿No te molesta que no regrese a tu lado, papá? —preguntó Jimmy.

—Oh, no, Jimmy —dijo papá—. Me doy cuenta de que aquí está mucho mejor. Ya es una niña mayor, y, a decir verdad, vamos un poco justos económicamente, y queremos darle a Gavin lo mejor.

Jimmy asintió, pero cuando me miró vi la tristeza en sus ojos. Sabía que estaba deseando que papá hubiera pensado lo mismo cuando él tenía la edad de Gavin, pero aquéllos eran otros tiempos, un mundo distinto.

—De acuerdo, papá —dijo Jimmy—. Le daremos lo mejor a Fern, y estaremos en

contacto contigo.

—Sé que los dos lo haréis perfectamente —dijo. Se hizo un silencio mientras papá nos miraba fijamente. Jimmy y yo intercambiamos miradas. Sabíamos en qué estaba pensando: siempre nos había conocido como sus hijos, y ahora éramos marido y mujer. Hacía grandes esfuerzos para ocultar sus sentimientos.

—Bueno —dijo— supongo que será mejor que Edwina y yo nos vayamos a la cama. Mañana nos espera un día largo. —Juntó las manos y se levantó—. Gracias por una cena estupenda.

—Ha sido un placer, papá —dijo Jimmy. Papá se lo quedó mirando con una leve sonrisa en los labios.

—Una cena bastante mejor de las que yo hacía.

—Pasábamos con lo que teníamos —le recordó Jimmy.

—No teníamos elección —añadió papá—. Pero todo eso ya ha pasado. Tenemos que ser felices, o al menos intentarlo. Buenas noches, hijo —dijo, y le dio la mano.

—Buenas noches, papá —dijo Jimmy con lágrimas en los ojos.

—Buenas noches, Jimmy —dijo Edwina, y lo besó.

Papá se detuvo delante de mí.

—Dawn. Gracias, cariño. Gracias por alegrar este viejo corazón.

Me besó y volvió a abrazarme con fuerza. Me quedé casi sin palabras. A continuación se giró y él y Edwina salieron de la habitación. Una gran melancolía se apoderó de mi corazón.

Jimmy me sonrió y yo me eché en sus brazos y comencé a llorar. Con el brazo cubriéndome los hombros, Jimmy me condujo hacia la puerta, y subimos arriba a dormir abrazados, como habíamos hecho tantas noches.

Papá y Edwina se levantaron temprano para despedirse de Fern. Tanto mi padre como yo teníamos la esperanza de que la niña cediese y le diera un beso en la mejilla; sin embargo, se limitó a estrecharle la mano. Edwina le dio un beso, pero Fern pareció sentirse incómoda e intentó escabullirse. En cambio, sí a Gavin. Papá acompañó a las niñas hasta la limusina que las esperaba para llevarlas a la escuela. Yo los seguí.

—Adiós, Fern —dijo—. Intentaré volver a verte pronto. Tu madre sería feliz al ver lo bien que estás.

Ella se subió al coche prácticamente sin devolverle la mirada. Él saludó con la mano, pero Fern giró la cabeza hacia la otra ventanilla.

—Supongo que la mala experiencia con aquella gente ha hecho que se cierre como una almeja —murmuró papá mientras la limusina se alejaba.

—Supongo que sí, papá.

—Me imagino que este viejo caballero de Texas también debe de asustarla un poco. No me extraña que me trate con reservas —añadió.

En cuanto él y Edwina hubieron acabado de hacer las maletas se dirigieron al hotel para desayunar. Betty Ann y Philip ya estaban sentados a nuestra mesa. Mantuvimos una charla agradable, y entonces Julius, que ya había regresado de llevar a las niñas a la escuela, recogió las cosas de papá y Edwina y los esperó en la entrada del hotel. Jimmy y yo los acompañamos al coche y nos despedimos.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad —dijo Edwina—. He disfrutado mucho de estas pequeñas vacaciones. Quizás algún día nos devolváis la visita.

—Así lo espero —dije. Nos besamos. Papá le dio la mano a Jimmy por última vez y Jimmy abrazó a Gavin. Yo también lo abracé y luego me acerqué a besar a papá.

—Uno de estos días —dijo él— tengo intención de visitar la tumba de Sally Jean, y cuando lo haga, estoy seguro de que no voy a parar de hablarle de ti. Ella siempre supo que serías algo especial, cariño.

—Oh, papá, no soy nada especial. Las circunstancias me han traído hasta aquí —dije.

—Sí, pero has estado a la altura de esas circunstancias y para eso se necesita ser especial —insistió—. Adiós, cariño. —Me besó en la mejilla—. Siento haber hecho las cosas tan mal —dijo antes de subir a la limusina.

—Papá. —Se volvió—. Te quiero —dije. Sonrió, y durante unos instantes volví a verlo joven y fuerte, y con aquella encantadora sonrisa en el rostro. Recordé cómo me trataba cuando era una niña muy pequeña. El hombre más fuerte y guapo del mundo.

A continuación subió a la limusina, y partieron. Jimmy y yo permanecemos en la entrada hasta que se perdieron de vista. Cuando miré a Jimmy vi lágrimas en sus ojos. La fresca brisa otoñal apartaba los mechones de pelo de su frente. A cada momento que pasaba el día era más frío y gris.

—Tengo que volver al trabajo —murmuró Jimmy y se alejó precipitadamente.

Mi esposo tenía razón. Sólo el trabajo podía hacer que olvidáramos la tristeza. Yo me dirigí a mi despacho y me hundí en los libros, sin pensar en nada más hasta que sonó el teléfono. La voz que oí al otro lado de la línea me cogió por sorpresa; era Leslie Osborne.

—Clayton estaría furioso si supiera que la he llamado —dijo—, pero no he podido evitarlo. ¿Cómo está?

—Le gusta la vida en el hotel —contesté—, y creo que se está adaptando a su nueva escuela, aunque todavía no he visto sus notas ni he hablado con los profesores.

—Eso está bien —dijo Leslie con voz cada vez más débil—. En Marrion Lewis estaba teniendo problemas. Nunca se lo conté todo a Clayton.

—Lo sé. Nos mandaron el informe. El director cree que llamaba la atención como un modo de pedir ayuda —le informé.

—Lo siento —dijo rápidamente—, pero no puedo creerme nada de lo que les ha contado acerca de Clayton. Me gustaría que usted también me creyera. No es ese tipo

de hombre.

—Señora Osborne, debo decirle que hay algunos problemas con Fern. Tiene problemas emocionales. Le ha ocurrido algo; alguna cosa ha ido mal —insistí.

—Desde muy pequeña ha sido una niña problemática. Ya cuando estaba en primer grado tuvimos problemas. No sé qué pensar —dijo Leslie Osborne.

—Bueno, espero que cambie para mejor —dije.

—Nosotros no hemos hecho nada —insistió—. Sólo intentamos darle todo lo que quería.

—Quizás en parte fuera ése el motivo, señora Osborne. Parece un poco mimada. Darle a una niña tan pequeña tanto dinero a la semana para gastarse en tonterías...

—¿Qué? Nunca hemos hecho algo así. Clayton estaba en contra de ello. Le dábamos dinero cuando lo necesitaba para cosas concretas, pero él no estaba de acuerdo en adjudicarle una semanada fija para que se la gastase en tonterías.

—¿No le daban semanada? Pues de alguna manera consiguió ahorrar cientos de dólares —contesté—. Yo misma los vi, en su bolso.

Se oyó un grito ahogado al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Era mi dinero —dijo—. Me temo que estaba robándomelo. No podía imaginarme por qué siempre faltaba dinero de mi bolso. Debo decirle que una vez le robó dinero a un amigo que pasó la noche en casa. Nunca se lo conté a Clayton porque estas cosas siempre lo perturban, pero tendría que haberme dado cuenta. No sé por qué roba; nunca le ha faltado de nada. ¿Sigue haciéndolo? —preguntó rápidamente.

—No —mentí.

—Bien. Entonces es posible que cambie para mejor. Hágame un favor —dijo.

—Claro. ¿Qué quiere?

—Cuando pueda, cuando sea el momento adecuado, por favor dígame que sigo queriéndola mucho. ¿Lo hará? —imploró.

—Sí —respondí.

—Intentaré llamarla pronto —dijo, y colgó.

Más tarde me encontré a Jimmy camino del sótano. Lo detuve y le conté lo de mi conversación telefónica con Leslie Osborne. Entrecerró los ojos, y sacudió la cabeza.

—Es como ha dicho el director de la escuela —comentó cuando le mencioné lo de los robos—. Estaba intentando llamar la atención para que alguien se diera cuenta de las cosas horribles que le estaban ocurriendo.

—Pero Jimmy, aquí no le está ocurriendo nada. ¿Por qué iba a querer robar?

—Si es que lo hizo —subrayó—. Si es que lo hizo. Sigo pensando que el dinero se ha extraviado. En cualquier caso, aun cuando lo hubiese hecho, ahora es sólo una mala costumbre —añadió—. Se le pasará en la medida que se sienta más segura con

nosotros. Ya verás.

»Además —dijo, enfadándose—. Yo no me creería nada de lo que dice esa mujer. Esos dos... ¿Cómo podía ignorar lo que estaba haciendo su marido? La próxima vez que te llame no hables con ella. O estaba ciega o era demasiado egoísta para darse cuenta. Concluyó, y se alejó.

Oh, Jimmy, pensé temerosa mientras se alejaba por el pasillo, tú eres el que está ciego ahora. ¿Cómo conseguiré que abras los ojos?

IMÁGENES EMPAÑADAS

Mamá cumplió su promesa y ofreció una cena en honor de Fern, aunque, como siempre, más que una cena fue un banquete. Yo no llegaba a entender qué necesidad tenía de impresionar a una niña de diez años, pero allí estábamos, sentados a la larga mesa. Mamá llevaba uno de sus elegantes trajes Bronson, impecable como de costumbre, vestía una americana deportiva de color borgoña y una corbata haciendo juego, y alrededor de nosotros los sirvientes se afanaban sirviendo agua y vino, preparando las ensaladas, y acudían al instante aunque sólo fuera para acercarnos el plato de la mantequilla. Para complacerme, mamá no invitó a nadie más. Sólo estábamos los miembros de la familia: Jimmy, yo y Christie; Philip, Betty Ann y los gemelos, y claro está, Fern quien, por insistencia de mi madre, presidía la mesa.

—Al fin y al cabo —dijo—, es la invitada de honor. Y una muy guapa, por cierto.

Fern estaba encantada con el comentario. Jimmy me había pedido que la llevara a una de las mejores tiendas de Virginia Beach a fin de comprarle ropa para la ocasión. Había escogido un caro vestido de terciopelo azul con puños y cuello de encaje, y una faja en la cintura con un lazo a un lado. En realidad se trataba de un vestido para una chica mayor, pero después de algunos arreglos a Fern le quedó muy bien. También me convenció de que le comprara un sujetador acolchado igual, según afirmó, a los que usaban todas sus nuevas amigas. Llegué a la conclusión de que, al igual que ocurriera en Nueva York, se juntaba con niñas mayores, pero no quise insistir en el tema.

Obviamente, tuve que comprarle zapatos que hicieran juego con el vestido, y cuando pasamos por una joyería miró con tanto deseo un collar y unos pendientes bañados en oro que me vi obligada a comprarle el conjunto. Después de eso me abrazó y me dio las gracias efusivamente. Empecé a lamentar lo que había hecho. ¿Acaso yo, al igual que hicieran Clayton y Leslie Osborne, estaba intentando comprar su afecto y su amor?

Le di permiso para que fuese a la peluquería del hotel y nuestra mejor estilista, Elaine Diana, le lavó y le marcó el pelo e ideó para ella un peinado que la hacía parecer mayor. Elaine, sin mi conocimiento, también la maquilló. Cuando Fern salió de su habitación, luciendo el vestido nuevo, las joyas y el pelo estilizado, las mejillas con colorete, los ojos con delineador y los labios pintados con carmín rosa, aparentaba más años de los que tenía. Jimmy se quedó boquiabierto.

—¿Es ésta mi hermanita? —exclamó y la arrastró hacia él para abrazarla.

Los ojos oscuros de Fern resplandecían como el ónice. Me dedicó una de sus

miradas de autocomplacencia, y lo que advertí en ella me sorprendió. Era como si compitiese conmigo por el amor romántico de Jimmy y hubiera ganado. Lo besó en la mejilla.

—Gracias, Jimmy —dijo.

—No me des las gracias a mí, cariño, sino a Dawn. Ella es quien te ha comprado todo esto.

Fern se volvió y me abrazó. Al ver aquello, Jimmy sonrió y asintió. Supe que pensaba que él tenía razón: nuestro amor y cariño la estaban convirtiendo en una persona mejor.

En casa de mamá Fern no podía haberse comportado de forma más cortés y encantadora. Los Osborne la habían educado bien en lo que se refería a la etiqueta. No era necesario decirle qué tenedor o cuchara debía usar; y sorprendió a Bronson al tratarlo de usted. Cuando él o mamá le preguntaban algo contestaba con suavidad, y con frases medidas describía los lugares que había visitado, las cosas que había visto, los museos y los teatros que conocía. Parecía tan sofisticada y experimentada como una chica que le doblara en edad. Todos estaban muy impresionados y Jimmy no cabía en sí de satisfacción y orgullo.

—Qué chica tan encantadora —me dijo mamá al final de la velada—. Evidentemente la han entrenado bien.

De inmediato advertí que a Jimmy no le agradaba nada que se alabase a los Osborne. Su rostro se ensombreció.

—No es un caballo de carreras, mamá —contesté antes de que él pudiera intervenir—. Es una niña pequeña. La han educado bien, es cierto, pero créeme, su vida no ha sido feliz.

—Lo sé, lo sé —dijo mamá mirando a Jimmy—. Sólo es que me encanta ver a una niña comportarse adecuadamente hoy en día. —Suspiró profundamente—. Lo cual me recuerda —añadió, colocando la mano derecha sobre el corazón como si estuviera a punto de desmayarse— que tengo noticias de Clara Sue. Vive con aquel camionero, Skipper, a las afueras de Raleigh, en Carolina del Norte. Nos enteramos cuando llamó a Bronson para pedirle dinero. Le acompaña por todo el país en el camión. ¿Te imaginas? Cómo encuentra a gente así, no puedo llegar a entenderlo. ¿Qué habré hecho, que habré hecho —gimió— para que esa chica se convirtiera en mi pesadilla?

—No es lo que hiciste, mamá —dije, sin poder evitar ser cáustica—, sino lo que no hiciste.

—Por favor, Dawn, no empieces con tus famosos discursos acerca de Clara Sue. Esta noche no, después de lo bien que nos lo hemos pasado celebrando el regreso de la hermana perdida de Jimmy —dijo, dándose la vuelta para dedicarle sus encantos a mi esposo.

Él le dio las gracias, y a continuación nos despedimos de Bronson. Mamá se quejó de que nos marchábamos demasiado pronto, pero le expliqué que al día siguiente los niños debían ir a la escuela. Estaba segura de que Fern no había hecho todo los deberes. Pero me equivoqué. No había hecho nada desde hacía días.

Por la mañana el señor Youngman me telefoneó para hacerme un resumen de las actividades de Fern desde que la habíamos matriculado en la escuela de Cutler's Cove.

—Todos los profesores se quejan de lo mismo —me explicó—. Es poco constante. A veces hace todos los deberes, y los hace bien, y después se pasa días sin hacer nada en absoluto. Se inventa todo tipo de excusas. Obviamente son verdaderas mentiras. En dos ocasiones se ha insubordinado; en una de ellas fue lo suficientemente serio para que la profesora la mandara a mi despacho. Creo que nuestros problemas son mayores de lo que pensábamos en un principio, señora Longchamp. No es sólo cariño lo único que necesita ahora, sino también una disciplina estricta.

—Gracias por la llamada, señor Youngman —dije—. Hablaré inmediatamente con mi marido de esto, y tendremos una charla con Fern.

—Gracias, señora Longchamp —dijo.

En cuanto pude fui a ver a Jimmy y le conté todo lo que me había dicho el señor Youngman. Sus ojos se ensombrecieron y sacudió la cabeza.

—Creo que tiene razón, Jimmy. Tenemos que ser más firmes con ella.

—Pensé que todo le iba bien —dijo.

—Eso es lo que nos dijo —le señalé—. Pero no es verdad.

—De acuerdo —dijo—. Hablaremos con ella.

Aquella noche él y yo nos reunimos con Fern en su habitación. Dejamos claras las nuevas normas.

—Cuando vuelvas de la escuela te vas directamente a casa —dijo Jimmy— y haces los deberes antes que cualquier otra cosa. Cuando los acabes se los llevas a Dawn para que los vea. Si está todo bien, puedes hacer lo que quieras en el hotel. Pero si nos enteramos de que has sido insubordinada con tus profesores, no podrás venir al hotel en absoluto —dijo—. Te quedarás en tu habitación. Sabemos que lo has pasado mal, Fern, pero tienes que trabajar y comportarte bien. Si nosotros no nos aseguramos que lo haces, entonces es que somos muy malos guardianes y no tenemos derecho a mantenerte aquí. ¿Lo comprendes?

Durante toda la conversación Fern mantuvo la vista baja. Asintió sin levantar la cabeza. Miré a Jimmy y vi lo doloroso que le resultaba la situación, pero a la vez sabía que era necesario.

—De acuerdo —dijo él— vamos a ver si podemos empezar de nuevo.

Fern no dijo nada, pero cuando nos disponíamos a marcharnos finalmente levantó

la cabeza y me miró. En su rostro había una expresión de furia. Entrecerró los ojos hasta que parecieron pequeñas ranuras, y tenía los labios tan tensos y la boca tan apretada que los dientes inferiores resplandecían a través de la piel. Aquella mirada de odio me heló la sangre. Sabía que me estaba acusando de que Jimmy se pusiera en su contra, pero yo estaba convencida de que era necesario controlarla más antes de que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, en vez de poner mala cara y quejarse, Fern cambió totalmente de actitud. Durante las siguientes semanas hizo exactamente lo que le pedimos: se concentró en el trabajo escolar y se comportó bien en clase. Pensé que se pondría beligerante al venir a verme para que comprobara los deberes, pero estuvo dulce y cariñosa. Después, en vez de marcharse con los chicos y chicas mayores del hotel, fue a ayudar a la señora Boston con las tareas de la casa y se pasó algún tiempo ayudando a Christie con los deberes. La mejora fue tan notoria que el señor Youngman me telefoneó para expresar su placer y gratitud. Fui corriendo a contárselo a Jimmy, y aquella noche, durante la cena, le dijimos a Fern lo contentos que estábamos con su nuevo comportamiento.

—Gracias —dijo— supongo que mi actitud era la de una niña malcriada.

Jimmy me dirigió una sonrisa, pero antes de que acabáramos de cenar Fern se volvió hacia él parece hacerle una petición especial.

—Me han invitado a un baile —anunció—. ¿Puedo ir? Llevaré el vestido y las joyas que Dawn me compró para la cena.

—¿Un baile? ¿En la escuela? —preguntó Jimmy, y me miró, pero yo negué con la cabeza. No sabía nada de todo eso.

—Bueno, no es en la escuela; es en el instituto —dijo Fern.

—¿En el instituto? ¿Quién te ha invitado? —preguntó Jimmy.

—Una chico. ¿Puedo ir? ¿Puedo? —suplicó, dirigiéndose directamente a Jimmy.

—No lo sé... yo... instituto... —tartamudeó él.

—Ya voy a sexto grado. Falta poco para que comience el instituto —gimió.

—¿Cuántos años tiene el chico que te ha invitado? —pregunté.

—¿Qué importa eso? Sólo es un baile —se quejó.

—¿Va alguna otra chica de tu clase? —insistí con suspicacia.

—No lo sé —dijo rápidamente—. La mayoría se comportan como bebés.

—¿Cuántos años tiene este chico, Fern? —repetí—. ¿Está en séptimo grado, en octavo...?

—Está en undécimo —admitió.

—¿En undécimo? Pero si está a punto de acabar los estudios —dije, mirando a Jimmy.

—No es más que un baile —señaló Fern.

—¿Por qué iba, un chico tan mayor a invitarte a un baile? —pregunté—. Estás a

punto de cumplir once años. No creo que una chica de tu edad...

—Sabía que dirías que no —exclamó—. ¡Lo sabía!

—Un momento, Fern —intervino Jimmy.

—¡Me odia! —chilló—. Me ha odiado desde el día en que llegué aquí. Siempre cuenta cosas malas de mí.

—Fern, ya basta —dijo Jimmy.

Ella lo miró y a continuación bajó la vista, las lágrimas corrían por sus mejillas. Christie abrió los ojos como platos al observar la escena que se desarrollaba delante de ella.

—Dawn tiene razón —dijo Jimmy—. Un chico tan mayor no debería interesarse por una niña de tu edad. Estás creciendo con demasiada rapidez.

Fern levantó la cabeza de golpe, los ojos llenos de lágrimas y dolor.

—Vosotros dos no esperasteis a haceros adultos —acusó Jimmy enrojeció.

—Eso no es justo, Fern —dije suavemente—. Vivimos tiempos diferentes en circunstancias completamente distintas.

—Creo que nos debes una disculpa —dijo Jimmy—. De verdad me lo parece.

Bajó la vista, los hombros hundidos.

—Lo siento —murmuró bajando la vista y hundiendo la cabeza entre los hombros—. ¿Puedo irme arriba ahora?

—No has acabado de cenar —dijo Jimmy.

—Ya no tengo hambre.

—Fern, es mejor que esta vez nos hagas caso. Estamos intentando hacer lo mejor para ti —dije.

—De acuerdo —contestó, al tiempo que se secaba las mejillas con la servilleta—. Sólo quiero ir arriba a leer un rato.

—Sube, entonces —dijo Jimmy.

En cuanto abandonó el comedor, Christie se volvió hacia mí.

—¿Qué le ocurre a la tía Fern? —preguntó.

—Está madurando demasiado deprisa —respondí.

Christie me dirigió una mirada interrogante.

—¿Estoy yo madurando demasiado deprisa, mamá? —preguntó.

—Espero que no, cariño. De verdad que lo espero —dije—. Eso le devolvió la sonrisa a Jimmy, pero no pudo evitar mirar hacia la puerta y ver cómo desaparecía Fern. En sus ojos había preocupación. Extendí el brazo y le toqué la mano.

—Hablaré con ella, Jimmy —le prometí.

Más tarde subí a la habitación de Fern y llamé suavemente a su puerta.

—Adelante —dijo. Estaba hecha un ovillo en la cama leyendo un libro de la biblioteca.

—Fern —empecé a decir— creo que quizá tú y yo deberíamos tener una charla

íntima.

—¿Quieres decir hablar del sexo? —preguntó, bajando las comisuras de los labios.

—Sí. Aparentemente estás madurando con mucha rapidez. ¿Habló alguna vez Leslie contigo de esto?

Se echó a reír.

—Poco probable —dijo. A continuación se inclinó hacia mí y dijo en un susurro—. Creo que ella y Clayton ya no hacen nada. Tienen habitaciones separadas, ¿sabes? Ésa debe de ser la razón por la cual él me hizo lo que me hizo.

Me quedé atónita. ¿Cómo podía una niña de su edad ser tan sofisticada cuando se trataba de sexo? A continuación pensé que quizá se debiera a que había crecido en Nueva York. Había estado expuesta a más experiencias y en consecuencia aprendía con mayor rapidez.

—Pareces estar más informada que yo a tu edad, Fern —dije. Ella se encogió de hombros—. ¿Dónde has aprendido todas estas cosas, si Leslie no habló contigo?

—De los amigos de la escuela y cosas así —respondió despreocupadamente.

—¿Qué cosas?

—Libros y revistas y cosas. Cosas —dijo.

—Entiendo. Bien, ¿puedo contarte entonces algunas de las cosas sabias que he aprendido?

—Claro —contestó. Por fin algo de lo que yo iba a decirle pareció interesarle.

—Tu cuerpo se está convirtiendo en el de una mujer. Las cosas están cambiando.

—Ya lo sé. Me está saliendo pecho. Los chicos también se dan cuenta —añadió, complacida consigo misma.

—No se trata sólo del pecho, Fern. Convertirse en una mujer adulta supone mucho más. Se tienen sentimientos diferentes. De pronto las cosas que nunca esperabas que ocurrieran, ocurren. Una se pone a llorar sin razón aparente; deseas sentir cosas, tocar cosas, oír y ver cosas que no te habían interesado anteriormente. Y los chicos... los chicos se convierten en algo fascinante. Ves cosas en ellos en las que nunca habías reparado, y te agrada estar en su compañía.

»Pero lo que más te interesa —continué— es que te consideren una mujer, no una niña ¿verdad? Por eso te gusta estar con chicos mayores en el hotel, y por eso les pides cigarrillos y te los fumas en el sótano —añadí.

Abrió los ojos como platos.

—¿Quién te lo ha contado? Apuesto a que fue Robert Garwood. Es un ogro. No me cae bien. ¡Miente!

—Sé que fumas cigarrillos allí en el sótano, Fern —repetí— pero nunca se lo he contado a Jimmy. No deberías creer que quiero que él piense mal de ti. No quiero, pero acabarás consiguiéndolo tú sola si no te tomas el tiempo necesario en madurar.

Sé que puede parecer un poco tonto, pero debes tener cuidado con tus sentimientos. A veces resultan excesivos y acabas por hacer cosas que después lamentas.

—¿Como cuando tú quedaste embarazada de Christie? —preguntó rápidamente.

—Sí, pero yo tuve la suerte de que Jimmy me quisiera. No todo el mundo es tan afortunado. Pero tú, Fern, no deberías depender de la suerte, sino de la sabiduría. Si te echas encima de los chicos mayores, pensarán que no eres muy cauta y se aprovecharán de ti. Creo que comprendes lo que quiero decir.

Asintió.

—Es solo un baile —murmuró.

—Los chicos mayores no lo consideran así, y creo que ese chico vio algo en ti que le hizo pensar que no eras tan inocente. De lo contrario, tal vez no te hubiese invitado —dijo.

—¿Por qué? Soy tan guapa como muchas de las chicas de noveno o décimo grado —afirmó.

—Estoy segura de que sí, incluso más guapa, pero no se trata de eso ¿verdad? ¿Por qué no invitó a una de esas chicas? Lo que te pedimos es que no te apresures. Todo llegará; tendrás un ejército de novios, estoy segura, y no te perderás nada.

—Entonces, ¿cuando podré ir a un baile? —preguntó.

—Pronto, estoy segura. Y cuando sea el momento adecuado no te lo impediremos; nos alegraremos por ti. —Le di unos golpecitos en la mano y me levanté.

—Jimmy está muy enfadado conmigo ¿verdad? —preguntó.

—No, no lo está; está preocupado. ¿Por qué no vas y hablas un poco con él? —le sugerí.

—De acuerdo —dijo. Bajó de la cama y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se volvió y me miró. Pensé que iba a darme las gracias por la charla, pero en vez de eso preguntó—: ¿Algún día me contarás cómo conseguiste enamorarte y quedar embarazada tan joven?

—Algún día —respondí, atónita ante su petición. Ella sonrió y bajó rápidamente las escaleras.

Hacía ya tiempo que prácticamente no pensaba en Michael Sutton. En ocasiones, cuando Trisha me llamaba por teléfono o venía a visitarme me informaba acerca de su carrera y de cosas que había oído o leído en las revistas. Pero la petición de Fern de que le contara mi trágica historia de amor pareció como el encantamiento de una bruja, ya que menos de una semana después recibí la más sorprendente de las llamadas: era Michael.

—Hola, Dawn —dijo, y de inmediato supe que era él. No olvidaría nunca aquella voz melódica y resonante, la voz que me llamaba en sueños mientras vivía en Nueva York

e iba a la Escuela de Artes Escénicas Sarah Bernhardt. Durante unos segundos no pude responder. El corazón se me quedó en algún lugar de la garganta. Era como si todo lo que había pasado entre nosotros hubiese sido un mal sueño.

—¿Michael?

—Sí. —Se echó a reír—. Sé que no esperabas tener noticias mías nunca más, y seguramente no te atrae en absoluto, pero no lo he podido evitar. Estoy en Virginia Beach.

—¡Virginia Beach!

—Sí, a pocos kilómetros de distancia. Después de todo este tiempo —continuó—, a sólo unos pocos kilómetros. ¿Cómo has estado?

—¿Cómo he estado?

Ése era el hombre que había dicho que me amaba y quería tenerme siempre a su lado, y que cuando se enteró de que estaba embarazada afirmó ser feliz; ése era el mismo hombre que me había abandonado en medio de la calle bajo una tormenta de nieve sin importarle mis lágrimas.

—¿Cómo he estado? —repetí, como si quisiera que me confirmara que realmente ésa era la pregunta.

Volvió a reírse, una risa nerviosa. ¿El gran Michael Sutton, nervioso?, pensé, qué extraño en él.

—Cuando regresé a los Estados Unidos hice algunas averiguaciones acerca de ti, viajé a Virginia. Por lo que me han dicho, has heredado un hotel muy conocido frecuentado por gente de dinero —dijo.

—Así es, Michael —dije con un tono de voz tan formal que hasta la abuela Cutler me habría envidiado—. También estoy felizmente casada.

—Lo sé, lo sé. —Volvió a reír, pero esta vez con una risa débil—. Te casaste con el soldadito que creías era tu hermano, ¿verdad?

—Que ha sido un padre maravilloso y cariñoso —añadí enfáticamente. Mis palabras eran tan agudas y certeras como dardo que da en el blanco.

—De verdad —dijo—. Bueno, me alegro por ti. En cualquier caso, me gustaría verte.

—¿Verme? ¿Para qué, Michael? —pregunté—. ¿Para qué querrías verme ahora? —Mi voz rebosaba de ira y sarcasmo.

—Sé que tienes derecho a estar furiosa conmigo, Dawn —dijo—, pero si me dejas que te lo explique...

—¿Explicar? —lancé una carcajada.

—Y contarte algunas cosas que no pude contarte entonces —añadió en un tono de voz más fuerte—. Por lo menos lo entenderás. Además —dijo en tono más suave y solícito—, me gustaría ver a nuestra hija.

—¿Nuestra hija? Ya no es tu hija, Michael; es mía y de Jimmy. Hemos dado todos

los pasos legales necesarios. Jimmy la ha adoptado.

—Lo entiendo —dijo—. Sólo quiero verla una vez, eso es todo.

—¿Por qué, de pronto, te interesas por ella, Michael? ¿Dónde has estado todos estos años? —pregunté con irritación.

—Como ya te he dicho, lo entenderás cuando pueda explicártelo personalmente. No es el tipo de cosa que pueda decirse por teléfono. Estoy hospedado en un hotel muy bonito llamado «Las Dunas».

En mi interior comenzó a librarse una lucha tremenda. Mi parte buena, madura y sensata me ordenaba que le dijera lo odioso, insensible e irresponsable que había sido y que después de prohibirle que me volviera a llamar, colgara. Pero mi parte más blanda quería que fuese comprensiva y compasiva. ¿Por qué no podía ver a su hija, y ella verlo a él? Quizás estuviese arrepentido de sus acciones y deseara encontrar la forma de disculparse. ¿Quién era yo para negarle eso? Además, me resultaba imposible no sentir curiosidad por él y su historia. ¿Qué podía llegar a contarme que justificara lo que me había hecho?

Pero, pensé, si Jimmy se enteraba, se pondría furioso conmigo. Más que furioso, se sentiría terriblemente dolido. No podía tomar una decisión.

—No tienes por qué decirle quién soy —me sugirió Michael, intuyendo mis dudas—. Fingiremos que soy un viejo amigo que te ha venido a visitar. Así nadie tiene por qué enterarse —dijo. A continuación añadió—: Aquí nadie me conoce. No he venido a actuar; estoy de visita.

—No sé, Michael. Yo...

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Christie —contesté, y al instante me di cuenta de lo terriblemente triste y trágico que resultaba que un padre ni siquiera supiese el nombre de su hija.

—Bonito nombre —dijo—. ¿Lo escogimos nosotros? No lo recuerdo.

—No, Michael, no lo escogimos.

—En cualquier caso —dijo, cambiando sabiamente de tema— estar tan cerca de ti y de Christie y no veros... sería un pecado.

—No me hables de pecados —espeté.

—¡Oh!, no te culparía a ti. No, no. Me culparía a mí mismo. Sería un pecado más en la lista de los que desafortunadamente he ido acumulando. Por favor, Dawn, aunque sólo sean diez minutos...

—Tendría que ser mañana por la tarde —cedí—, cuando Christie regresa de la escuela.

—Estupendo, estupendo. Tomaremos el té en el hotel donde me hospedo. ¿A qué hora?

—A las cuatro —dije, sin poder creer que estaba accediendo a su propuesta.

—Perfecto. Me pasaré el día esperando. Gracias. Adiós, hasta entonces —dijo, y

colgó justo en el momento en que yo empecé a tener dudas.

—Michael, espera...

Al otro lado de la línea ya no había nadie. Lentamente colgué y me recliné en el asiento. No debería hacer esto sin decírselo a Jimmy, pensé. Jamás lo entendería. Sabía que si se lo decía se pondría furioso. Incluso sería capaz de ir al hotel de Virginia Beach antes que yo y golpear a Michael o arrojarlo por la ventana.

No, era mejor que lo hiciese sin que se enterara. Haría lo que Michael había sugerido: le diría a Christie que se trataba de un viejo amigo. Fingiría haberme encontrado con él por casualidad.

Comencé a temblar sin poder evitarlo. ¿Era de miedo o de excitación? Se me apareció el hermoso rostro de Michael. Después de años intentando enterrar aquellos recuerdos en las cámaras más profundas de mi corazón, apareció Michael y en un momento entró de nuevo en mi nueva vida y abrió el viejo baúl de los recuerdos, dejando que éstos salieran a la luz. Una vez más oí la música, vi su mirada picara, oí su risa y sentí cómo me levantaba en brazos. Para una muchacha de mi edad había sido maravilloso enamorarse de un hombre tan elegante, guapo y sofisticado. El poder de aquellos recuerdos era tremendo. Todavía conseguían que me sonrojase y se me cortara la respiración.

Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en mi encuentro con Michael. Todos los silencios estaban llenos del recuerdo de su voz, su canto o sus risas. Y si dejaba de trabajar, rápidamente acudía a mi memoria alguna escena con él en Nueva York, o lo recordaba caminando a mi lado por los pasillos de la escuela.

A la hora de cenar Jimmy se dio cuenta de que entraba y salía de un sueño, y finalmente me preguntó si me pasaba algo.

—Estás tan distraída —dijo—. ¿Tienes alguna nueva preocupación? —preguntó, y miró a Fern.

—¡Oh, no! —respondí al instante, consciente de lo culpable que me sentía—. Pensaba en algunas de las sugerencias que ha hecho el señor Dorfman acerca de la ampliación del hotel.

—Hablamos jurado olvidarnos del hotel en nuestro santuario —me recordó Jimmy.

—Tienes razón. Lo siento —dije, y me sumergí en una conversación que él, Christie y Fern estaban manteniendo sobre la escuela.

Más tarde, cuando fui a darle las buenas noches a Christie, le dije que al día siguiente, cuando volviera de la escuela, iríamos de compras a Virginia Beach.

—¿Tía Fern también vendrá? —me preguntó.

—No, no, sólo nosotras, cariño. Ella tiene que hacer los deberes. De hecho, será mejor que no le digas nada; se pondría triste por no poder ir —dije. No me gusta nada hacer a Christie partícipe de mi mentira, pero pensé que era lo mejor.

—¿Quieres decir que es un secreto? —preguntó.

—Más o menos. Sí. Considéralo un secreto —dije y le di un beso—. Buenas noches, cariño —repetí, mientras pensaba que pronto vería a su verdadero padre y no lo sabría, ni ahora, ni durante mucho tiempo. Pero por lo menos tendría ese recuerdo cuando se lo dijera, razoné, y volví a besarla.

—Que duermas bien —dije.

Cerré la puerta y me quedé allí, de pie en el pasillo, durante unos minutos. La idea de encontrarme con Michael me aterrorizaba. ¿Cómo reaccionaría al verlo? ¿Qué palabras me saldrían de la boca? ¿Palabras de ira y rabia, o palabras de tristeza? ¿Puede uno estar tan enamorado de alguien y volver a verlo al cabo de los años y no sentir nada en absoluto? —me pregunté.

Al día siguiente tendría respuesta a mis preguntas.

Pasé todo el día nerviosa hasta que Christie y Fern llegaron de la escuela. Ya le había dicho a Julius que iría con Christie a Virginia Beach. Cuando se detuvo delante del hotel con ella en el asiento trasero del coche bajé a toda prisa las escaleras y me metí en el vehículo lo más rápidamente que pude. No podía evitar sentirme culpable. Con la excusa de que Christie necesitaba ropa le había dicho a Jimmy que iríamos a hacer algunas compras. Él no dijo nada e incluso llegué a preguntarle si necesitaba que le comprara alguna cosa.

—No. Me gustaría acompañaron —respondió— pero tenemos un problema con el quemador en el sector cuatro...

—No te preocupes, Jimmy. Estaré de vuelta enseguida —dije, temiendo que buscara alguna forma de reunirse conmigo más tarde.

Sentada en la limusina, recordé con inquietud todas mis mentiras, y me sentí muy mal.

—Tía Fern quería saber por qué no me bajaba del coche, mamá —dijo Christie.

—¿Qué? Oh... ¿Qué le has dicho?

—Que iba al hotel. Me miró con cara rara —añadió Christie.

—No te preocupes, cariño. Es mejor así —le aseguré.

—¿Dónde vamos?

—A hacer unas compras, y ver a un viejo amigo que se hospeda en un hotel en Virginia Beach —añadí con tono pretendidamente casual. Pero Christie era muy perspicaz.

—¿Por qué no se ha hospedado en nuestro hotel? —preguntó.

—Tenía negocios que atender en Virginia Beach y viajó sólo por un día —contesté. Estoy segura de que lo imaginé, pero mi respuesta no pareció conformarla.

Le pedí a Julius que nos condujera directamente al «Las Dunas». Mi intención era ver a Michael y acabar con aquello cuanto antes. Después llevaría a Christie a los

grandes almacenes y le compraría ropa interior y calcetines nuevos, además de un jersey. El invierno estaba a la vuelta de la esquina. Ya habíamos tenido algunas mañanas frescas, y las nubes que llegaban del noroeste parecían más crueles que nunca. El transcurso del otoño al corazón del invierno siempre me deprimía. Los árboles habían perdido sus hojas y esperaban desnudos a que cayese la nieve para cubrirlos. Pero cuando más triste era su aspecto era a la luz de la luna, hasta que el hielo o la nieve no se cristalizaban sobre ellos. Cuando aquello ocurría resplandecían y entonces yo me ponía a pensar en la Navidad.

—Hemos llegado —anunció Julius. El portero del «Las Dunas» se apresuró a abrirnos la puerta antes de que Julius pudiera hacerlo. Christie bajó, le dio las gracias al hombre, y yo la seguí. El corazón comenzó a latirme con fuerza; tuve que detenerme para respirar. Christie me miró, intrigada.

—No estaremos más de quince minutos, Julius —dije con firmeza.

—Muy bien, señora Longchamp. Estaré esperando aquí fuera.

—De acuerdo. Christie, cariño. —La cogí de la mano y me dirigí hacia la entrada. Mis piernas parecían de goma. Estaba segura de que iba haciendo eses y miré a mi alrededor para ver si la gente me miraba, pero nadie lo hacía. El botones nos abrió la puerta y entramos en el elegante vestíbulo.

Durante un largo momento no lo vi —o, para ser más exactos, no lo reconocí— ya que estaba sentado en un sofá directamente delante de nosotros, leyendo un periódico. Lo bajó y sonrió. Mi corazón se detuvo y a continuación volvió a latir, me quedé completamente pálida y pensé que me desmayaría ahí mismo.

Pero cuando Michael se puso de pie mi temor se convirtió en sorpresa y curiosidad. A nosotros se acercaba un hombre que parecía mucho mayor de lo que yo recordaba. Su cabello oscuro y sedoso ya no brillaba, y estaba canoso. Todavía medía un metro noventa, por supuesto, pero tenía los hombros hundidos, y su paso ya no era arrogante y seguro. Parecía mucho más delgado, el rostro casi tan enjuto como el de Papá Longchamp; y a pesar de que llevaba una americana y pantalones deportivos color azul marino, pensé que tenía aspecto desaliñado; los pantalones estaban arrugados y la americana le colgaba sin gracia. Incluso el nudo de la corbata estaba mal hecho. Ese no era el hombre elegante e inmaculado del que me había enamorado tan profundamente. Ese hombre ni siquiera conseguiría seducir a una de las camareras, pensé.

—Dawn —dijo, al tiempo que extendía la mano. El anillo y el impresionante reloj de oro habían desaparecido de su mano. Le temblaban los dedos—. Es estupendo verte después de tantos años. —Aunque estaba pálido, sus ojos de color zafiro todavía tenían aquel pícaro resplandor.

—Hola, Michael.

—Retrocedió un paso y bajó la vista. Debe de ser Christie. Te habría reconocido

entre un grupo de niñas de tu edad —añadió—. Es guapísima —dijo, mirándome—. Has hecho un buen trabajo. Hola, Christie. —Le ofreció la mano, y ella le saludó como una pequeña dama. Michael se echó a reír—. Te he comprado una cosa —le dijo, y extrajo del bolsillo una pequeña caja.

—¡Oh!, Michael —dije.

—No pasa nada; no es nada especial —comentó.

—Sí, pero tendré que dar explicaciones —dije.

—Lo siento. No pude resistir la tentación de comprarle alguna cosa.

—¿Qué es? —preguntó Christie.

Michael me guiñó un ojo.

—Soy un vendedor de joyería —dijo— y pensé que podría gustarte una muestra de lo que vendo.

Ella cogió el regalo.

—¿Qué se dice, Christie?

—Gracias. ¿Puedo abrirlo? ¿Puedo?

—Claro —dijo Michael—. Vamos a tomar un té o algo —dijo, señalando en dirección al bar.

—No podemos quedarnos mucho tiempo. Tengo el chofer ahí fuera —le dije.

—Lo sé. Nos sentaremos sólo unos minutos. Christie —dijo, y alargó el brazo. Ella lo cogió de la mano y fueron hacia el bar. Respiré profundamente y los seguí. Nos sentamos a una mesa y Michael le pidió a Christine un cóctel de frutas.

—¿Quieres un té, o prefieres algo más fuerte? —me preguntó.

—Un té está bien.

—Un té y un whisky con soda para mí —le pidió al camarero. Me dirigió una sonrisa—. ¿Te acuerdas del primer día que te llevé a tomar un cappuccino?

—Lo recuerdo. Pero recuerdo mucho más el día en que no apareciste —contesté.

El aspecto avejentado y poco cuidado de Michael disminuyó la magia que temí me obnubilara haciéndome olvidar el efecto que su comportamiento cruel había tenido sobre mi vida. De pronto, no vi en él más que a un hombre. No caminaba bajo los focos; no había música de fondo.

Su rostro ya no era aquel que aparecía en las cubiertas de las revistas.

—¡Oh, mira, mamá! —exclamó Christie después de abrir la caja y extraer una cadena de oro con un medallón en el cual estaba grabada una nota musical—. ¡Ooooh! —exclamó con admiración mientras observaba el regalo.

—En una ocasión le regalé un medallón como éste a una persona a quien amaba mucho —dijo Michael, mirándome.

Lo recordé; había sido un Día de Acción de Gracias, pero lo había abandonado como tantas otras cosas cuando me llevaron a Los Prados a dar a luz.

—La nota musical parece un do —declaró Christie.

Michael se echó a reír.

—No me digas que también es aficionada a la música —dijo.

—Va a clases de piano —le expliqué.

—Apuesto cualquier cosa a que es muy buena —dijo entrecerrando los ojos—, considerando los genes de sus padres. ¿A qué curso vas, Christie?

—Estoy en primer grado —contestó ella con orgullo—. Y estoy en el primer grupo.

—¿El primer grupo?

—Está bastante adelantada —le expliqué—. Ya aprende cosas de segundo grado.

—Entiendo —dijo Michael—. Eso está muy bien. Es una de las niñas más preciosas que he visto. Lo que me he perdido, ¿verdad? —agregó.

El camarero trajo nuestras bebidas. Yo di un sorbo a mi té y Michael bebió un gran trago de whisky con soda, como si quisiera vigorizarse.

—Sí, Michael —dije por fin—, lo que te perdiste, lo que abandonaste, sin tan siquiera dejar una nota. ¿Tienes idea de cómo fue para mí? —pregunté, los ojos llenos de ira. Su mirada era más suave, y mientras yo hablaba no me quitaba los ojos de encima—. Sin avisarme, sin darme pista alguna, o llamarme por teléfono. —Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero conseguí controlarme. Estaba decidida a no llorar, no quería darle esa satisfacción.

—Me comporté de forma horrible, ya lo sé —dijo. Bajó la vista a su vaso y a continuación volvió a mirarme—. Pero no pude evitar enamorarme de ti, aunque era algo que no debía hacer.

—Estábamos superando esas cosas, Michael. Teníamos verdaderos planes, y tú sabías que a mí no me importaba lo que la gente, incluida mi supuesta familia, pudiese decir. La diferencia de edad entre nosotros no era importante, y en lo que se refería a que tú eras mi profesor y arriesgabas tu carrera, sabes que eras un artista conocido. No tenías intención de seguir siendo un profesor.

—No, no, no me refiero a nada de eso —dijo—. Enamorarme de ti estuvo mal por otras razones. —Apartó la mirada.

—¿Qué otras razones, Michael?

Se mordió el labio inferior, respiró profundamente por la nariz y se reclinó en la silla.

—Creo —dije— que ya es hora de que lo sepa todo.

El asintió.

—Cuando te conocí en Nueva York y empezamos a salir y a querernos, yo ya estaba casado —me confesó.

—¿Qué? —exclamé.

—Hacía casi dos años que estaba casado.

—No me lo creo. Nadie hablaba de eso ni salió publicado en ninguna revista.

—Nadie lo supo nunca —dijo—. Mi representante me obligó a mantenerlo en secreto. Dijo que anunciar mi matrimonio sería perjudicial para mi carrera; haría que las jóvenes dejaran de fantasear conmigo.

—¿Dónde estaba tu mujer durante todo este tiempo? —pregunté con escepticismo.

—En Londres; era una chica inglesa a la que conocí cuando trabajaba allí. Era escenógrafa. Nos enamoramos, casi tan rápidamente como tú y yo, y un día nos fuimos al campo y nos casamos en una vieja iglesia. En aquellos tiempos yo era bastante tonto e impulsivo, y como te he dicho, mi representante y mi asesor de imagen se enfadaron bastante. Finalmente, mi trabajo y mis viajes acabaron con el amor que sentíamos el uno por el otro. De hecho, tenía intención de hablarle de ti y pedirle el divorcio, pero antes de que pudiera hacerlo, me avisaron que se estaba muriendo de una enfermedad en el riñón, de modo que me marché a Londres para estar a su lado y acepté un papel en un espectáculo. Ella resistió durante meses y meses, y cuando todo hubo terminado, tú ya te habías marchado. Intenté encontrarte, pero tu paradero era secreto. Desilusionado y perdido, regresé a Europa para continuar mi carrera. Al final me enteré de tu matrimonio y de todo lo demás.

—¿Por qué no me dijiste lo de tu esposa? —pregunté.

—Tenía miedo de hacerlo; temía que me abandonaras —respondió.

—Pero, ¿por qué no me dejaste al menos una nota?

—No podía. Era débil. Dejé que mi representante y mi asesor de imagen controlaran mi vida. Amenazaron con abandonarme; me dijeron que me estaba destruyendo. ¿Qué puedo decirte? —añadió, y me miró con ojos arrasados en lágrimas, como si sobre sus mejillas estuviera a punto de desatarse un diluvio—. Tenía que elegir entre la felicidad romántica y mi carrera, y elegí mi carrera.

»Supongo que en el fondo de mi alma nunca estuve casado más que con el escenario. Ése fue mi primer amor, y el más fuerte. A su lado, todo lo demás se debilitaba y empalidecía. Era muy joven, y estaba chiflado por mí mismo y por mi fama. Ahora que os veo a ti y a la bella Christie, me doy cuenta de lo mucho que he perdido. Pero no tiene por qué ser así —añadió al instante—. Me he vuelto más sensato. Bastante tarde, lo sé, pero por lo menos estoy aquí.

—Michael, ¿qué estás diciendo? ¿Qué estás proponiendo? —pregunté, atónita.

—En el pasado todo fue mágico; tuvimos una magia de la que ninguna otra pareja ha disfrutado. Cuando dos personas viven una experiencia así, pueden recuperarla —afirmó.

Me deprimió oír el temblor de su voz. Parecía un niño suplicando que ocurriera lo imposible.

—Yo no podría ser más feliz de lo que ahora soy, Michael —dije—. Ni por todo el oro del mundo dejaría a Jimmy. Lo que hubo entre nosotros fue mágico, al menos

durante un tiempo, pero tú lo destrozaste. Siento lo que te ha ocurrido, y siento que nunca me dijeras todas estas cosas cuando estábamos juntos. Nada se habría interpuesto entre nosotros, pero ahora soy una persona distinta. Aquella muchacha deslumbrada ha muerto.

Michael asintió yapuró la copa.

—Imaginé que dirías algo así —afirmó. Miró a Christie y sonrió. Ella se bebió las últimas gotas del cóctel de frutas.

—Tenemos que irnos, Michael. Me llevo a Christie de compras.

—¡Oh! Claro. —Pidió la cuenta.

—¿Qué haces en Virginia Beach? —le pregunté.

—Estoy de paso en camino a Nueva York. He estado en Atlanta.

—¿Vas en coche?

—Sí. Tengo un poco de tiempo, y hay cosas que todavía no he visto, de modo que pensé que sería una buena idea.

El camarero trajo la cuenta, y Michael hurgó en su bolsillo en busca de la cartera. Miró la cuenta y a continuación los billetes que tenía.

—Iré a recepción a cambiar un cheque —dijo—. No tengo bastante dinero en efectivo.

—No te preocupes. Pagaré yo —dije.

—Bueno —dijo Michael, sonriendo e inclinándose hacia delante—, de hecho, ésa era otra de las razones por las que quería hablar contigo.

—¿Sí?

Mantuvo la sonrisa.

—Como ahora las cosas te van tan bien, pensé que quizá estuvieras dispuesta a prestarme un poco de dinero —dijo.

—¿Qué?

—Necesito volver a establecerme. Con cinco mil dólares tendré suficiente.

—¡Cinco mil dólares!

—Estoy seguro de que no se trata de mucho dinero para alguien que tiene uno de los hoteles más famosos de la costa. Le dirigí una mirada de incredulidad. Ésa no era otra de las razones por las cuales quería vernos a Christie y a mí; era *la* razón principal. Nunca me pareció más deshonesto y ruin.

—Michael, aunque quisiera darte el dinero, cosa que no quiero, nunca podría hacerlo sin llamar la atención. Todos mis asuntos están en manos de un administrador.

—Debes de tener algunos fondos personales —insistió.

—Jimmy y yo tenemos fondos personales —lo corregí.

—¿Y?

—¿Esperas que Jimmy esté de acuerdo en que haga una cosa así? —Me pregunté

si su desfachatez no tendría fin.

Michael se encogió de hombros.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo.

Volví a adoptar una postura firme y lo miré fijamente.

—Jimmy y yo no tenemos secretos. Nuestro matrimonio está basado en la confianza mutua.

Michael entrecerró los ojos y su mirada picara poco a poco fue convirtiéndose en algo más duro, malicioso y astuto.

—¿Le dijiste que venías a encontrarte conmigo? —preguntó.

—Claro que no. Se habría puesto furioso, no lo habría permitido.

—De modo que ya has mentido —dijo levantando los brazos y sonriendo de nuevo.

Negué con la cabeza.

—Eres odioso, Michael. Vine a verte por compasión. Pensé que era terrible que nunca hubieras visto a Christie, y ahora lo estás convirtiendo todo en algo sórdido. Ahora debo marcharme —dije—. Vamos, Christie.

Saqué algo de dinero del bolso y lo tiré sobre la mesa para pagar la cuenta. A continuación me puse de pie y ayudé a Christie a levantarse.

—Espera un momento, Dawn —dijo Michael.

—No. No hay razón alguna para que me quede aquí más tiempo.

—Necesito ese dinero, Dawn —dijo, los ojos fijos en mí—. Necesito esta segunda oportunidad, y ahora estás en condiciones de ayudarme.

—¿Cómo puedes pedirme una cosa así después de lo que hiciste, fueran cuales fueren las razones? —pregunté. Negué con la cabeza y empecé a salir.

—¡Dawn! —gritó a mis espaldas, pero yo no me volví.

—Mamá, ese hombre nos llama —dijo Christie.

—Sigue caminando, cariño —le dije. Se volvió, y yo la arrastré, huyendo de lo que me pareció el lado perverso del hombre que en un tiempo había amado.

EL REMATE

Apenas entré en mi despacho, el teléfono comenzó a sonar. Intuí que se trataba de Michael. En efecto, era él.

—Dawn, no tenías derecho a huir de mí como lo hiciste —afirmó, enfadado.

—¿No tenía derecho a huir? ¿Lo llamas huir? ¿Y cómo calificas lo que me hiciste?

—Pensé que ya te lo había explicado todo —dijo.

—Michael, no tenemos nada más que discutir. Cada uno tiene que seguir adelante con su vida.

—Eso es exactamente lo que intento hacer —dijo—, y por eso necesito el dinero.

—Michael, no puedo...

—Yo también tengo derechos, ¿sabes? —me interrumpió.

—¿Derechos?

—Sobre Christie. También es hija mía —afirmó—. Fui lo suficientemente comprensivo para seguir tu juego y fingir que era otra persona, pero si voy por allí...

Lentamente me senté.

—Michael ¿estás intentando hacerme chantaje?

—Sólo necesito unos miserables cinco mil dólares —afirmó.

—Por ahora.

—Y tú puedes continuar fingiendo que Jimmy es el padre de Christie, si quieres. No impugnaré la adopción.

—¿Impugnar la adopción? ¿Crees que tendrías alguna posibilidad de ganar? ¿Un hombre que ha abandonado a una adolescente embarazada? —dije, sorprendida de que se atreviera a sugerirlo.

—Quizá no, pero el juicio me proporcionarla la publicidad que necesito. Como dice mi agente, la publicidad es la publicidad. En mi negocio no existe la mala publicidad. Por eso a los actores no les importa nada que escriban sobre ellos en las revistas del corazón.

»Además —agregó—, un buen abogado podría proponer una visión distinta del asunto, podría hablar de un hombre que quería cumplir contigo. Fuiste tú quien desapareció para terminar casándote con un hombre con el que habías convivido como hermana. ¿Te imaginas lo que harían las revistas del corazón con una noticia así? —preguntó en tono sarcástico.

—Eres odioso —dije—. Incluso más odioso de lo que jamás me habría imaginado.

—Lo único que quiero es un poco de dinero —gimió—. Es una cantidad insignificante para ti, pero para mí significa la posibilidad de volver a establecerme.

—No es una cantidad insignificante —espeté—. Y no se trata sólo del dinero. Jimmy se pondría...

—Se pondría furioso al saber que le has mentado y que me has visto en secreto —dijo con un tono de voz que rezumaba connotaciones eróticas.

—Dios mío, no hay límite a lo bajo que puedes llegar —dije.

—Te daré dos días. Tráeme el dinero al hotel —ordenó—. Lo necesitare para pagar la cuenta. Dos días —repitió y colgó.

Me quedé allí con el auricular en la mano, la cara sonrojada, el corazón latiéndome con fuerza. ¿Qué iba a hacer? Definitivamente Jimmy se pondría furioso y se sentiría muy desilusionado conmigo. Sin embargo, sabía que si le daba los cinco mil dólares a Michael el acoso no acabaría. Me pediría más y más, me amenazaría y acabaría por crearme grandes traumas emocionales. Quería proteger a Christie de la miseria y confusión que yo había experimentado. Tenía una vida maravillosa y feliz con todas las necesidades cubiertas; vivía en un mundo de amor y seguridad, protegida contra las oscuras fuerzas del mal que habitaban más allá de las verjas de nuestra casa.

Si se lo contaba a Jimmy, montaría una escena terrible, y puede que Michael cumpliera igualmente con sus amenazas. Había percibido la desesperación y la determinación en su voz; no tenía nada que perder, y de alguna forma repugnante, estaba en lo cierto: podría obtener un poco de publicidad. Los abogados podían distorsionar la verdad y hacer que yo pareciera la culpable. Christie sería considerada un monstruo. La gente estaría siempre susurrando maldades a su alrededor. Sabía por experiencia propia lo crueles que pueden llegar a ser las mujeres, especialmente durante la adolescencia. ¿Cómo permitir, entonces, que tales escándalos la persiguieran durante toda la vida?

¿Qué iba a hacer?

Me cubrí el rostro con las manos y empecé a sollozar. ¿No acabaría nunca? ¿Acaso las indiscreciones y los pecados de mi juventud me perseguirían siempre? Estaba agotada, aturdida, derrotada, y caí hundida en el sillón.

Posé la mirada sobre el retrato de mi padre. Sus ojos parecían fijos en mí, sonreía tímidamente y en su rostro había un gesto de expectación. Era como si estuviese esperando a ver qué hacía, cómo resolvía ese problema nuevo y enorme. ¿Sería fuerte y triunfaría, o sería débil y perdería? Estaba sentada en el sillón de la abuela Cutler, trabajando en lo que había sido su escritorio, administrando el negocio que ella tan bien había creado.

Una crisis como la que yo estaba sufriendo no la habría sumido en la desesperación, pensé. No se habría quedado allí llorando y sintiendo autocompasión.

No me gustaba, imitar a una persona tan fría y dura, pero aparentemente había un lugar en el mundo para la gente que se comportaba de ese modo. Los acontecimientos así lo dictaban.

De pronto me di cuenta de que a veces estábamos obligados a ponernos máscaras y convertirnos tanto en gente que admirábamos como en gente que odiábamos. Cuanta más responsabilidad teníamos, más posibilidades había de que ocurriera una cosa así. En esos momentos casi era capaz de apreciar y comprender a la abuela Cutler. Era como si absorbiera toda su fuerza y determinación de las paredes mismas del despacho que había ocupado durante tanto tiempo y tan bien. No permitiría que Michael irrumpiese en mi vida y destrozara la felicidad que por fin había encontrado. Pero lo que era más importante, no dejaría que le hiciese daño a nuestra hija. Si quería ser cruel y egoísta, muy bien, pero descubriría que ya no trataba con una muchacha enamorada de su fama y popularidad.

Me enderecé en el sillón del mismo modo que lo habría hecho la abuela Cutler. A continuación levanté el auricular y llamé al señor Updike. Me escuchó con atención mientras le describí los acontecimientos, las exigencias y las amenazas que me había hecho Michael.

—Siento tener que mezclarle en otra crisis de la familia Cutler, señor Updike —concluí— pero confío en su criterio y en sus conocimientos legales.

—No tiene importancia —dijo. Se produjo una larga pausa que no me gustó nada—. Estos casos de custodia pueden ponerse muy, muy feos, como tú misma comprobaste hace años cuando fuiste a recuperar a Christie.

—¿Pero tiene algún derecho después de lo que hizo? —pregunté, aterrada.

—Los verdaderos padres siempre tienen algún recurso ante la ley. Es cierto que os abandonó a ti y a la niña, pero la situación se complica cuando se considera el hecho de que diste a luz en secreto. Estoy seguro que declarará que cuando se enteró de tu embarazo intentó ponerse en contacto contigo pero no pudo localizarte.

—¿Y todo el tiempo que ha transcurrido desde entonces?

—No demuestra buenas intenciones, pero no niega su paternidad ni excluye ningún derecho, si el juez considera adecuado concederle alguno. Además existen algunas circunstancias desagradables que con toda seguridad quedarían expuestas en un juicio. Una persona con un poco de fama atraería publicidad. En resumen, no podríamos impedir que iniciara un litigio, y creo que tengo razón al afirmar que todo el esfuerzo emocional y el ambiente desagradable resultaría muy perjudicial para todos, sin mencionar las consecuencias que podría tener para el hotel.

Tragué saliva con dificultad. Era como si me hubiera atragantado con algo.

—Entonces, ¿qué sugiere, señor Updike... que le dé el dinero?

—No. Déjame que averigüe algunas cosas sobre él y te volveré a llamar.

Intenté distraerme, concentrándome en el trabajo, pero no hacía más que pensar

en la conversación que había mantenido con el señor Updike. Cada vez que el teléfono sonaba el corazón me daba un salto. Por fin recibí la tan ansiada llamada del señor Updike. Dijo que conocía un abogado en Londres y que finalmente había podido hablar con él. Ahora llamaba para informarme.

—La carrera de Michael Sutton —empezó— va en declive. El año pasado lo despidieron de varios teatros por su problema con el alcohol.

—Lo sospechaba.

—Y en lo referente a esa esposa suya que falleció...

—¿Nada? —pregunté.

—Una absoluta mentira, me temo. Si de algo tiene fama es de mujeriego. Sus relaciones con miembros del elenco e integrantes del equipo de producción son infames, y en muchas ocasiones han resultado perjudiciales para la obra.

—¿Qué significa todo eso? —pregunté.

Bueno, su abogado lo tendría difícil para demostrar que es un individuo responsable y de confianza que ha visto cómo se abusaba de sus derechos de paternidad. Pero así y todo quedarían pendientes de resolución los efectos negativos de un juicio. Creo que nuestro mejor curso de acción es ir por el chantaje, porque eso es exactamente de lo que se trata. Quiero que te reúnas de nuevo con él. Sola.

—¿Por qué? —pregunté—. No puedo soportar la idea.

—Lo comprendo, pero quiero que repita sus exigencias.

—Pero sigue siendo su palabra contra la mía, ¿verdad, señor Updike?

—No. Yo y uno de mis socios, un hombre que utilizo como investigador privado, estaremos presentes. Sin que lo sepa el señor Sutton, claro está —dijo—. Tengo intención de grabar lo que te diga. ¿Crees que podrás hacerlo?

Dudé unos instantes. ¿Qué pasaría si Michael se daba cuenta de lo que estábamos haciendo? Seguro que nos crearía más problemas todavía. Volví a mirar el retrato de mi padre. Seguía sonriendo, pero su expresión era más pensativa, incluso tensa.

—Sí, señor Updike —dije mostrando gran determinación—. Puedo hacerlo. ¿Cómo debemos proceder?

El señor Updike dijo que me llamaría para arreglar los detalles después de que hablase con su socio. Me pasé el resto del día y de la noche en un estado de nerviosismo total. Afortunadamente, Jimmy estaba distraído tratando de solucionar un problema mecánico en el hotel y no advirtió el estado en que me encontraba.

A última hora de la mañana siguiente recibí la llamada del señor Updike.

—Concierta una cita con él en el restaurante del hotel. Nosotros nos sentaremos en la mesa detrás de la vuestra. Pasaré por tu despacho esta tarde y repasaremos las cosas que quiero que digas —me explicó.

—Preferiría pasar yo por su despacho, señor Updike —me apresuré a decir.

Se quedó un momento en silencio.

—No le has contado nada a Jimmy de todo esto ¿verdad? —preguntó llevado por la intuición.

—No, tenía la esperanza de resolverlo sin mezclarlo a él en el asunto. Tiene muy mal genio, y...

—Comprendo —dijo el señor Updike. Nos veremos a las dos.

En el despacho del señor Updike conocí a su socio, el señor Simons, un hombre alto y macizo de unos treinta y tantos años. El señor Updike me contó que el señor Simons había sido policía, pero a causa de una lesión había pedido la baja. Hacía trabajos de investigación para incrementar su sueldo. Tenía una ligera cojera, pero a excepción de eso parecía un hombre lo bastante fuerte y corpulento como para ser portero de una sala de fiestas.

Después de repasar con el señor Updike lo que debía decir, el señor Simons me mostró el magnetófono que utilizarían para grabar las amenazas de Michael.

—No se preocupe si se muestra nerviosa —dijo el señor Simons—. Él seguramente pensará que se debe a la situación. Olvídense de nosotros, si puede, y deje que el hombre cave su propia fosa. Eso es lo que generalmente ocurre en casos como éste —me aseguró. La seguridad con la que me hablaba me tranquilizó.

Cuando regresé al hotel llamé a Michael y me cité con él en el restaurante a la una.

—¿Traerás el dinero? —preguntó.

—Nos veremos a la una, Michael —dije, y colgué rápidamente.

Llegué al hotel con unos minutos de antelación. Vi al señor Updike y al señor Simons en el vestíbulo. El señor Updike me hizo una señal tranquilizadora con la cabeza. Poco después apareció Michael. Tenía mejor aspecto que la vez anterior. Llevaba una americana deportiva azul claro que hacía juego con los pantalones y mocasines nuevos.

—¿Qué tal estoy? —me preguntó en vez de saludar—. Hoy por la mañana me he comprado esta ropa en la tienda del hotel.

—Estás muy bien, Michael.

Sonrió y me dirigió una mirada libidinosa.

—Bueno —dijo—, sentémonos y tomemos un café.

Extendió el brazo para que se lo cogiera, pero lo rehuí. El señor Updike ya había reservado las dos mesas, de modo que cuando la camarera nos vio sonrió y nos condujo a la nuestra.

—Sólo café para mí —le dije a la camarera.

—¿Sólo café? —dijo Michael, mirando la carta—. Yo tengo un poco de hambre. Creo que me tomaré el especial de gambas y un café, por favor.

La camarera cogió las cartas y se marchó. Michael cruzó los brazos sobre la mesa y volvió a sonreír.

—Espero que no lo hayas traído todo en efectivo —dijo.

—No puedo creer que hayas venido aquí a exigirme dinero, Michael —dije.

Él se encogió de hombros.

—No lo echarás de menos.

—¿Qué ocurriría si no te diese el dinero? —pregunté.

—¿Crees que hablaba en broma? —preguntó al tiempo que arqueaba las cejas—. Ya te lo dije, buscaré un abogado e iniciaré acciones legales para que me den la custodia de Christie —dijo.

—No tienes posibilidad alguna de ganar.

—¿Lo crees? Ya te he dicho que no es ganar lo que me importa. La publicidad te hará daño, pero para mi será beneficiosa.

—¿No te importa el modo en que pueda afectar a nuestra hija? —pregunté.

—Lo superará —dijo—. Los niños olvidan.

—No sabes cuánto te equivocas, Michael. Te odiaría.

—¿Qué importancia tiene eso? —dijo—. Ni siquiera sabe que existo. Mira, Dawn, no hablo en broma. Esta es la segunda vez que te has reunido conmigo, y estoy seguro de que no se lo has dicho a tu marido. —Sonrió—. Si es necesario, se lo diré yo, sólo que... añadiré algunos detalles. —Guiñó un ojo—. ¿Me entiendes?

La camarera trajo el pedido.

—No, Michael, no te entiendo —dije.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—No me importa que lo entiendas o no. ¿Has traído los cinco mil dólares?

Negué con la cabeza.

—No, Michael. Nunca te daría dinero de esa forma. No acabaría nunca.

—Te lo advierto...

Me levanté.

—Espero que tengas bastante dinero para pagar el almuerzo —dije, y me marché rápidamente, dejándolo con la boca abierta.

Cuando volví la mirada desde la entrada del restaurante vi que Michael se ponía de pie mientras el señor Simons y el señor Updike se acercaban a su mesa y ocupaban las sillas libres. Lentamente Michael volvió a sentarse y escuchó. Su rostro comenzó a palidecer a medida que oía las palabras que aquellos hombres le decían. A continuación el señor Simons extrajo la grabadora.

Michael se volvió para mirarme. Yo le di la espalda, esperé que para siempre.

En cuanto estuve de regreso en el «Cutler's Cove» y entré en el vestíbulo intuí que ocurría algo terrible. El silencio era excesivo. Un grupo de empleados y una docena de huéspedes estaban reunidos junto a la recepción hablando en voz baja. La señora Bradly salió de detrás del mostrador y se acercó para saludarme. Parecía preocupada.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—¿Qué ha ocurrido, señora Bradley? —pregunté.

—La señorita Clara Sue ha tenido un terrible accidente con el camión en algún lugar de Alabama —dijo, inclinando la cabeza y con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde está Jimmy? ¿Dónde está mi marido? —grité.

—Creo que está en su despacho, señora Longchamp —respondió—. Lo siento.

Me dirigí a toda prisa a mi despacho, y cuando entré vi a Jimmy al teléfono. Me miró y sacudió la cabeza. Dejé caer el abrigo sobre el sofá y me dirigí a él.

—Dawn acaba de regresar —dijo al teléfono—. Iremos enseguida. —Colgó—. Era Philip. Él y Betty Ann ya están en la casa. ¿Donde te habías metido?

—¿Qué ha ocurrido, Jimmy? —exclamé, ignorando su pregunta. Presioné la palma de su mano sobre mi corazón.

—Chocaron con el remolque de un tractor y éste volcó y aplastó la cabina.

—¡Oh!, Jimmy, es terrible —dije, apoyándome sobre el escritorio.

—Lo sé. Una muerte así es demasiado terrible, incluso para alguien tan miserable como Clara Sue —dijo.

—¿Cómo está mi madre? —pregunté.

—Puedes imaginártelo. No hace más que llamarte. ¿Dónde has estado? —volvió a preguntar.

—Tenía que ver al señor Updike por unos nuevos impuestos —respondí, y bajé la vista para que Jimmy no advirtiese que estaba mintiendo.

—Ya he hablado con la señora Boston y ella se ocupará de Fern y de Christie. Será mejor que vayamos a Beulla Woods sin pérdida de tiempo —dijo—. Philip acaba de decirme que tu madre pide médicos y sedantes a gritos. Bronson ya no sabe qué hacer.

Jimmy me cogió de la mano y rápidamente nos dirigimos a su coche. Me sentía tan agitada que pensé que no serviría de mucha ayuda a nadie. Apenas llegamos, Livingston nos abrió la puerta y se apartó para dejarnos entrar. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Philip y Betty Ann tomaban el té en el salón. Cuando nos vieron se pusieron de pie. Betty Ann y yo nos abrazamos.

—Me temo que la noticia es bastante espantosa —dijo Philip con voz temblorosa. Vi que tenía los ojos húmedos y señales de haber llorado—. Tardaron horas en sacar a Clara Sue y a su novio de la cabina.

De pronto se volvió a Jimmy y comenzó a hablarle como si éste fuera un desconocido.

—No nos llevamos muy bien estos últimos años —dijo—, pero cuando niños estábamos muy unidos. La mayor parte del tiempo sólo nos teníamos el uno al otro. Mamá y papá estaban siempre ocupados con otras cosas, y permanecíamos solos durante horas. —Sonrió—. En una ocasión construimos un hotel de mentira en el

almacén y los hijos de los empleados, e incluso los de algunos huéspedes, venían a jugar con nosotros. Yo era el presidente del hotel, y Clara Sue hacía de hacía de abuela, supongo. Tendrías que haberla visto, con sus trenzas doradas como las de Christie dando órdenes a todo el mundo. «Tú duermes aquí; tú limpia ese rincón». Tenía a todos los hijos de los huéspedes trabajando como locos.

»Cogíamos cosas del hotel y nos las llevábamos al nuestro. Cuando finalmente Nussbaum descubrió que había desaparecido toda la plata y la vajilla se lo contó a la abuela, y ella vino a ver qué pasaba. Durante unos minutos se quedó muda; para ella aquello era algo sorprendente. —Sacudió la cabeza y de pronto pareció atónito—. Después todo empezó a cambiar, y Clara Sue se convirtió en una persona diferente. Supongo que debería haber pasado más tiempo con ella. —Me miró fijamente—. Es extraño cómo el destino empieza a controlar tu vida cuando tú dejas de hacerlo.

—¿Dónde está Bronson? —pregunté.

—Arriba, con tu madre —respondió Betty Ann.

Subí corriendo. Jimmy se quedó abajo con Betty Ann y Philip. Llamé suavemente a la puerta, que estaba entreabierta. Bronson estaba sentado en la cama con la mano de mamá entre la suya. Ella se cubría los ojos con la derecha y apoyaba su cabeza sobre una gran almohada de seda. Tenía el pelo suelto y desordenado. Las cortinas corridas para impedir que entrara la luz del sol.

Al verme, Bronson se puso de pie.

—¡Oh!, Dawn —dijo.

Lentamente mi madre apartó la mano de sus ojos y me miró.

Me alegro de que hayas venido —continuó Bronson—. Quizá puedas ayudarme a meter un poco de sentido común en la terca cabeza de tu madre. Insiste en que todo esto es culpa suya.

—¡Lo es! —exclamó mamá. Volvió a cubrirse los ojos y comenzó a sollozar.

Eso es una tontería, mamá. ¿Cómo puedes pensar que es culpa tuya? —dije, acercándome—. Tú no provocaste el accidente del camión.

—No habría estado en ese camión con una persona así si yo hubiera insistido en que se quedase a vivir con nosotros aquí —exclamó.

—Clara Sue no era la clase de persona a la que se le podía dar órdenes —dije—. Todos lo sabemos. Hacía lo que quería y cuando quería, sin importar lo que pensaban los demás. Si no hubiera conocido, a este camionero, habría conocido a otro y se habría marchado igualmente. Se estaba rebelando —añadí.

Bronson asintió, pero mamá negó con la cabeza.

—Exactamente —dijo—. Se estaba rebelando, y a mí no me importaba; no me importaba mientras lo hiciera lejos de casa y nadie se enterase. Ahora mira lo que ha ocurrido —gimió.

—¿Qué ibas a hacer con ella, atarla a la pata de la cama? Se habría marchado

dijeras lo que dijeras.

Mamá apartó la mano de sus ojos.

—Siempre me has culpado a mí de su comportamiento, Dawn —me acusó—. No lo niegues ahora sólo para consolarme.

—No lo haré, —dije—. Deberías haberte ocupado de ella cuando era pequeña y todavía estabas a tiempo. Luego el tiempo transcurrió y ella pasó a ser dueña de sus actos. Para bien o para mal, se la consideraba una persona adulta. Es absurdo culpar a nadie. Hizo lo que quería, y lo que le ha ocurrido es horrible, pero nadie se lo deseaba. No tiene sentido que empeoremos las cosas —añadí con firmeza.

Mamá me miró fijamente un momento y a continuación se volvió a Bronson.

—Es igual que mi suegra, Bronson. Fuerte, lógica, y siempre tiene razón —comentó, pero en su tono de voz se percibía la admiración. Yo me sonrojé. Volvió a hablarme—: Eres la más fuerte de todos ahora, Dawn. Lo eres.

—Eso no es cierto —dije, bajando los ojos.

—Lo es, y me alegro, me alegro de verte así. No acabarás como yo, sollozando en una cama y envejeciendo antes de tiempo por las cosas que otros te han hecho —afirmó. Sonrió y extendió los brazos—. Necesito que me consueles, cariño.

Miré a Bronson, que parecía a punto de echarse a llorar, y a continuación me acerqué a ella y dejé que me abrazara con todas sus fuerzas.

Poco después llegó el médico para darle un tranquilizante. Volví al salón a reunirme con los demás.

—Saldré de inmediato para Alabama y haré las gestiones para trasladar a Clara Sue aquí —dijo Philip.

—Supongo que debería ir contigo —intervino Bronson.

—No. Seguramente será mejor que te quedes aquí con mamá. ¿No te parece, Dawn? —me preguntó Philip.

—¿Qué? Ah, sí. Yo me ocuparé de los preparativos aquí —dije.

Cuando estábamos a punto de marcharnos Bronson me llevó aparte.

—Nadie le ha dicho nunca a Philip que yo soy el verdadero padre de Clara Sue ¿verdad? —preguntó.

—Yo no se lo he dicho, y dudo que mamá lo haya hecho. Philip nunca ha comentado nada, de modo que supuse que Clara Sue quería mantenerlo en secreto. Algunos fantasmas están mejor guardados —dije.

Asintió y esbozó una sonrisa.

—Mi esposa tiene razón, ¿sabes? Te has convertido en la persona fuerte de la familia. Eres prácticamente la única capaz de manejar a Laura Sue —confesó—. Yo no puedo ser duro con ella, aunque a veces sé que lo necesita. Pobre Clara Sue —añadió— casi ni llegué a conocerla.

—Lo siento, Bronson.

Me besó en la mejilla y yo me reuní con Jimmy en el coche.

Cuando regresamos al hotel encontré un recado del señor Updike. Jimmy se marchó para terminar el trabajo, y yo fui a mi despacho.

—Acabo de enterarme de lo de Clara Sue —dijo el señor Updike—. Una crisis tras otra para ti.

—Sí —contesté.

—Una al menos se ha acabado. Apenas le hicimos oír la grabación, prometió dejarte en paz. Guardaré la cinta en mi caja fuerte por si acaso.

—Gracias, señor Updike. Nunca le he dicho esto —continué— pero ahora veo por qué la abuela Cutler lo consideraba una persona tan valiosa.

—Me alegro mucho de que lo digas, Dawn. No puedo dejar de pensar que si las dos os hubierais conocido en otros tiempos las cosas habrían sido muy diferentes.

—En este momento, señor Updike, nada me sorprende. Gracias de nuevo —dije.

Durante los días que siguieron estuvimos todos ocupados con los preparativos para el funeral de Clara Sue. Al igual que ocurriera con el entierro de Randolph, llegaron muchos viejos amigos, además de miembros de la comunidad. Mamá, sorprendentemente, conservó la compostura. No se puso sus mejores galas y parecía sinceramente afectada. Philip y Bronson se colocaron a su lado y la sostuvieron ante la tumba de Clara Sue en el sector que la familia poseía en el cementerio hasta que la ceremonia acabó. Después los asistentes fueron a Beulla Woods a dar el pésame. Mamá no quiso ver a nadie y permaneció en sus habitaciones. Betty Ann y yo nos ocupamos de saludar a la gente. Jimmy se pasó la mayor parte del tiempo con Fern, Christie y los gemelos. Las actividades en el hotel cesaron casi por completo.

En cualquier caso empezaba la temporada baja. El invierno se aproximaba y la mayoría de nuestros huéspedes habituales se disponían a viajar a climas más templados para disfrutar de las vacaciones. Un grupo de empleados se marchó a trabajar a Florida. Decidimos que era un buen momento para iniciar las obras de ampliación, ya que sería muy poca la gente afectada por el ir y venir de obreros y camiones. Jimmy se encargaría de supervisar las obras.

Durante los días que siguieron al funeral de Clara Sue advertí que Jimmy intentaba evitarme pero lo atribuí a lo ocupado que estaba. Una mañana mientras estaba en mi despacho revisando los informes anuales del señor Dorfman, Jimmy apareció y descubrí que su comportamiento se debía a algo completamente distinto.

Me miraba de un modo extraño. Parecía enfadado y a la vez dolorido por algo. Sin decir palabra se acercó al escritorio.

—Sólo quiero respuestas directas y que me digas la verdad —dijo fríamente. Su tono de voz me heló el corazón. Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí, sus ojos oscuros parecían más duros que una piedra.

—¿Qué ocurre, Jimmy? —pregunté, y contuve la respiración.

—La semana pasada, cuando llevaste a Christie a Virginia Beach de compras, ¿a quién viste? —quiso saber.

Se me hundió el corazón. Durante un momento no pude hablar, no pude tragar, no pude respirar. Fijó la mirada sobre mí con tanta furia que tenía miedo de decir una palabra.

—¡La verdad! —chilló, golpeando la mesa con el puño. Pegué un salto en la silla.

—Michael —dije. Él asintió y se giró—. Iba a contártelo, Jimmy. De verdad. Sólo quería que pasara un poco más de tiempo —exclamé rápidamente.

—¿Cómo pudiste ir a verlo después de lo que te hizo? —preguntó Jimmy lentamente—. ¿Cómo pudiste rebajarte tanto?

—Yo no quería ir. Me lo suplicó por teléfono. Dijo que quería ver a Christie sólo una vez, y pensé que no tenía derecho a negárselo. Pero cuando me encontré con él descubrí que sus intenciones eran distintas.

—¿Qué quería? —quiso saber Jimmy, acalorándose.

Le conté rápidamente todo. Se sentó y me escuchó cuando llegué a la descripción del modo en que el señor Updike y el señor Simons habían resuelto el caso. A continuación sacudió la cabeza.

—¿Has hecho todo eso y no me has dicho una sola palabra?

—Pensé que si podía resolverlo con rapidez...

Me miró con ojos llenos de dolor.

—Pero yo soy tu marido, Dawn, y el padre de Christie, ahora. Tendría que haber ido; yo era el que debía protegeros. En vez de eso, me mentiste.

—Pensé que le harías algo terrible, Jimmy. Pensaba contártelo cuando todo hubiera pasado. Lo intenté un par de veces pero no fui capaz de hacerlo, y entonces, cuando murió Clara Sue...

—Lo intentaste —espetó.

—De verdad, Jimmy. No podía soportar engañarte. He estado intranquila desde entonces —juré.

—E hiciste cómplice a Christie de esta mentira —dijo, moviendo la cabeza—. Diciéndole que un vendedor de joyería le regalaba una muestra.

—Era mejor que decirle quién era en verdad, Jimmy —dije. Me miró con tanta frialdad que tuve que bajar la vista—. Siento mucho no habértelo contado.

—Y seguramente no lo habrías hecho —dijo Jimmy—. No me habría enterado de nada si no hubiera sido por Fern.

—¿Fern? —Levanté la vista.

—Le preguntó a Christie de dónde había sacado el collar y ella le dijo que se lo había dado Michael. Fern recordaba de quién se trataba y vino a decírmelo.

—¡Oh!, Jimmy, él intentaba hacerme daño... hacernos daño. ¡Qué horror! —exclamé.

—Claro, dale la vuelta a las cosas. Fern no mintió ¿verdad? Fern no ocultó la verdad. Me lo contó porque me quiere. —Se golpeó el pecho con fuerza para darle mayor relevancia a sus palabras. Se levantó—. Por lo menos hay alguien que me quiere —dijo, y salió del despacho cerrando la puerta de golpe.

—¡Jimmy! —grité, pero no volvió.

Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar incontroladamente.

Había herido a una de las pocas personas que me quería más que a nadie en este mundo. Qué imbécil había sido al ocultarle la verdad. No me merecía un hombre tan bueno. Decidí que si era necesario me pondría de rodillas hasta conseguir su perdón.

Salí a toda prisa del despacho y empecé a buscarlo. Me encontré con algunos de los empleados de mantenimiento, pero nadie había visto a Jimmy. Pensé que tal vez se había ido en coche y fui a inspeccionar el lugar donde solía aparcar. El coche estaba allí. Preocupada y sorprendida, emprendí el regreso al hotel. Mientras pasaba por delante del mirador me fijé en la parte trasera del edificio principal y vi la puerta de lo que había sido el escondrijo de Philip y más tarde de Jimmy. La puerta estaba abierta. Mi corazón empezó a latir con fuerza.

Fue allí, en aquel lugar olvidado, que Jimmy y yo descubrimos que el afecto que sentíamos el uno por el otro iba más allá de un simple amor fraternal. Fue allí donde nos besamos románticamente y nos tocamos con pasión de verdaderos amantes. Me saltaron las lágrimas al pensar que después de haberle herido y traicionado, había vuelto a aquel lugar.

—¡Oh!, Jimmy —exclamé, y recorrí el césped hasta la puerta del escondrijo. Subí las escaleras y miré en el interior. La bombilla desnuda que colgaba del techo estaba encendida, e irradiaba una luz amarillenta. Bajé lentamente los escalones. Jimmy estaba estirado en el viejo camastro, las manos detrás de la cabeza, mirando el techo.

—Jimmy —dije en voz baja.

Se giró con lentitud, negó con la cabeza y se apartó. Crucé el viejo suelo de tierra y piedra y me arrodillé a su lado. Sin decir palabra hundí el rostro en su pecho.

—¡Oh!, Jimmy —dije—. Lo siento. No tenía intención de herirte. Por favor no me odies. Por favor —le supliqué entre lágrimas.

—No te odio, Dawn. Sólo me temo que te estás pareciendo demasiado a la mujer que tanto odiabas.

—No, Jimmy, no es verdad.

Guardó silencio y me miró un instante.

—¿Sabes por qué estaba tan enfadado cuando me enteré de que habías ido a verlo? —preguntó al cabo.

—Sí, porque no te había dicho nada.

—No —contestó—. Porque temí que volvería a perderte.

—¿De verdad, Jimmy? —Asintió—. No me perderás nunca, Jimmy. Nunca,

nunca, nunca. Cuando saliste corriendo de mi despacho, pensé que era yo la que te iba a perder.

—No quiero volver a sentirme así jamás, Dawn —dijo—. Nunca más debemos mentirnos. ¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo, Jimmy.

Miró a su alrededor y sonrió.

—Recuerdo todos y cada uno de los minutos que he pasado aquí contigo. Recuerdo nuestro primer beso, el tiempo que tardé en posar mis labios sobre los tuyos.

—Y después fingimos que era la primera vez que nos veíamos —dije.

—Era la primera vez como novios.

—Y ahora somos marido y mujer —dije.

Volvió a ladear la cabeza y sonrió con ternura.

—¿Qué voy a hacer contigo? Supongo que tendré que vigilarte más de cerca —dijo.

—No hay nada que me pueda gustar más —repliqué, y nos besamos. Me levantó del suelo e hizo un espacio a su lado para que me acostara junto a él.

—Jimmy... ¿aquí? —pregunté cuando me abrazó.

—¿Qué puede ser más romántico que hacer el amor en el lugar en el que nos dimos el primer beso? —preguntó.

Yo le contesté con otro beso, más largo y apasionado que el anterior. Me coloqué a su lado y recibí con alegría sus caricias.

Jimmy y yo nos comportamos como adolescentes al subir los escalones de piedra. No queríamos tener que responder a las preguntas de nadie. Jimmy inspeccionó el terreno para asegurarse de que no había nadie por allí.

—Será mejor que vuelva al trabajo —me dijo, y nos separamos en el lago. El fue a reunirse con los obreros en el extremo sur del edificio principal y yo volví a mi despacho. El sol del atardecer era débil, pero lo suficientemente fuerte como para sentirlo como una suave caricia sobre mis mejillas y mi frente. En la distancia, dos enormes e hinchadas nubes parecían montañas de algodón blanco acercándose la una a la otra por encima de un mar azul. El viento invernal hizo que una arpillera que colgaba del mango de una cortadora de césped se agitará como la bandera de un país desconocido.

La naturaleza conseguía ponerme pensativa y filosófica. Había estado a punto de perder a Jimmy, pensé, y era muy afortunada de que me quisiera tanto. ¿Habría sido de verdad capaz de contarle lo de Michael?, me pregunté. Pensando en ello recordé lo que había hecho Fern. ¿Por qué me odiaba tanto? ¿Por qué quería crear divisiones entre Jimmy y yo? Me entristecía pensar que aquel bebé al que había querido y

cuidado casi como a mi propia hija se había convertido en una niña vengativa y cruel. ¿Hasta qué punto podíamos disculparla por lo que le había ocurrido? ¿Qué daño le estaríamos causando Jimmy y yo al hacer caso omiso y perdonarla?

En vez de regresar directamente al hotel recorrí la distancia que me separaba de la casa. Esa misma noche, antes de cenar, quería mantener una conversación a solas con Fern para que entendiera que lo que había hecho estaba mal. Quería que le quedase claro lo mucho que Jimmy y yo nos amábamos, y que nada que ella hiciera podría cambiarlo. Debería alegrarse de vivir en una casa con amor, pensé. ¿No era eso lo que quería? ¿No era la ausencia de eso lo que odiaba?

Cuando llegué a casa me dirigí directamente a la habitación de Fern, en la esperanza de que la encontraría haciendo los deberes como de costumbre. Llamé a la puerta y esperé, pero no oí nada. Volví a llamar y a continuación abrí la puerta. No estaba. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que el cuarto estaba desordenado. Había prendas de vestir tiradas por todas partes: encima de las sillas, sobre el tocador y sobre la cama mal hecha. Una zapatilla deportiva estaba delante de la cama mientras que la otra descansaba de lado cerca del armario cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Algunos vestidos colgaban precariamente de las perchas mientras otros yacían en el suelo.

A continuación mi mirada se posó sobre un montón de blusas y faldas en el suelo del armario que cubrían a medias una caja de zapatos abierta. Algo me llamó la atención, y me dirigí lentamente hacia allí, me arrodillé y miré dentro de la caja; vi una gran cantidad de dinero. ¿El dinero que faltaba del hotel?, me pregunté, y empecé a contar. Cuando sobrepasé los ochocientos dólares estaba segura de que debía de serlo. No me sorprendió. No estaba segura de lo que debía hacer. Evidentemente afirmaría que se trataba del dinero que había traído de casa de los Osborne, aunque la cantidad superaba lo que yo le había visto en el bolso en Nueva York.

Me puse de pie dispuesta a salir de la habitación cuando me fijé en una de sus revistas románticas más antiguas. Lo que destacaba en ésta era la forma en que Fern había subrayado algunos de los párrafos. Pasé las páginas hasta llegar al principio, y cuando vi el título de la historia me sonrojé por completo. Como si necesitara oír las palabras para creerlas, leí el título en voz alta: «Mi padrastro me violó, pero no tenía a nadie a quien contárselo».

Lentamente, con dedos temblorosos, levanté la revista y empecé a leer.

Desde que recuerdo, mi madre siempre estaba demasiado ocupada para atenderme. Era diseñadora de modas y no paraba de trabajar. Mi padrastro era quien me cuidaba, me vestía e incluso me daba de comer. Lo hacía tan a menudo y con tanta naturalidad que nunca me sorprendió hasta que estuve en cuarto grado y le mencioné a una amiga que él normalmente me acompañaba

cuando me estaba bañando para asegurarse de que me lavaba bien las «partes importantes».

Mi amiga me miró extrañada y preguntó:

—¿Qué partes importantes?

Yo me eché a reír y dije sencillamente:

—Ya sabes. Las partes importantes.

Seguí confusa, de modo que se las señalé. En aquel momento se asustó y dejó de hablar del asunto, pero pronto me di cuenta del motivo por el cual se sentía incómoda. Ningún otro padre hacía lo que mi padrastro.

Dejé caer la revista sobre mi regazo. Me sentía agitada y gotas de sudor comenzaron a resbalar por mi cuello. Durante unos minutos no pude ni moverme. Volví a mirar la revista y ladeé la cabeza. A continuación me dirigí rápidamente al teléfono para llamar al hotel. Pregunté por Robert Garwood.

—Robert —dije frenéticamente— por favor vaya a buscar a Jimmy. Dígale que necesito que venga a la casa de inmediato. Es urgente.

—Enseguida, señora Longchamp —dijo.

Colgué y me senté a esperar, y mientras lo hacía, leí un poco más. La chica de la historia contaba que su madre se había olvidado de su cumpleaños. Aquella frase también estaba subrayada. El episodio en que su padrastro la violaba comenzaba con la descripción de cómo una noche la besó para luego acariciarla debajo de las mantas. Otra noche, por fin, se acostó a su lado.

Estaba enfrascada en la lectura cuando oí que la puerta de abajo se cerraba con fuerza.

—¡Dawn! —llamó Jimmy.

—Arriba, Jimmy.

—Subió corriendo las escaleras y se detuvo ante la puerta, casi sin aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Se trata de Fern... es esto —dije, el tiempo que extendía el brazo con la revista en la mano.

—¿Las revistas románticas? —Jimmy hizo una mueca—. Siempre hemos sabido que leía estas cosas...

Mira la historia y lee los párrafos subrayados.

¿Subrayados? —Cogió la revista y empezó a leer. Su rostro, enrojecido a causa del esfuerzo anterior, fue palideciendo poco a poco. Sus ojos oscuros mostraron aturdimiento y a continuación terror—. Dios mío —dijo, bajando la revista—. ¡Lo ha sacado todo de aquí!

—Ha estado viviendo en un mundo de fantasía, y nosotros le creímos y acusamos a aquella gente de cosas horribles —dije.

—Pero, ¿por qué si no era verdad Clayton se negó a discutir el asunto con nosotros? —preguntó Jimmy.

—Seguramente temía que el escándalo afectara su carrera, y sabía que Fern no daría el brazo a torcer. En el fondo de su armario hay una caja de zapatos llena de dinero, parte del cual, estoy convencida, es el que desapareció en el hotel.

Jimmy se dejó caer en una silla mirando fijamente el suelo y negando con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró.

—Debemos hablar con ella, Jimmy. Tiene que enterarse que sabemos todo lo que ha hecho —dije.

—¿La devolveremos a los Osborne? —preguntó.

Ahora ya no tenía dudas de que Jimmy haría lo que yo ordenase. Una parte de mí querrá deshacerse de esa niña maliciosa, no sólo porque corregir su conducta requeriría una gran energía por nuestra parte, sino porque temía el modo en que pudiese influir sobre Christie.

Pero Fern era la hermana de Jimmy, y algo más fuerte dentro de mí rechazó la idea de deshacerse de un miembro de la familia. Yo mejor que nadie sabía lo terrible que era aquello.

—No creo que la respuesta sea devolverla a los Osborne, Jimmy. Obviamente no son tan crueles y malos como Fern los ha descrito, pero son dos personas abrumadas por ella y quizá no estén dispuestos a hacer los sacrificios de tiempo y energía, y a proporcionarle el cariño y la atención necesarios para que supere sus malas costumbres. No, debe quedarse, pero quedarse sujeta a otras normas y circunstancias.

Jimmy asintió. A continuación oímos que la puerta de abajo se abría y luego se cerraba. Las niñas habían llegado de la escuela. Christie corrió a la cocina, donde la señora Boston le tenía preparados un vaso de leche y galletas, pero Fern comenzó a ascender lentamente las escaleras hasta su dormitorio. Esperamos a que llegara al rellano de la segunda planta y salimos a saludarla. Levantó la vista, sorprendida.

—¿Cómo es que todo el mundo está en casa? —preguntó, dirigiéndome una mirada de sospecha.

—Queremos hablar contigo, Fern —dije con firmeza—. En tu habitación.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó.

—Ahora —le ordené, y ella se apresuró. La seguimos hasta el dormitorio. Dejó caer los libros sobre la cama, se sentó en ella y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud desafiante.

—¿Bien? —dijo—. Estás enfadada porque le conté a Jimmy que habías visto a Michael Sutton, supongo.

—Estoy enfadada por eso, sí, pero no es la razón por la que queremos hablar contigo —dije.

Levantó la vista con renovado interés.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó.

—De esto —dije, enseñándole la revista. En cuanto vio lo que tenía en la mano palideció y en sus ojos apareció una mirada de miedo. Intentó disimularlo enfadándose.

—¿Has estado metiendo las narices en mis cosas? —exclamó.

—Dawn no mete las narices en las cosas de nadie —dijo Jimmy, colocándose a mi lado.

—Eso no es lo que importa ahora, Fern —dije—. Es lo que hay en esta revista, lo que tú te aprendiste de memoria y fingiste que te había ocurrido.

—No es verdad —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí que es verdad! ¡Sí que lo hiciste! —insistí, golpeando la palma de mi mano con la revista. De inmediato dejó de sollozar—. Deja de fingir y cuéntanos la verdad de una vez por todas. Y te aviso, Fern: si nos mientes una sola vez más, sólo una vez, te echaremos de aquí. Si los Osborne no te quieren, irás a un hogar para niñas rebeldes.

No sé donde encontré la fuerza y la frialdad para pronunciar aquellas palabras, pero mientras lo hacía vi a la abuela Cutler —el rostro severo, la espalda recta, la furia feroz— delante de mí.

Fern se acobardó.

—Odiaba... odiaba estar allí —dijo.

—Todo lo que tenías que hacer era decirnos la verdad —dijo Jimmy.

—Sabía que no me podías recuperar, porque legalmente era de ellos.

—¿De modo que te lo inventaste todo basándote en esta historia? —pregunté. Quería, que lo confesara. Ella dudó unos instantes y a continuación asintió—. ¿Qué? —pregunté.

—Me lo inventé. Pero por favor, por favor, no me hagáis volver allí. Clayton es cruel, de verdad que lo es, y no me quiere, y Leslie no ayuda en nada. El la trata como si fuese una cría.

—En aquella caja de zapatos que está en tu armario hay mucho dinero —dije—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo robé —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Jimmy, deseoso que hablara más fuerte y admitiera sus crímenes.

—Lo robé —chilló Fern a través de las lágrimas—. Parte a Leslie y a Clayton y el resto lo cogí del hotel.

—¿Por qué robarnos a nosotros? —preguntó Jimmy—. Nunca te hemos negado nada.

—Supuse que tarde o temprano querriais que me marchara, y pensé que si lo

hacíais me escaparía, y para ello necesitaría dinero.

—Has hecho una cosa terrible, Fern —dije—. No sólo al robar el dinero, sino al robar nuestro amor y preocupación por ti. Pretendiste conseguir nuestro amor haciendo que nos enfrentáramos a los Osborne. Por muy horrible que fuera tu vida con ellos, estuvo mal que hicieras semejantes acusaciones.

Las lágrimas seguían cayendo en cascada por las mejillas de Fern. Nos miró.

—¿Tendré que volver? —preguntó.

—Eso depende de Dawn —dijo Jimmy con firmeza.

Fern abrió los ojos como platos, y a continuación me miró, esperando lo peor.

—Deberíamos hacerlo —empecé a decir—. Aseguraste que querías estar con nosotros porque necesitabas una familia en la que hubiera amor, pero has intentado hacernos daño de todas las formas posibles. —Ella bajó la vista—. Jimmy y yo nos amamos como pocas personas en el mundo deben de amarse, y nada podrá cambiarlo —dije—. Pero eso no significa que no seamos capaces de querer a otras personas. Como sentimos tanto amor el uno por el otro podemos comprender lo mucho que eso significa. Si pretendes que otras personas te quieran no debes ser egoísta, Fern. Pero lo más importante es que no puedes querer a nadie si te quieres más a ti. ¿Lo entiendes?

Asintió, pero pensé que no lo entendía ni quería entenderlo. Su mirada era todavía desafiante.

—¿Tendré que volver? —repitió.

—No —contesté—. Puedes quedarte con nosotros.

Levantó la vista, sorprendida.

—Queremos que te quedes, y por eso queremos que seas mejor persona. Deseamos amarte y que tú hagas lo mismo con nosotros. Pero eso solo ocurrirá si no mientes ni robas, si eres honesta y te interesas por las cosas.

—Estarás a prueba —dijo Jimmy severamente—. ¿Lo comprendes?

—Sí, Jimmy.

—De acuerdo, entonces —dijo él—. Lo primero que tienes que hacer es coger el dinero y devolvérselo a la señora Bradley, y disculparte del mejor modo que puedas —ordenó.

—¡Eso no! —exclamó Fern.

—Se necesita mucho más coraje para hacer el bien que para hacer el mal, pero una vez que hayas cumplido con tu deber, te sentirás mucho mejor, cariño —dijo Jimmy.

—Todo el mundo va a odiarme y a pensar cosas horribles de mí —gimoteó.

—Durante un tiempo, quizá —dije—. Pero si quieres que piensen bien de ti, tendrás que merecerlo.

—Adelante, Fern —le ordenó Jimmy.

Fern tragó saliva y se bajó de la cama. Se dirigió a la caja de zapatos y contó la cantidad robada. Se metió el dinero en el bolsillo y salió de la habitación.

—¿Crees que va a cambiar? —me preguntó Jimmy.

—No lo sé —respondí—. Es difícil borrar de la noche al día años y años de mal comportamiento y mentiras. Pero —concluí con un suspiro— le daremos una oportunidad.

Jimmy pasó un brazo por mis hombros.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor razón que tengo para levantarme cada mañana? —preguntó.

—Hace un par de minutos que no me lo dices.

—Bueno, deja que haga exactamente eso. Aún mejor —dijo, mientras me conducía hacia nuestro dormitorio—, deja que te lo enseñe.

VIENTOS DE CAMBIO

Nuestras vidas sufrieron muchos cambios aquel invierno. Desafortunadamente, el que Fern hiciera borrón y cuenta nueva no fue uno de ellos. A pesar de sus promesas, su comportamiento en la escuela continuó siendo un problema para nosotros. En dos ocasiones Jimmy tuvo que abandonar el trabajo y reunirse con el director y los profesores de Fern. Seguía siendo desobediente en clase. Le imponíamos algún castigo y durante un tiempo mejoraba, pero después cometía alguna fechoría y vuelta a empezar.

Continuaba siendo egoísta y desconsiderada, ponía su música de rock tan alto que hacía vibrar las paredes, buscaba excusas para no ayudar en las tareas de la casa e ignoraba todas nuestras órdenes. Tenía fuertes cambios de humor; un día se sentía totalmente trágica, se echaba a llorar por cualquier cosa y comía como un pajarito, y al siguiente flotaba por la casa soñando con un nuevo novio.

Con el tiempo se convirtió en una verdadera belleza. Se dejó crecer el pelo y se pasaba horas delante del tocador cepillándose mientras Christie se sentaba en el suelo a su lado a charlar. Por desgracia, Fern seguía eligiendo amistades mucho mayores que ella. A pesar de ello, intentamos mostrarnos comprensivos y dejamos que fuera a su primer baile. La acompañó un chico tres años mayor que ella, y esa noche volvió dos horas más tarde de lo que le habíamos permitido.

Jimmy se puso furioso. La reprendió, la amenazó, le impuso nuevos castigos e hizo todo lo que pudo. Fern recurrió a las excusas habituales. Las utilizaba tan a menudo que se convirtieron en un lema:

—He tenido una infancia terrible. Mi verdadera familia me abandonó. Lo estoy intentando.

Como de costumbre, al final Jimmy se ablandaba, y la perdonaba.

—Supongo que va a necesitar un poco más de tiempo —decía.

Aquella primavera Christie dio su primer concierto de piano para los huéspedes del hotel. Llevaba un vestido de gasa rosa con miriñaque bajo la falda y tenía el rubio cabello peinado hacia atrás cayéndole suavemente hasta la mitad de la espalda. En cuanto entró en la sala e hizo una pequeña reverencia el corazón de todos se derritió. Después se sentó y tocó un fragmento de un concierto de Mozart, y a continuación una canción de cuna de Brahms. Richard y Melanie, los gemelos de Philip y Betty Ann, se sentaron en la primera fila. Llevaban trajes idénticos y aplaudieron con entusiasmo hasta que las pequeñas palmas de sus manos enrojecieron. Jimmy y yo estábamos orgullosos de la forma tan adorable en la que Christie aceptaba los elogios,

parpadeaba cuando le hablaban los caballeros mayores y se dejaba besar en la mejilla por las señoras.

—Sabe controlar la situación mucho mejor de lo que lo hacía la señora Cutler —comentó el señor Updike—. Ha nacido propietaria.

Me eché a reír, pero pensé que quería un futuro mejor para mi hija. Era demasiado especial.

A finales de la primavera Papá Longchamp, Edwina y Gavin nos visitaron por segunda vez. Gavin tenía muchas ganas de volver a ver a Christie, Fern y los gemelos, a quienes ahora consideraba miembros de su familia. Papá nos contó que alardeaba del gran hotel de su hermano y hermanastra.

—Desde el día en que regresamos de nuestro primer viaje nos pide que volvamos —dijo papá.

Fern no estuvo más cariñosa con Papá Longchamp. Incluso me pareció que se avergonzaba de él. Se sentó y respondió a todas las preguntas de forma educada porque la estábamos vigilando, pero en cuanto pudo, se disculpó y Ríe a hablar por teléfono con su nuevo novio.

—Cada día está más guapa —comentó Papá Longchamp—. Ya sé que es mucho trabajo para vosotros, pero tú y Jimmy lo estáis haciendo muy bien, Dawn. Estoy muy orgulloso de vosotros —añadió.

Estaban ocurriéndonos tantas cosas buenas que yo no bajaba la guardia a la espera de que llegase aquel viento gélido o que regresaran las nubes oscuras. Jimmy me reñía por ello.

—Tienes que dejar de buscar problemas, Dawn —me sermoneó—. Si el futuro nos depara problemas, no necesita que tú vayas a su encuentro. Ya llegarán, pero mientras tanto seamos felices. Disfrutemos de la vida. Sigues demasiado tensa y nerviosa, y con eso harás más difícil que nos ocurran cosas buenas.

Yo sabía a qué se refería. En más de una ocasión el médico había dicho que no lograba quedar embarazada a causa de mi actitud mental.

—Lo estoy intentando, Jimmy —dije—. De verdad. Sólo actúo con cautela.

—Pues olvídate de la cautela, ¿quieres? Además trabajas demasiado —se quejó.

Aquello no podía negarlo. La ampliación del hotel había sido un éxito. Ahora tenía capacidad para ciento veinticinco huéspedes más, y eso supuso contratar más empleados, con todo lo que ello implicaba. Aumentaron las responsabilidades de todos, no sólo las mías.

Aproximadamente para la fecha en que vino Papá Longchamp con su familia, el hotel acogió una convención por primera vez. No era demasiado grande, sin embargo el señor Dorfman se puso muy nervioso. Se trataba del cambio más dramático de los introducidos por mí, ya que era algo a lo que la abuela Cutler se había opuesto durante años. Mientras el señor Dorfman inspeccionaba y observaba lo que ocurría,

advertí la tensión en sus ojos. De vez en cuando se giraba, como si esperase que la abuela Cutler apareciera volando por un pasillo reprendiéndolo furiosa por haber permitido semejante cambio.

Pero resultó todo un éxito, y Philip decidió que las convenciones serían responsabilidad suya. En nuestras reuniones semanales hablábamos de ampliar el salón de baile para dar cabida a grupos mayores.

El único punto deprimente en nuestras vidas estaba ahora en Beulla Woods. Poco después de la muerte de Clara Sue mi madre sufrió un cambio dramático. Se recluyó en la casa y sus extravagantes cenas se espaciaron hasta desaparecer casi por completo. También se produjeron cambios físicos. Dejó de teñirse el pelo y permitió que las canas aparecieran. Abandonó los múltiples tratamientos de belleza, los baños de barro y las limpiezas de cutis, y la anteriormente infinita fila de expertos en belleza que pasaban por Beulla Woods llegó a su fin.

Yo estaba tan ocupada que ni siquiera me fijé en las pocas veces que me llamaba y del tiempo que había transcurrido desde la última vez que nos habíamos visto, pero un día Bronson me telefoneó para suplicarme que la visitara y viera si podía hacer algo para sacarla de aquella depresión.

—Vuelve a estar psicológicamente inválida como cuando vivía en el hotel —se quejó—. Algunos días ni siquiera consigo que abandone la cama y mucho menos la habitación. Y no puedes imaginarte lo mucho que ha engordado.

—¿Mamá? ¿Engordar?

Bronson tenía razón: yo no podía creer que se hubiera permitido engordar ni siquiera cien gramos. Siempre le había aterrorizado la idea de tener papada.

—Se queda en la cama comiendo dulces todo el día —dijo Bronson—. Sabe lo que le está ocurriendo. Hace unos días me pidió que cubriera el espejo del tocador con una sábana. Ya no tiene ganas de mirarse. Sé que en el pasado a veces exageraba. Permití que se gastara una fortuna en un nuevo producto milagroso contra el envejecimiento, pero preferiría verla así que de la forma en la que está ahora. Desde hace días prácticamente no come. Todo lo que hace es dormir y dormir. Es como si quisiera consumirse —añadió con voz quebrada.

—Pasaré esta noche, Bronson —le prometí.

—Muy bien. Tú eres mi última esperanza —confesó—. Ahora te admira mucho. Siempre le transmito las buenas noticias del hotel y de los niños. Yo también estoy muy orgulloso de ti —concluyó.

Después de colgar me recosté y pensé en lo irónico que resultaba que mamá dependiera de mí. No tenía la suficiente maldad en el corazón como para negarle mi ayuda. Si algo me habían enseñado las tragedias de la vida era a ser más tolerante y compasiva con los demás. Sólo la abuela Cutler, cuyo espíritu aún nos perseguía, no merecía ningún tipo de compasión, pensé.

A última hora del día llegué a Beulla Woods y comprobé que, tal como me había dicho Bronson, mamá estaba encerrada en su habitación. Verla apáticamente estirada en su cama de dosel, sin maquillaje, sin sus caras joyas, con la cara pálida y el cabello despeinado, me dejó sin habla. No tenía gran importancia, porque cuando entré en la *suite* ella misma parecía estar un poco ida, y me miró como si no me reconociese. Bronson, de pie a mi lado, me susurró al oído:

—Está peor de lo que te había dicho. Hace días que casi no pronuncia palabra.

Avancé unos pasos.

—¿Mamá?

Parpadeó y volvió la cabeza lentamente hacia mí. Por la forma en que me miró advertí que no sabía quién era. Comencé a sentirme nerviosa. Miré a Bronson, quien la observaba con preocupación.

—Laura Sue, es Dawn —dijo Bronson. Preguntaste por ella, y aquí está.

De pronto mamá se rió, pero fue una carcajada extraña, casi espantosa. A continuación la rara y loca sonrisa desapareció de su rostro, y me miró con expresión colérica.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Otra de sus enfermeras? Contesta. ¿Quién eres?

—Santo cielo —exclamó Bronson.

—¿Quién soy? Mamá, ¿no sabes quién soy? —Me acerqué más a su cama.

—¡No!—dijo, encogiéndose—. Vete. Vete. No es culpa mía. Todos vosotros —dijo, mirando a Bronson—. ¡Dejadme sola! —Empezó a agitar la mano como si estuviera espantando moscas.

Bronson corrió a su lado.

—Laura Sue ¿qué te ocurre? —le preguntó.

Ella pareció arrugarse bajo la manta, abrió desmesuradamente los ojos y empezó a sacudir la cabeza.

—No lo entiendo —me dijo Bronson—. ¿Qué le pasa?

—¿Le ha ocurrido esto con anterioridad? —pregunté.

—No. Hasta ahora sólo se ha mostrado... introvertida. Laura Sue, por favor —suplicó.

Ella empezó a gimotear como un niño.

—No quería hacerlo. No es mi culpa, papá.

—¿Papá? Santo cielo. ¿Qué le está ocurriendo? —dijo Bronson casi fuera de sí.

—Mamá —dije cogiéndola de la mano—, basta ya. ¿Qué te sucede?

—Cuando bajo todos me miran —susurró, al tiempo que movía los ojos de un lado a otro—. Lo saben. Lo saben todo. Ella se lo ha contado; los ha puesto en mi contra. Está extendiendo los rumores, y ellos se lo creen. —Me cogió el brazo con la otra mano y comenzó a apretar—. Quiero que me ayudes —me rogó—. Haz que lo entiendan. Diles que no fue por mi culpa.

—De acuerdo, mamá. Lo haré —dije, decidiendo que sería mejor no llevarle la contraria.

—Bien —dijo, y me soltó—. Bien. —Se volvió hacia Bronson—. Doctor, necesito algo más fuerte, algo que me haga olvidar. ¿No tiene algo más potente? No puedo dormir —exclamó—. Cada vez que cierro los ojos creo que va a volver a ocurrir. E incluso si me duermo, me despierto y oigo sus pisadas en el pasillo. Lo oigo respirar fuerte por los resquicios. Susurra mi nombre, me llama. Quiero que pongan otro candado en la puerta —exigió—. Y que no suban más que los criados. Nadie, ¿lo entiende? —Se volvió hacia mí y en sus ojos vi terror y tristeza; sentí pena por ella.

—Está reviviendo la violación del viejo Cutler —dijo Bronson.

—Mamá —dije suavemente—. Estás a salvo. Nadie entrara en tu habitación si tú no quieres. Te lo prometo —dije.

Me miró fijamente, le empezaron a temblar los labios y a continuación se echó a llorar de nuevo.

—Una vez más, por favor. Deja que la mire una vez más. No la tocaré —dijo, cogiéndome del brazo—. Sólo quiero mirarla. Puede despedirme, ¿verdad? —Volvió la cabeza y sonrió—. No lo sabrá; es demasiado pequeña para darse cuenta. No se acordará, de modo que no importa, ¿verdad? Por favor, una vez más.

—Está hablando de ti, ¿sabes? —me dijo Bronson con voz triste.

—De acuerdo, mamá. De acuerdo. Todo saldrá bien —dije.

Apartó la mirada y de pronto fue como si viese algo que sólo ella podía ver. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Me estoy despidiendo otra vez, ¿verdad? Me están quitando otro. Tenía... un cabello... tan rubio... —dijo. Luego, cerró los ojos y se dejó caer sobre la almohada.

—Laura Sue —dijo Bronson, cogiéndole la mano.

—Estoy tan cansada —murmuró—. Deja que duerma un rato. Después te prometo que me levantaré, me vestiré y volveré a ponerme bella. —Abrió los ojos de golpe, y me volvió a dirigir una sonrisa demente—. Se lo demostraré —juró—. Lo prometo. Me pondré bella. Cuanto más me odie, más bella me pondré. Y cuanto más envejezca ella, más rejuveneceré yo. Apaga la luz, por favor. Necesito mi sueño de belleza. Volvió la cabeza, y cerró los ojos. Al cabo de unos segundos dormía.

Bronson me miró, y yo negué con la cabeza. Me acerqué y arreglé la manta. Bronson apagó la luz, y los dos salimos de la habitación.

—Lo siento —dijo en el pasillo mientras se pasaba un pañuelo por la frente—. No sabía que estuviera tan mal.

—Necesita tratamiento, Bronson. Quizá tengas que internarla.

—De ninguna manera —dijo con firmeza—. Todo lo que necesite lo traeré aquí. No quiero que nadie se entere, a excepción de los familiares más próximos. Se

pondrá bien —dijo con determinación—. Se recuperará y volverá a ser la mujer bella que era. Ya verás. Esto es sólo un retroceso temporal como consecuencia del impacto emocional. Ha tenido que soportar mucha tristeza en su vida. Todo el mundo piensa que las cosas han sido fáciles para ella, que ha conseguido todo lo que quería, pero nosotros sabemos que no es así, ¿verdad? Es comprensible que se comporte de esta manera, ¿verdad?

—Sí, Bronson. Estoy segura de que cuando consigas ayuda profesional empezará a recuperarse —dije, a pesar de que no me sentía tan optimista como él. Me di cuenta de que necesitaba que le dieran ánimos.

—De acuerdo. Buscaré a los mejores médicos. Puedes estar segura de ello. Empezaré enseguida. Ahora mismo iré a llamar por teléfono. Volverás pronto, ¿verdad? ¿Me ayudarás?

—Claro que sí, Bronson.

—Y trae a los niños. Trae siempre a los niños. Cuando vea los nietos que tiene, no sentirá tanta autocompasión —me aseguré, asintiendo para dar mayor énfasis a sus palabras.

—De acuerdo, Bronson —dije— pero primero tendremos que explicarles la situación. Tendrán que comprender que la abuela no se encuentra bien.

Se mordió el labio inferior y las lágrimas comenzaron a descender libremente por sus mejillas.

—Al menos hemos disfrutado de un poco de felicidad juntos —dijo tristemente.

—Se pondrá mejor, Bronson. Ya verás —le aseguré con firmeza—. Todavía os quedan muchos años de felicidad.

—Sí, sí, claro que sí —contestó, sonriendo. Respiró profundamente—. No puedes saber cuánto le importabais tú y Clara Sue. Estaba sometida a muchas presiones. Muchas veces despertaba por la noche y gritaba tu nombre o el de Clara Sue.

»Supongo —concluyó— que ser madre no es una cosa que una mujer pueda ignorar. Da a luz, y sus hijos ya no están en el útero, pero siempre queda algo de ellos dentro. Puede intentar negarlo, pero al final siempre oye la llamada de su bebé. ¿Tengo razón? —preguntó.

—Sí, Bronson. No puedes tener más razón —dije, recordando lo mucho que había deseado a Christie después de que me la quitaran.

Nos abrazamos, y yo le cogí de la mano y bajé con él para que pudiera llamar por teléfono.

A comienzos del verano Bronson y las enfermeras consiguieron que mamá se vistiera y saliese. Se sentaba en el mirador o en la terraza. Algunos días eran mejores que otros. Llegaba a reconocernos y disfrutaba de los niños; en otras ocasiones no éramos más que extraños o personas de su pasado. Una de las enfermeras consiguió que bordara, y aquello pareció ser la mejor terapia. Se pasaba las horas trabajando en

un proyecto y cuando por fin lo terminaba siempre parecía desilusionada.

Bronson nunca perdió la ilusión, pero ésta disminuyó considerablemente, hasta el punto que empezó a aceptar la posibilidad de que las cosas continuaran así para siempre. A mí me daba mucha pena y de hecho iba a Beulla Woods más por él que por madre, especialmente cuando tenía uno de sus días malos en que no reconocía a nadie.

Se había pasado tanto tiempo cuidando de su hermana inválida, y ahora tenía que cargar con una esposa impedida.

La situación terminó por afectarlo. Empezó a representar la edad que tenía y poco a poco fue perdiendo su apostura y su andar ligero. Era como si los dos hubieran tropezado y caído de cabeza en el otoño de sus vidas.

Con la llegada de la nueva temporada de verano —que prometía ser más exitosa que cualquiera otra— todos estábamos concentrados en nuestras responsabilidades. Seguíamos ocupándonos de mamá, pero nuestras visitas eran más cortas y espaciadas. Pensé que nada podía desviar mi atención del exigente trabajo: Vivía y respiraba el hotel.

Un día, mientras recorría apresuradamente el pasillo para comprobar algo en la cocina, atisé mi imagen en uno de los espejos y me detuve en seco. Retrocedí y me observé.

No me sorprendió que mi madre ya no me reconociera. Tampoco yo me reconocía. La preocupación y las responsabilidades habían profundizado las arrugas de mi frente. Llevaba el cabello peinado hacia atrás más severamente que nunca, y había adoptado la costumbre de llenar blusas y trajes de algodón. A pesar de que nunca me había gustado demasiado maquillarme, sí me pintaba un poco los labios y utilizaba sombra de ojos, pero ahora hacía ya bastante tiempo que no le daba un toque de color a mis labios y ojos. Esa visión de mí me aterrorizó. Era como si el espíritu de la abuela Cutler se hubiese apoderado de mi cuerpo y me hubiera transformado.

Pero antes de que pudiera pensarlo, Fern salió corriendo para decirme que un hombre con acento extraño estaba al teléfono y preguntaba por Lillian Cutler.

—¿Lillian Cutler? Ya sabes quién era. ¿Le has dicho que falleció?

—Sí. Le dije que tú eras la jefa ahora. A continuación preguntó por ti. Dijo que con toda seguridad tú sabrías quién era —afirmó imitando el extraño acento del desconocido.

—¿Cómo se llama?

—Luther no sé qué —contestó.

—¿Luther? —Luther, pensé. Luther, de Los Prados. Pero, ¿para qué llamaba?

Me volví a mirar en el espejo y me pareció ver reflejada la sonrisa afectada de la abuela Cutler. Me alejé a toda prisa.

—Se trata de la señorita Emily —dijo Luther después que yo cogiera el auricular, me identificara y lo saludase.

—¿Qué ocurre con la señorita Emily, Luther? —pregunté.

—Ha muerto —contestó.

—¿Ha muerto? —Pensé que aquella dura y cruel mujer sería incapaz de morir. Era demasiado mala y fea para que la muerte se acercara a ella.

—Sí. Estoy llamando desde la tienda de ultramarinos de Nelson —declaró, como si aquello fuera el dato más importante de todos. De inmediato, recordé que en Los Prados no tenían teléfono.

—¿Qué le ha pasado, Luther? —pregunté.

—Se le gastó el corazón, supongo.

¿El corazón? Si no tenía, pensé, sino un pedazo de maldad latiéndole en el pecho.

—Charlotte salió a decirme que la señorita Emily no se había levantado a hacer el desayuno esta mañana, de modo que fui hasta su habitación y llamé a la puerta, pero no contestó. Entré y me la encontré boca arriba, con los ojos y la boca abiertas —continuó Luther.

—¿Llamó al médico? —pregunté.

—¿Al médico? ¿Para qué? Está tan muerta como la Navidad pasada. No hay nada que un médico pueda hacer por ella ahora —contestó.

—Igualmente tiene que llamar a un médico, Luther. Hay que certificar legalmente su muerte, y tiene que disponer todo para el entierro —dije.

—No hace falta hacer ningún preparativo. Cavaré un agujero en la finca y la meteré allí —dijo.

—No puede hacer eso sin llamar primero al médico, Luther —afirmé, aunque en mi opinión aquella odiosa mujer no se merecía nada mejor.

—No sé dónde guardaba el dinero para esas cosas —me dijo.

—No se preocupe por el dinero. Yo me ocuparé de eso. ¿Cómo está Charlotte?

—Bien. Está en la cocina cantando y preparándose unos huevos —dijo sin poder ocultar su alegría.

Me habría echado a reír, pero recordé las comidas espartanas que la señorita Emily nos recetaba a todos: aquella avena horrible con vinagre para que supiéramos lo que eran las cosas amargas y las dificultades, la solitaria manzana al mediodía, y aquellas porciones medidas a la hora de cenar. Incluso racionaba el agua.

—Supongo que vendrán a ocuparse de las cosas —dijo.

—¿Nosotros? —Sí, pensé. Tendremos que ocuparnos de las cosas, especialmente de la pobre Charlotte—. De acuerdo, Luther. Iremos enseguida. Pero usted llame al médico —le ordené.

—Lo haré, aunque me parece que es desperdiciar el dinero.

Cuando colgué fui a contárselo a Jimmy y a Philip. Decidimos que Jimmy y yo

iríamos a Los Prados. Philip quería quedarse en el hotel. Hacía años que no veía a la tía Emily ni la tía Charlotte y tenía muy poco interés.

—No se preocupe por Christie ni por Fern —me dijo la señora Boston—. Yo me ocuparé de ellas y me aseguraré que Miss América se comporte —prometió, guiñando un ojo.

Jimmy y yo sonreímos. Fue prácticamente mi única sonrisa durante el viaje. Me resultaba imposible olvidar la pesadilla de mi encarcelamiento en Los Prados. La abuela Cutler me había enviado allí para que diera a luz a Christie en secreto. Su hermana Emily era comadrona, pero no sólo eso, sino una fanática de la religión que estaba decidida a hacerme sufrir por mis pecados.

Todavía tenía pesadillas en la que las veía aquellos gélidos ojos de color azul acero en medio de un rostro estrecho. Tenía una tez cetrina y sus labios delgados carecían de color. Me acechaba como un ave de rapiña, alzando los hombros y espetando amenazas de infierno y perdición.

Jamás podría olvidar aquel terrible cuarto oscuro en el que me hacía dormir; las duras tareas que me obligaba a realizar; aquellos baños semanales en aguas que ella ya había utilizado; y la sobredosis de laxantes que me administraba con el fin de provocarme un aborto.

La abuela Cutler debía de saber que todo eso ocurriría al mandarme allí, pensé. Al fin y al cabo, ella y Emily se habían confabulado a mis espaldas a dar a Christie en adopción poco después de su nacimiento. Si no hubiera sido por la llegada de Jimmy dispuesto a salvarme, muy probablemente me habría muerto allí.

Ahora estábamos de vuelta a aquella vieja plantación, que era una sombra de lo que había sido. Hicimos las reservas de inmediato y partimos; a ninguno de los dos le agradaba hacer aquel viaje. Sin embargo, sentía pena por Charlotte. En mi mente y en mi corazón no era más que una niña pequeña. Había sido una persona cariñosa y buena a la que Emily había utilizado como blanco de todas sus iras.

Apenas llegamos alquilamos un coche en el aeropuerto y partimos rumbo a Upland Station. Me sorprendió lo bien que recordaba el camino. Supongo queda huída había quedado grabada en mi mente para siempre. A saltos y trompicones recorrimos la estrecha y agrietada carretera y giramos al llegar al camino de tierra donde empezaba la finca de Los Prados. Una vez más los chimeneas de ladrillo y el alto tejado a dos aguas se erguía por encima de las copas de los árboles.

Nada había cambiado. Las fuentes de mármol seguían secas y rotas, y algunas de ellas se inclinaban peligrosamente. Los setos estaban igual de muertos y mal cortados, y los senderos de piedra agrietados. En las oscuras sombras del atardecer las viñas sin hojas que cubrían las columnas del porche parecían cuerdas podridas. Cuando bajamos del coche y nos acercamos a la casa, miré el tejado que parecía tocar las nubes. Las ventanas de la buhardilla eran como ojos llenos de ira. Continuaba

siendo una casa fría y oscura.

Nuestras pisadas producían un eco sobre el suelo del porche. Llamamos con la aldaba de latón y esperamos. Momentos después oímos unos pasos, y a continuación la puerta se abrió y Charlotte apareció frente a nosotros, los ojos azules llenos de curiosidad. Llevaba una bata sencilla y las viejas zapatillas de su padre. Su cabello ya era gris, pero seguía peinándolo con dos trenzas. Aparte de que estaba un poco más gorda, no había cambiado nada desde la última vez que la viera.

—Hola, Charlotte —dije—. ¿Te acuerdas de mí? Asintió, pero pensé que no me recordaba.

—Emily ha muerto —anunció—. Ha muerto y según Luther se ha ido al cielo en una escoba.

—¿En una escoba? —preguntó Jimmy. Me sonrió.

—Yo entiendo lo que dice Luther —contesté—. ¿Ha venido el médico, Charlotte? —Asintió—. ¿Dónde está Luther? —pregunté.

—En la parcela de la familia, cavando una fosa. Dice que es la primera vez que disfruta cavando —añadió. Jimmy no pudo evitar echarse a reír.

—¿Podemos entrar? —pregunté.

—Ah, sí. ¿Os apetece un té con menta?

—Estupendo —dije, al tiempo que entré en lo que había sido la casa de los horrores.

No pude evitar estremecerme. Un montón de horribles recuerdos acudieron a mi mente en cuanto pisé aquel vestíbulo oscuro y triste y vi el armario de roble, los bancos de madera demasiado incómodos para sentarse y las sillas tapizadas que sólo servían para juntar polvo. En las paredes había retratos de antepasados —mujeres con rostros cansados y el cabello severamente echado hacia atrás luciendo prendas oscuras, y los hombres, serios y severos—. No había duda de que Emily era descendiente de estas horribles personas pensé.

—Emily todavía está arriba —dijo Charlotte—. En la cama.

—¿Luther no ha llamado a la funeraria? —Miré a mi esposo y él se encogió de hombros.

—Subiré a echar un vistazo —dijo Jimmy. Por el camino habíamos decidido que yo me pasaría la mayor parte del tiempo revisando los papeles y los documentos en lo que había sido el despacho de Emily.

—Yo iré contigo —exclamó Charlotte—. Y después tomaremos el té.

—Guíame, por favor —dijo Jimmy.

Charlotte arrastró los pies hasta las escaleras. Todavía caminaba como una geisha, las manos pegadas al cuerpo, cabizbaja. Jimmy la siguió y yo me fui al despacho.

En el momento en que entré, el reloj de pared en el rincón empezó a tocar las campanadas como un aviso. Encendí la lámpara de queroseno que estaba sobre el

escritorio y la llama iluminó el gigantesco cuadro del señor Booth. Parecía mirarme con ceño. Encontré otra lámpara de queroseno y también la encendí. De hecho, intenté encender todas las lámparas que encontré, pues recordé la forma en que Emily nos obligaba a vivir en la oscuridad, ahorrando combustible y distribuyéndolo miserablemente.

Me senté frente al escritorio y empecé a repasar los papeles, la mayor parte de los cuales eran cuentas.

—Si busca un testamento, no lo encontrará —dijo Luther, cuya figura se dibujó de pronto en el hueco de la puerta. Las sombras sobre su rostro hacían que pareciese más delgado y viejo. Al acercarse advertí que, aparte de eso, no había cambiado en nada. Era como si todo y todos en ese lugar hubieran quedado congelados por el tiempo, atrapados para siempre en una de mis pesadillas. Los mechones de su sucio cabello moreno caían largos y despeinados sobre su frente. Como siempre, necesitaba un buen afeitado. La barba canosa cubría de modo irregular su pálida cara. Se frotó en el mono las manos llenas de barro.

—En una ocasión me dijo que no había hecho testamento. No le importaba lo que pudiera pasar después de su muerte —me explicó.

—Entiendo —dije, y me apoyé en el respaldo de la silla—. Entonces las cosas se tendrán que legalizar. ¿No ha llamado a la funeraria para que traigan un ataúd, Luther? —pregunté.

—Ya tengo uno preparado —dijo. Y a continuación entrecerró los ojos y añadió—: Hace mucho tiempo que aguarda en el granero.

—Siéntese, Luther —dije, señalando el sillón de cuero junto al escritorio. Lo miró como si fuera una especie de trampa—. Por favor, quiero hablar con usted. No hay nada que temer, especialmente ahora que la señorita Emily ha fallecido.

Aquello le agradó y se sentó.

—Si la odiaba tanto, ¿por qué se quedó y aceptó sus crueldades? —pregunté.

—Ya se lo dije en una ocasión —contestó—. Este lugar es lo único que conocía, lo único que tenía. Ella creía poseerlo, pero no era así. No sabía nada de todo esto. Para poseer un lugar hay que trabajarlo.

—Lo convirtió en su esclavo porque dejó embarazada a Charlotte hace mucho tiempo —continué—. ¿No es así? Lo amenazaba con ello. —Yo recordaba cuando Charlotte me contó que Luther había «juguetado» con ella, y poco después se dio cuenta de que estaba embarazada.

—No tengo nada de qué avergonzarme —dijo a modo de respuesta. Se inclinó hacia delante—. Emily fingía ser la mensajera personal del Santo Dios aquí en la tierra. Todos los Booth, a excepción de la señora Booth, se creían mejores que el resto de los humanos. Convirtieron a mi padre en un vulgar esclavo y mataron a mi madre a fuerza de trabajo, pero yo sabía cuáles eran sus pecados —añadió, sonriendo

—. Incluso cuando todavía era un niño lo sabía, y además, mi madre me contaba todo lo que ocurría aquí.

—¿Qué ocurría? —pregunté. Me sorprendió que estuviera tan charlatán, pero supuse que se debía a la desaparición de la temible Emily Booth.

—El viejo era un buen agricultor, pero le gustaban las señoras y embebía a menudo —dijo.

—¿Embebía?

—Bebía su buen brandy como los demás beben agua —me explicó—. La señora Booth era una mujer agradable; siempre me cayó bien, me trataba con cariño y cuando los demás no miraban me daba cosas. Siempre fue una mujer débil y enfermiza. Mi madre solía decir que el señor Booth dejaba a la señora Booth seca. La chupaba hasta dejarla seca —añadió.

—Enfermó y murió poco después de dar a luz a Charlotte, ¿verdad? —pregunté, recordando lo poco que aprendí de ella durante el tiempo que pasé en Los Prados.

Él se recostó en la silla y en su rostro se dibujó una extraña sonrisa de autosatisfacción.

—Ella nunca parió a Charlotte —dijo—. Fingió que había sido ella, pero mi padre y mi madre sabían la verdad. Mi madre tuvo que cuidarla, ¿sabe? —añadió, inclinándose sobre el escritorio— y vigilar a Lillian.

—¿Lillian? ¿La abuela Cutler? ¿Qué quiere decir? —pregunté. Jimmy apareció en el hueco de la puerta pero no entró. No quería interrumpir.

—Ella fue quien dio a luz a Charlotte —dijo—. Vivía en aquella pequeña habitación, igual que usted.

—¿Dio a luz a Charlotte? ¿Quiere decir que Charlotte no era verdaderamente hermana de Emily y Lillian? —pregunté. Luther me dedicó una amplia sonrisa.

—Bueno, supongo que se podría decir que de alguna forma lo era.

—No lo entiendo —dije, y me volví hacia Jimmy, que había oído toda la conversación. Se acercó al escritorio.

—Su padre... —empezó a decir Luther, y a continuación se detuvo.

—¿Fue el padre de Charlotte? —dije, completando la terrible frase.

—Eso es lo que mi madre me dijo —afirmó Luther, y levantó la vista hacia Jimmy—. Y mi madre —añadió, volviendo el rostro hacia mí— nunca decía mentiras acerca de los ricos. Nunca. Ellos eran los únicos que decían mentiras de sí mismos.

»Obligaron a la señora Booth a fingir que estaba embarazada para ocultar la vergüenza, y después del nacimiento de Charlotte la trataron como a un animal tonto —dijo, y se mostró colérico por primera vez—. Ella solía acudir a mí para enseñarme dónde le pegaban, y cuando no le daban de comer, yo le traía alimentos —añadió con vehemencia.

De pronto me di cuenta de que, a su manera, Luther había amado a Charlotte, y

seguramente todavía la amaba.

Qué historia más espantosa, pensé. Realmente era la casa de los horrores. Considerando la diferencia de edad entre la abuela Cutler y Charlotte, me di cuenta de que no podía tener mucho más de catorce años cuando tuvo lugar ese acto tan horrible. Me recosté, aturdida. Jimmy y yo nos miramos; intuí que los dos pensábamos lo mismo.

No era de extrañar que fuese como era.

Ni Jimmy ni yo vimos razón alguna para retrasar el entierro de Emily. No teníamos a nadie a quien informar, y por lo que recordaba y Luther nos había dicho, ella no tenía amigos. Luther me dio el nombre del pastor, y yo le pedí a Jimmy que me llevara a Upland Station para telefonarle. Se llamaba Cártter y conocía a Emily Booth. Le expliqué la situación y dijo que iría de inmediato a celebrar el funeral.

Cuando regresamos le dije a Luther que los preparativos ya estaban hechos. Él se apresuró a subir el ataúd y a colocar en él el cuerpo de Emily. El eco del martillo al cerrar la tapa con clavos retumbó por toda la casa. A continuación Jimmy ayudó a Luther a bajar el ataúd y colocarlo en la parte trasera de su camión.

Miré a Charlotte y sentí por ella más pena que nunca. No tenía nada adecuado para el frío, y el cielo estaba completamente gris. El viento soplaba a ráfagas, de modo que me dirigí a la habitación de Emily y encontré un abrigo de lana azul marino. Al principio le dio miedo aceptarlo.

—Todo lo que era de Emily ahora es tuyo, Charlotte —le expliqué—. Te lo ha dejado todo a ti —le mentí. Tímidamente lo cogió y se lo puso.

El reverendo Cártter llegó con su esposa, una mujer pequeña como un pajarito. Los dos vestían de negro. Ella parecía una plañidera profesional. Nunca sonreía, y tenía los ojos vidriosos e hinchados, como si hubiera estado llorando durante días.

Luther nos condujo al lugar donde estaban enterrados todos los Booth desde principios del siglo XIX. Cuando vi la tumba de Emily pensé que Luther se había excedido en la profundidad. Era como si quisiera asegurarse, de que las toneladas de tierra la mantendrían en su sitio.

Mientras el reverendo leía pasajes de la Biblia Luther y Jimmy bajaron el ataúd. Yo estaba de pie junto a Charlotte y me pregunté si ella realmente entendía lo que estaba pasando. En su rostro se dibujaba una sonrisa angelical.

El reverendo dijo unas palabras acerca de que Emily era ahora feliz en el lugar en que merecía estar, y después todos nos marchamos, menos Luther que se quedó a rellenar la tumba. Insistió en hacerlo solo. Cuando me giré y vi cómo echaba la tierra, pensé que era feliz. Trabajaba con un vigor juvenil, y el hecho de tirar la tierra en la tumba y oír cómo caía sobre el ataúd de Emily Booth parecía rejuvenecerlo. Estaba segura de que junto a Emily enterraba también toda una vida de dolor y sufrimiento.

Le di algo al reverendo por las molestias que se había tomado, y después Jimmy, Charlotte y yo tomamos por fin té con menta. Charlotte nos lo preparó. Al moverse por la cocina vi que era mucho más capaz de lo que Emily aseguraba. Libre ahora de las cadenas y restricciones a las que había sido sometida, Charlotte parecía ansiosa por asumir más responsabilidades.

—¿Dónde quieres ir ahora, Charlotte? —le pregunté.

—¿Ir? —dijo, y levantó la vista de la taza. Miró a su alrededor—. A ningún sitio. Hoy tengo que hacer un poco de limpieza y seguir con el bordado.

—Hace unas cosas preciosas —le dije a Jimmy.

De pronto oímos cómo se abría y se cerraba la puerta principal.

—He puesto la señal —dijo Luther al entrar en la cocina.

—¿Y una lápida? —preguntó Jimmy.

—Ya casi la he terminado —contestó Luther, y se sentó a la mesa—. Llevo años haciéndola —añadió. Jimmy me sonrió.

—¿Qué quiere hacer ahora, Luther? —le pregunté.

—¿Hacer ahora?

—¿Va a quedarse aquí?

—Hasta que alguien me eché a patadas —respondió—. No tengo ningún otro sitio al que ir, y... —se volvió hacia Charlotte— alguien tiene que cuidar de la señorita Charlotte.

Asentí, sonriendo.

—Me parece que estaría muy bien —dije—. Cuando Jimmy y yo regresemos a Cutler's Cove le diré al abogado que se ocupe de las cuestiones legales de la propiedad. Pase lo que pase, no veo razón para que usted y Charlotte no puedan quedarse aquí. Eso es, si realmente cree que puede cuidarla, Luther —añadí.

Fijó sus oscuros ojos en mí y puso el rostro más serio que jamás le había visto.

—De una forma u otra la he estado cuidando desde que recuerdo —contestó.

—Supongo que eso es cierto —dije.

—Y aquí tienes tu taza de té con menta —dijo Charlotte, y la colocó delante de él. A continuación retrocedió unos pasos, los ojos llenos de orgullo.

—Gracias, Charlotte —dijo Luther.

Ella le dedicó una sonrisa de felicidad. Después me miró y aplaudió.

—Casi me había olvidado —dijo—. Mañana es mi cumpleaños.

Me eché a reír, pues recordé que todos los días solía decir lo mismo, pero Luther levantó la vista.

—Tiene razón —exclamó—. ¡Esta vez es de verdad!

EPÍLOGO

Mientras Jimmy y yo nos alejábamos de Los Prados pensé que estaba bien que las dos personas que más habían sufrido allí pudieran ahora vivir felices. Ni por un instante dudé en que con el tiempo algunos de los aspectos más tristes de aquella casa quedarían enterrados con la memoria de la señorita Emily. Las sombras que había almacenado en los rincones más profundos —sombras que había protegido y alimentado con su loca insistencia en racionar la luz— la seguirían hasta la tumba.

Cuando regresamos a Cutler's Cove me reuní con el señor Updike para resolver los asuntos concernientes a Los Prados, y él me dijo que se aseguraría que Charlotte y Luther pudieran vivir allí todo el tiempo que quisieran. Le conté a Philip lo de nuestro viaje, el entierro de Emily y lo que habíamos decidido. Se alegró de no tener nada más que ver con el asunto.

—Las pocas veces que fui allí —dijo me sentí aterrorizado. La tía Emily lograba que me creyese el mismísimo demonio.

De alguna manera, acudir al funeral de la señorita Emily resultó una buena idea. Ver a Charlotte y a Luther felices y saber que aquella mala mujer había desaparecido de sus vidas y de la mía puso fin a mis pesadillas acerca de Los Prados. El pasado dejó de perseguirme.

En cualquier caso, tenía mucho que hacer con mi vida. Había que continuar con la educación musical de Christie, quedaban muchas cosas por hacer en la casa y, claro está, estaba el hotel. Jimmy y yo hicimos planes para tomarnos unas vacaciones después del verano. Decidimos regresar a Cape Cod para finalizar nuestra luna de miel.

Fue la semana más romántica de nuestro matrimonio. Pudimos volver a jurarnos amor eterno una y otra vez de muchas maneras distintas: Jimmy acariciándome la mejilla sin decir nada, yo descansando la cabeza sobre su hombro, o los dos despertando antes del amanecer para ir a pasear por la playa cogidos de la mano y contemplar la salida del sol.

Cuando regresamos a Cutler's Cove descubrimos que Bronson había hecho preparativos para que el día de Acción de Gracias cenáramos todos en Beulla Woods. Pensó que a mamá le haría mucho bien verse rodeada de la familia. Estábamos todos: Philip, Betty Ann y los gemelos; Fern, Christie, Jimmy y yo. Mamá pareció algo distraída durante la mayor parte de la cena, pero después, cuando Christie y yo tocamos un dúo a cuatro manos al piano, me volví y vi que sonreía entre lágrimas.

Al final de la velada permitió que todos los niños se despidieran con un beso. Bronson era feliz. No había estado tan contento ni tan guapo desde hacía meses.

—Gracias —me susurró al oído cuando nos abrazarnos—. Creo que ha sido el

mejor Día de Acción de Gracias de mi vida.

Me dirigí a madre para darle las buenas noches, la abracé y le di un beso en la mejilla. Pareció aferrarse a mí con todas sus fuerzas, y cuando me aparté vi que tenía los ojos muy abiertos, pero que sonreía.

—Has vuelto —dijo.

—Sí, mamá. He vuelto.

—Bien, bien. —Pareció deseosa de mantener mi mano entre las suyas para siempre. Bronson se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Es hora de que lleven a los niños a la cama, Laura Sue —dijo suavemente.

—Ah, sí. Buenas noches. Buenas noches a todos —dijo.

Los niños salieron corriendo y nos marchamos.

Al día siguiente cayó una nevada muy fuerte para aquella época del año, pero a todos les gustó, porque les recordaba las inminentes vacaciones de Navidad. El ambiente parecía más alegre. Nunca los adornos navideños fueron más bonitos. Por la tarde los niños fueron a la parte trasera del hotel a montar en trineo.

Justo antes de marcharme del hotel para ir a casa recibí una llamada de Trisha.

—Quería felicitarte. Me voy de vacaciones con la familia. Dejé que papá me convenciera —dijo, riendo.

Ella y yo habíamos estado en contacto desde la visita que me hiciera Michael, de modo que lo sabía todo.

—He tenido noticias de él —me dijo hacia el final de la conversación—. Está dando clases de canto en Greenwich Village.

—No puedo evitar sentirme triste por él —dije—, aunque no quiero, y aunque Jimmy se enfurecería conmigo si lo supiera.

—Nada ha cambiado; sigue intentando seducir a sus alumnas más guapas.

Me eché a reír.

—No cambiará nunca; es incorregible. Que tengas unas buenas vacaciones, Trish, y llámame cuando regreses. Quiero que me cuentes todo lo de tu próxima audición.

—Lo haré. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien? —preguntó, preocupada—. Advierto algo extraño en tu voz.

—Estoy un poco autocompasiva estos días.

—Deja el hotel y vuelve al canto —dijo Trisha.

—Puede que algún día lo haga. ¿Te sorprendería?

—Sí.

Nos reímos.

Cuando regresé a casa me senté al piano y empecé a jugar con las notas hasta que Jimmy volvió con Christie, los dos empapados por la carrera de trineos. Los reprendí a ambos y les ordené que se dieran un baño caliente.

Después, mientras le secaba el cabello a Christie, sentí unas náuseas terribles. Fue

tan fuerte que tuve que sentarme. Se me pasó, pero aquella noche me despertó de un profundo sueño, y tuve que ir al lavabo a vomitar. Lo mismo volvió a ocurrir por la mañana, pero no le dije nada a Jimmy. Sabía lo mucho que se preocupaba cuando me ponía enferma. Como la sensación no pasaba, pedí hora con el médico.

Como siempre, Jimmy se enteró. El hotel tenía cientos de ojos y oídos. No era un buen lugar para guardar secretos, por lo menos no para mí. Después de mi visita al médico me fui directamente a casa. Jimmy volvió a encontrarme sentada al piano. Siempre que me ocurría algo importante sentía la necesidad de refugiarme en la música. Cuando Jimmy entró estaba cabizbajo y tenía los ojos cerrados.

Ni siquiera lo oí entrar, pero levanté la vista cuando me tocó el hombro.

—¿Qué ocurre, cariño?

—James Gary Longchamp —dije.

—¿Sí?

—Vas a ser padre.

El rostro de Jimmy explotó de alegría, y me besó y abrazó con fuerza. Dejé que me levantara en el aire.

Por la ventana que daba al mar vi el sol abrirse paso entre dos nubes. Fueron apartándose más y más, y los rayos de sol empezaron a acariciar el océano convirtiendo el color gris en un azul resplandeciente.

Aquella noche nos abrazamos más que nunca, sin pronunciar palabra alguna durante un largo rato. Me pregunté si Jimmy estaría pensando en cuando éramos pequeños y estábamos solos y algo nos asustaba. Nos abrazábamos con fuerza hasta que mamá y papá llegaban y nos tranquilizaban. Entonces, y sólo entonces, nos dábamos las buenas noches.

—No tengas miedo, Dawn —susurró finalmente Jimmy poniendo fin a mis ensoñaciones—. Esta vez todo irá bien, ya verás. Tienes que ser feliz —dijo.

—Lo intentaré, Jimmy. Y no tendré miedo, por lo menos siempre que estés a mi lado.

—Siempre lo estaré.

—Buenas noches, Jimmy —dije cerrando los ojos.

—Buenas noches, Dawn.

Me dormí, y soñé con nuestros días de juventud. Había música; siempre había música, y corríamos por un prado verde, en dirección al sol.



VIRGINIA CLEO ANDREWS, nació el 6 de junio de 1923 y murió el 19 diciembre de 1986. Nació en Portsmouth, Virginia, la más joven y única hija de la familia Andrews. En su adolescencia, sufrió una caída en las escaleras de su escuela, lo cual le dañó severamente la espalda. Las cirugías que se le practicaron dieron como resultado un tipo de artritis que la dejó en silla de ruedas la mayor parte de su vida. Sin embargo, Andrews, que siempre fue una prometedora artista, fue capaz de terminar una carrera de cuatro años por correo y muy pronto se convirtió en una exitosa artista comercial, ilustradora y pintora y un tiempo después comenzó a escribir.